3 1761 09545974 9

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

OBRAS JOCOSAS Y SATIRICAS

DE

EL CURIOSO PARLANTE.

134

PANORAMA MATRITENSE.

(PRIMERA SERIE DE LAS ESCENAS.)

LS
M5824p.2

PANORAMA MATRITENSE.

(PRIMERA SERIE DE LAS ESCENAS.)

1832 á 1835.

DEPARTMENTAL LIBRARY.

POR

EL CURIOSO PARLANTE.

NUEVA EDICION

CORREGIDA Y AUMENTADA CON NOTAS.

[Ramon de Mesonero Romanos]

MADRID: 1862.

ESTAB. TIPOG. DE D. FRANCISCO DE PAULA MELLADO,
calle de Santa Teresa, número 8.

19+406.

«J' emprunte au public la matiere de mon ouvrage: C' est un portrait de lui que j' ai fait d' après nature.»

«El público me ha servido de original. Mi obra es su retrato.»

LA BRUYERE.

21209
25/1/92
L 6

Habiendo restablecido en esta edicion de las *Escenas Matritenses* la natural division con que fué escrita esta obra en dos distintas épocas, y hasta el título de *Panorama Matritense* con que fué coleccionada la primera en dos tomos en 1835, no ha parecido oportuno al autor, el reproducir el prólogo con que entonces encabezó aquella primera época, por carecer hoy de interés; y en su lugar ha escogido para poner al frente de esta, entre los diversos y escelentes juicios críticos que mereció entonces aquella obra á escritores tan eminentes como los señores Larra, Lista, Revilla, Tapia, Ochoa, Segovia y otros, que por entonces ilustraban la prensa periódica, uno de los dos artículos que consagró el malogrado Figaro á esta primera parte, única que llegó á conocer, por su desgraciado fin en febrero de 1837.

El primero el de dichos artículos, lleno de erudicion y preciosas observaciones, y que omitimos por su mucha estension, está consagrado á la reseña de la historia de este género de literatura y de los anteriores escritores de costumbres: el segundo, que se contrae mas especialmente al juicio crítico de *El Curioso Parlante* en su primer ensayo, hele aquí.

JUICIO CRITICO DEL PANORAMA MATRITENSE

POR FIGARO.

SEGUNDO ARTICULO.

Por lo que del género hemos apuntado en general, puédese deducir cuán difícil sea acertar en un ramo de la literatura en que es indispensa-

ble hermanar la mas profunda y filosófica observacion, con la ligera y aparente superficialidad del estilo; la exactitud con la gracia; es fuerza que el escritor frecuente las clases todas de la sociedad, y sepa distinguir los sentimientos naturales en el hombre comunes á todas ellas, y donde empieza la línea que la educacion establece entre unas y otros; que tenga, además de un instinto de observacion certero para ver claro lo que mira á veces oscuro, suma delicadeza para no manchar sus cuadros con aquella parte de las escenas domésticas, cuyo velo no debe descorrer jamás la mano indiscreta del moralista; para saber lo que ha de dejar en la parte oscura del lienzo, ha de haber comprendido el espíritu de esta época, en que las aristocracias todas reconocen el nivelador de la educacion; por tanto ha de ser picante, sin tocar en demasiado cáustico, porque la acrimonia no corrige, y el tiempo de Juvenal ha pasado para siempre.

Pero la principal dificultad que para hacer efecto le encontramos, es la precision en que de decir las cosas claramente y sin rebozo nos pone el adelanto social y la mayor amplitud que en todas partes logra la prensa. Géneros enteros de la literatura han debido á la tiranía y á la dificultad de espresar á los escritores sus sentimientos francamente, una importancia que sin eso rara vez hubieran conseguido. La alegoría, por ejemplo, sobre cuya base se han fundado tantas obras eminentes, y acaso en las que mas han brillado los esfuerzos del ingenio; la alegoría, espira ya en el dia á manos de la libertad de imprenta. La lucha que se establece entre el poder opresor y el oprimido, ofrece á este ocasiones sin fin de rehuir la ley, y eludirla ingeniosamente; y sobre vencerse tal dificultad, no contribuye poco á dar

sumo realce á esas obras, el peligro en que de ser perseguido se pone el autor, una vez adivinado. Pero desde el momento en que no haya idea, por atrevida que sea, que no pueda clara y despejadamente decirse y publicarse; desde el punto en que no haya lucha, que no haya queja; desde el momento en que los más sean los mas fuertes; en dejando de haber verdad que decir y riesgo que correr, mueren el cuento alusivo, el poema satírico, el apólogo, la fábula; y la alegoría entera viénese al suelo como un resorte usado perteneciente á una mecánica antigua, y sin uso ni aplicacion posible en la nueva máquina. Esto es lo que no ha conocido ó lo ha olvidado un momento el célebre Fenimore Coopér, el autor del *Espia* y del *Bravo*; el rival vencedor á veces de Walter Scott, en su última y deplorable novela titulada *The Monikins*; escribe para un pais completamente libre, y donde todo se puede decir sin inconveniente, una alegoría en cuatro tomos, rebozando como con miedo verdades triviales y olvidadas ya de todo el mundo, en decir las cuales solo el riesgo de fastidiar corria. Mezquino imitador de una idea ya desempeñada por otros felizmente, no ha conocido que Casti, que los autores de los viages de Gulliver, de Wanton *al pais de las monas* y otras alegorías semejantes, han sido escritores de circunstancias, y que esas circunstancias han pasado.

El escritor de costumbres necesita economizar mucho, por tanto, las verdades, y como todo el que escribe en pais libre de trabas para el pensamiento, formarse una censura suya y secreta que dé claro y oscuro á sus obras, y en que el buen gusto proscriba lo que la ley permita.

Pocos escritores han dado pruebas tan claras

de conocer estas verdades como el autor que da motivo á estas líneas. No nos detendremos hablando de las razones que le hacen escribir; él mismo en su prólogo indica el objeto con que emprendió la publicacion de esta série de artículos que semanalmente comenzaron á ver la luz pública en las *Cartas Españolas* y en la *Revista* en el año 1832 y parte del 33. Objeto verdaderamente noble y digno de imitacion. El deseo de rectificar los errores que acerca de nuestro pais alimentan los estrangeros, y el plan de darnos despues del Madrid físico, que en su escelente Manual habia diseñado, un cuadro animado del Madrid moral, que no conocen todos los que hacen papel en él, no podia menos de ser de grande utilidad y deleitacion. Uno de los medios esenciales para encaminar al hombre moral á su perfeccion progresiva, consiste en enseñarle á que se vea tal cual es. El autor del Panorama ha puesto ante los ojos de nuestra sociedad un espejo donde puede tocarse, y hacer desaparecer los lunares que la bondad de la luna debe presentar á su vista.

Ayudándose de pequeñas tramas dramáticas, cortas invenciones verosímiles, ha sabido ofrecernos el resultado de su observacion con singular tino y gracejo, y esponer á nuestra vista el estado de nuestras costumbres. Aquí no olvidaremos otra dificultad que se le ofrecia: la España está hace algunos años en un momento de transicion; influida ya por el ejemplo estrangero, que ha rechazado por largo tiempo, empieza á admitir en toda su organizacion social notables variaciones; pero ni ha dejado enteramente de ser la España de Moratin, ni es todavía la Espáña inglesa y francesa que la fuerza de las cosas tiende á formar. El escritor de costumbres estaba, pues,

en el caso de un pintor que tiene que retratar á un niño, cuyas facciones continuan variando despues que el pincel ha dejado de seguirlas: desventaja grande para la duracion de la obra; y en cuanto á los medios de hacerse dueño de un objeto tan movedizo, EL CURIOSO PARLANTE se podria comparar al cazador que ha de tirar al vuelo, cazador sin duda el mas hábil.

Hálo conseguido, sin embargo; porque si se quiere ver lo que de la España de nuestros padres conservamos, léanse los artículos titulados: «*La calle de Toledo*, *La comedia casera*, *Las visitas de dias*, *Los cómicos en cuaresma*, *Las ferias*, *La capa vieja*, *La casa á la antigua*, *La procesion del Corpus.*» Si se quiere estudiar esta influencia estrangera, que se va diariamente haciendo lugar y variando nuestra fisonomía original, léanse los artículos titulados: «*Las costumbres de Madrid*, *El dia* 30 *del mes*, *Las tiendas*, *Riqueza y miseria*, *La politico-mania*, *Las tres tertulias*, *Las niñas del dia*, *Las casas de baños.*»

Si se quiere sorprender esa lucha entre las viejas costumbres nacionales y el espíritu innovador, sorpréndesela en los artículos titulados: «1802 y 1832,» el ingeniosísimo de «*El aguinaldo*, *El estrangero en su patria*, *El sombrerito y la mantilla*, *La vuelta de Paris.*»

Si se buscan luego artículos donde el enredo cómico puede competir con la trama de las mas ingeniosas comedias de nuestro teatro antiguo, léanse los lindísimos y mas lindamente escritos, titulados: «*El retrato*, *El amante corto de vista*, *Tomar aires en un lugar*, *El barbero de Madrid*, *Pretender por alto*, *Los paletos en Madrid*, *El patio de Correos*, *etc.*»

¿Quiérense, en fin, graves y filosóficos? recorranse *La casa de Cervantes* y *El campo santo.*

El señor Mesonero ha estudiado y ha llegado á saber completamente su pais: imitador felicísimo de Jouy, hasta en su mesura, si menos erudito, mas pensador y menos superficial, ha llevado á cabo, y continua una obra de difícil ejecucion.

Un mérito mas tiene, que no queremos pasar en silencio: es uno de nuestros pocos prosistas modernos: culto, decoroso, elegante, florido á veces, y casi siempre fluido en su estilo; castizo y puro en su lengnaje, y muy amenudo picante y jovial. En general tiene cierta tinta pálida, hija acaso de la sobra de meditacion, ó del temor de ofender, que hace su elogio; pero que priva á sus cuadros á veces de una animacion tambien necesaria. Esta es la única tacha que podemos encontrarle; retrata mas que pinta, defecto en verdad muy disculpable cuando se trata de retratar.

Y no solo ha hecho el señor Mesonero un servicio á la literatura; ha hecho tambien algunos á su pais. Muchas de las ideas por él emitidas, han encontrado en la opinion pública tal apoyo y tal fuerza de asentimiento, que se han visto realizadas. En este caso se halla el monumento y la leyenda dedicados á Cervantes no hace mucho en esta capital, y de que el autor del *Ingenioso hidalgo* es evidentemente deudor al autor del *Manual* y del *Panorama*.

Escritores nosotros tambien de costumbres, ramo de literatura en que comenzamos á publicar nuestros humildes ensayos casi al mismo tiempo que *El Curioso Parlante*, si no pretendemos haber alcanzado igual grado de perfeccion, tenemos sí la persuacion de poder mejor que otros apreciar las dificultades del género, y nos reconocemos con suficiente amor á la justicia, para hacer en

sus aras el sacrificio de nuestras propias pretensiones. Los laureles agenos pueden estimularnos, no inspirarnos un sentimiento innoble capaz de oscurecer á nuestros ojos el mérito de los que recorren nuestra misma carrera.—¿Cómo pudiera ser de otra suerte?—El amor al bien, y el deseo de contribuir en lo poco que podemos á la mayor ilustracion de nuestro pais, nos mueve mas á escribir que la sed de una gloria que tan difícil sabemos es de conseguir. En este supuesto, no vemos nunca en una obra feliz, la gloria que su autor puede adquirir; nos consideramos con él resortes de una misma máquina; el honor que sobre él recae, refluye sobre la clase entera: ni son tantos en España los que presentan títulos á la consideracion general que puedan estorbarse. Hagamos justicia al talento, y démonos el parabien por haber tenido una ocasion mas, entre las pocas que se nos presentan, de dar descanso á la penca satírica, que por lo regular manejamos, con mas dolor nuestro que de aquellos mismos á quienes nos vemos en la triste precision de lastimar.

FIGARO.

(*El Español*, Junio 20 de 1836.)

ADVERTENCIA PRELIMINAR.

En el mes de enero de 1832 comenzó el autor la primera série de estos cuadros de costumbres populares, siguiéndola sin interrupcion hasta el de abril del año siguiente 1833, en que la suspendió con el articulo titulado *La casa de Cervantes.*—Dicha publicacion tuvo lugar en la única Revista periódica que á la sazon aparecia, y era la titulada *Cartas Españolas*, fundada por el ameno y conocido literato don José María de Carnerero, quien por su posicion y buenas relaciones en la córte de Fernando VII, no solo habia obtenido del celoso y suspicaz gobierno de aquella época el privilegio esclusivo de publicar un periódico literario, sino que despues de la grave enfermedad del rey y del célebre periodo de la gobernacion interina de la reina doña María Cristina, fecundo en disposiciones tan beneficiosas como la caida del Ministerio de los diez años, la célebre amnistía, la apertura de las universidades, la creacion del Ministerio de Fomento, la variacion, en fin, completa de la gobernacion y la política, le convirtió en el primer órgano de la nueva, con el título de *Revista española.*

En aquella publicacion, y mas adelante en esta, se encargaron de su parte amena en un género de escritos absolutamente nuevo entre nosotros, el señor don Serafin E. Calderon *(el Solitario)* y *El Curioso Parlante*; aquel en sus bellísimos cuadros ó *Escenas de*

Andalucía, y este con los que llevan por título *Escenas Matritenses*.—Ambas obras, reimpresas despues por separado, alcanzan hoy mucha popularidad, y la presente edicion es la sétima de las *Matritenses*.—Pues ahora bien; como dato curiosísimo de la infeliz época á que se refieren, baste decir aquí que el periódico ó Revista en que se publicaron ambas por primera vez, alternadas ademas con otros muchos artículos sérios y festivos de ciencias, literatura y artes, por los colaboradores á dicho periódico, solo llegó á alcanzar el número de quinientos suscritores; y eso que era la única publicacion literaria periódica de la época, y con el *Correo Mercantil*, propiedad del señor Jimenez Haro y que tambien dirigia Carnerero, tenia el privilegio esclusivo de hablar en letras de molde á los aficionados á la literatura.

A pesar de tan marcada indiferencia de parte del público, y luchando ademas con los inconvenientes de una censura no la mas ilustrada, los autores de las Escenas Andaluzas y de las *Matritenses*, jóvenes ambos, ambos estudiosos y entusiastas por las cosas patrias, no retrocedieron en la tarea que se habian voluntariamente impuesto; y con la mayor espontaneidad, sin interes alguno, y aun sin la natural satisfaccion de ser leidos, prosiguieron alternando en sus cuadros respectivos, con una constancia que no deja de ser laudable.

Desgraciadamente solos, ó casi solos, en el palenque literario, á causa de la ausencia ó silencio de los buenos escritores, consiguieron al fin con sus festivos y originales escritos despertar algun tanto al público de entonces de su completa indiferencia, y estimular á otros jóvenes tambien é ingenios privilegiados, á lanzarse á la palestra en que tantos lauros les esperaban.—Entre ellos descolló el malogrado *Figaro* (don Mariano J. de Larra) que animado por ambos, y sin sombra alguna de miserables rivalidades, emprendió por entonces la publicacion de sus preciosas *Cartas de un pobrecito hablador*.

Háse dicho despues por algunos críticos un tanto ligeros, y en son de alabanza de *El Curioso Parlante*, que era «el mas feliz de los imitadores de Figaro.»—Mucho honraria al autor de las *Escenas Matritenses* semejante comparacion, si la verdad del hecho no fuese que precedió á aquel en la tarea, y por consecuencia mal podia imitar quien llevaba en el órden del tiempo la delantera. Así lo confiesa el mismo *Figaro* en la primera edicion de sus artículos, escritos cuando ya se habian publicado gran parte de los del *Curioso Parlante*, y en dos escelentes juicios

críticos que dedicó á la primera série de las *Escenas*, ó sea el *Panorama*, única que pudo alcanzar.

Ademas, como cada uno dió diferente giro y tendencia á sus escritos, no parece que existen términos de comparacion. El intento constante del ingenioso y discreto *Figaro*, fué (con cortas escepciones) la sátira politica, la censura ó retrato apasionado de los hombres de la época: el *Curioso Parlante* se proponia otra mision mas modesta y tranquila, cual era la de pintar con risueños, si bien pálidos colores, la sociedad privada, tranquila y bonancible, los ridículos comunes, el bosquejo, en fin, del hombre en general. Tal igualmente era el objeto del filosófico autor de las *Escenas Andaluzas*, el erudito y castizo *Solitario*; y ambos miraron sin asomos de celos ni pujos de rivalidad, en las manos de su amigo y compañero *Figaro*, la merecida palma de la sátira política, en la que es preciso confesar que ni antes ni despues ha tenido entre nosotros digno rival, ni aun siquiera felices imitadores.—Si de alguno lo fué Larra, no fué de otro que del cáustico é incisivo *P. L. Courrier*, que en los años anteriores hizo cruda guerra al gobierno francés de la restauracion; pero apropiando su punzante sátira y su finísima observacion á nuestro pais y á sus especiales circunstancias políticas, muy pronto llegó á abrirse un camino propio y á volar en alas de su gran ingenio á una altura superior.

El Curioso Parlante confiesa tambien que al principio de su tarea, se propuso modelos modernos ó contemporáneos que imitar; *Adisson* en Inglaterra á mediados del siglo anterior, en *The Spectator*, y de *Jouy* en Francia en principio del actual en *L' Ermite de la Chaussé d' Antin*, habian creado un género nuevo de composicion literaria, ligero, incisivo y propio de este siglo inconstante y agitado.—La pintura filosófica, ó festiva y satírica de las costumbres populares habia tenido, como toda tarea literaria, que refugiarse al periódico y subdividirse en mínimas porciones para hallar auditorio; y el mismo Cervantes escribiendo en época semejante, hubiérase visto precisado á reducir sus cuadros á estas pequeñas proporciones: su inmortal novela arrojada en medio de nuestra turbulenta sociedad, apenas habria conseguido lectores, sino es dispensándoles sus capítulos á guisa de folletin.

Sin embargo, el autor, apasionado ardiente de nuestros buenos escritores de los siglos XVI y XVII procuró tenerles pre-

sentes, y seguir sus huellas, ya que no en la forma, en la intencion y en el estilo; y embebido en su estudio, se olvidó bien pronto de los modelos estrangeros, prefiriendo ser imitador de los propios á triunfar ó competir con aquellos.

Todos los géneros literarios tienen sus ventajas respectivas, y el de los cuadros sueltos de costumbres, á mas de la rápida popularidad, tiene la de poder encerrar en cortos limites todas las condiciones de un drama ó una novela; y acaso conseguir interesar mas la mente del lector por lo incisivo del pensamiento y por su marcha desembarazada de episodios; asi como suele acontecer al ligero epígrama, puesto en parangon con la cansada sátira ó con el filosófico discurso.

Sin embargo, como estas ligeras obrillas suelen ser hijas de las influencias del momento en que se publican; como por lo general el autor que á ellas se dedica, no puede subordinarlas todas á un pensamiento comun; y por muy independiente que sea de las circunstancias públicas, escribiendo en diversas épocas, bajo distintas impresiones, ha de revelar forzosamente la marcha de los sucesos, y hasta la de su propia edad; por eso es preciso que los lectores tomen en cuenta la fecha de cada cuadro, y se trasladen, si es posible, con la mente, al punto de vista en que les colocó el pintor.

El largo periódo de diez años transcurridos desde el primer artículo de esta coleccion hasta el último en su segunda época, ha sido tan fecundo en contrastes y en peripecias, ha modificado en tal grado la fisonomia de nuestro pueblo, sus gustos é inclinaciones, y hasta el lente mismo del observador, que seria injusticia juzgar los primeros ensayos de este bajo el punto de vista del dia.—Y cualquier lector, por poco que medite, echará de ver en la primera série de estos artículos (que se refiere principalmente á los años 32 al 35 y forma coleccion con el título de Panorama) una notable diferencia con la otra que abraza desde 1836 hasta el dia.—En aquella, al paso que el reflejo de una sociedad reposada en su estado normal, ó si se quiere en la indiferencia politica, observará tambien la timidez del escritor delante de la censura, su falta de práctica en el estilo, y hasta la espontaneidad incorrecta y los risueños colores de una imaginacion juvenil: y en la segunda acaso llegará á descubrir mas intencion filosófica, mas madurez en la razon, mas soltura en el

estilo: asi como en la sociedad descrita, mas movimiento político, mayor energia y vitalidad.

Si el autor de estos opúsculos hubiera consultado solo á su propia voluntad, quizás habria suprimido por entero esta primera parte, como infinitamente mas débil; pero ha debido sacrificar el amor propio á la razon, y no solo conservarla, sino privarse de toda alteracion sustancial en ella, por parecerle que de este modo ofrece mas sensible su primitivo colorido, y hace resaltar mas el contraste de aquella época y la que describe despues.

Espuestas francamente las razones que tuvo presentes para dedicarse á cultivar este ramo de la literatura moderna, queda á cargo del lector el apreciar los reducidos medios intelectuales de que para desempeñar esta tarea le fué dado disponer. Entre ellos sin duda sobresale la recta intencion y buena fé, asi como la constancia en el propósito, llevado á cabo al través de épocas borrascosas en que los sucesos públicos absorbian todas las atenciones.—Sin duda hubiera podido dar mayor interés á este trabajo, realzándole con el barniz político que tan apreciado es por los lectores del dia; pero entonces hubiera perdido su carácter inofensivo y permanente, en gracia de una momentánea popularidad.—El autor de esta obrita no aspira á tan ruidosos triunfos. Satisfecho con la simpatia que haya podido escitar en el ánimo del pueblo, renuncia desde luego á la arrogante aprovacion de los sábios ó al alto patriocinio del poder; y solo alega como único mérito y disculpa de su insuficiencia, la circunstancia de no haber suscitado con sus escritos el menor agravio; ni convertido su pluma en instrumento de venganzas, de interés ageno, ni de propio engrandecimiento.

R. DE M. R.

PANORAMA MATRITENSE.

EL RETRATO.

«Quien no me creyere, que tal sea de el,
al menos me deben la tinta y papel,»
Bartolomé Torres Naharro.

Por los años de 1789 visitaba yo en Madrid una casa en la calle ancha de San Bernardo; el dueño de ella, hombre opulento y que ejercía un gran destino, tenia una esposa jóven, linda, amable y petimetra: con estos elementos, con coche y buena mesa puede considerarse que no les faltarian muchos apasionados. Con efecto, era así, y su tertulia se citaba como una de las mas brillantes de la córte. Yo, que entonces era un pisaverde (como si dijéramos un *lechuguino* del dia), me encontraba muy bien en esta agradable sociedad; hacia á veces la partida de me-

diator á la madre de la señora; decidia sobre el peinado y vestido de esta; acompañaba al paseo al esposo; disponia las meriendas y partidas de campo, y no una vez sola llegué á animar la tertulia con unas picantes seguidillas á la guitarra, ó bailando un bolero que no habia mas que ver. Si hubiese sido ahora, hubiera hablado alto, bailado de mala gana, ó sentándome en el sofá, tararearia un ária italiana, cogeria el abanico de las señoras, haria gestos á las madres y gestos á las hijas, pasearia la sala con sombrero en mano y de bracero con otro camarada, y en fin, me daria tono á la usanza... pero entonces... entonces me lo daba con mi mediator y mi bolero.

Un dia, entre otros, me hallé al levantarme con una esquela, en que se me invitaba á no faltar aquella noche; y averiguado el caso, supe que era dia de doble funcion, por celebrarse en él la colocacion en la sala del retrato del amo de la casa. Hallé justo el motivo, acudí puntual, y me encontré al amigo colgado en efigie en el testero con su gran marco de relumbron. No hay que decir que hube de mirarle al trasluz, de frente y costado; cotejarle con el original, arquear las cejas, sonreirme despues, y encontrarle admirablemente parecido; y no era la verdad, porque no tenia de ello sino el uniforme y los vuelos de encage. Repitióse esta escena con todos los que entraron, hasta que ya llena la sala de gentes, pudo servirse el refresco (costumbre harto saludable y descuidada en estos tiempos), y de allí á poco sonó el violin, y salieron á lucir las parejas, alternando toda la noche los *minuets* con sendos versos que algunos poetas *de tocador* improvisaron al retrato.

Algunos años despues, volví á Madrid y pasé á la casa de mi antigua tertulia: pero ¡oh Dios! ¡*quantum mutatus ab illo*! ¡qué trastorno! el marido habia muerto hacia un

año, y su jóven viuda se hallaba en aquella época del duelo en que, si bien no es lícito reirse francamente del difunto, tambien el llorarle puede chocar con las costumbres. Sin embargo, al verme, sea por afinidad, ó sea por cubrir el espediente, hubo que hacer algun *puchero*, y esto se renovó cuando notó la sensacion que en mí produjo la vista del retrato, que pendia aun sobre el sofá,—«¿Le mira vd.?» (esclamó): «¡ay pobrecito mio!»—Y prorumpió en un fuerte sonado de nariz; pero tuvo la precaucion de quedarse con el pañuelo en el rostro, á guisa del que llora.

Desde luego un don *No-sé-quien*, que se hallaba sentado en el sofá con cierto aire de confianza, saltó y dijo:—«Está visto, doña Paquita, que hasta que usted no haga apartar este retrato de aquí, no tendrá un instante tranquilo;»—y esto lo acompañó con una entrada de moral que habia yo leido aquella mañana en el *Corresponsal del Censor*. Contestó la viuda, replicó el argumentante, terciaron otros, aplaudimos todos, y por sentencia sin apelacion se dispuso que la menguada efigie seria trasladada á otra sala no tan cuotidiana; volví á la tarde, y la ví ya colocada en una pieza interior, entre dos mapas de América y Asia.

En estas y las otras, la viuda, que sin duda habia leido á Regnard y tendria presentes aquellos versos, que traducidos en nuestro romance español podrian decir;

¿Mas de que vale un retrato.
Cuando hay amor verdadero?
¡Ah! solo un esposo vivo
Puede consolar del muerto (1)

(1) ¿Mais qu'est ce qu'un portrait on aime bien fort?
C' est un mari vivant qui console d'un mort.

hubo de tomar este partido, y á dos por tres me hallé una mañana sorprendido con la nueva de su feliz enlace con el *don Tal,* por mas señas. Las nubes desaparecieron, los semblantes se reanimaron, y volvieron á sonar en aquella sala los festivos instrumentos.... ¡Cosas del mundo!

Poco despues, la señora, que se sintió embarazada, hubo de *embarazarse* tambien de tener en casa al niño que habia quedado de mi amigo, por lo que se acordó en consejo de familia ponerle en el Seminario de nobles; y no hubo mas, sino que á dos por tres hiciéronle su atillo y dieron con él en la puerta de San Bernardino: dispúsosele su cuarto, y el retrato de su padre salió á ocupar el punto céntrico de él. La guerra vino despues á llamar al jóven al campo del honor; corrió á alistarse en las banderas pátrias, y vueltos á la casa paterna sus muebles, fué con ellos el malparado retrato, á quien los colegiales, en ratos de buen humor habian roto las narices de un pelotazo.

Colocósele por entonces en el dormitorio de la niña, aunque notándose en él á poco tiempo cierta virtud chinchorrera, pasó á un corredor, donde le hacian alegre compañía dos jaulas de canarios y tres campanillas.

La visita de reconocimiento de casas para los alojados franceses recorria las inmediatas; y en una junta estraordinaria, tenida entre toda la vecindad, se resolvió disponer las casas de modo que no apareciera á la vista sino la mitad de la habitacion, con el objeto de quedar libres de alojados.—Dicho y hecho;—delante de una puerta que daba paso á varias habitaciones independientes, se dispuso un altar muy adornado, y con el fin de tapar una ventana que caia encima...«¿qué pondremos? ¿que no pondremos?»—El retrato.—Llega la visita, recorre las habitaciones, y sobre la mesa del altar, ya daba el secretario por líbre la casa, cuando ¿oh desgracia!... un maldito gato que se ha-

bia quedado en las habitaciones ocultas, salta á la ventana, da un maido, y cae el retrato, no sin descalabro del secretario, que enfurecido tomó posesion, á nombre del Emperador, de aquella tierra incógnita, destinando á ella un coronel con cuatro asistentes.

Asenderado y mal trecho yacia el pobre retrato, maldecido de los de casa y escarnecido de los asistentes, que se entretenian, cuando en ponerle bigotes, cuando en plantarle anteojos, cuando en quitarle el marco para dar pábulo á la chimenea.

En 1815 volví yo á ver la familia, y estaba el retrato en tal estado en el recibimiento de la casa; el hijo habia muerto en la batalla de Talavera; la madre era tambien difunta, y su segundo esposo trataba de casar á su hija. Verificóse esto á poco tiempo, y en el reparto de muebles que se hizo en aquella sazon, tocó el retrato á una antigua ama de llaves, á quien ya por su edad fué preciso jubilar. Esta tal tenia un hijo que habia asistido seis meses á la academia de San Fernando, y se tenia por otro Rafael, con lo cual se propuso limpiar y restaurar el cuadro. Este muchacho, muerta su madre, sentó plaza, y no volví á saber mas de él.

Diez y seis años eran pasados cuando volví á Madrid, el último. No encontré ya mis amigos, mis costumbres, mis placeres; pero en cambio encontré mas *elegancia*, mas *ciencia*, mas *buena fé*, mas *alegría*, mas *dinero* y mas *moral pública*. No puede dejar de convenir en que estamos en el siglo de las luces.—Pero como yo casi no veo ya, sigo aquella regla de que al ciego el candil le sobra; y así, que abandonando los refinados establecimientos, los grandes almacenes, las famosos paseos, busqué en los rincones ocultos los restos de nuestra antigüedad, y por fortuna acerté á encontrar alguna botillería en que beber á

la luz de un candilon; algunos calesines en que ir á los toros; algunas buenas tiendas en la calle de Postas; algunas cómodas escaleras en la Plaza, y sobre todo un teatro de la Cruz que no pasa dia por él.

Finalmente, cuando me hallé en mi centro, fue cuando llegaron las ferias. No las hallé, es verdad, en la famosa plazuela de la Cebada; pero en las demás calles el espectáculo era el mismo. Aquella agradable variedad de sillas desvencijadas, tinajas sin suelo, linternas sin cristal, santos sin cabeza, libros sin portada; aquella perfecta igualdad en que yacen por los suelos las obras de Loke, Bertoldo, Fenelon, Valladares, Metastasio, Cervantes y Belarmino; aquella inteligencia admirable con que una pintura del de Orbaneja cubre un cuadro de Ribera ó de Murillo; aquel surtido general, metódico y completo de todo lo útil y necesario; no pudo menos de reproducir en mí las agradables ideas de mi juventud.

Abismado en ellas subia por la calle de San Dámaso á la de Embajadores, cuando á la puerta de una tienda, y entre muchos retazos de paño de varios colores, creí divisar un retrato cuyo semblante no me era desconocido. Limpio mis anteojos, aparto los retales, tiro un velon y dos lavativas que yacian inmediatas; cojo el cuadro, miro de cerca... «¡Oh Dios mio! esclamé: ¿y es aquí donde debia yo encontrar á mi amigo?»—

Con efecto, era él, era el cuadro del baile, el cuadro del Seminario, de los alojados y del ama de llaves; la imágen, en fin, de mi difunto amigo. No pude contener mis lágrimas; pero tratando de disimularlas, pregunté cuanto valia el cuadro.—«Lo que vd. guste,»—contestó la vieja que me lo vendia;—insté á que le pusiera precio, y por último me le dió en *dos pesetas*: informéme entonces de donde habia habido aquel cuadro, y me contestó que hacia

años que un soldado se lo trajo á empeñar, prometiéndola volver en breve á rescatarlo, pues segun decia, pensaba hacer su fortuna con el tal retrato, reformándole la nariz, y poniéndole grandes patillas, con lo cual quedaba muy parecido á un personage á quien se lo iba á regalar; pero que habiendo pasado tanto tiempo sin parecer el soldado, no tenia escrúpulo en venderlo, tanto mas, cuanto que hacia seis años que salia á las ferias, y nadie se habia acercado á él; añadiéndome que ya le hubiera tirado, á no ser porque le solia servir, cuándo para tapar la tinaja, y cuando para aventar el brasero.

Cargué al oir esto precipitadamente con mi cuadro, y no paré hasta dejarle en mi casa seguro de nuevas profanaciones y aventuras. Sin embargo, ¿quién me asegura que no las tendrá? Yo soy viejo, muy viejo, y muerto yo ¿qué vendrá á ser de mí buen amigo? ¿Volverá séptima vez á las ferias? ¿ó acaso, alterado su gesto, tornará de nuevo á autorizar una sala? ¡Cuántos retratos habrá en este caso! En cuanto á mí, escarmentado con lo que ví en este, me felicito mas y mas de no haber pensado en dejar á la posteridad mi retrato,—¿para qué?—para presidir á un baile, para escitar suspiros; para habitar entre mapas, canarios y campanillas; para sufrir golpes de pelota; para criar chinches; para tapar ventanas; para ser embigotado y restaurado despues, empeñado y manoseado, y vendido en las ferias por *dos pesetas*.

(Enero de 1832.)

Nota.

Leyendo hoy el autor este artículo, escrito hace treinta años, no puede menos de sonreir al observar el empeño que en su primera edad juvenil parece que formaba en aparecer viejo ante sus lectores, asi como en los últimos artículos de esta obrita, escritos algunos años despues y en su edad madura, lu-

cha y se esfuerza por dar á sus cuadros la frescura y colorido de la juventud.—Achaque es este natural y propio de los escritores de costumbres, que anhelando siempre proceder por comparacion con épocas anteriores, van á buscarlas, cuando muchachos, á las sociedades que no alcanzaron; y despues, cuando ya maduros, á las que formaban sus delicias en los tiempos de su risueña juventud.—Por lo demás, esta historia de un retrato, no es propiamente tal, si no en cuanto está fundada en datos ciertos unos, calculados otros, y esparcidos en diversos casos, aunque fundados todos en las debilidades propias de nuestra humana condicion.—En este artículo, como en otros muchos de esta obrita, quisiéronse entonces buscar originales determinados; pero luego los que tal pensaban, hubieron de desengañarse de que no fué ni pudo ser la intencion del autor mas que la de alcanzar en su pintura imaginada todo el grado de verosimilitud posible; y asi hubo de creerlo entre otros, el difunto comisario de Cruzada, señor Varela, que deseando conocerle, para felicitarle por este artículo, se le hizo presentar por un amigo, y con la sonrisa en los lábios le manifestó que destinaba á la Academia de San Fernando el retrato suyo pintado recientemente.—«Porque, (añadió con mu-«cha gracia) aunque el mérito del pincel de Lopez me asegure «contra las ferias, no quisiera morirme con el escozor que me «ha producido su artículo de vd.»

LA CALLE DE TOLEDO.

«Como aquí de provincias tan distantes
concurren, ó por gracia ó por justicia,
diversas lenguas, trages y semblantes;
«Necesidad, favor, celo, codicia,
forman tumulto, confusion y prisa
tal, que dirás que el orbe se desquicia.»

B. de Argensola.

Pocos dias há tuve que salir á recibir á un pariente que viene á Madrid desde Mairena (reino de Sevilla), con el objeto de examinarse de escribano. Las diez eran de la mañana, cuando me encaminé á la gran puente que presta paso y comunicacion al camino real de Andalucía, y ayudado de mi catalejo, tendí la vista por la dilatada superficie para ver si divisaba, no la rápida diligencia, no el brioso alazan, sino la compasada galera en que debia venir el cuasi-escribano.

Poco rato se me hizo aguardar para dejarse ver de *los Angeles* acá *(rari nantes in gurgite vasto)*, y mucho mas hube de esperar para que llegase adonde yo estaba. Veri-

ficólo al fin, vióme mi primo, saltó del incómodo camaranchon; y *pian pian* enderezamos hácia la gran villa, ya acortando el paso para que pudieran seguirnos las siete mulas que arrastraban la galera, ya procurando conservar la distancia conveniente para no ser interrumpidos en nuestra sabrosa plática por la monótona armonía de los cencerros y campanillas de las bestias, de los jaleos y rondeñas de los zagales.

—Y bien, primo mio ¿qné te parece del aspecto de Madrid?

—Que ze pué desir dél lo que de Parmira, que ez la *perla del dezierto*; y oyez, y tuvieron rason zus fundadores en zituarle sobre alturas, porque zinó, con ezte rio, adonde vamo-ha-paral...

—Ya te entiendo; pero en cambio tienes aquí este, que si no es gran puente, por lo menos es un puente grande.

—Zin duda; y aun por ezo he leido yo en un libraco víejo unaz copliyaz que disen...

Fuérame yo por la puente
Que lo es sin encantamiento,
En diciembre, de Madrid,
Y en verano, de *Rioseco*;
La que haciéndose ojos toda
Por ver su amante pigmeo,
Se queja dél porque ingrato
Le da con arena en ellos;
La que...

—¿Acabarás con tu pintura?—Rason tienez; punto y coma y á otra coza, que ze hase tarde y habremoz de detenernoz en la puerta.—Y en efecto fué asi, porque lle-

gando á esta, y mientras se verificaba la operacion del registro, se pasó media hora, en la cual no estuvieron ociosos nuestros ojos ni nuestras lenguas.

Mi primo es un mozo, ni bien sabio, ni bien tonto; aunque una buena dósis de malicia tercia entre ambas cualidades, y haciéndole disimular la segunda, le presta ciertos ribetes de la primera; además es andaluz, y ya se sabe que los de su tierra tienen la circunstancia de caer en gracia, condicion harto esencial, y en Madrid mas que en otra parte. Hecha esta prevencion acerca de su carácter, no se estrañará que yo desease conocer el efecto que le producian las rápidas escenas que pasaban á nuestra vista, para lo cual y escitarle á hablar, anudé el interrumpido diálogo de esta manera:

—Vas á entrar en Madrid (le dije) por el cuartel mas populoso y animado; desde luego debes suponer que no será el mas elegante, sino aquel en que la córte se manifiesta como madre comun, en cuyo seno vienen á encontrarse los hijos, las producciones y los usos de las lejanas provincias; aquel, en fin, en que las pretensiones de cada suelo, los dialectos, los trages y las inclinaciones respectivas presentan al observador un cuadro de la *España en miniatura.*

—Punto ez ezte, dijo mi primo, para obzervarle zentados; aprovechemoz ezte poyito.

No bien lo habiamos dicho y hecho, cuando llegó una galera guiada por un valenciano tan ligero como su vestido. El iba, venia á todos lados, retozaba con los demás, blandia su vara, ceñia y desceñia su faja, aguijaba á las mulas, contestaba á las preguntas del resguardo, y pregonaba de paso las esteras que conducia en su carro. Deseoso yo de que le escuchara mi pariente, trabé conversacion con él, suponiendo curiosidad por conocer los proyectos

que le traian á Madrid, y muy luego supimos por su misma boca que pensaba vender sus esteras en un portal durante el invierno; emplear su producto en loza, que venderia por las calles en la primavera; fijarse mientras el verano en una rinconada para vender horchata; y trasladarse despues á una plazuela para regir durante el otoño un puesto de melones; tales eran los proyectos de este Proteo mercantíl.

Poco despues llegaron unos cuantos que por sus anguarinas, grandes sombreros y alforjas al hombro, calificamos pronto de estremeños, que conducian las picantes producciones que tan buen olor, color y sabor prestan á la cuotidiana olla española. De estos supimos que eran todos parientes y de un mismo pueblo (Candelario), y no pudo menos de chocarnos la semejanza de las facciones de tres de ellos, que parecian uno mismo, aunque en distintas edades; eran padre, hijo y nieto; y traian á este por primera vez á la capital, por lo cual no cesaban de darle consejos sobre el modo de presentarse en las casas, encarecer las ventajas del género y demás, concluyendo con una disertacion choricera capaz de escitar al mas inapetente.

Aun no se habia acabado, cuando nos hallamos envueltos por una invasion de jumentillos alegres y vivarachos, que se entraron por la puerta con una franqueza sin igual; traian cada uno dos pellejos, y diciendo que sus conductores eran manchegos, no hay que añadir que los pellejos eran de vino. Los mozos echaron pie á tierra y dejaron ver sus robustas formas, su aire marcial, espresivas facciones, color encendido, ojos penetrantes; traian todos tremendas patillas; su pañuelo en la cabeza, y encima la graciosa monterilla; las varas á la espalda y atravesadas en el cinto. Empezaron luego á contar sus pe-

llejos; mas por desgracia nunca iban de acuerdo con el guarda, pues si este decia veinte, ellos sacaban diez y nueve; y volviendo á contar, solo resultaban diez y siete, por último, se fijaron en diez y ocho, pagaron su cuota y echaron á correr.

—Otro carromato.—¿De dónde?—De Murcia y Cartagena.—¿Carga?—Naranjas y granadas.—Al menos es cosa de sustancia.—Ahora van vds. á probar que la tienen.

—A un lao zeñorez (esclamó mi primo levantándose), á un laito por amor de Dioz, que viene aqui la gente.—Y decíalo por una sarta de machos engalanados, que entraban por la puerta con sendos ginetes encima.

—A la paz de Dioz, caballeros; saludó con voz aguardentosa un viejo que al parecer hacia de amo de los demás.

—Toque esoz sinco, paizano, dijo mi primo sin poderse contener; «¿de qué parte del paraizo?»

—De Jaen, replicó con un ronquido el viejo.

—Buena tierra, zi no estuviera tan serca de Caztiya.

—Maz serca eztá del sielo.

—Como que tiene la cara de Dios

—Y como que zí; pero dejando esto, ¿no me dirá zu mersé (dirigiéndose á mí) de donde han traido esta puelta? porque, ó me engañan miz vizualez, ó no eztaba añoz atraz cuando yo eztuve en ezte lugar.

—Así es la verdad, le contesté; porque hace pocos años que se sustituyó este monumento á las mezquinas tapias que antes daban entrada por esta parte á la capital.

—Ahora (repuso el escribano) la entrada parese mezquina al lado de la puerta.

Aqui llegábamos en nuestra conversacion, cuando se nos dió por sanos y salvos, con lo que pudimos emprender la subida de la calle, alternando nuestras observaciones con el viejo andaluz. Entre los primeros objetos que la

fijaron, fueron la recua de manchegos que habiamos visto en la puerta, los cuales salian de una posada inmediata para repartir los cueros por las tabernas. Mi primo me hizo observar que llevaban veinte pellejos, y acordándonos de los diez y ocho pagados á la puerta, nos persuadimos de que habrian tratado de imitar el milagro de las bodas de Caná.

Divertíamos asi nuestro camino, contemplando la multitud de tiendas y comercios que prestan á aquella calle el aspecto de una eterna feria; tantas tonclerías, calderérías, zapaterías y cofrerías; tantos barberos, tantas posadas, y sobre todo, tantas tabernas. Esta última circunstancia hizo observar á mi primo que la aficion al vino debe ser comun á todas las provincias. Yo solo le contesté que son ochocientas diez las tabernas que hay en Madrid.

Engolfados en nuestra conversacion tropezábamos, cuándo con un corro do mugeres cosiendo al sol; cuándo con un par de mozos durmiendo á la sombra; muchachos que corren; asturianos que retozan; carreteros que descargan á las puertas de las posadas; filas de mulas ensartadas unas á otras y cargadas de paja, que impiden la travesía; acá una disputa de castañeras; allá una prision de rateros; por este lado un relevo de guardia; por el otro un entierro solemne...

Favor á la justicia.—Agur, camaraá.—Requiem æternam.—Pué ya... ¡el demonio del usia!—Caballero, una calesa.—Vaya usté con Dios, prenda.—Chas... á un lado, la diligencia de Carabanchel.—Acéituna bue...—Señores, por el amor de Dios.—Riá... toma... só... ó... ó... generala, coronela.—Perdone vd., caballero.—No hay de qué...

Con estas y otras voces, la continua confusion y demás,

mi primo se atolondró de modo que le perdí de vista y tardé largo rato en volverle á encontrar. Por fin pude hallarle, que estaba parado delante de la fuente nueva.

—¿Qué haces ahí parado? le pregunté con algun ceño.

—Qué he de haser, hombre; eztoy recordando todo el Buffon, á ver zi zaco en limpio qué animalejo ez ezte que eztá ahí ensima.—Majadero ¿no conoces que es el leon?...

—Como no lo dise el letrero...—Vamos, vamos.

«*Parador de Cadiz.*»—«*Aqui se sacan muelas á gusto de los parroquianos.*»—«*Se gisa de comer por un tanto diario todos los dias.*»—«*Memoria-lista, se echan cuentas en todas lenguas.*»—«*Aqui se venden hábitos para difuntos completos.*»—«*Zapatos para hombres rusos hechos en Madrid.*»—«*Aqui se venden sombreros para niños de paja,*»

—¿Qué demonios estás diciendo?—Leo laz mueztras, contestó mi primo.—Vaya, déjate de tonteras, y repara que pisas el recinto fatal en que los condenados al último suplicio... —Pacito, primo, que tengo buen humor y no eztá nada lindo ezo de que me enzeñes la horca antes que el lugar.

Tremendos cartelones.—«Teatro del Príncipe.—*El Castillo de Staonins-Coyz ó los siete crimenes.*— Cruz.—*Los asesinos elegantes.*—Sarten.—*Horror y desesperacion,* drama melo-mimo-lóbrego.»—Oyez, primo, ¿y se entretienen los zeñores madrileñoz con eztas lindesaz?—Qué quieres... ¡el gusto del siglo!...—Pue hemoz llegao á un ziglo divertío.

Soberbia perspectiva hase eza iglesia.—Como que es la principal de la córte y dedicada á su santo patrono. —Póngase en primer lugar en mi libro para visitarla mañana.

A este punto y hora llegábamos, cuando vimos á lo

lejos una calesa con la cubierta echada atrás y sentadas en ellas dos manolas, con aquel aire natural que las caracteriza. Ni Tito ni Augusto al volver triunfantes á la capital del orbe, pasaron mas orgullosos bajo los arcos que les eran dedicados, que nuestras dos heroinas por el de la Plaza Mayor. Guardapies amarillos y encarnados, ricas mantillas de sarga y terciopelo sobre los hombros, pañuelos de color de rosa al pecho, cesto de trenzas en las cabezas, y coloreadas las mejillas por el vapor del vino; tal era el atavío con que venian echándose fuera de la calesa, y pelando unas naranjas con un desenfado singular. Aqui la turbacion de mi provincial; parado delante de la calesa no reparaba su peligro, hasta que una de las manolas:

—Oiga, señor vision (le dijo), déjenos el paso franco.

—¿Adónde van laz reinaz?

—A perderle de vista.

—Si nesecitazen un hombre el eztribo...

—¿Y son asi los hombres en su tierra? Jesus, ¡qué miedo!

—Y qué ¿no me han de dar un poco de naranja?

—Tome el rocin venido.

Y le dirigieron á las narices una cáscara de vara y media; con lo cual, y aguijando el caballejo, desaparecieron en medio de la risa general. Yo hube de contener la mia por no irritar al pobre mozo, á quien no me pareció habia gustado el lance; pero me propuse echarle despues un buen sermon. Entretanto seguimos nuestro camino sin hablar palabra hasta casa, recapitulando ambos lo que habiamos visto y oido; él para aprovecharse de ello y yo para contarlo aqui.

(Febrero de 1832.)

LA COMEDIA CASERA.

«¿On sera ridicule et je n' oserai rire?»
Boileau.

Los hombres nos reimos siempre de lo pasado; el niño jugueton se burla del tierno rapaz sujeto en la cuna; el jóven ardiente y apasionado recuerda con risa los juegos de su niñez; el hombre formal mira con frialdad los ardores de la juventud, y el viejo, mas próximo ya al estado infantil, sonrie desdeñosamente á los juegos bulliciosos, á las fuertes pasiones, y al amor á los honores y riquezas que á él le ocuparan en las distintas estaciones de la vida. A su vez las demás edades rien de los viejos... con que queda justificado el dicho de que *la mitad del mundo se rie siempre de la otra mitad.*

—¿Y á qué viene una introduccion tan pomposa, que al oirla nadie dudaria que iba vd. á improvisar una disertacion filosófica á la manera de Demócrito.—

Tal le decia yo á mi vecino *don Plácido Cascabelillo,* cierta mañana entre nueve y diez, mientras colocábamos

pausadamente en el estómago sendos bollos de los PP. de Jesus, hondamente reblandecidos con un rico chocolate de Torroba.

—Dígolo, me contestó el vecino con una sonrisa (y aqui se precipitó á alcanzar con los labios una casi deshecha sopa que desde la mano, por un efecto de su gravedad, queria volver á la jícara), dígolo por la escena que acabo de tener con mi sobrino.—¿Y se puede saber cuál es la escena?—Oígala vd.

—Este jóven, á quien vd. conoce por sus finos modales, nobles sentimientos y por la fogosidad propia de sus veinte y dos años, tiene al teatro una aficion que me da que temer algunas veces, aunque por otro lado no dejo de admirar su estraordinaria habilidad; asi que, siempre que le sorprendo en su cuarto representando solo, y despues de haberle escuchado un rato con admiracion, no dejo de entrar con muy mal gesto á distraerle y aun regañarle.

Dias pasados me manifestó que una reunion de amigos habian determinado ejecutar en este Carnaval una comedia casera, y al principio me opuse á su entrada en ella; pero acordándome luego que yo habia hecho lo mismo á su edad, hube de ceder, convencido de las cualidades que adornaban á todos los de la reunion, de la inocencia del objeto, y de la inutilidad de resistir á los esfuerzos de mi sobrino. La sociedad recibió con entusiasmo mi condescendencia, y queriendo dar una prueba plena de su agradecimiento, resolvió *nemine discrepante* (ríase vd. un poco, amigo mio), nombrarme su presidente.

Aqui prorumpimos ambos en una carcajada, y echando un pequeño sorbo para dejar el jicaron á la mitad, continuamos nuestros bollos y prosiguió.

—Ya conoce vd. que hubiera sido descortesía corres-

ponder con una negativa á tan solemne honor. Muy lejos de ello, oficié á la junta dándola las gracias por su distincion, y admitiendo el sillon presidencial. Aquella misma noche se citó para la toma de posesion, y la verifiqué en medio de la alegría de ambos lados, cubierto de sócios *actores*, socios *contribuyentes* y socios *agregados*.

El que hacia de secretario de la junta, me leyó un reglamento en que se disponia la division en comisiones. Comision *de buscar casa*, comision *de decoraciones*, comision *de candilejas*, comision *de copiar papeles*, comision *de trages*, y comision *de permiso para la representacion*. De esta quedé yo encargado, y presidente *nato* de las demás.

El contarle á vd., amigo mio, las profundas discusiones, los acalorados debates, las distintas proposiciones, indicaciones, adiciones y resoluciones que han ido eslabonándose en las posteriores juntas, saria nunca acabar. Baste, pues, decirle, que encontramos en la calle de... una casa con sala bastante capaz (despues de tirar tres tabiques y construirlos mas apartados), de un aspecto bastante decente (despues de blanqueada y pintada), y con los enseres necesarios (que se alquilaron y colocaron donde convino). Asi que, resuelto este problema y el del permiso favorablemente, los demás fueron ya de mas fácil resolucion, ó quedaron subordinados á la importante discusion, acerca de la eleccion de pieza que se habia de representar.

Diez y siete se tuvieron presentes. Oigalas vd. (dijo esto sacando un papelejo de su escritorio). El *Otelo*, las *Minas de Polonia*, *Pelayo*, la *Pata de cabra*, la *Cabeza de bronce*, el *Viejo y la niña*, el *Rico-hombre de Alcalá*, el *Español y la Francesa*, el *Jugador de los treinta años*, el *Médico á palos*, el *Tasso*, el *Delincuente honrado*, *A*

Madrid me vuelvo, Sancho Ortiz de las Roelas, y el *Café.* Ya vd. ve que en nuestra junta no preside esclusivamente el género clásico ni el romántico.

Las dificultades que á todas se ofrecian eran importantes. En una habia tres decoraciones y los bastidores no se habian pintado mas que por dos lados, por la sencilla razon de que no tenian mas; tal necesitaba dos viejas, y ninguna de la comparsa, aun las de 58 años, se creian adecuadas para semejantes papeles; cuál llamaba á una niña de 18 años, y una de 40 rotundamente embarazada se empeñaba en ejecutar aquel papel. En una salia un rey, y el designado para este papel era bajo; en otra tenia el gracioso demasiado papel y poca memoria; todos querian ser primeros galanes; los que se avenian á los segundos apenas sabian hablar; se cuidaba por los maridos que el oficial N. no hiciera de galan enamorado; los amantes no consentian que sus queridas salieran de criadas; los galanes y las damas (porque á esta junta fueron admitidas), los barbas, las partes de por medio y las personas *que no hablan,* todos hablaban alli por los codos y á la vez, de modo que yo, presidente, ví varias veces desconocida mi autoridad.—Por último, despues de largo rato pudo restablecerse el órden, y á instancias de mi sobrino se resolvió y adoptó generalmente la comedia de *El Ricohombre de Alcalá,* no sin grandes protestas y malignas demostraciones de un jóven andaluz, á quien para desagraviarle se encargó el papel del rey don Pedro.

Terminado asi este importante punto, pasamos á vencer otras dificultades, como tablados, decoraciones, orquesta, bancos, mozos de servicio, arreglo de entradas, salidas, billetes, señas, contraseñas, y demás del caso; y no tengo necesidad de decir á vd. que en estos veinte y cinco dias, se han renovado otras tantas veces en

nuestra sala de juntas las escenas del campo de Agramante.

Por último, la suscricion se realizó, el arreglo del teatro tambien; los actores y actrices aprendieron sus papeles y se empezaron los ensayos. En ellos fué, amigo mio, cuando saqué yo el escote de mi diversion. Porque habia vd. de ver alli las intriguillas, los chistes, los lances verdaderamente cómicos que sin cesar se sucedian. Quién formaba coalicion con el apuntador para que apuntase á un desmemoriado en voz casi imperceptible; quién reñia con su querida, porque en cierta escena habia permanecido dos minutos mas con su mano entre las del primer galan; cuál tomaba entre ojos á alguno porque le desairaba con sus grandes voces.

«*Despacio, señores.—Mas alto.—Conde, que le está á vd. manchando esa vela.—Doña Antonia, que la llama á vd. el rey don Pedro.—Esos brazos, que se meneen. —Vd. sale por aqui y se vuelve por allá.—Doña Leonor, don Enrique, doña María, aqui mucho fuego.—Eso no vale nada.*»

Por este estilo puede vd. figurarse lo demás; pero todo ello ha pasado entre la risa y la algazara, á no ser cierta competencia amorosa á que da lugar una de las actrices entre mi sobrino y el andaluz que hace de rey. Varias veces hemos temido un choque, pero por fin salimos con bien de los ensayos; en su consecuencia se ha señalado esta noche para la primera representacion, y tengo el honor, como presidente, de ofrecer á vd. un billete.

Acepté gustoso el convite, y llegada la noche, y habiéndome incorporado con don Plácido, nos metimos en un simon, que á efecto de conducir al presidente y actores habia tomado la compañía, y llegamos en tres cuartos de

hora á la casa de la comedia. El refuerzo de un farol mas en el portal nos advirtió de la solemnidad, y subiendo á la sala, la encontramos ya ocupada tan económicamente, que no podiamos pasar por entre las filas de bancos. Por fin, atravesamos la calle real que corria en medio de la sala, formando division en la concurrencia, y fuímonos á colocar en la primera fila. Por de pronto tuvimos que hacerlo de modo que al sentarnos no viniesen abajo los dos que se hallaban á las estremidades del banco, aunque el del lado de la pared no quedó agradecido al refuerzo.

Los *socios* corrian aqui y allá colocando á sus favoritas, haciendo que todo el mundo se quitase el sombrero, hablando con los músicos y con los acomodadores, entrando y saliendo del tablado, comunicando noticias de la proximidad del espectáculo, y cuidando en fin de que todos estuviesen atentos.

Los concurrentes por su parte cada cual se hallaba ocupado en reconocer los puestos circunvecinos, alargar el pescuezo por encima de un peine, enfilar la vista entre dos cabezas, limpiar el anteojo, sonreirse, corresponder con una inclinacion ó un movimiento de abanico, y entablar, en fin, aquellos diálogos generales en tales ocasiones. Entretanto los violines templaban, el bajo sonaba sus bordones, el apuntador sacaba su cabeza por el agujero, los músicos se colocaban en sus puestos, y con esto y un prolongado silbido, todo el mundo se sentó, menos el telon que se levantó en aquel instante.

—«¿No me escuchas?
—¡Qué molesta
y qué cansada muger!
—Siempre que te viene á ver
debe de subir por cuesta.»

Ya pueden figurarse los lectores que asi empezaron á representar: pero tres minutos antes que los dijeran ya repetia yo estos versos solo de escucharlos al apuntador. Asi fué repitiendo, y asi nosotros escuchando, de suerte que oiamos la comedia con ecos.

Los actores eran de una desigualdad chocante. Cuando el uno acababa de decir su parte con una asombrosa rapidez, entraba otro á contestarle con una calma singular; uno muy bajito era galan de una dama altísima, que me hacia temblar por las bambalinas cada vez que parecia en la escena; cuál entraba resbalándose de lado por los bastidores; cuál salia atropellando cuanto encontraba y estremeciendo el tablado; solo en una cosa se parecian todos, es á saber: los galanes en el manejo de los guantes, y las damas en el *inevitable* pañuelo de la mano.

En fin, asi seguimos aplaudiendo constantemente durante el primer acto todos los finales de las relaciones, que regularmente solian ir acompañadas de una gran patada; pero subió á su colmo nuestro entusiasmo durante la escena entre el *Rico-hombre* y el *buen Aguilera*. Tengo dicho, me parece, que el sobrino del presidente, que hacia de *Rico-hombre*, estaba picado de celos con el que hacia de rey; asi que cargaron á maravilla los desprecios y la arrogancia, con lo cual lució mas aquella escena.

El entreacto no ofreció cosa particular, á no ser una ocurrencia de que me hubiera reido á mi sabor si hubiera estado solo; y fué, que un oficial que sentaba detrás de mí dijo muy naturalmente á uno que estaba á su lado, que la dama era la única que lo desgraciaba.

—Se conoce que lo entiende vd. muy poco, caballero, porque esa dama es mi hija.

—Entonces siento infinito haber creido que su hija de usted lo echa á perder.

—Diga vd. que el galan no la ayuda.

—¿Cómo que no la ayuda mi sobrino? (gritó una voz aguda de cierta vieja de siglo y medio, que estaba á mi derecha.)

—Señores (saltamos todos) no hay que incomodarse ni tomarlo por donde quema; todos se ayudan recíprocamente, y la comedia *la sacan* que no hay mas que ver.

Por fin volvió á sonar el silbato; giramos todos sobre nuestros pies, y quedamos sentados unos de frente y otros de perfil, segun la mayor ó menor estension del terreno

Todo el mundo deseaba la escena de la humillacion de don Tello á la presencia del rey, menos mi vecino el presidente. En fin, llegó aquella escena; y don Pedro, vengándose de lo sufrido por el buen Aguilera, trató al Ricohombre con una altivez sin igual; por último, al decir los dos versos

«á cuenta de este castigo
tomad estas cabezadas,»

se revistió tan bien de su papel y de un sublime entusiasmo, que aunque los bastidores no eran muy dobles, no hubieron de parecer muy sencillos al sobrino, segun el gesto que presentó. Los aplausos de un lado, las risas generales por otro, y mas que todo, el aire triunfal de don Pedro, enfurecieron al sobrino don Tello, en términos que desapareciendo de su imaginacion toda idea de ficcion escénica, arremetió con don Pedro á bofetones; éste, viéndose bruscamente atacado, quiso tirar de su espada, pero por desgracia no tenia hoja y no pudo salir. Los músicos alborotados saltaron al tablado, el apuntador desapareció con su covacha, la ronda se metió entre los com-

batientes y la consternacion se hizo general. Entre tanto doña Leonor, la Elena de esta nueva Troya, cayó desmayada en el suelo con un estrépito formidable, mientras don Enrique de Trastamara corria por un vaso de agua y vinagre.

Todo eran voces, confusion y desórden, y nadie se tenia por dichoso si no lograba derribar una candileja ó mudar una decoracion. El tablado en tanto, sobrecargado con cincuenta ó sesenta personas, sufria con pena tan inaudita comparsa; y mientras se pedian y daban las satisfacciones consiguientes, se inclinó por la izquierda, y desplomándose con un estruendo horroroso, bajaron rodando todos los interlocutores, y se encontraron nivelados con la concurrencia. Esta, que por su parte ya habia tomado su determinacion, ganó por asalto la puerta y la escalera, adonde hallé al presidente haciendo vanos esfuerzos para evitar la retirada, y asegurando que *todo se habia acabado ya*; y asi era la verdad, porque aqui se acabó todo.

(Marzo de 1832.)

LAS VISITAS DE DIAS.

«On s' embrasse on s'etuffe á force de tendresse,
et tout bas on medit de celui qu'on caresse.»

Picard.

Entre las varias modificaciones que con el tiempo ha recibido la antiquísima y loable costumbre de felicitar á los amigos el dia de su nacimiento, una es la de trasladarse al del santo de su nombre; y desde entonces fué mas importante el calendario, asi como resultaron mas clásicos que los demás algunos dias del año.—Cuando se aproximan v. g. el 1.º de enero, el 19 de marzo, el 24 de junio, el 16 de julio, el 8 de setiembre, el 8 de diciembre, ¡qué movimiento, qué vida en los talleres de sastres y modistas! ¡qué actividad en las fondas y confiterías! ¡qué cálculos entre los proveedores de comestibles!

Amanece el dia feliz, y desde muy de mañana los mercados presentan el mas lisongero aspecto; triples órdenes de ternerillos, salmones, perdices y demás familia que sustentan los tres elementos para ponerlos á dis-

posicion del cuarto. ¡Qué dia para los mayordomos! ni la bolsa de Lóndres ofrece mas animacion, mas combinaciones que las que presenta á primera hora de tales dias la plazuela de San Miguel. Los compradores de las fondas y casas grandes dan el precio de los víveres y los hacen pasar á sus oficiales; siguen su movimiento los criados asturianos y demás especuladores subalternos, y las criadas vizcainas y alcarreñas acuden despues á espigar el resto; todos se retiran cargados, y en menos de dos horas desaparecen de aquel recinto algunos quintales de peso.—Empieza despues el movimiento rápido de barberos que aquel dia tienen que asistir á todos sus parroquianos á la misma hora; luego los peluqueros de antaño y los de ogaño; los sastres de allende y de aquende y las modistas se cruzan con los mozos de las confiterías, que sostienen en sus manos sendas fuentes con castillos de dulce, templetes, navíos, estátuas y obeliscos...

Hay varios modos de dar los dias; el mejor sin duda es el que vá acompañado de alguno de aquellos apéndices; pero aqui no se trata del mejor; solo sí quisiera trazar el mas elegante.

Las ocho, «el barbero;» las nueve, «el peluquero;» las diez, «el sastre...» el sastre no parece... ¡maldito sastre...! las once, ya está aquí;—á ver, probemos... nada, no vale nada, llévesele usted, maestro...; las doce, «senor, la berlina de la calle del Baño...» vamos allá.

La primera hora está dedicada á aquellas visitas de amigos de confianza, adonde puede uno ir *de mañanita* antes de las dos de la tarde.—«¿Adónde, señor?»—A la calle de Atocha, número..., casa de don Sinforiano Calabaza.—El lacayo, repitiendo la órden al cochero, cerró de un golpe la portezuela y echamos á andar.

A este punto y hora saqué mi cartera y empecé á re-

capitular... una, dos, seis, ocho, doce, diez y siete visitas... no es nada... En seguida me puse á contemplar las tarjetas hechas *exprofeso* para aquel dia. Grandes habian sido mis cavilaciones para hacer estas tarjetas; la elegante variedad de la moda las hace mudar tan rápidamente de forma, que apenas hay medio de seguirla... luego, como yo no podia adornarlas con una corona ducal, ni con un capacete, ni con una órden militar, como hacen otros, no sabia como disponerlas de modo que diesen golpe. Primero tuve tentaciones de hacerlas estampar en un pie cuadrado de cartulina, y el nombre cruzado en una de las puntas en letra muy menuda; pero me hice el cargo de que ya no era nuevo. Luego quise poner las letras al revés, pero eché de ver que las volverian y quedarian al derecho. Letras góticas, alemanas, tártaras, hebreas, chinas, sirias y egipcias; todas sufrieron mi inspeccion, hasta que por último me decidí, *para mayor claridad*, por unas griegas del siglo de Pericles, y las hice estampar en cartulinas octógonas y sobre un ramage oscuro; de manera que consegui que no se entendiera lo que decia. Muy satisfecho de mi invencion, me felicitaba de antemano por la sorpresa que iban á causar, y apartaba para las respectivas casas las doradas, las plateadas, las azules, las encarnadas, y las de tinta simpática.

En esto llegué á casa de don Sinforiano, y al ir á entrar, me hicieron saber que él se habia marchado huyendo los cumplidos, «pero pase usted á la sala, que ahí estan las señoras...» Las señoras no estaban, y antes que se presentasen, ya habia yo tenido un buen rato para mirar los cuadros, atusarme el pelo, remover el brasero y leer el Diario. Apareció en fin la mamá á medio peinar, y por mitad vestida, cubriéndose con una gran capa y dándome escusas de no haber salido antes. Yo se las dí igualmente de no

haber entrado despues; hasta que conociendo por su impaciencia la mala obra que estaba haciendo, tomé el partido de retirarme. Primera visita.

Llegué á la segunda casa á eso de la una, y á tiempo que entre las personas de confianza estaban ensayando en una ária coreada que habia de cantar la niña á la noche. Mi aparicion en la sala turbó á la amable cantatriz, en términos que no hubo forma de hacerla seguir mientras yo estuviese allí; con que me marché. Segunda visita.

A la otra ya me lisongeaba de encontrar mejor acogida y no caer tan de improviso y extemporáneo; pero salió un lacayo á decirme que las señoras *no recibian*, siendo asi que por las risas y el bullicio que yo oia en las piezas inmediatas no pude menos de conocer *que habian recibido*.

Gracias á Dios, á la otra, me hallé ya con la sociedad mas en regla, y desde la antesala oí la animacion de la concurrencia. Entré en la sala; cortesías al frente, á derecha é izquierda. Callaron todos y callé yo; me miraron y les miré; se sentaron y me senté; por último, despues de un rato de indecision...

—¿Usted ha visto qué tiempo, señor don Fulano? (saltó una vieja que ocupaba el flanco derecho del sofá.)

«Ya, ya está bueno;»—y sobre esto nos apresuramos todos á dar nuestro parecer, amenizando cada cual la conversacion con sus observaciones meteorológicas, hasta que al cabo de un cuarto de hora se agotó la materia, y cuando empezaba á decaer entraron otras señoras. Pasados los cumplidos y besos de ordenanza,—«¿Ha visto usted qué tiempo, mi señora doña María?»—dijo la mas vieja, y volvió á renovar la pasada disertacion; llegó ésta á su ordinaria frialdad, y ya iba habiendo pausas de diez minutos, cuando unas señoras se levantaron para marcharse; respondieron otras á esta señal; y luego otras y otros, y nos

marchamos todos, despues de habernos convencido cordialmente de que *hacia mal tiempo*. Otra visita.

La siguiente era de una Pepita, bella como un ángel y elegante como la que mas. Hervía la sala en jóvenes primorosos, oficiales y paisanos. Pepita, vestida muy sencillamente, aparentaba no ser el objeto de la reunion, mientras su mamá, su abuela, su tia y hermanitas, ofuscaban con sus ricos trages y elegantes peinados. Variado absolutamente el aspecto de estos, y habiendo sustituido toda la riqueza del órden corintio á la sencillez dórica, apenas pude reconocer al pronto á ninguna de las personas de la casa, á quien veia casi diariamente; reíanse de mis escesivos cumplimientos, y me hablaban con mucha franqueza agitando los abanicos, hasta que en fin ¡pobre de mí! acerté á distinguir las *inveteradas* facciones entre aquellos encages y pedrerías... Allí la conversacion fué mas alegre, mas sustancial... se habló de la ópera; ¡oh que cosas tan *virtuosamente dilletantis* se dijeron por aquellos señores! ¡qué de reputaciones teatrales fueron á pique! ¡qué de otras subieron á las nubes!... Por último, convinimos todos en que *ahora no hay ópera*, con lo cual salimos tan satisfechos unos de otros.

Desde aquí me dejé caer en una casa á la antigua, cuyo amo, gefe de una oficina principal, dió punto á sus progresos en el año de 1806 en que subió á su destino, y desde entonces para él el siglo ha permanecido estacionario. En vano sus hijos y nietos le impelen á marchar en él; fijo en sus antiguos usos, solo les opone una desdeñosa compasion. Entré en la sala, y me lo encontré sentado en medio de su familia, con su vestido serio de rico paño, peluca nueva y pechera de encage. Vino á abrazarme cuando me vió, y me presentó á los suyos con una franqueza y amabilidad sin igual. Componíase la reunion de

antiguos empleados, abogados y comerciantes, varias señoras respetables, y algun otro jóven, hijos de estos ó meritorios de la oficina, que se ocupaban mas que ligeramente de la posteridad del señor don José; y á juzgar por las tiernas miradas de las nietecitas, me persuadí que acaso muy pronto le harian subir *legalmente* una casilla mas arriba en su árbol genealógico.

La conversacion era animada, alegre y vária, y distraido con ella se me pasó el tiempo, hasta que oyendo las tres, se levantó don José para rogarme que me quedara á *hacer penitencia*: neguéme absolutamente á ello, pero no pude escusarme al convite del refresco por la tarde, ni á una entrada de Jerez y bollo maimon que circuló entre los asistentes, y de la cual me se hizo doble participante. Alegre y satisfecho dejé esta amable reunion, despues de desear muy *felices dias* al amo de la casa, *en compañia de señora y niñas*, repetir á estas la misma cancion, dar la mano á todos los concurrentes, y retirarme, procurando olvidar las cortesías y las medias palabras.

De aquí datan las visitas de alto tono, las que despaché en un instante; en unas hacia desde el coche subir la tarjeta con la apostilla *en persona*. En otras sentaba mi nombre en una lista preparada por el portero; en otras entraba, hacia tres cortesías, me sentaba, me levantaba, hacia seis inclinaciones y me retiraba. En algunas terciaba un momento en la conversacion general, que era siempre sobre los dos puntos consabidos, tiempo y ópera. Deseando darla pábulo, tomaba en unas la defensiva de lo mismo que habia atacado en la anterior, y á lo mejor me encontraba con que el lejano interlocutor con quien cruzaba mi disputa era uno que en la visita última me sostuvo lo contrario. ¡Qué de contradicciones, qué de repeticiones, qué de invenciones oí á todos sobre lo mismo que habian dicho á

mi vista! ¡Qué de críticas de las casas anteriores! ¡qué glosas sobre los trages, los dichos, los hechos y los pensamientos! Estando en esto, solia entrar uno de los actores del cuadro en cuestion, y todos callaban; salia poco despues, y allí era ella.... ¡qué complots!... ¡qué sátiras...! ¡qué mala fé...! ¡Cielos! ¿y es esta nuestra sociedad...?

Conociendo en fin por las miradas, las sonrisas y los secretitos al oido, que me habia tocado la suerte de quedar en berlina, corrí á meterme en la mia, abandonando un campo donde el mas atrevido y el mas hablador es el que luce á costa del hombre prudente y moderado.

En este punto dieron las cuatro, y me trasladé á la última casa, donde estaba convidado á comer. Llegué á ella cuando se iban reuniendo los convidados, lo cual no tardó en verificarse del todo. Ibame yo poniendo al corriente de los distintos carácteres que formaban la reunion, cuando anunciaron la sopa. Pasamos al comedor y... pero la comida ya pica en historia, y merece pór sí capítulo aparte.

(Marzo de 1832.)

LAS COSTUMBRES DE MADRID.

Dificile est proprie comunia dicere.
Horat.

«Este que llama el vulgo estilo llano, envuelve tantas fuerzas, que quien osa tal vez acometerle, suda en vano.»
Lupercio de Argensola.

Grave y delicada carga es la de un escritor que se propone atacar en sus discursos los ridículos de la sociedad en que vive. Si no está dotado de un genio observador, de una imaginacion viva, de una sútil penetracion; si no reune á estas dotes un gracejo natural, estilo fácil, erudicion amena, y sobre todo un estudio contínuo del mundo y del pais en que vive, en vano se esforzará á interesar á sus lectores; sus cuadros quedarán arrinconados, cual aquellos retratos que, por muy estudiados que estén, no alcanzan la ventaja de parecerse al original.

El transcurso del tiempo y los notables sucesos que han mediado desde los últimos años del siglo anterior, han

dado á las costumbres de los pueblos nuevas direcciones derivadas de las grandes pasiones é intereses que pusieran en lucha las circunstancias. Asi que un francés actual, se parece muy poco á otro de la córte de Luis XV, y en todas las naciones se observa la misma proporcion.

Los españoles, aunque mas afectos en general á los antiguos usos, no hemos podido menos de participar de esta metamórfosis, que se hace sentir tanto mas en la córte por la facilidad de las comunicaciones y el trato con los estrangeros. Añádanse á estas causas las invasiones estrangeras repetidas dos veces en este siglo, la mayor frecuencia de los viages esteriores, el conocimiento muy generalizado de la lengua y la literatura francesa, el entusiasmo por sus modas, y mas que todo, la falta de una educacion sólidamente española, y se conocerá la necesidad de que nuestras costumbres hayan tomado un carácter galo-hispano, peculiar del siglo actual, y que no han trazado ni pudieron preveer los rígidos moralistas, ó los festivos críticos que describieron á España en los siglos anteriores. Es á la verdad muy cierto que, en medio de esta confusion de ideas, y al través de tal estravagancia de usos, han quedado aun (principalmente en algunas provincias) muchos característicos de la nacion, si bien todos en general reciben paulatinamente cierta modificacion que tiende á desfigurarlos.

Los franceses, los ingleses, alemanes y demás estrangeros, han intentado describir moralmente la España; pero ó bien se han creado un pais ideal de romanticismo y quijotismo, ó bien desentendiéndose del transcurso del tiempo, la han descrito no como es, sino como pudo ser en tiempo de los Felipes... Y es así como en muchas obras publicadas en el estrangero de algunos años á esta parte con los pomposos títulos de *La España, Madrid ó las costum-*

bres españolas, el Español, Viage á España, etc. etc., se ha presentado á los jóvenes de Madrid enamorando con la guitarra; á las mugeres asesinando por celos á sus amantes; á las señoritas bailando el bolero; al trabajador descansando *de no hacer nada*; asi es como se ha hecho de un sereno un héroe de novela; de un salteador de caminos un Gil Blas; de una manola de Lavapies una amazona; de este modo se ha embellecido la plazuela de Afligidos, la venta del Espíritu Santo, los barberos, el coche de colleras y los romances de los ciegos, dándoles un aire á la Walter Scott; al mismo tiempo que se deprimen nuestros mas notables monumentos, las obras mas estimadas del arte; y así en fin los mas sagrados deberes, la religiosidad, el valor, la amistad, la franqueza, el amor constante, han sido puestos en ridículo y presentados como obstinacion, preocupaciones, necedad y pobreza de espíritu.

Pero ¿qué ha de suceder? Viene á España un estrangero (y principalmente uno de nuestros vecinos traspirenáicos) y durante los cuatro dias del camino de Bayona á Madrid no cesa de clamar con sus compañeros de diligencia contra los usos y costumbres de la nacion que aun no conoce; apéase en una fonda estrangera, donde se reune con otros compatriotas que se ocupan esclusivamente de la alza ó baja de los fondos en París ó de las discusiones de las cámaras; visita á todos sus paisanos, atiende con ellos á sus especulaciones mercantiles, y sigue en un todo sus pátrios usos.

Levántase por ejemplo, al siguiente dia, y despues de desayunarse con cuarenta y ocho columnas de diarios llegados por la Mala, se dirige por el mas corto camino á casa de *Mr. Monier* á tomar un baño; luego á almorzar *chez Genieys*; despues al salon de *Petibon*, ó al obrador de *Rouget*; desde allí á la embajada, y saliendo á las tres—

«¡*Peste de pais*! no hay nadie en las calles.»—Con lo cual se baja al Prado, donde no deja de hallar á aquella hora á algun ciego que baila los monos delante de los muchachos, otro que enseña el tutili-mondi al son del tambor, ó un calesin que va á los toros con dos manolas gallardamente escoltadas por un picador y un chulo.—«Vamos á los toros....»—gritos, silbidos, espresiones obscenas...—«¡*Oh le vilain pais*!»—Embiste el toro, cae el picador, derriba á los chulos, estropea el caballo; saca su libro de memoria y anota—«*En la corrida de toros murieron siete hombres, y el público reia grandemente.*»—Sale de allí y baja al Prado al anochecer; hay mucha gente, pero ya no se ve.—«*Las jóvenes personas* (anota) *van al Prado tan tapadas que no se las ve.*»—Súbese por la calle de la Reina, come en *Genieys*, donde el Champagne y el Bordeaux le entretienen tanto que llega al teatro cuando se ha empezado el sainete: «*Las pequeñas piezas en España son pitoyables.*»—No le parece tanto otra *pieza* que se distingue en la primer fila de la cazuela; espérala á su descenso, y viéndola cabalmente sin compañía, se ofrece caballerescamente á hacérsela; acepta ella como era de esperar, y desde el momento le habla con la mayor marcialidad: «*Las mugeres en España son estremadamente amables,*»—dice sin meterse á averiguar mas respecto á su compañera.—Luego va á una *soirée*, donde al instante todos empiezan bien ó mal á hablarle en francés, y para diferenciar, le invitan á jugar al *ecarté* ó á bailar la *galope*, con lo cual váse luego á su casa y emplea el resto de la noche en estender sus memorias sobre las costumbres españolas, y pintar los románticos amores de *don Gomez* con *donna Matilda*, ó *donna Paguita* con *don Fernandez*.—Pasan asi quince dias, vuelve rápidamente á Bayona, y á poco tiempo «*Tableau moral et politique de l'Espagne, par un observa-*

teur;»—y pillando un trozo de Lesage, no duda en adoptar por epígrafe el: «*Suivez moi, je vous ferai connoître Madrid.*»—Y por cierto que el Madrid que ellos pintan no le conoceria Lesage ni el autor del *Manual.*

No pudiendo permanecer tranquilo espectador de tanta falsedad, y deseando ensayar un género que en otros paises han ennoblecido las elegantes plumas de Adisson, Jouy y otros, me propuse, aunque *siguiendo de lejos* aquellos modelos y *adorando sus huellas,* presentar al público español cuadros que ofrezcan escenas de costumbres propias de nuestra nacion, y mas particularmente de Madrid, que como córte y centro de ella, es el foco en que se reflejan las de las lejanas provincias.—No dejo de conocer que los respetables nombres que acabo de escribir, y las cualidades que senté al principio de este discurso, y que reconozco indispensables para llenar con perfeccion esta tarea, son otros tantos cargos contra mí, y que acriminan la presuncion de mi intento; pero por otro lado, sea que nuestro gusto no esté tan refinado, ni exija tanta perfeccion como en aquellos paises, sea que marche por un campo vírgen, donde á poco esfuerzo pueden recogerse flores y matizar con ellas mis descoloridos cuadros, sea en fin, fortuna mia, he conseguido hasta ahora que el público que ha reido con la *Comedia casera,* la *Calle de Toledo,* el *Retrato* y las *Visitas,* se haya mostrado juez indulgente con quien le divierte á su costa.

Mi intento es merecer su benevolencia, si no por la brillantez de las imágenes, al menos por la verdad de ellas; si no por la ostentacion de una pedantesca ciencia, por el interés de una narracion sencilla; y finalmente, sino por el puuzante aguijon de la sátira, por el festivo lenguage de la crítica. Las costumbres de la que en el idioma moderno se llama *buena sociedad,* las de la medianía, y las

del comun del pueblo, tendrán alternativamente lugar en estos cuadros, donde ya figurará un drama lloron, ya un alegre sainete. Empero nadie podrá quejarse de ser el objeto directo de mis discursos, pues deben tener entendido que cuando pinto, no retrato.

Esto supuesto, y entretanto que otros artículos preparo, saldrán á lucir sin formalidad ni cumplimiento *Los cómicos en Cuaresma, La empleo-mania. El dia* 30 *del mes, El Patio del Correo, El pleito, La sala y la cocina, El teatro, La comida de campo,* y otros muchos ya borrajeados, ya *in pectore,* donde vayan encontrando su respectivo lugar todas las virtudes, todos los vicios y todos los ridículos que forman en el dia nuestra sociedad; donde los usos generales, los dichos familiares, caractericen el pueblo actual, llevando en su veracidad la fecha del escrito; y donde al mismo tiempo que se ataque al ridículo, se vengue al carácter nacional de los desmedidos insultos, de las estravagantes caricaturas con que le han presentado sus antagonistas. ¡Ojalá que guiado por una luz diáfana acierte á llenar mi propósito, y ojalá que el público al leer estos artículos diga con Terencio: «*Sic nunc sunt mores.*»—«¡Tales son nuestras actuales costumbres!»

(Abril de 1832.)

LOS COMICOS EN CUARESMA.

«Y con todo esto, son necesarios en la república, como lo son las florestas, las alamedas y las visitas de recreacion, y como lo son las cosas que honestamente recrean.»

Cervantes. Lic. Vidriera.

«Amigo mio; hallándome comprometido á quedarme en el presente año con el teatro de esta ciudad, y conociendo la aficion de usted á estas cosas, le ruego y espero de su amistad se sirva proporcionarnos una buena compañía, pues en esa, donde se hallan actualmente la mayor parte de los actores, será cosa fácil, y mas para usted. No me estiendo á mas, porque usted comprende mi idea, y solo me limitaré á manifestarle que el tiempo urge, y que no da ya lugar para una negativa. A dios, amigo mio.»

Tal, punto por coma, fué la epístola con que los dias pasados se me insinuó mi corresponsal de..., poniéndome con su contenido en uno de los apuros mayores en que me ví en la vida; porque si bien es cierta mi aficion al teatro, tambien lo es que nunca ha pasado mas allá de la or-

questa, y que para mí sus interioridades son tan desconocidas como las islas del polo.

Pero en fin, despues de haber cavilado tres cuartos de hora con la carta en la mano, hirió mi imaginativa el feliz recuerdo de *don Pascual Bailon Corredera,* el hombre mas á propósito de este mundo para sacarme del empeño.—Porque este don Pascual es un hombre de vara y tercia, que entra, sale y bulle por todas partes, y tan pronto se le halla en la antecámara de un ministro, como en los bastidores de un teatro; ya paseando en landó con una duquesa, ya sentado en una tienda de la calle de Postas: ora disponiendo una comida de campo, ora acompañando á un entierro; ó disputando en una librería, ó pidiendo para los pobres del barrio á la puerta de una iglesia.

Este era el hombre, en fin, que yo necesitaba, y sin perder momento corrí á avistarme con él: halléle componiendo su itinerario del dia (del que en gracia de la brevedad hago gracia á mis lectores); mas luego que le hube enterado de mi negocio, varió de plan, aceptó mi encargo, y convenidos en un todo echamos á andar para desempeñarle. Don Pascual, sin manifestarme adonde me conducia, me persuadió de que al momento encontrariamos gente conocida entre los venidos de las provincias, y que de un golpe nos pondrian en el justo medio de nuestra negociacion.

—«Porque ya sabe usted, añadió, que durante la Cuaresma, en que se cierran todos los teatros, hasta el domingo de Pascua, en que empieza el nuevo *año cómico, bajan* á Madrid los *autores ó formadores* de las compañías, los cómicos y acompañamiento; y realizados aquí los ajustes salen para los puntos respectivos, para formar una compañía; por lo regular el empresario, que suele ser un actor antiguo ó un individuo unido al teatro por lazos de con-

sanguinidad, reune las *partes* que le convienen, y sin mas adelanto que el preciso para gastos del viage y algunos dias de asistencia á toda la compañía, cobra despues durante las funciones de todo el año el 25 por 100 ó mas del capital adelantado; y para hacer el reparto del producto de aquellas con proporcion, se figura á cada individuo lo que se llama *partido*;—v. g.—A; primer galan, entra con partido de 40 rs.; B con 30; y C con 20: siendo la entrada 225 rs. tocará al primero 100 rs., al segundo 75, y 50 al tercero, á razon de *dos partes y media*; pero como el producto en las provincias es corto, por muchas causas, apenas llegan á cobrar mas de *media parte* ó *un cuarteron* del partido; asi que no es de estrañar la miseria en que generalmente se ven los cómicos *de la legua*, y aun los de las primeras capitales de provincia. Solo en Madrid, Barcelona y alguna otra ciudad pueden subsistir con decoro y dárselo tambien á la escena; las demás son compañías de *pipirijaña*, como ellos dicen.

—«¿Y hacen ellos esa distincion?»

—Esa y otras muchas, aunque ya con el transcurso del tiempo van olvidándose; pero si quiere usted enterarse por menor de ello, lea usted el famoso Agustin de Rojas, quien en su *Viage entretenido* nos dejó una graciosísima esplicacion de las ocho maneras de comparsas de representantes, á saber; *Bululú, Ñaque, Gangarilla, Cambaleo, Garnacha, Bogiganga, Farándula*, y *Compañía*. Léala usted, pues, que es rato divertido.

—«Pero ahora no subsisten ya esas distinciones.»

—Sin embargo, con poca diferencia la cosa en el fondo es la misma; no es esto decir que en el dia vayan forrados de carteles como el famoso Melchor Zapata del Gil Blas; pero tambien es la verdad que suelen andar sin forro de ninguna clase; y aun empeñado el año siguiente para co-

mer el actual. En fin, ya llegamos al punto céntrico, y lo que en él vamos á ver suplirá mis esplicaciones.—

Al decir esto, hicimos alto en la embocadura de la calle ancha de Peligros, y enfilamos por medio la espaciosa puerta del parador de Zaragoza y Barcelona, que segun mi amigo es desde tiempo inmemorial el central depósito de toda gente de teatro advenediza; atravesamos el zaguan, subimos la escalera, y siguiendo lo largo de los corredores, se nos ofreció á la vista una multitud de habitaciones todas abiertas, todas disponibles, y todas llenas de mugeres cantando, viejos que fumaban, ó chiquillos alborotadores. Acercámonos á una, de donde oimos salir grandes voces, y creimos asistir á una pendencia de provecho: mas toda ella se reducia á un cigarro que habia faltado de cierta petaca; aunque los interlocutores á fuer de *damas* y *galanes nobles* chillaban tanto y tan recio, y accionaban con tal calor (fuerza de la costumbre), que al pronunciar una de las damas esta terrible amenaza,

«dame el cigarro, ó las habrás con Roque,»

hubimos de entrar de *partes de por medio* para terminar aquella escena, que podria figurar airosamente en uno de los dramas modernos.

Arrancada que fué á la lid aquella heroina, restituida súbitamente á la calma por una de aquellas transiciones rápidas que son tan frecuentes en el mundo *de carton*, separadas las melenas nada airosas que cubrian su pronunciada faz, y enjugados aquellos luceros que el corage habia eclipsado:—«¿Es usted, mi querida Narcisa?» (esclamó don Pascual con un arrebato verdaderamente dramático.)—¡Don Pascual! Usted... pues... ¡quién habia de pensar...!—¡Ingrata! y ¡qué poco ha conservado usted

la memoria de mi cariño!—¡Ingrato! ¡y cuán mal ha pagado usted mi amor!»—

La esplicacion iba siendo vehemente, y yo entretanto hube de tomar el recurso de reconocer el vestuario, que pendia colgado de sendos clavos alrededor de las paredes del cuarto. Llamóme primero la atencion un pantalon azul, un marsellés de calesero, y una cortina de muselina blanca en forma de turbante, sobre cuyo atavío habia un carton que en letras gordas decia: «*Trage de Otelo y demás moros de Venecia y de otras partes.*»—Mas allá un tonelete, una coraza y una peluca á la Luis XIV, llevaban por distintivo: «*Trage de Cárlos V, sobre Tunez.*»—Una mantilla de tafetan con lantejuelas, y un vestido de percal francés: «*Trage de Dido y tambien de la viuda de Malabar, con un crespon negro.*»—Un tontillo, una escofieta y un jubon con faldillas: «*Trage de Semíramis en la Esclava del Negro Ponto, y demás comedias de Moratin.*»—Un pantalon de mahon *figurando carne*, una camisa de muger y un cinto de cuero: «*Trage de Isidoro en el Orestes.*»—Y por este estilo iba siguieudo todo el equipage, hasta unos ocho ó diez trages de ambos sexos. Pero en llegando aquí, escuché claramente la voz de don Pascual, quien despues de un buen rato de cuchicheo preguntaba á Narcisa por su marido.—No sé, contestó ella; ya sabes (y advierta de paso el lector que se habian apeado el tratamiento) que por aquella carta tuya con tu sortija, que me sorprendió, huyó de mí dejándome en Málaga, donde creo que se embarcó, y hace diez años que...—Pues luego, ¿esos trages de moros y cristianos...—Esos trages son... son...—¿De quién, ingrata?—Del segundo galan.

A este punto, ya creí yo poder terciar en la conversacion y preguntar á entrambos cuándo podriamos empezar nuestra contrata.—Ahora mismo, contestó don Pascual:

por de pronto ya tenemos dama.—Fáltanos, sin embargo, el galan, á menos que usted...—El galan, (replicó Narcisa) le hallarán ustedes con todos los demás compañeros en la plazuela de Santa Ana: hablándole á usted con franqueza, (añadió en voz baja á don Pascual) él no es gran cosa, pero...—Lo demás de la esplicacion no lo pude oir. Levantóse de allí á un momento mi amigo, y despidiéndonos de Narcisa, emprendimos la marcha hácia la plazuela.

Hervia esta en corrillos en el punto en que la pisamos. Hombres de todas edades, trages y cataduras, corrian, se agitaban, se reunian, se separaban, hablaban á voces, hablaban en secreto, y de esta mezcla, de esta actividad resultaba un espectáculo singular; aqui un grupo de cuatro, vestidos, cuál con pantalon de verano, casaquilla gris y gorrita francesa; cuál con su gran capa color de corteza y sombrero calañés, trataban de formar una compañía bajo la bandera de uno de levita blanca, á quien todos agasajaban y perseguian; mas allá se disolvia estrepitosamente otra; de un lado se cerraba un ajuste, y ambos contrayentes corrian á firmarlo al inmediato café de Venecia; del otro se armaba una disputa entre dos interlocutores sobre su mérito respectivo.

Formando el primer término de este cuadro y entre la acera de la calle del Prado y los árboles de la plazuela, se dejaban ver en numeroso grupo los individuos de las compañías de la córte, manifestando en sus modales y en su vestido el buen tono y la elegancia. Hablaban de sus teatros, de sus empresas, encarecian sus protecciones, despreciaban sus sueldos, se lamentaban de la decadencia del arte, animábanse contra la boga de la ópera, contaban las intrigas de bastidor, y cuchicheaban en voz baja sobre los que ya *habian firmado*. Por via de sainete se reian de los pobres advenedizos, y con cuestiones malignas ó alabanzas

exageradas, contribuian á mantenerlos en su petulancia y disputas eternas, y en acabando estas, las hacian volver á empezar.

Don Pascual y yo nos dirigimos á los cortesanos á fin de que nos prestasen el auxilio de sus luces en nuestra árdua operacion; hiciéronlo asi, y llamando por sus nombres á varios, nos los presentaron como *galanes, barbas, graciosos, caracteristicos y partes de por medio.* No bien corrió la voz de que éramos *formadores,* nos empezaron á sitiar, á acosarnos, á embestirnos por todos lados, y mientras un galan de cincuenta y ocho años nos esplicaba su ternura tirándonos del boton de la casaca y humedeciéndonos con el rocío que salia por entre su despoblada dentadura, un barba mal encarado, con voz cigarreña y aguardentosa, nos hablaba de su formalidad; y el gracioso subido en un guardacanton nos ensordecia á gritos para hacernos reir. Estando en esto sentí por la espalda unos golpecitos de baston, y me encontré con un hombre de mala traza que me llamó aparte.

—«Pues señor (haciéndome tres cortesías), no he podido menos de compadecerme al considerar que le ha rodeado á vd. la escoria del arte; porque ha de saber vd. que esos son de los que nadie quiere, y de los que llegará el domingo de Ramos y tendrán que reunirse en una compañía de *conformes,* como decimos nosotros.»—Y con esto se fué estendiendo lo mejor que supo en pintarme los defectos de varios de ellos; aunque á decir verdad, sospeché por su esplicacion que él debia ser el peor de todos. Los demás nos miraban con sospecha, y yo la tuve de que adivinaban nuestra conversacion, en tanto que los de Madrid con risas y señas me daban á entender el concepto que les merecia mi oficioso interlocutor.

Tratábame ya de desembarazar de él á toda costa,

cuando el nombre de *Narcisa* que pronunció, me hizo caer en la cuenta de que el tal era el suplente del marido de la dama de mi amigo, con lo cual llamé á este y le dejé con él, mientras que yo me salvé entre los de Madrid, que me convidaron á ver por mí mismo la gracia de mi consultor en un *particular* que celebraban á la noche.—¿Y qué es un *particular*? repliqué yo.—Llámanse asi, me contestó uno de los mas mesurados, las tertulias de exámen que suelen celebrarse en casa de algun actor para oir á los de las provincias. El nombre se ha conservado de lo antiguo, por la costumbre que habia de representar en las casas de los magnates y sugetos particulares.

«Solian con efecto (dice Pellicer) los señores, los togados y la gente principal, llamar á los comediantes á sus casas para que hiciesen en ellas algunos *pasos* (y aun comedias), y cantasen, despues de haber representado en los *corrales*; y á esta diversion casera llamaban *un particular*.»

—Que me place, dije yo, y acepto gustoso el convite á nombre de mi amigo y mio.

Con esto y con dejar citados á varios para el siguiente dia en nuestra casa, salimos de la plazuela, discurriendo alegremente sobre lo que habiamos visto, hasta que llegada que fué la noche, marchamos al convite. Ya la sala estaba henchida de damas y galanes, de literatos y curiosos que habian acudido á aquel certámen artístico. Tuvo principio este con varias relaciones de *La Moza de cántaro*, *La vida es sueño* y el *Tetrarca de Jerusalen*, repetidas con el énfasis y los manoteos de costumbre; luego siguieron varias escenas chistosas y remedos de animales (en los cuales algunos no se hacian gran violencia), y se reservó para final una escena trágica de Otelo, entre la bella Narcisa y su compadre el galan de la plazuela.

Difícil seria pintar la originalidad del modo de representar de este; sus inflexiones, sus suspiros, sus movimientos; solo diré que era cosa de deshacerse en lágrimas de risa; asi como al contrario, la dama, por su naturalidad hacia nacer sentimientos diferentes. Brillaban, al oir los aplausos á esta, los ojos de don Pascual, si bien alguna vez los dejaba caer con desconfianza hácia la puerta de la alcoba, donde además se apercibia un hombre embozado y en pie. Lleno de curiosidad, preguntó quien era aquel sugeto misterioso, y se le contestó que un escelente actor venido de fuera; pero que no queria representar aquella noche.

En tanto la escena entre Narcisa y Roque (Otelo y Edelmira) fué animándose hasta el punto en que dice esta:

. . . . .«Todo me mata,
todo va reuniéndose en mi daño.. »

— «Y todo te confunde, desdichada.»

prorumpió un grito agudo lanzado de la alcoba. Las miradas de todos se dirigieron rápidamente hácia aquel punto; pero ya el embozado interruptor habia franqueado de un salto el espacio que le separaba de su víctima, habia soltado la capa, y cogiendo del brazo á aquella,

«Mírame, ¿me conoces...? ¿me conoces?...?»

la dice con toda la verdad y rabiosa espresion que en tal verso animaba al célebre Maiquez. Un grito de Edelmira fué la única contestacion, y cayó sin sentido. Los circunstantes nos deshacíamos á aplausos y bravos, y es-

tos crecieron al oir al nuevo Otelo dirigir á la infeliz estas palabras:

«El cielo soberano te castiga
por un medio distinto.... ¿Ves la carta?
pues mira la sortija, aquí la tienes.»

Pero viendo que Edelmira nada respondia, que el galan primero, amostazado con el nuevo aparecido, se disponia á recobrar su puesto, y que este no mitigaba su encono, llegamos á sospechar que allí podria haber algo mas que fingimiento; y por mi parte adiviné de plano la causa, viendo escurrirse bonitamente á don Pascual, diciéndome al despedirse: «Es él....»

Apresurámonos todos á volver en sí á Narcisa y su marido (que tal era el nuevo Otelo), y conduciendo gradualmente el negocio, vinimos al fin de media hora á una reconciliacion conyugal, que terminé yo apalabrando á entrambos para mi compañía. En cuanto á Roque, desapareció de nuestra vista, y es fama que aquella noche no durmió ya en Madrid.

En los siguientes dias acabé de contratar la comparsa, hasta que reunidos en número de catorce, ajusté una gran galera, donde se empaquetaron entre cofres y maletas, y escribí á mi amigo una carta de *remesa*. Al cabo de unos dias me ha acusado el recibo del cargamento sin avería de ninguna especie.

(Abril de 1832.)

LA ROMERIA DE SAN ISIDRO.

«Plácenme los cuadros en narracion, porque en cuanto á los de lienzo, aunque no dejo de hablar de ellos como tantos otros, confieso francamente que no los entiendo.»

Diderot.

Asi lo ha dicho un autor francés: por supuesto que lo decia en francés, porque tienen esta gracia los escritores de aquella nacion, que casi todos escriben en su lengua; no asi muchos de nuestros castellanos, que cuando escriben no se acuerdan de la suya; pero en fin, esto no es del caso; vamos á la sustancia de mi narracion.

Yo queria regalar á mis lectores con una descripcion de la Romería de San Isidro, y para ello me habia propuesto desde la víspera darme un madrugon y constituirme al amanecer en el punto mas importante de la fiesta. Por lo menos tengo esto de bueno, que no cuento sino lo que veo, y esto sin tropos ni figuras; pero viniendo á mi asunto, digo, que aquella noche me acosté mas temprano que

de costumbre, revolviendo en mi cabeza el exordio de mi artículo.

«Romería (decia yo para darme cierta importancia de erudito) significa el viage ó peregrinacion que se hace á algun santuario,» y si hemos de creer el Diccionario de la lengua, añadiremos que «se llamó asi porque las principales se hacian á Roma.»—Luego vino á mi imaginacion la memoria de Jovellanos, quien considerando á las romerías como una de las fiestas mas antiguas de los españoles, añade: «La devocion sencilla los llevaba naturalmente á los santuarios vecinos en los dias de fiesta y solemnidad, y allí satisfechos los estímulos de la piedad, daban el resto del dia al esparcimiento y al placer.» Esto, segun la ya dicha respetable autoridad, acaecia en el siglo XII, y mi imaginacion se dirigia á cavilar sobre la fidelidad de los pueblos á sus antiguas usanzas.

Largo rato anduvieron alternando en mi memoria, ya las famosas de Santiago de Galicia, ya las de nuestra Señora del Pilar de Zaragoza; y parecíame ver los peregrinos con su bordon y la esclavina cubierta de conchas acudir de luengas tierras á ganar el jubileo del año santo. Luego se me representaban las animadas fiestas de esta clase que aun hoy se celebran en las Provincias Vascongadas, y de todo ello sacaba observaciones que podrán tener lugar cuando escribiera la historia de las romerías, que no dejaria de ser peregrina; mas por lo que es ahora, no venian á cuento, pues que solo trataba de formar el cuadro de la de San Isidro en nuestra capital. En fin, tanto cavilé, tantos autores revolví en los estantes de mi cabeza, tal polvo alcé de citas y pergaminos, que al cabo de algunas horas me quedé dormido profundamente.

La imaginacion empero no se durmió: afectada con la idea de la próxima funcion, me trasladó á la opuesta orilla

del Manzanares, al sitio mismo donde la emperatriz doña Isabel. esposa de Cárlos V, fundó la ermita del patron de Madrid, en agradecimiento de la salud recobrada por su hijo el príncipe don Felipe con el agua de la vecina fuente, que segun la tradicion abrió el santo labrador al golpe de su hijada para apagar la sed de su amo Iban de Vargas. Dominaba desde allí la pequeña colina sobre que está situada la ermita, y la desigualdad del terreno, los paseos que conducen á ella, y las elevadas alturas que la rodean, encubrian á mi imaginacion la natural aridez de la campiña; añádase á esto la inmediacion del rio, la vista de los puentes de Toledo y Segovia, y mas que todo, la estensa capital que se ostentaba ante mis ojos por el lado mas agradable, ofreciéndome por términos el Palacio Real, el cuartel de Guardias y el Seminario de nobles á la izquierda, el convento de Atocha, el Observatorio y el Hospital general á la derecha; al frente tenia la nueva puerta de Toledo, y desde ella y la de Segovia la inmensa muchedumbre precipitándose al camino formaba una no interrumpida cadena hasta el sitio en que yo estaba ó creia estar.

Mi fantasía corria libremente por el espacio que media entre el principio y el fin del paseo, y por todas partes era testigo de una animacion, de un movimiento imposibles de describir. Nuevas y nuevas gentes cubrian el camino; multitud de coches de colleras corrian precipitadamente entre los ligeros calesines que volvian vacíos para embarcar nuevos pasageros; los briosos caballos, las mulas enjaezadas, hacian replegarse á la multitud de pedestres, quienes para vengarse, los saludaban á su paso con sendos latigazos, ó los espantaban con el ruido de las campanas de barro. Los que volvian de la ermita, cargados de santos, de campanillas y frascos de aguardiente

bautizado y confirmado, los ofrecian bruscamente á los que iban, y estos reian del estado de acaloramiento y exaltacion de aquellos, siendo asi que podrian decir muy bien.—Vean ustedes como estaré yo á la tarde.—Las danzas improvisadas de las manolas y los majos; las disputas y retoces de estos por quitarse los frasquetes; los puestos humeantes de buñuelos, y el contínuo paso de carruages, hacian cada momento mas interrumpida la carrera, y esta dificultad iba creciendo segun la mayor proximidad á la ermita.

Ya las incansables campanas de esta herian los oidos, entre la vocería de la muchedumbre que coronaba todas las alturas, y apiñándose en la parte baja hacia sentir su reflujo hasta el medio del paseo. Los puestos de santos, de bollos y campanillas, iban sucediéndose rápidamente hasta llegar á cubrir ambos bordes del camino, y cedian despues el lugar á tiendas caprichosas y surtidas de bizcochos, dulces y golosinas, eterna comezon de muchachos llorones, tentacion perenne de bolsillos apurados. Cada paso que se avanzaba en la subida, se adelantaba tambien en el progreso de las artes del paladar; á los puestos ambulantes de buñuelos, habian sucedido las escitantes pasas, higos y garbanzos tostados; luego los roscones de pan duro y los frasquetes, alternaban con las tortas y soldados de pasta-flora; mas allá los dulces de ramillete y bizcochos empapelados, ofrecian una interesante batería: y por último, las fondas entapizadas ostentaban sobre sus entradas los nombres mas caros á la gastronomía madrileña, y brindaban en su interior con las apetitosas salsas y suculentos sólidos.

¡Qué espectáculo manducante y animado! Cuáles sobre la verde alfombra formaban espeso círculo en derredor de una gran cazuela, en que vertian gruesos can-

tarillos de leche de las Navas sobre una gran cantidad de bollos y roscones; cuáles ostentando un noble jamon le partian y subdividian con todas las formalidades del derecho.

La conversacion por todas partes era alegre y animada, y las escenas á cual mas vária é interesante.—Por aquí unos traviesos muchachos, atando una cuerda á una mesa llena de figuras de barro, tiraban de ella corriendo, y rodaban estrepitosamente todos aquellos artefactos, no sin notable enojo de la vieja que los vendia; por allá un grupo de chulos, al pasar por junto á un almuerzo, dejaban caer en el cuenco de leche una campanilla; ya levantándose otros, volvian á caer impelidos de su propio peso; ó bien al concluir un almuerzo rompian un gran botijo tirándole á veinte pasos con *blandos* bollos, restos del banquete. Los chillidos, las risas, los dichos agudos se sucedian sin cesar; y mientras esto pasaba de un lado, del otro los paseantes se agitaban, bebian agua del Santo en la fuente milagrosa, intentaban penetrar en la ermita, y la turba saliente los obligaba á volver á bajar las gradas, penetrando al fin en el cementerio próximo, donde reflexionaban sobre la fragilidad de las cosas humanas, mientras concluian los restos del mazapan y bizcocho de galera.

En la parte elevada de la ermita algunos cofrades asomaban á los balconcillos ostentando enmedio al santero vestido con un trage que remedaba al del Santo labrador, y en lo alto de las colinas cerraban todo este cuadro varios grupos de muchachos que arrojaban cohetes al aire.

La parte mas escogida de la concurrencia refluye en las fondas, adonde aguardaban de pié y con sobrada disposicion de almorzar, mientras los felices que llegaron

antes no desocupaban las mesas. La impaciencia se pintaba en el rostro de las madres, el deseo en el de las niñas, y la incertidumbre en los galanes acompañantes: entretanto los dichosos sentados saboreaban una perdiz ó un plato de crema, sin pasar cuidado por los que les estaban contando los bocados.

Desocúpase en fin una mesa... ¡qué precipitacion para apoderarse de ella!... Ocúpanla una madre, tres hijas y un caballero andante, el cual, á fuer de galan, pone en manos de la mamá la lista fatal. Los ojos de esta brillan al verla... «Pichones,» «pollos,» «chuletas...» ¿qué escogerá?—Yo, lo que vds. quieran; pero me parece que ante todo debe venir un par de perdices; tú, Paquita, querrás un pollito, ¿no es verdad?—«Venga,» gritó el galan entusiasmado.—y tú, Mariquita, ¿jamon en dulce?—Pues yo á mis pichones me atengo.—Vaya, probemos de todo.—Venga de todo,»—respondió el Gaiferos con una sonrisa si es no es afectada.

Con efecto, el mozo viene, la mesa se cubre, el trabajo mandibular comienza, y el infeliz prevee, aunque tarde, su perdicion; mas entretanto, Paquita le ofrece un alon de perdiz, y en aquel momento todas las nubes desaparecen. La vieja incansable vuelve á empuñar la lista.—Ahora los fritos y asados, dice, y señala cinco ó seis artículos al espedito mozo. No para aquí, sino que en el furor de su canino diente, embiste á las aceitunas, saltando dos de ellas á la levita del amartelado; cae y rompe un par de vasos, y para hacer tiempo de que vuelva el mozo, se come un salchichon de libra y media.

Tres veces se habian renovado de gente las otras mesas y aun duraba el almuerzo, no sin espanto del jóven caballero, que calculaba un resultado funesto; las muchachas, cuál mas, cuál menos, todas imitaban á la ma-

má, y cuando ya cansadas apenas podian abrir la boca, las decia aquella:—Vamos, niñas, no hay que hacer melindres;—y siempre con la lista en la mano traia al mozo en continua agitacion.

Por último, concluyó al fin de tres horas aquel violento sacrificio; pídese la cuenta al mozo, y este, despues de mirar al techo y rascarse la frente, responde: «Ciento cuarenta y dos reales.»—El Narciso á tal acento varía de color, y como acometido de una convulsion, revuelve rápidamente las manos de uno á otro bolsillo, y reuniendo antecedentes, llega á juntar hasta unos cuatro duros y seis reales: entonces llama al mozo aparte, y mientras hace con él un acomodo, la mamá y las niñas rien graciosamente de la aventura.

Arreglado aquel negocio, salen de la fonda, llevando al lado á la Dulcinea con cierto aire triunfal; pero á pocos pasos, un cierto oficialito, conocido de las señoras, que se perdió á la entrada de la fonda, vuelve á aparecer casualmente y ocupa el otro lado de doña Paquita, no sin enojo del caballero pagano. Mas no pára aquí el contratiempo; á poco rato, el escesivo almuerzo empieza á hacer su efecto en la mamá, y se siente indispuesta; el síntoma catorce del *cólera* se manifiesta estrepitosamente, y las niñas declaran al pobre galan que por una consecuencia desgraciada, su mamá no puede volver á pie....

No hay remedio; el hombre tiene que ajustar un coche de colleras y empaquetarse en él con toda la familia; mas, el aumento del recienvenido, que se coloca en el testero entre Paquita y su madre, quedándole al caballero particular el sitio frontero á esta para ser testigo de sus náuseas y horribles contorsiones. El cochero en tanto ocupa su lugar, y *chas... co-mandanta...*

Al ruido del coche desperté precipitado, y mirando al reloj ví que eran las diez, con lo cual tuve que desistir de la idea de ir á la romería, quedándome el sentimiento de no poder contar á mis lectores lo que pasa en Madrid el dia de San Isidro.

(Mayo de 1832.)

LA EMPLEO-MANIA.

.....Hic vivímus ambitiosa
paupertate omnes.

Horat.

—Pues como digo á vd., el tal don Anselmo es un mayorazgo acomodado en una de las primeras villas de Andalucía; es jóven, buena presencia, amable, bondadoso; pero tiene una debilidad, cual es el afan de figurar; y no contento con la consideracion que sus bienes y demás cualidades le dan en su pueblo, siempre anda buscando cargos y comisiones que, á lo que él cree, contribuyen á realzar su esplendor. ¿Quién sabe lo que él intrigó para hacerse nombrar mayordomo de la cofradía de aquella iglesia parroquial? Consiguiólo, y aquel año pagó la mayordomía bien cara; despues aspiró al honor de síndico y tambien se le decretaron; pero precisamente en ocasion en que los fondos de propios estaban muy atrasados, con que tuvo que suplir para el pago de contribuciones; luego fué alcalde y cuadrillero; mas pareciéndole

ya su pueblo un círculo estrecho para su importancia, se hizo comisionar por el ayuntamiento para seguir un pleito en la chancillería de Granada; allí se olvidó de su muger y de su casa, y solo pensó en buscar recomendaciones, solicitar favor y derramar su dinero en encargos agenos. Hasta entonces con el producto de sus haciendas no habia necesitado un empleo; ahora ya lo necesitaba, porque aquel cada dia era menor. En vano su esposa y sus amigos han procurado hacerle volver en sí, inclinándole á fomentar su patrimonio y buscar en él una subsistencia independiente; él no oye razones, y por una plaza de oficial duodécimo de cualquiera oficina, daria su mayorazgo, sus demás bienes, y hasta creo que su muger y sus hijos. Por último, se ha dejado de rodeos y se ha venido á Madrid, donde permanece hace dos años, gastando lo que ya no tiene, acosando los ministerios á memoriales, solicitando recomendaciones de los lacayos para los cocineros, de estos para mayordomos y ayudas de cámara, de estos para señoras que le venden mucha proteccion, y de ellas para señores que de todo se acuerdan menos de él; haciendo antesalas y cortesías, consumiendo zapatos; sombreros y papel sellado, y corriendo en fin tras un fantasma que se le escapa de las manos. ¿No le parece á vd. un ente original?

—Esto sin duda (replicó *don Fidel de la Vera-Cruz*, con quien yo suelo dar mis paseos filosóficos desde la puerta de Segovia á la de Toledo); pero por desgracia tiene entre nosotros bastantes copias. (Al llegar aqui hicimos alto como unos dos minutos; sacó don Fidel su caja, ofrecióme un polvo, tiré yo el que tenia entre los dedos, tomé otro de aquella, él hizo lo mismo, y prosiguió la conversacion.)

—La manía de don Anselmo es general; ni el propieta-

rio rico, ni el industrioso fabricante, ni el comerciante, ni el letrado, ni ninguna de las otras clases independientes, se consideran por sí solas bastantes lucidas como no vayan acompañadas *del empleito*. Este falso raciocinio, esta terrible manía, es la que despuebla nuestros campos y nuestras fábricas, al mismo tiempo que hinche de pretendientes las antecámaras y las oficinas; la que arranca al comercio y á la industria los brazos mas útiles para ocuparlos en trabajos rutinarios; la que hace de un hombre activo un intrigante, de un literato un adulador, de un afortunado un ambicioso. Esta es la que á tantos ha hecho infelices, sacándoles del círculo en que pudieran haber brillado, y esta, en fin, á quien debo yo todas las adversidades de mi vida.—

Volvimos á callar y paseamos un rato en silencio; pero animado con aquel exordio, y con la franqueza de la amistad, rogué al amigo que me esplicase lo que él llamaba sus adversidades, á lo cual condescendió de esta manera.

—«Mi padre era un comerciante acreditado en Alicante, que habiendo heredado del suyo un pequeño capital adquirido en la mercadería de sedas, supo aprovechar de tal modo su trabajo, que en pocos años logró elevar su comercio á una altura mas que mediana; tranquilo en el seno de su familia y de sus negocios, disfrutaba de una vida activa sin agitacion, y embellecida por la risueña perspectiva de un aumento progresivo en su fortuna. Varios negocios de comercio le trajeron á Madrid, donde alternando con personas importantes, acostumbrándose al ambiente de los salones, y ofuscado por el brillo de los bordados y el seductor lenguaje de la córte, hubo de recibir una impresion demasiado viva, con lo cual empezó á mirar con desden su bufete, sus fábricas y sus especulaciones mercantiles.

»Su carácter amable é interesante, su talento y finos modales, no tardaron en granjearle un lugar distinguido en la sociedad, y por fin un empleo de importancia vino á colmarle de placer. Este dia, que él celebró como el de su triunfo, fué el primero de sus infortunios.

»Precisado á vivir en Madrid á consecuencia de su nuevo empleo, pasó á Alicante para arreglar sus negocios y trasferirlos en un todo á un primo mio, volviendo á la capital con mi madre y conmigo. Yo entonces era muy niño; pero fuese adulacion de padre, ó fuese realidad, siempre aquel ponderaba en mí, mientras estuvimos en Alicante, mi disposicion para el comercio; mas la nueva carrera á que se veia llamado le hizo variar de plan.

»Por de pronto no se pensó mas que en hacerme olvidar los resabios de provincia y constituirme un señorito á la moda. Mis padres por su parte se esforzaban en brillar cuanto podian. Gran casa, gran mesa, bailes, academias, abono en el teatro, nada faltaba á su esplendor, y nuestra casa fué muy pronto de las que *estaban en el mapa* de la brillante sociedad de Madrid. Entretanto yo aprendia á bailar, tiraba el florete, montaba á caballo, leia en francés y escribia á la inglesa, á la rusa y á la italiana, con lo cual y mi elegante persona, me veia halagado con la idea de una brillante suerte futura.

»Llegué á tener diez y seis años, y mis padres, que ya no podian soportar mis gastos, pensaron en hacerme conocer que sus productos no correspondian y que era preciso que yo trabajase y ganase algo, ó por lo menos, que empezase á hacerme digno de ello, con que me propusieron que dijese la carrera que queria seguir. Entonces eché mis cuentas.—¿Comercio?—Yo carecia de los conocimientos necesarios, y aunque veia prosperar á mi primo, no era cosa de irme yo á poner bajo sus órdenes, y

reducirme otra vez á Alicante.—¿Letras?.—Yo no las entendia; por otro lado de nada sirven, no siendo las de cambio ó las de universidad.—¿Milicia?—La verdad, no tenia grandes ánimos, y eso de esponerse uno á que una bala...—¿Iglesia?—¿Cómo, si me sentia inclinado á la *propaganda*?—¿Medicina? ¿Artes?—¡Para todo esto hay tanto que estudiar!!!—Pues señor (le dije á mi padre), como vd. no me coloque en una oficina, aunque sea de meritorio...—Bravo, bravo; no esperaba yo menos de tí, me dijo mi padre muy satisfecho, y desde aquel dia empezó á trabajar para ello.

»No tardó mucho en conseguirlo, porque sus relaciones eran grandes, y asi que á poco tiempo, y á pesar de mi repugnancia natural al trabajo, pude ascender á cuatrocientos ducados de sueldo, con lo cual, y con mi uniforme y real título, me consideré un personage de la mas alta importancia. Y estaba tan fiero, que respondi en un tono bastante altivo á mi primo, que me escribió proponiéndome asociarme á su casa y fortuna.

»El amor vino poco despues á alterar mi tranquilidad; mas por desgracia el objeto que me le inspiró, no estaba conforme con mis ideas de engrandecimiento. Asi lo advirtió mi padre, y participando tambien de ellas, fijó su atencion en la hija única de mi gefe, y me la propuso acompañada de un brillante empleo que se me haria obtener. El amor luchó largo tiempo en mi corazon con la vanidad; pero el sistema de mi educacion era muy conforme á hacer triunfar á esta; así se verificó; yo recibí una esposa que mi alma miraba con tedio, y sacrifiqué al destino la desgraciada víctima de mi pasion; mi arrepentimiento la vengó muy luego.

»Mi esposa era una muger altiva, acostumbrada á ser obedecida, y en mí veia un marido á quien ella ha-

bia elevado á su altura; cuya consideracion la hacia insufrible, dándola un dominio absoluto sobre mí. Poco despues de mi matrimonio faltaron mis padres, dejándome por única herencia algunas deudas considerables, que contribuyeron no poco á abreviar su vida, y quedando en un todo á merced de los caprichos de mi esposa. Quise resistirlos; se me amenazó con la separacion y pérdida de mi empleo; cedí, y me ví hecho el juguete de mi casa. Entretanto el cielo habia tenido á bien regalarme dos niños y una niña, y mi esposa los educaba á su modo, quiero decir, como la habian educado á ella y á mí. Mi casa hervia en diversiones, y mi sueldo siempre le llevaba gastado con tres meses de adelanto; pero ella se aturdia con las músicas y festines, y yo no osaba hablar alto, de miedo de que todos me echasen en cara mi ingratitud. ¡Miserable condicion la de un marido vendido al interés!

»Mi muger era intriganta y tenia mucho favor, y yo la perdonaba los malos ratos, en gracia de los ascensos y mercedes que prodigaba sobre mí. Verdad es que me los hacia pagar bien caros, pues aun me acuerdo de un dia que se me concedió un sobresueldo de 4,000 reales, y me hizo gastar 12,000 en trages y funciones.

»Ya los hijos iban creciendo, y por mas que la queria hacer sentir la necesidad de darles carrera, no lo permitia lo que ella llamaba su *ternura maternal*, halagándome siempre con la idea de que mediante sus conexiones los conseguiria á cada uno un buen empleo, con lo cual yo dejábame dormir en estos sueños lisongeros. Estaba del cielo que las pobres criaturas habian de ser víctimas de la misma manía que su abuelo y su padre.

»Todos tres estaban ya en edad de figurar y apenas sabian leer; mi esposa empezaba á pensar en ellos algu-

na vez, cuando la falta de uno de los personages con quien ella contaba, vino á desbaratar sus proyectos, y á poco tiempo la arrebató la muerte tambien, dejándome con los muchachos sin educacion y sin apoyo. Mi carácter, tanto por el sistema de mis primeros años, cuanto por la especie de dependencia en que siempre me tuvo mi esposa, era para muy poco, así que estas desgracias debilitaron en términos mi salud, que siéndome imposible continuar trabajando, solicité y obtuve mi jubilacion.

»Entretanto los muchachos cada dia crecian en necesidades, y habiendo gastado todos mis productos en maestros de esgrima, de canto y de baile, me hallaba con que nada sabian y que para nada eran. El mayor, altivo y presuntuoso, rechazó mis proposiciones de varias colocaciones modestas, y conducido de una en otra calaverada al juego y á la disolucion, concluyó á poco tiempo con huir de mi casa y correr á probar fortuna, sentando plaza en un regimiento... Mi hija á quien su madre reservaba para los mejores partidos de la córte, á quien yo me propuse adornar de mil habilidades, tiene que sacar hoy partido de ellas para ayudar á nuestra manutencion, acudiendo á coser y bordar á un obrador; por último, el menor de mis hijos, mejor inclinado que el primero, ha consentido en pasar á Alicante, al lado de uno de mis sobrinos como dependiente de su casa de comercio...

»Tal, amigo mio, es hoy la suerte de mi familia; de esta familia, á quien sin el falso cálculo de mi padre hubiera yo trasmitido la laboriosidad y la opulencia. En prueba de ello concluiré diciéndole á vd. que de los dos hijos que quedaron de mi primo, el uno sigue el comercio y es en el dia una de las primeras casas del reino: el otro,

despues de haber recorrido toda Europa, ha regresado á su patria lleno de conocimientos, y establecido varias fábricas de tejidos, en que brillan al mismo tiempo el talento, la actividad y el patriotismo de su dueño.»

Al llegar aquí tuvo don Fidel que reprimir sus lágrimas, y yo poco menos conmovido traté de cambiar la conversacion, sin que en todo el paseo volviésemos á tocar la de la *empleo-mania*.

(Mayo de 1832.)

Nota.

De todos los artículos que forman la série de esta revista de costumbres, este es el que menos ha envejecido por su argumento. Al contrario, la enfermedad endémica que en él se combate, ha crecido con las revoluciones políticas en proporciones tan asombrosas, que el autor de las *Escenas* encuentra hoy estremadamente pálidos los colores qne empleó entonces para pintarla. —No lo parecieron, sin embargo, tales, en aquella época al censor del periódico el Rmo. P. maestro fray Miguel Huerta, Vicario general de San Agustin y predicador afamado, de quien por otro lado no tiene el autor motivo alguno de queja, antes bien de agradecimiento por su tolerancia, ilustracion y deferencia.—En este artículo, sin embargo, creyó ver demasiadas alusiones á las intrigas cortesanas, y suprimió párrafos y episodios que lo dejaron aun mas descolorido. Si el autor los hubiera conservado, procuraria colocarlos de nuevo en su lugar propio, marcándolos bien, para que fueran testimonio fehaciente de la miseria de la época, de la suspicacia y meticulosidad que infundía hasta en los hombres mas ilustrados y tolerantes, como el R. P. Huerta.— En defensa personal de este respetable religioso, arrastrado despues en las revueltas políticas á los bandos militantes, y cuya existencia ó paradero ignora, debe el autor decir que, asi en esta como en alguna otra ocasion en que creyó oportunas alguna correccion ó supresion, llamó al autor y procuró convencerle de la necesidad, á vueltas de cumplidos elogios de sus escritos; y este, que respetaba en él la ilustracion, la autoridad y el buen deseo, no tenia el menor inconveniente en suscribir á las menores insinuaciones de tan benévola censura.

UN VIAGE AL SITIO.

«Comme on voit au printemps la diligente abeille
Qui du butin des fleurs va composer son miel,
Des sotisses du temps je compose mon fiel.»

Boileau.

Muy agradable es el viajar, pero lo es aun mas el contar el viage; mi inclinacion me llamaba á lo segundo; tuve que verificar lo primero. *El viage por mis faltriqueras* de cierto autor, el que hizo otro *alrededor de su cuarto,* y aun el de *un curioso por Madrid*, me parecieron estrecho límite y apocada resolucion, si bien no me determiné como alguno á viajar por todo el universo desde mi escritorio. Quise, en fin, moverme en cuerpo y alma, y la primera duda que me ocurrió fué el saber adónde iria.

Parecióme por de pronto conveniente el dar vuelta al globo, para cerciorarme de que su figura tiene mas de oval que de esférica, y venir á dar á mis lectores tan agradable nueva; pero la dificultad de hallar carruage de retorno, me disuadió de mi intento; despues pensé en

atravesar de parte á parte el imperio chino, para fijar decididamente las dimensiones de la gran muralla; mas tarde quise ir á buscar el paso entre América y Asia, con el objeto de establecer allí un portazgo; por último, me decidí á marchar á Aranjuez, y gracias á Dios y á mi constancia lo llevé á cabo y estoy ya de vuelta. (Aqui el *Curioso Parlante* saluda con agrado á toda la sociedad de *curiosos oyentes,* y prosigue de esta manera su narrativa.)

Prolijo sería mi discurso si hubiera de darle principio contando por menor las dilaciones que hube de sufrir para proporcionarme asiento en la diligencia; tampoco hablaré de las que me ocasionó la saca del pasaporte y demás preparativos del viage; antes bien, dándolas todas por vencidas, me plantaré de un salto en el punto y hora de partida.

El reloj de nuestra Señora del Buen Suceso sonaba magestuosamente las cinco y cuarto de la mañana, cuando yo atravesaba precipitado la puerta del Sol con direccion á la casa de postas de donde sale la diligencia. Los viageros y viageras iban reuniéndose, mostrando aun en sus semblantes la impresion de la almohada, agradablemente interrumpida en algunos menos curiosos con tal cual ligera pinta de chocolate en la parte mas saliente de la nariz, ó algun trozo de barba menos afeitado que el resto, efectos todos de la premura del tiempo. Las maletas respectivas, las sombrereras y los sacos de noche iban siendo colocados en sus respectivos departamentos; los mozos concluian de enganchar el tiro, y los briosos caballos

«probaban sus herraduras
en las guijas del zaguan.»

Las portezuelas de las tres divisiones, berlina, interior y rotonda, se abrieron en fin, y todos los interesados fuimos tomando posesion de nuestros respectivos asientos; los adioses, los encargos se cruzaban en todas direcciones, y al decir el mayoral:—«¿Hay mas?» —suena el reloj la media, ciérranse las puertas, silba el látigo, y rodando la inmensa mole, sale del patio haciendo temblar el pavimento.

Mi posicion en aquel instante era la mas lisonjera; hallábame en el interior del coche y en uno de sus ángulos: en frente tenia una jóven muy linda, y el otro rincon le ocupaba una señora como de treinta, hermosa y elegante: el centro de ambas damas y del testero daba lugar á un finchado caballerito, que despues averiguamos ser esposo de la primera: un señor de edad y un jóven formaban conmigo el otro triunvirato.

La frescura de la mañana, la perspectiva del rio, y la alabanza del establecimiento de diligencias, fueron los objetos de las primeras palabras; pero bien pronto la conversacion se hizo mas animada, mas franca; y casi todos dejamos entrever los lisonjeros proyectos que hervian en nuestras cabezas. Fué la primera en tomar esta iniciativa la señora elegante, ostentando cierto aire de alta sociedad, y dando á sus palabras el giro mas afectado. Los sucesos de buen tono, las intrigas, las bodas, los rompimientos entre las personas mas marcadas, eran contínuo pábulo á su discurso, y los nombres mas estupendos salian de su boca con cierta familiaridad consanguínea ó amical. Todos la saludamos en nuestro interior como duquesa, ó por lo menos condesa.

No asi la otra dama, que ya fuese porque la locuacidad de la primera no la dejaba meter baza en la conversacion, ya porque un esceso de penetracion femenil la hiciese du-

dar de la alta clase de nuestra amable parladora, la dirigia ciertas miradas escudriñadoras *desde el alto copete al pie pulido*; escuchaba cuidadosamente sus palabras; y de vez en cuando se descolgaba con tal cual preguntilla capciosa, sin duda con el piadoso fin de pillarla en algun renuncio; pero no la fué posible, porque la incógnita, firme en su posicion, la devolvia un diccionario de espresiones altisonantes, y una floresta entera de anécdotas, *auténticas* de todo lo mas notable de Madrid; por último, para hacer mayor nuestro asombro, empezó á hablarnos de Lóndres y París con tales pelos y señales, que ya no pudimos menos de convenir en que todo el mundo era suyo, y que teníamos delante una de las primeras notabilidades de la monarquía.

Nuestras atenciones redoblaban á medida que ella se encumbraba, y muy luego vino á ser la reina de la diligencia; negábala solamente el tributo de admiracion la otra dama, y para hacerla sentir mas su indiferencia, llevaba casi constantemente la cabeza fuera de la ventanilla: tanto prolongó esta situacion, y tanto me chocaba que nunca mirase al camino que teniamos delante y si al que dejábamos andado, que no pude menos de asomar yo tambien la cabeza; pero la prudencia me hizo volver á retirarla, pues aunque ligeramente, noté una mano masculina con guante amarillo que salia de la rotonda y ayudaba á mi graciosa compañera á bajar la persiana.

El esposo, en tanto, metiendo la barba en el corbatin, rizándose el cabello, inflando los carrillos, y fumando en luengo cigarro, nos contaba la calidad de las tierras por donde pasábamos; los apellidos, títulos y conexiones de los personages é quienes pertenecian (todos por supuesto amigos suyos): y aun amenizaba su narracion con algun rasguño de las costumbres de Getafe y Valdemoro, que po-

dria muy bien alternar en esta relacion, si ella no fuese ya de suyo harto fastidiosa.

El jóven de mi izquierda, que por confesion propia supimos ser un pretendiente veterano que pasaba al Sitio con el objeto de activar eficazmente sus solicitudes, vió el cielo abierto cuando notó que le escuchábamos; y sin tomar aliento, nos contó la historia de sus derrotas en todos los ministerios, nos encareció sus méritos, y fijándose en las oficinas por donde ahora pretendia, nos hizo ver casi palpablemente la injusticia que era el no haberle colocado cuando menos de gefe de alguna de ellas. El señor *del humo* escuchaba con aire importante su relacion, acogía sus quejas, ayudaba sus sátiras, y ofrecíale su alta proteccion: seguro ya de su benevolencia nuestro pretendiente, quiso atraerse la del pacífico anciano que estaba al otro rincon, y empezó á dirigirle la palabra; pero este solo le contestaba con cierta sonrisa, ni bien irónica, ni bien satisfactoria, ó con palabras, como «*tal vez,-ya se ve,-puede ser*;» que desconcertaron al satisfecho jóven poniéndole de muy mal humor.

Por mi parte, ocupado casi esclusivamente en escuchar la brillante narracion de la hermosa incógnita, oia con indiferencia todo aquel diálogo; y ella, á quien no pudieron menos de llamar la atencion mis miradas, mi silencio y mi espresion, quiso persuadirme de que su corazon no era de hielo, y cesando súbitamente en su interesante parla, fió á sus hermosos ojos el oficio que hasta entonces habia desempeñado tan bien su lengua. Este nuevo intérprete no era menos espresivo ni menos fuerte que el primero, y... forzoso será confesarlo, pero mi turbacion creció hasta un punto indecible. La casadita fué la primera que lo advirtió, ó por lo menos que dió á entender que lo habia advertido, impor-

tunando nuestra misteriosa correspondencia con sonrisas y miradas; quise, pues, hacerla callar, y asomé la cabeza por la ventanilla, mirando á la rotonda y sonriéndome tambien, con lo cual cesó de mezclarse en nuestras relaciones, y se cuidó solamente de componer su persiana de tiempo en tiempo.

Llegados á la parada en donde habíamos de mudar segunda vez el tiro, descendimos casi todos, y pude reconocer los demás personages que ocupaban los distintos compartimentos del coche; yo dí la mano á la hermosa para bajar, y me disponía á improvisar mi añeja declaracion, cuando otra de las señoras bajada de la berlina, y á quien oí nombrar la *marquesa*, la llamó aparte, y siguieron en conversacion todo el rato, con lo que ya no me quedó duda de que ella seria otra tal. La señorita casada no habia querido bajar, hasta que se presentó á la portezuela un jóven buen mozo que la ofreció una mano, cubierta aun del anteado guante, y descendió. El mayoral llamó á poco rato á volver á ocupar el coche, y por uno de aquellos movimientos que una muger diestra sabe dirigir, mi diosa halló el medio de ocupar el lugar enfrente del mio; y aunque la otra quiso replicar, no se atrevió, y hubo de sentarse al otro lado.

No hay necesidad de decir que desde entonces nuestra correspondencia no era ya telegráfica, pues algunos *apartes* diestramente ingeridos á favor de la conversacion general formaban la nuestra particular. Ocurriósela en esto á mi amable interlocutora sacar el brazo para arreglar la ventanilla, y en el momento... ¡oh sorpresa!... una mano estraña la retiene... el primer movimiento fué manifestar su enojo; pero yo, que eché de ver la equivocacion, la advertí prontamente, y con una ligera seña todo lo comprendió así como la interesada, que yacía en el otro ángulo del

coche. Rápida comunicacion que solo cabe en una mente femenil.

La campiña en tanto habia variado mágicamente de aspecto; á las áridas llanuras, al suelo ingrato y desnudo, habian sucedido frondosas arboledas, valles encantadores; el ruido de los arroyos, el canto de los pájaros, formaban una cadencia lisongera; corpulentos árboles sombreaban el camino; el aroma de las flores llegaba hasta nosotros; los puentes y pilares anunciaban la proximidad del Sitio, y nuestros corazones iban ya esperimentando la dulce embriaguez que el ambiente de Aranjuez inspira. El jóven marido escitaba á su esposa á contemplar aquella maravilla; pero ella manifestaba con su indiferencia que la llanura pasada la habia sido mas grata; el pretendiente redoblaba sus atenciones con todos menos con el anciano, que sufria con paciencia sus impolíticos movimientos, y en cuanto á mí, solo me ocupaba del objeto que delante tenia.

Tal era nuestra situacion cuando entramos en el puente sobre el Tajo; multitud de curiosos nos dirigian sus anteojos y sus saludos; y nosotros, cual otros Anacharsis, les hacíamos conocer en nuestras miradas la superioridad de recien venidos. Paró el coche para reconocer los pasaportes, y todos tuvimos que dar nuestros nombres.—«Señor don *Preciso Neceser* y su esposa.»—Servidores de vd., dijo el marido,—«Señor don fulano de tal.»— Presente, contesté yo.—«Señor don...»—Aqui está, prorumpió el anciano.—¡Cómo! ¿es posible? (esclamó reprimiéndose el jóven y llamándome aparte). ¡Desdichado de mí! ¡con quien me he ido yo á indisponer! ¡si es precisamente el director que ha de proponerme para el empleo!...—Vea vd., le repliqué yo, uno de los inconvenientes de la diligencia.—«Señora marquesa de... y su criada,» continuó el de los

pasaportes.»—«Aquí,» gritó la señora de la berlina; «la criada está en el interior.»—

¡Rayo del cielo fué á mis oidos esta voz! Todos lo conocieron; el marido sonreia, la esposa gozaba de la humillacion de su antagonista, la miraba con cierto aire de triunfo, y aun la devolvió el abanico frunciendo los lábios y limpiándose las manos. Hasta el pobre pretendiente se consideró con derecho á divertirse conmigo diciéndome al oido.—Amigo, vea vd. otro de los inconvenientes de la diligencia. —

En tal difícil situacion seguimos hasta la fonda de la Flor de Lis, donde hicimos alto y descendimos; la criada habladora siguió á su ama, despues de haber recibido saludos irónicos de todos los compañeros; el pretendiente cabizbajo se deshacia á cortesías con el anciano, que respondia con su natural indeferencia; yo me retiré al primer corredor de la fonda y ocupé uno de los cuartos; pared por medio dió fondo el matrimonio consabido, y mas allá el caballero del guante; con lo cual pensamos todos en descansar, lavarnos, vestirnos y esperar la hora del paseo.

Sabido es que despues del medio dia la reunion del buen tono es en la fuente de la *Espina* del jardin de la Isla; alli dirigí mis paseos, saboreando durante la travesía por el jardin el aire embalsamado, el canto armonioso de las aves, la hermosa vista de las flores, el ruido de las fuentes y cascadas, y la delicia, en fin, del hermoso sitio de quien decia Lupercio:

«La hermosura y la paz de estas riberas
Las hace parecer á las que han sido
En ver pecar al hombre las primeras.»

Entrando en la plazuela de la fuente, ví sentadas las

damas bajo los templetes que la decoran, y una multitud de elegantes en pie formando grupos, y dirigiendo sus miradas á las mas hermosas. La conversacion era poco animada, la escena nada varia, y solo crecia un tanto cuanto en interés cuando entraban nuevas señoras en aquel recinto: fijábanse en ellas todas las miradas: las ya sentadas se hablaban en secreto; los caballeros rodeaban á los recien venidos que las acompañaban, les hacian preguntas de cómo habian dejado la capital, qué tal habia salido la ópera nueva, cómo estuvo el baile de... y luego los nuevos preguntaban á los antiguos sobre las cosas del Sitio.

«¿Y bien, marqués, qué vida llevais aquí?—Chico, nada, como ves: una vida muy *circular*.—Pero ¿y los jardines?.. —Hermosos, pero yo no he pasado aun de aquí.—¿El teatro?—Insoportable.—¿Los toros?—¡Bah!... —¿Las tertulias?—Aquí no hay tertulias, ya te lo digo, esto *es secarse*.—Por lo menos las giras de campo...—Nada menos que eso; quince dias há que en casa de... pensamos en hacer una partida de campo *en borricos*, pero todavía no nos hemos determinado á madrugar una mañana.—¡Pues yo os creia mas dichosos!—¡Ah! ¡los dichosos sois los que estais en Madrid!»

Por supuesto debe creerse que en aquel recinto hallaría yo á todos mis compañeros de viage; que saludé respetuosamente al anciano; que no pude menos de sonrojarme al ver á mi brillante conquista detrás de la marquesa; que al encontrar en la plazuela al matrimonio mi vecino no tardé en mirar á lo lejos el satélite de aquel planeta.—¿Quién es ese sugeto?—le pregunté á un amigo que habia hablado al marido.—Este es un don Nadie que en todas partes se cree indispensable, porque las gracias de su esposa le atraen muchos amigos, que él los toma por suyos.—¡Cuántos hay como él, de quien nadie hablaria si

no fuera por sus mugeres!—Entonces le conté todo nuestro viage, y no pudimos menos de reir juntos.

Salimos por fin de la plazuela, y atravesando el jardin, solo hallamos de trecho en trecho algun corro de señores mayores hablando de asuntos graves, parándose cada momento, y siguiendo á lo lejos á sus respetables consortes, que iban reconociendo lentamente los mismos sitios en que medio siglo antes habian recibido acaso el primer flechazo de amor.

Retirado á mi posada, tuve que contentarme con una comida mal condimentada y peor servida, y por la tarde salí al paseo de la *calle de la Reina,* que era á aquella hora el punto de reunion. La misma escena que por la mañana; aunque en distinto teatro. Todas las damas sentadas á lo largo del enrejado de los jardines; las conversaciones no hay por qué repetirlas:—«¿Quiénes han venido en la diligencia esta mañana?—¿Quién es ese que ha pasado?—¿y por qué Fulana no va con?...—¿Han *tronado*?—¿y N... tiene *plan* con esa que acompaña?»—Y así de los demás. Nosotros por nuestra parte nos dábamos la posible importancia: hablábamos alto, con estudio, y no mirando al que dirigíamos la palabra; saludábamos con elegancia y haciendo una cuidadosa distincion segun la gerarquía ó *notabilidad* de la persona saludada; y si podíamos pillar del brazo á un *entorchado* ó una *llave dorada* ¡qué ufanos y qué orondos nos paseábamos entonces!

Cansado en fin de esta pantomima, me retiré, y despues de la funcion del teatro. donde no tuve tampoco motivo de gran satisfaccion, volví á mi posada tranquilamente. En el cuarto inmediato al mio habia visto luz, y de cuando en cuando oia el ruido de las botas de alguno qué paseaba por el corredor, con lo que me persuadí de que el don Preciso tomaba el fresco: convencíme mas y mas

de ello cuando de allí á un instante miré abrirse la puerta de mi habitacion y entrar al mismo; sin embargo, mi imaginacion es rápida, y no pude dejar de notar que no traia botas.

—¡Ah buena maula! esclamó alborozado al verme: ¿conque vd. es el *Curioso Parlante*?

—¿Quién? ¿yo?..

—Vamos, no hay que hacer la desecha; que lo sé de buen original y además soy suscritor á las *Cartas españolas*; ¡ay amigo! y ¡qué artículo tan bello me prometo ya sobre vuestro viage, artículo *cómico* ¿no es verdad? (y la risa interrumpia sus esclamaciones). ¿A que sale alli á relucir aquel pobre hombre pretendiente, y aquel personage incógnito, y vd. tambien, no es así? con sus amores con la dama habladora que luego salimos con que era una criada. ¿Y mi muger? ¿qué dirá vd. de mi muger y de mí? ¿Soy yo tambien persona que *hace*?

—No amigo mio (interrumpí con cierta sonrisa); vd. es la *que padece*.

Un ligero ruido en la puerta inmediata vino en este momento á llamar nuestra atencion; levantámonos, salimos al corredor, vimos entreabierta la puerta, abrímosla del todo, y hallamos al caballero consabido que en aquel momento acababa de entrar, y á la señora, qne sentada junto á la ventana escuchaba sus palabras; el primer movimiento fué el de la turbacion; pero recobrando el mancebo su serenidad, espresó que solo una equivocacion de la puerta de su cuarto podria haber sído causa... Entonces ella se esplayó en demostrarnos lo fáciles que eran estas equivocaciones de noche, y yo defendí con teson tan escelente idea, con lo cual el esposo se dió por satisfecho y á guisa de hombre de buen tono hizo los debidos ofrecimientos al vecino; este por su parte correspondió con

toda la cortesía de un caballero, y yo sin pensarlo tuve que terciar en la relacion de gentes que debian conocerse y apreciarse.—La conversacion se animó; el Adonis nos ofreció su valimiento y conexiones en el Sitio, nos invitó á ver todas sus curiosidades, aceptamos, y de allí en adelante no nos separamos ya ni para ver la casa de Labrador, ni en la de la Monta, ni en el Cortijo, ni en el Molino, ni en el Riajal.

Pero bien pronto esta vida monótona que se repetia exactamente todos los dias, comenzó á fastidiarme, y para que uo concluyera por hacerlo del todo, tomé la determinacion de regresar á Madrid. Subí de nuevo en la diligencia y... mas no quiero contar lo que me pasó á la vuelta, porque seria repetir lo ya dicho; como que en situaciones semejantes las escenas se parecen unas á otras.

(Junio de 1832.)

EL PRADO.

«Irás al *Prado*, Leonor,
en cuya grata espesura
toda divina hermosura
rinde tributo al amor.
¡Cuántos mirándote allí
aumentarán sus desvelos!
no quieran, Leonor, los cielos
que te los causen á tí.»

Comedia antigua.

«Hácia la parte oriental (de Madrid) luego en saliendo »de las casas sobre una altura que se hace hay un suntuo- »sísimo monesterio de frailes Hierónimos, con aposenta- »mientos y cuartos para recibimientos y hospedería de »reyes, con una hermosísima y muy grande huerta. Entre »las casas y este monesterio, hay á la mano izquierda en »saliendo del pueblo una grande y hermosísima alameda; »puestos los álamos en tres órdenes que hacen dos calles »muy anchas y muy largas, con cuatro ó seis fuentes her- »mosísimas y de lindísima agua, á trechos puestas por

»una calle, y por la otra muchos rosales entretejidos á los »pies de los árboles por toda la carrera. Aqui en esta ala»meda hay un estanque de agua que ayuda mucho á la »grande hermosura y recreacion de la alameda. A la otra »mano derecha del mismo monesterio, saliendo de las ca»sas, hay otra alameda tambien muy apacible con dos ór»denes de árboles que hacen una calle muy larga hasta sa»lir del camino que llaman de Atocha. Tiene esta alame»da sus regueros de agua, y en gran parte se va arriman»do por la una mano á unas huertas. Llaman á estas ala»medas *el Prado de San Hierónimo*, donde de invierno al »sol y de verano á gozar de la frescura, es cosa muy de »ver y de mucha recreacion la multitud de gente que sa»le de bizarrísimas damas, de bien dispuestos caballeros »y de muchos señores y señoras principales en coches y »carrozas. Aquí se goza con gran deleite y gusto de la »frescura del viento todas las tardes y noches del estío y »de muchas buenas músicas, sin daños, perjuicios ni des»honestidades, por el buen cuidado y diligencia de los al»caldes de la córte.»

Hé aquí una pintura del Prado de Madrid hecha en el siglo XVI, y consignada en un librote nuevo de puro *viejo*, que, como varias personas, no tiene otra recomendacion que los muchos años que sobre sí cuenta. ¿Qué diria el autor (*maestro Pedro de Medina*) si levantara la cabeza y fuérale permitido dar ahora un paseo desde la puerta de Recoletos hasta el convento de Atocha?—Diria... ¡qué habia de decir! que el mundo se rejuvenece como cabeza de setentona con los específicos del doctor Oñez, y que lo que ayer era blanco, suele aparecer prieto al siguiente dia.

Por lo demás, si tales alabanzas prodigaba al Prado,

cuando lo desigual é inculto de su inmenso término, lo espeso de sus matorrales, la oscuridad de sus revueltas, el inmundo arroyo que corria por toda su estension, y demás circunstancias que le afeaban, hacia olvidar tal cual trozo mas bello que de trecho en trecho pudiera amenizarle, ¿qué diria, vuelvo á repetir, si le atravesase hoy en toda su estension de cerca de media legua, marchando siempre por una superficie plana y sólida, diestramente compartida en magníficas calles de árboles, cuyas ramas se entrelazan formando una bóveda encantadora? ¿qué al contemplar en toda su estension ocho primorosas fuentes, entre ellas la de la Alcachofa, Neptuno, Apolo y Cibeles, cuya escelente ejecucion honra la memoria de los artistas españoles? ¿qué del lindísimo Jardin Botánico, de la elegante perspectiva del Museo, del gracioso perístilo de la real Platería, de las magníficas calles que desembocan en el paseo, y de tantos objetos, en fin, como constituyen su actual hermosura?

Verdad es que en aquellos siglos de valor y de galantería, el amor embellecia, como en estos, los sitios mas ásperos y escabrosos, pues aunque el festivo Lope de Vega en un momento de mal humor se dejó decir:

«Los prados en que pasean
son y serán celebrados;
bien haceis en hacer prados
pues hay bien para quien sean.»

el mismo, Tirso de Molina, Calderon, Moreto y demás poetas de su tiempo, se esmeraron en encomiarle á porfía con las descripciones mas interesantes y románticas. Asi que el Prado desde aquel tiempo ha seguido ocupando un lugar privilegiado en las comedias y novelas españolas.

¡Quién no tiene en la memoria aquellas escenas interesantes, aquellas damas tapadas que á hurtadillas de sus padres ó hermanos venian á este sitio al acecho de cual ó cual galan perdidizo, ó bien que se le encontraban allí sin buscarle! ¡quien no cree ver á estos tan valientes, tan pundonorosos, tan comedidos con la dama, tan altaneros con el rival! ¡aquellas criadas malignas y revoltosas, aquellos escuderos socarrones, en fin, que el actor Cubas nos representa tan al vivo en el teatro!—¡Qué es el escuchar en estas ingeniosísimas comedias (únicas historias de las costumbres de su tiempo) aquellos levantados razonamientos, aquellas intrigas galantes, aquella metafísica amorosa, que no solo estaba en la mente de los autores, pues que el público la aplaudia y ensalzaba como pintura fiel de la sociedad y espejo de sus acciones! ¡Qué gratas memorias no deberian acompañar á este Prado que todos los poetas se apropiaban como suyo! Pero al mismo tiempo ¡qué de venganzas, qué de intrigas, qué de traiciones no cubrieron tambien su suelo! Con efecto, su fragosidad, las circunstancias políticas y la inmediacion á la córte del Retiro llegaron á darle en los últimos reinados de la casa de Austria una celebridad casi funesta.

Por fortuna en el estado actual de nuestras costumbres, el Prado solo ha conservado la parte galante. Las damas, no ya cubiertas, sino ostentando todo el encanto de sus amables atractivos, vienen periódicamente todas las tardes á este delicioso sitio, seguras de hallar en él al galan ó galanes, objeto ú objetos de sus suspiros; la reunion de la parte mas visible del pueblo, y la franqueza que da la costumbre de verse en él, hacen á este paseo la primera tertulia de Madrid.

Fígurémonos verle en una de las apacibles tardes de verano, cuando ya pasada la hora de la siesta, regado

durante ella, y refrescado además con las exhalaciones de los árboles y las fuentes, empieza á ser el punto de reunion general. Sea en aquel momento en que la multitud, abandonando las calles estrechas del lado de San Fermin y las de Atocha, las del Jardin Botánico y las del paseo de Recoletos, viene á refluir en el gran *salon*, centro de todo el Prado. Situémonos para el efecto de la perspectiva en la entrada de dicho salon por delante de la fuente de Neptuno; á la derecha tendremos la calle destinada á los coches que corren á lo largo de todo el paseo. Mirarémosla henchida de carruages de todas formas, de todos tiempos y de todos gustos, que desfilan en vuelta pausadamente, dejando en el medio espacio para los coches de la familia real, á cuyo paso todos paran y saludan con respeto.

Esta parte del paseo tiene un carácter de originalidad peculiar del pais y de la época, y que revela la confusa mezcla de nuestras costumbres antiguas con las imitadas de los paises estrangeros; v. gr.: detrás de un elegante tilbury, que Lóndres ó Bruselas produjeron, y que rige su mismo dueño desde un elevado asiento, conduciendo pacíficamente al lacayo sentado una cuarta mas abajo, viene arrastrando con dificultad un cajon semi-oval y verdinegro, á quien el maestro Medina podria muy bien llamar carroza en el siglo XVI y en el XIX llamamos *simon*, verdadero anacronismo ambulante. Síguele en pos linda carretela abierta, charolada y refulgente con sendas armaduras en los costados y letras doradas en el pescante; hermosas damas elegantemente ataviadas á la francesa con sombreros y plumas ocupan el centro; el cochero, de gran librea, obliga con pena á los briosos caballos á seguir el paso del furgon que va delante, y dobles lacayos con bellos uniformes, bandas y plumeros, coronan aquella

brillante máquina. Inmediato á ella sigue un coche cerrado, conducido por pacientes mulas que duermen al paso, permitiendo tambien gozar de las dulzuras de Morfeo al cochero, al lacayo y al señor mayor que va dentro: no lejos de él pasa el modesto cabriolé que la bondad marital de un médico dispensó aquella tarde á su esposa; ni falta tampoco almagrado y estraño coche de camino, con grandes faroles, y ataviado á la calesera; ni berlina redonda con soberbios caballos andaluces que comprometen la pública prosopopeya; por último, unos de grado y otros por fuerza, todos se sujetan al carril trazado desde la entrada del paseo por la fuente de Cibeles hasta la puerta de Atocha, y en el mismo, aunque por entre las filas de coches, lucen su gallardía los elegantes ginetes, quiénes solos, quiénes acompañados de damas que ostentan su bizarría dominando un fogoso alazan.

Inmediato á este paseo mírase una estrecha calle que formaría parte del salon principal, solo interrumpida por la fila de bancos de piedra, si el buen tono no hubiera hecho en ella una division mas sensible. Como los carruages van despacio, y los elegantes que no tienen coche tomarian muy á mal el ser confundidos con la multitud, eligieron este pequeño recinto como el punto mas apropósito para conservar cierta correspondencia con la sublime sociedad que se pasea sentada; y aun á despecho del olor ingrato de las mulas y caballos, y el polvo que ellos y los carruages levantan, todo lo mas notable del paseo se *estracta* aquí: no sin graves apreturas, encontrones, distracciones y contorsiones. Cierran con los bancos este recinto multitud de sillas, ocupadas todas mediante el modesto rédito de ocho maravedís; que es al poco mas ó menos el valor del capital. La estension del paseo proporciona la ventaja de volverse á encontrar varias veces durante la tarde,

con un período, ni tan corto que fatigue, ni tan largo que enoje ó haga olvidar.

¡Qué campo tan fecundo para el observador! Sentado en una silla, cruzados los pies sobre otra, los anteojos sobre la nariz y el baston bajo la barba, si se inclina al lado de las fuentes en la parte principal del salon, mira desfilar delante de él la inmensa multitud: por poca que sea su penetracion, muy luego descubre las intriguillas amorosas; sorprende las furtivas miradas de las niñas, las sonrisas de inteligencia de los mozos; marca los saludos espresivos; nota en los semblantes de las madres los diversos síntomas de la vanidad, del cariño maternal ó del desprecio; tiembla al contemplar la imprudente seguridad del padre, que entretenido por el travieso niño, se distrae con él, mientras que su hermanita acaba de recibir un billete que un apuesto mancebo resbala en su mano; sorprende las espresiones de doble sentido y las que se dicen al paso y mirando á otro lado; está en antecedentes respecto al juego de pañuelos y al lenguaje del abanico; y nada, en fin, se escapa á su vista penetrante y escudriñadora.

Si girando sobre su silla (con cuidado, por supuesto, para que no se destruya tan débil máquina con notable desman del caballero contemplativo) vuelve la vista al estrecho y elegante recinto, advierte la misma escena, aunque mas mímicamente representada.—Mira á los elegantes rigoristas, afectando en su trage, en sus modales y en su habla las costumbres estrangeras: obsérvalos andar tortuosamente y sin direccion fija, ora arrimándose á los coches para ver pasar uno y recibir la grata sonrisa de alguna hermosa dama; ora volviendo rápidamente cerca de los bancos para asistir al paso de otra con quien aparece cierta inteligencia; hablar alto, formar corro, acompañar entre sí un momento á estas, y dejarlas rápi-

damente para dar media vuelta en sentido inverso siguiendo á otras.

Todas estas y mas mudanzas habian hecho una tarde el caballero Don-Tal y el caballero Don-Cual, sugetos ambos cuya fama se estiende desde la Puerta del Sol hasta la Red de San Luis, desde el salon del Prado hasta el teatro del Príncipe: miran pasar un elegante landó; corren precipitadamente á situarse en parage conveniente, mientras que una hermosa jóven baja acompañada de un caballero de edad; síguenla de cerca, y entablan en *francés* el diálogo siguiente:

—«*Ce mari, mon cher, est un homme bien original... toujours aupres de sa femme.*

—*Cela t'etonne?... Un chevalier du quinziéme siecle....*

—*Epoux d'une elégante du dix neuviéme,*

—*¿Que veux tu, mon cher? ces vieux maris dissent que le cœur ne vieillit pas.*

—*Oui... et leurs petites femmes... hein?* (con sonrisa irónica.)

—*Chut, mon cher, notre homme peut nous entendre.*

—*Bah! Tu oublies que de son temps on n'apprennait en Espagne que notre pauvre langue! Car, j'conviens, nos ayeux etaint des sottes gens!*

—*Cepedant, malgré nos avantages modernes, Madame fait la cruelle.... Elle ne te regarde pas, mon cher....*

—*Elle m'adore cependant, car elle rit toujours lors qu'elle me voit... oui, mon cher, elle rit.*

—Bravó, *mon cher,* brabó; *c'est bon signe.*»—

A este punto pasó un quidam del lado de la pareja marital, y habiéndola saludado, le cogió el esposo del brazo y siguieron andando; viendo el recien venido que am-

bos consortes iban riendo, no pudo menos de preguntarles la causa, y el marido con suma cachaza le dijo en voz alta:

—Amigo, no puede vd. figurarse lo que me voy divirtiendo con esos tontos de estrangeros que vienen detrás.

—(*Diable,* dijo uno de los dos.—*Tais toi,* replicó el otro.)

—Porque han pasado y repasado mil veces por delante para ver á mi muger; vuelven, se paran, y hacen, en fin, mas mudanzas que los danzantes que suelen ir delante de las procesiones.

—Pero, hable vd. bajo, que lo van á comprender.

—¡Qué han de comprender! Si no saben el español; nada; impunemente puedo decir que son unos majaderos.

(La esposa en este momento estrechó el brazo de su marido, como temiendo que ellos lo entendiesen.)

—No tengas miedo. ¿Te parece que esos tontos se habian de ocupar en aprender el español? Nada menos que eso. En su tiempo no se aprende tal lengua.

—Es que, replicó el amigo, pudieran ser españoles, y acaso me atreveria á apostarlo, pues en sus modales echo de ver mas caricatura que carácter francés.

—¡Cómo es posible que lo sean! ¿No ve vd. que no entienden lo que digo?

—Cierto, que eso me hace dudar...

(Durante esta conversacion, ellos, haciendo los indiferentes, siguieron hablando de cosas generales, siempre en francés, sin darse por notificados del contenido diálogo.)

Cerca ya de anochecer, subieron en su coche los consortes y salieron del Prado. Inmediatamente corrieron casi á escape por la Carrera de San Gerónimo los dos elegan-

tes ambíguos, siguiendo el coche; pero el cochero (á quién sin duda habian descuidado aquella tarde) no les tenia consideracion, pues sacudiendo los caballos, obligó á los de á pie á volar y sudar, hasta que convencidos de que con cuatro pies se va mas lejos, y que ellos por la bondad del cielo no podian contar mas que con dos cada uno, dieron media vuelta y regresaron al Prado, metiéndose por el medio del salon.

Todo lo observaba yo desde la fuente de Neptuno, y no siéndome indiferente averiguar el final de sus aventuras, seguilos con disimulo, y pude escuchar la conversacion. Por supuesto era en español corriente, y por los nombres que mútuamente se dieron, no pude menos de conocer que eran en un todo *originales*. Hablaron largo de su aventura, rieron estrepitosamente, y despues se lamentaron de que por haber paseado *del lado de allá* habian faltado á la cita con ciertas *chicas* que les habrian estado esperando *del lado de acá*.

—Ya ves; decia el uno, durante la fuerza de la tarde, ya conoces que seria muy *plebeyo* pasear á este lado.

—Es verdad, y aunque acaso nos hubiera traido mas cuenta...

—Si, pero tú debes decirlas que hasta el anochecer no nos esperen.

—Cierto que ya al anochecer es distinto, porque al cabo esta es una intriguilla de *tercer órden*, y como si dijéramos de *entre sol y sombra*.

En esto una viejecilla con dos muchachas, frescas y francas, apretaron el paso detrás de ellos, y llegando bonitamente á su lado, les insinuaron con mucha suavidad la punta de un alfiler en cada brazo.—Ah, Fulanita, Zutanita, ¡son vds.!—Y desde este punto y hora una conversacion jovial y animada se entabló entre los cinco, mientras

subian graciosamente interpolados por la calle de Alcalá. Pasaron (sin entrar) por el elegante café de Solís; dejaron á uno y otro lado los concurridos de la Aduana, los Dos Amigos, la Estrella, Buen gusto, etc., y dieron fondo en uno de los ángulos del sombrío y emparrado patio del café de Europa, calle del Arenal, donde les dejaremos por ahora para descansar un rato.

(Junio de 1832.)

LAS CASAS POR DENTRO.

CARTA DE UN CURIOSO PROVINCIAL AL CURIOSO MADRILEÑO.

«Señor *Curioso*, muy señor mio: desde que hallándome en esa capital empezó vd. á publicar sus observaciones sobre las costumbres de Madrid, en el periódico titulado *Cartas españolas*, me incluí en el número de los suscritores á dicho periódico, lisonjeado por la idea de que aun despues de mi salida de esa, refrescaria en mi imaginacion (con el auxilio de vd.) aquellos cuadros que tantas veces habian herido mis sentidos. Otro servicio aun mas importante me ha hecho vd., cual es el de haberme relevado de la insoportable precision de responder á tantas preguntas como al regresar de mis correrías me hacian siempre mi muger, mis hijos y mis amigos; precision á la verdad mas dura que lo que parece; pues ya sabe vd. que el hacer descripciones no es para todos, y mas si han de reunir las circunstancias de verdad, chiste é interés. Así es que ví el cielo abierto con la oferta de vd., y desde entonces, cuando alguno me importuna con sus dudas sobre tal

ó cual objeto de la córte, siempre le remito al momento en que á vd. se le ponga en las mientes hablar de él.

»Pero es el caso, señor *parlante*, que como quiera que es mas fácil preguntar que responder, casi siempre me encuentro atrasado de contestaciones con estas gentes, y Dios sabe lo que vd. me hace penar hasta que llega la suya. Pero llega, y entonces es el pavonearme yo, reunir la asamblea, desplegar magestuosamente el papel, correr la vista en silencio por las primeras líneas, sonreirme un tanto, gozándome en la impaciencia de mis oyentes, y empezar en fin mi lectura con todo el énfasis de un poeta novel.

»Mas la exigencia de los demandantes rara vez se da por satisfecha con la racion que vd. nos concede; quisieran ellos en pocos momentos ponerse al corriente de lo que sin duda habrá costado á vd. muchos años de observacion; y si bien esta ansiedad me parece injusta é irreflexiva, no dejo sin embargo alguna vez de convenir con ellos en ciertos estremos.

»Por ejemplo, no pudo menos de hacerme fuerza la reflexion de una de mis niñas, que decia dias pasados:—¿Por qué ese señor Curioso casi siempre nos habla de los objetos públicos, como calles y paseos, y nada nos ha dicho aun del interior de las casas? ¿Pues qué, nada hay que decir de ellas en Madrid?—Calla; niña, la contesté yo, que *todo se andará si el palo no se rompe*, y trazas lleva el tal señor de no dejarlo tan pronto.—Mas si bien es cierto que la hice callar, no así calló mi imaginativa, que me inclinó á pensar que la chica podria tener razon, y que si en lo sucesivo habíamos de juzgar con acierto de los dramas íntimos que nos presente en sus cuadros familiares, era indispensable ante todas cosas hacernos tomar conocimiento exacto del lugar de la escena.

»Fué tanta la fuerza que me hizo esta consideracion, que me determiné á escribirle á vd., y para mas empeñarle en mí objeto, (y sin que sea visto querer introducirme en su terreno), me ha parecido conveniente hacerle una ligera descripcion de la casa en que yo viví en Madrid, por si en ella encuentra alguna ó algunas circunstancias que pueden aplicarse cómodamente á las demás.

»Pero antes de dar principio á mi bosquejo, será bien enterar á vd. de que mi marcha á Madrid, fué, convidado por los veraces ofrecimientos de un antiguo amigo, sugeto de consideracion en la córte, el cual exigió de mí la circunstancia de haber de habitar en su casa, con el objeto de no apartarnos un punto en mis correrías por el pueblo; la posicion social de mi amigo, y sus mas que medianas facultades, me convencieron de que sus ofertas no le serian molestas, y acepté el convite.

»Dí fondo en una de las cinco grandes calles que desembocan en la famosa Puerta del Sol, y delante de un luenguísimo casaron. La multitud de sus balcones y ventanas; la elegancia de su pintura, aun reciente, y las demás circunstancias que constituian su adorno esterior, me afirmaron en la idea de que iba á habitar en un palacio y en el seno de las comodidades; pero puse el pie en el portal y desapareció la ilusion, echando de ver por mi desgracia que este era el primer petardo que se me ofrecia en Madrid.

»Por de pronto el tal portal era medianamente estrecho, oscuro y prolongado, y la mitad de su espacio hallábase acotado por un remendon de zapatos, que á falta de portero ejercitaba no mal el oficio de despertador; la otra mitad se hallaba interrumpida por el *doble* y repugnante depósito indispensable en los portales de la córte; por manera que para ganar la escalera era forzoso atra-

vesar entre ambos escollos; es verdad que en logrando pillar esta, ya podia uno olvidarse de aquellos, para ocuparse esclusivamente en las revueltas, desniveles y tortuosidades de tan ingeniosa arquitectura; solo tenia una contra tan prolijo exámen; y era que si por casualidad se oian resonar en la parte mas alta las rotundas pisadas del aguador asturiano, no habia mas remedio que volver á bajar, ó hacer que él volviese á subir, por la imposibilidad de hallar paso simultáneo. El adorno de tan magnífica escalinata era correspondiente, y consistia en una barandilla de hierro, enemiga natural de todo guante de color; unas ventanas que daban á un patio, cubiertas con vidrios verduscos y ennegrecidos por las moscas (á escepcion empero de algunos mas claros que los de Venecia, por donde se trasmitia, no solo la luz, sino el aire y el agua), y en lo alto de toda la fábrica, un tragaluz, que propiamente se la tragaba, y aun tambien á una numerosa cohorte de bichos centípedos que habitaban aquellas regiones.

»Delante de la meseta principal, un vaso de vidrio enclavado cerca de una ventanilla prestaba su escasa luz durante las primeras horas de la noche. Por último, en cada descanso habia dos ó tres ó mas puertas que indicaban otras tantas habitaciones separadas, y al lado de cada una colgaba un pedazo de cordel, un hilo de alambre, ó una cadena tosca de hierro para llamar. Esceptúanse, sin embargo, algunas puertas del piso tercero, donde sin necesidad de llamar, solian abrir al menor ruido de botas.

»Mi amigo, segun pude averiguar á duras penas, ocupaba una de las habitaciones principales. No puedo negar á vd. que la primera vista de ella me causó mucha estrañeza, no acertando á encontrar la mas mínima analogía entre las circunstancias del sugeto y las de la ha-

bitacion; pero poco á poco me fuí convenciendo de que todo consiste en los nombres de las cosas mas que en las cosas mismas, y que tal podria yo tomar por estrecha y mezquina venta, que no fuese sino espléndido y cómodo castillo.

»Despues de una antesala, que por lo breve podria pasar por esdrújulo, se entraba en el gran *salon* que consistia en un *cuadri* no mas *longo* que de unos veinte pies por quince de ancho. Compartian la pared de fachada dos balcones, dejando en el medio un espacio suficiente para un espejo, una mesa con un reloj y dos quinqués. La pintura de toda la sala era sencilla, de color de caña, interrumpida en las esquinas por fajas de otros colores; un sofá, una docena de sillas, cuatro chucherías en las rinconeras, seis vistas de la *Suiza* en sendos marcos de caoba, una modesta lámpara pendiente del techo, y un velador colocado debajo concluian el adorno del salon principal; el *gabinete* inmediato jugaba por el mismo estilo, si bien ostentaba dos muebles mas, á saber, el indispensable brasero y una jaula dorada cerca del balcon. La alcoba principal no tenia mas relieve que la cama lisa, llana y limpia de colgaduras y garambainas. Pasábase despues á unos *dormitorios* á guisa de camarotes de fragata, tan espaciosos que el durmiente podia muy bien formarse una perfecta idea de su última mansion. En seguida me ostentó mi amigo sus *galerías*, que eran dos corredores cuyas inevitables paredes se iban desgastando en los codos de los transeuntes. Estas estaban adornadas con colecciones muy entretenidas de mapas de las provincias de Valaquia y Moldavia.

»Tambien tenemos aquí nuestro jardin»—(me dijo asomándome á un estrecho patio, donde campeaban hasta unos ocho tiestos, y cuya elevada altura, cruzada en

todas direcciones de cuerdas llenas de ropas puestas á secar, le daban cierta semejanza al interior de un buque empavesado.) Luego me llevó al *comedor*; verdad es que entonces estaba haciendo de *sala de baño*; despues me mostró su *estudio*, cuyas vistas agradables sobre un tejadillo le hacian muy á propósito para el caso.—¿Y el *tocador* de tu esposa? le dije yo.—Ya le hemos dejado adelante, en aquella pieza donde tengo mi *biblioteca*.—¿Tambien esa?—Tambien esa.—En efecto, luego pasamos por la biblioteca, y ví sobre una mesa dos legajos de Diarios de Avisos, una Guia de forasteros, un calendario, un tomo cuarto del Quijote, y una novela sentimental que el maestro de baile habia prestado á la señorita.—Por último, vimos la *cocina*, que era ancha como cañon de chimenea y tan clara como las Soledades de Góngora; no tengo necesidad de advertir que se hallaba adicionada con el estrecho recinto que mas lejos de ella debia colocarse; porque ya se sabe que esta es circunstancia indispensable en las cocinas de Madrid. Desde allí se pasaba á una *despensa*, lo suficientemente húmeda para prestar cierto saborete á todos los bastimentos en ella apiñados; y por último se bajaba á los *sótanos* y *bodegas*, cuya estension era tal que habia que mirarlos desde la escalera siempre que estaban surtidos de un carro de carbon ó de dos arrobas de vino.

»Tal, amigo mio, era la habitacion principal de esta casa: juzgue vd. ahora de las demás. Pues siendo cual era, tenia dos tiendas, y en ellas vivian un sombrerero y un ebanista; el zapatero del portal dormia en un chiribitil de la escalera; un diestro de esgrima en el entresuelo; un empleado y un comerciante en los principales; un maestro de escuela y un sastre en los segundos; una ama de huéspedes, una modista y una planchadora en los ter-

ceros; un músico de regimiento, un grabador, un traductor de comedias y dos viudas, ocupaban las buhardillas; y hasta en un desvancillo que caia sobre estas habia encontrado su asiento un matemático que llevaba publicadas varias observaciones sobre las principales alturas del globo.

»Por lo que á mí toca, bien pronto empecé á suspirar por las comodidades á que estaba acostumbrado; y así es que á los dos meses abandoné aquella mansion y volví á esta provincia; pero júrole á vd. que no pude hacerlo sin notable deterioro de mis sentidos; pues gracias á la escasa luz que el patio empavesado nos suministraba, perdí algunos grados de vista; mi olfato llegó casi á neutralizarse con las continuas exhalaciones de los pozos, albañales, comunes y vertederos de la tal casa; por una consecuencia inmediata vino á resentirse el gusto, que siempre tuve delicado; el oido perdió su natural fineza con la bataola del zapatero, del ebanista, del esgrimidor, de los chicos de la escuela y del músico; y solo el tacto llegó á sutilizárseme hasta un punto tal, que atajaba en su camino en el punto y hora que queria á las antropófagas chinches que paseaban mi persona en aquellas fementidas alcobas durante la hora de la siesta.

»Hé aquí, curiosísimo señor, la pintura fiel de mi habitacion en Madrid; ignoro si las demás (hablo tan solo de las de la clase media) se le parecen, y en este caso no puedo menos de compadecer á vds., porque pagan á precio de oro tantas inconveniencias, mientras aquí disfrutamos habitaciones cómodas y aun regaladas por lo que ahí cuesta una buhardilla. De todos modos espero que me conteste para desengañarme, y que reconozca desde ahora uno de sus apasionados en—*El Provinciano.*»

Y *el Parlante,* poco deseoso de decidir tamaña cues-

tion, deja por hoy á sus lectores la propiedad de inclinarse al partido que bien quieran, y al *provinciano* la posesion de ejercitar su despiadada sátira contra las casas de Madrid.

(Julio de 1832.)

Nota.

Desde que se escribió este artículo en 1832, hasta el dia, ha cambiado de tal modo el caserío de la capital á consecuencia del sinnúmero de construcciones nuevas y la reforma de las antiguas, que ya afortunadamente puede decirse que carece en general de exactitud aquella pintura que entonces tenia toda la que exige la verdad.—La reconstruccion de Madrid puede decirse que empezó sin embargo lentamente en 1815, despues de restablecida la paz general; y aprovechando el interés individual los beneficios de esta, y hasta los mismos destrozos y demoliciones llevadas á cabo por el gobierno intruso, empezó á dar este giro á los capitales, y á despertar en los habitantes de Madrid mayores exigencias de comodidad y de buen gusto. Por desgracia este no hacia, puede decirse, mas que germinar, y los arquitectos encargados de la direccion de las nuevas construcciones tampoco se hallaban á la altura necesaria para darle impulso y hacerle desarrollar rápidamente. Combinada, pues, esta poquedad de ideas artísticas con la mezquindez mal calculada de los dueños, dió por resultado en aquella primera época de restauracion muchos edificios comunes, mal combinados y repartidos, habitaciones estrechas y desnudas de adorno y comodidad, que sin embargo parecieron entonces un prodigio de lujo á los vecinos de Madrid acostumbrados á las habitaciones del Barquillo y Maravillas, á las escaleras de la Plaza, á los inmundos portales de toda la poblacion. Siguió en este sentido la nueva fabricacion, construyéndose 273 casas desde 1813 hasta 1823.—Entre estas las mas notables por su importancia y regularidad fueron las ocho que forman manzana conocidas por las de *Santa Catalina*, sobre el sitio donde estuvo el convento de monjas, entre la Carrera de San Gerónimo y del Prado. Estas por lo menos, cuando no lujo y elegancia de construccion, tienen cierta regularidad y desahogo.

La creacion en 1822 de la importantísima Sociedad de Segu-

ros, y la estabilidad y órden material que reinaron en la última década del reinado anterior, favorecieron singularmente la construccion, que fué creciendo proporcionalmente en estos términos: en 1824, 36 casas;—44 en 1825;—44 en 1826;—51 en 1827;—52 en 1828;—48 en 1829;—48 en 1830;—87 en 1831;—82 en 1832 y 73 hasta octubre de 1833, en todo 572 en la década.—En esta época fué cuando se levantaron las calles nuevas á la izquierda de la plaza de Oriente; la acera de la de Santiago y muchas otras casas en las del Leon, Fuencarral, Hortaleza, Príncipe, Atocha, Caballero de Gracia y Plaza Mayor. Todas ellas, empero, son construcciones comunes, distribuidas en habitaciones diminutas y desnudas de adorno esterior é interior.—A todas pudo apropiarse en general la sátira del artículo que motiva esta nota.

La revolucion política verificada á la muerte de Fernando VII, la desamortizacion y venta de los cuantiosos bienes del clero, la demolicion de la mayor parte de los conventos, la acumulacion de capitales concentrados durante la guerra civil en la capital; el desarrollo de las ideas del buen gusto, y las importantes mejoras establecidas en la policía de la villa por una autoridad activa, celosa é inteligente, todas estas causas, en fin, reunidas á las crecientes exigencias de una capital populosa, empezaron á dar nuevo y mas elevado giro á las construcciones; siendo ya notables, entre las de la otra década hasta 1844, las casas de los señores Mariátegui y Matheu, en el solar del convento de la Vitoria; la de las del señor Cordero en el de San Felipe el Real; el pasage y mercado de San Felipe Neri, y el de Matheu en la calle de Espoz y Mina, y la del señor marqués de Casa Irujo en la calle de Alcalá.—Pero cuando la construccion empezó á tomar su vuelo verdaderamente sorprendente, tanto en el número de edificios, cuanto en el brillante aspecto, comodidad y lujo de su decoracion, fué en 1845 y siguientes hasta el dia en que se trata nada menos que de duplicar el perímetro de Madrid.—En este tiempo se han construido de nueva planta mas de mil seiscientas casas, muchas en solares, huertas y cercados, y otras sobre los sitios en que existian casuchas ruinosas y mezquinas, renovándose casi del todo las calles principales de la poblacion.—A todas aquellas causas anteriormente enunciadas, al estraordinario progreso del buen gusto, á las exigencias del lujo, á la moda, en fin, de dedicar á esta aplicacion los capitales, vino por fortuna á reunirse la circunstancia de la aparicion de jóvenes arquitectos, ilustrados y entusiastas por lo bello, cono-

cedores de las buenas construcciones en el estrangero, deseosos de gloria y enemigos declarados de la antigua rutina ó manera. Preciso es tambien convenir en que los anteriores no se hallaron en circunstancias tan favorables para desplegar su fantasía; antes bien se vieron limitados por la exquidad de las miras de los dueños, á construir casas comunes en sitios reducidos, y combinadas de modo que pudieran dar en alquiler el mayor interés posible; mientras que los actuales han visto á su disposicion solares inmensos y bien situados, dueños espléndidos, un gusto y una exigencia creciente en la poblacion, é infinitos adelantos en la fabricacion de los objetos de construccion.—De este modo han podido verificar una verdadera revolucion en el caserío de esta villa, y elevar los palacios de los señores duques de Riánsares, Salamanca, Gaviria, Sevillano, Santa Marca, Las Rivas, Soto Mayor, Perez, Murga, Calderon, Remisa, todos los del paseo del Prado y Fuente Castellana, la espaciosa plaza de Oriente, el distrito del Congreso, el del Barquillo y la Puerta del Sol, que absolutamente han hecho variar de aspecto y condiciones al moderno Madrid.

1808 Y 1832.

Etas parentum, pejor avis, tulit
nos nequiores, mox daturos
progeniem vitiosorem.

Horat.

El termómetro de Reaumur señalaba puntualmente 30 grados sobre cero, y el reloj del Cármen acababa de dar las cuatro de la tarde. Todo reposaba en torno de mí; dobles persiasnas y cristalería impedian la entrada en mi mansion al aire abrasador que destruye las fuerzas y á la accion aun mas terrible del sol canicular; toda la casa presentaba el aspecto de una verdadera noche, y sus habitantes todos yacian entregados á las dulzuras del sueño; ningun ruido de carruage ni de paseantes interrumpia el silencio de las calles, donde segun la espresion de cierto viagero, «solo se encontraba á tales horas algun francés y algun perro.»—Los cafés, las tiendas, los establecimientos de todas clases, cerrados herméticamente; los portales llenos de mozos que dormian; todo, en fin,

reposaba en armonía perfecta, procurando recobrar en brazos de Morfeo las fuerzas que el calor habia debilitado.

Brava ocasion para que un estrangero nos hiciese una bella disertacion pretendiendo demostrarnos los incalculables perjuicios que esta segunda noche nos proporciona. ¡Con qué exactitud matemática nos ajustará la cuenta de las horas de trabajo que roba á nuestras manufacturas, haciendo subir escesivamente el precio de sus productos! Luego se empeñará en probarnos que inutilizamos la mayor parte del dia, suspendiendo todos los trabajos para comer precisamente á la hora en que mas calor hay y menos apetito; de aqui sacará la consecuencia de que, sin esta costumbre, la siesta no seria necesaria; despues pasará á demostrarnos lo perjudicial que es á nuestra salud el sueño despues de la comida, por la acumulacion del calor á la cabeza en el momento en que mas falta hace en el estómago para operar la digestion; en seguida nos amenazará con el entorpecimiento de nuestros sentidos, con las plétoras, accidentes y paralisis; y en fin, nos dirá tanto... tanto...—Nosotros, sin embargo, bien sea porque la accion del clima pueda mas que aquellos argumentos, bien porque una invencible costumbre nos arrastre á ello, marcharemos sin responderle una palabra *á dormir la siesta.*—¿Cómo resistir á este impulso general, ni qué hacer donde todos duermen?... Dormir como todos.

Mas como quiera que el señor Morfeo es un sugeto á quien no se puede pedir cuentas de sus acciones; que reparte su beleño cuando le place, y sobre quien le place; y por lo visto se hallaba á aquella sazon á algunas leguas de mis sentidos, ello es lo cierto que yo velaba como novia en vísperas, hasta que cansado de volver y revolver sobre mi desvencijada persona, y de dar tormen-

to á la acalorada imaginacion, resolví en fin abandonar el lecho, abrir un balcon y asomarme á él.

Entonces fué cuando hice las reflexioncillas arriba dichas; y estando haciéndolas, sentí en la cabeza un chinarrito bajado de la vecindad... alzo la vista y miro... No sé si acaso se acordarán vds., señores lectores, de un mi vecino don Plácido, de quien creo haberles hablado ya. Pues este ni mas ni menos era el que en tal guisa y á tales horas interrumpia mi amostazado soliloquio, para contarme un desvelo como el mio y una resolucion idéntica. Y como el silencio de la siesta nos convidaba á cruzarnos de razones, subí á su habitacion para hacerlo cómodamente; y medio tendidos en dos sofás entablamos nuestra sabrosa plática.

Por de pronto discurrimos acerca de los sucesos del dia; pero como mi vecino es algo viejo, y á los viejos les sucede con la imaginacion lo que con la vista, esto es, que ven mejor los objetos distantes que los mas cercanos, muy luego encontró medio de enderezar ingeniosamente la conversacion hácia aquellos tiempos en que él brillaba en Madrid y en que por sus buenos modales, su instruccion y sus conveniencias era tenido por el *hombre á la moda* .

—«Desengáñese vd., me decia, el trascurso de treinta años y los estraordinarios acontecimientos que en ellos han mediado, han sido bastantes para alterar nuestras costumbres en términos, que á uno que hubiera dejado nuestra capital en 1802 le seria imposible reconocerla en 1832. Es cierto que en la época actual la hallaria mas decorada y decente, observaria mas actividad en nuestra industria; admiraria los progresos de las artes; veria con placer los muchos establecimientos destinados á difundir los conocimientos útiles; notaria los adelantos que el

buen gusto ha introducido en las habitaciones, en los trages, en los monumentos públicos; y quedaria al pronto seducido con esta erudicion *á la violeta*, que hace á la juventud del dia lucir y brillar aun delante de la esperiencia y de la senectud.

Todo esto, no hay duda, ocurriria al forastero de treinta años, y por de pronto confesaría avergonzado los progresos de la actual generacion; pero en cambio de aquellas ventajas ¿no hallaría muy luego la ausencia de otras mas sólidas y duraderas? ¿No echaria de ver muy pronto la alteracion que ha esperimentado nuestro carácter? ¿Adónde encontraria ya aquella ingénua virtud, aquella probidad natural que era el distintivo de nuestros mayores? ¿Dónde el sólido saber, que aunque patrimonio de pocos, ofrecia á la posteridad obras clásicas é inmortales? ¿Dónde aquella franqueza sencilla que daba á los placeres inocentes su verdadero colorido, y al trato general comunicaba la alegría y confianza? ¿Dónde, en fin, aquella cómoda reparticion de fortunas, aquel bienestar general que ahuyentaba las ideas de ambicion y permitia á todos ostentar sus respectivas facultades, sin pretensiones ni cálculos? En lugar de esto ¿qué hallaria? Desden de las virtudes pacíficas y sólidas; el vicio embellecido con todos los recursos del entendimiento; fortunas desiguales y rápidas; reputaciones usurpadas; confusion grosera de todas las clases; ficcion en el trato esterior; cábala é intrigas interesadas en el interior; la amistad hecha una pura palabra; el amor un juego de ellas; la coquetería convertida en gracia; la pedantería en ciencia y el charlatanismo en virtud.—Esto, desengáñese usted, esto y no mas veria el forastero en nuestros magníficos salones, nuestros refinados espectáculos, nuestros elegantes cafés, tiendas y paseos.

—Paréceme sin embargo (le contesté yo algo mohino) que la prevencion con que vd. mira las cosas le hace verlo todo con colores demasiado fuertes, y en cambio podria yo oponerle cuadros en que resultase todo lo contrario de lo que usted afirma.

—«No hay regla, me replicó el vecino, por general que sea, que no tenga sus escepciones; y no podré negar que acaso serán numerosas las de esta; mas sin embargo, creo poder asegurar que lo general inclina mas bien al bosquejo que llevo trazado. Acaso me pretenderá vd. negar las ventajosas circunstancias que yo concedo á nuestra sociedad antigua; pero para convencerle de ello con un ejemplo, le presentaré el espectáculo de una casa donde yo concurria diariamente en 1802.

»El amo de ella, hombre como de cuarenta años, franco, amable y lleno de conocimientos, habia seguido su carrera de empleado, hasta llegar á un destino que le proporcionaba un buen sueldo y consideracion en la córte. Su esposa, digna de él por su amabilidad y juicio, dirigia el gobierno de la casa con aquella inteligencia é interés propias de quien reune á una buena educacion un constante deseo de hacer felices á su esposo y á sus hijos; y los dos que tenia, varon y hembra, eran el objeto contínuo de sus cuidados maternales. El muchacho asistia á las escuelas, y fué puesto en un colegio á los diez años; la niña aprendia cerca de su mamá aquellas labores y conocimientos propios de una muger que algun dia ha de dirigir una casa y hacer la dicha ó la desdicha de un hombre. ¡Cuántas horas, contemplando la ventura de ambos esposos, hube de convenir en la felicidad conyugal! En ellos no habia mas que un pensamiento, que era el de amarse y hacerse mas placentera la existencia; el sueldo del esposo, y el producto de algunas haciendas, bastaban de tal modo á sus nece-

sidades, que despues de sostener su casa con esplendor, todavía la económica compañera encontraba medio de hacer algunos ahorros en beneficio de sus hijos.

»La sociedad que frecuentaba tal casa era digna de ambos; amigos francos y leales; jóvenes bien educados; mugeres amables y virtuosas: yo solia asistir á su mesa ciertos dias al mes; era abundante, pero sin ostentacion; franca sin grosería; despues soliamos irnos al teatro ó á paseo; volvíamos á casa, y á poco rato empezaba la tertulia. Por supuesto la primera operacion era refrescar y tomar chocolate; luego entraba la partida modesta de mediator ó de dominó, en tanto que los jóvenes hacian *juegos de prendas* bajo la inspeccion de las madres. Todo era allí animacion, alegría, franqueza; el amor no temia manifestarse; seguros todos de las buenas cualidades mútuas, no dudaban entregarse á sus puras sensaciones, y yo asistí á mas de tres bodas que resultaron durante el tiempo de nuestra tertulia; la amistad no temia comprometerse; las opiniones se debatian riendo; las disputas concluian con un cigarro, y las pérdidas del juego nunca daban lugar á cambiar un doblon. Daban las once, y todos nos retirábamos satisfechos unos de otros, sin sospechar que hubiera en el mundo otra clase de placeres, y deseando que pasasen las horas para volver á reunirnos. Tal, amigo mio, era el espectáculo que presentaba la casa de don Melchor del Vallecillo; búsqueme vd. ahora muchas por este estilo.»

—¿Cómo dice vd. que se llamaba? (repliqué yo precipitado.)—Don Melchor del Vallecillo. ¿Pero qué tiene vd. que se ha inmutado? ¿Acaso le ha conocido ó?...—No señor, no le he conocido; pero ciertamente no podia vd. haber escogido otro ejemplo mas á propósito para apoyar su idea; y va vd. á verlo.

Yo frecuento en el dia una de las casas mas elegantes de Madrid. Todas las circunstancias que deberian embellecer la existencia de un hombre se habian reunido en el amo de ella; salud, fortuna regular, un buen empleo, una muger con quien se casó enamorado, dos hermosos niños, consideracion en Madrid, todo se le ofrecia para hacer su dicha; pues este hombre por seguir el sistema de la moda, ha hallado el medio de ser infeliz.

Llegado á una edad regular, habiéndose casado y obtenido por su buena suerte el mismo destino que ocupó su padre, empezaron á desenvolverse en él la ambicion y la vanidad, y le sujetaron á su carro de tal modo, que dejó de gozar en el momento que debia empezar á verificarlo. Por de pronto, no pareciéndole bien el cuarto en que su padre habia vivido, se trasladó á una habitacion magnífica; y menospreciando los antiguos muebles que formaban el adorno de aquel, alhajó esta con todo el refinamiento de la moderna elegancia; su esposa, cuyo carácter débil es muy á propósito para seguir las impresiones que la quieran comunicar, se dejó seducir, como es natural, al aspecto del lujo y la magnificencia; segundó grandemente las ideas de su esposo; ayudóle á derramar su dinero; y creciendo en necesidades supérfluas, llegó á poner su casa en un tren que compite con las primeras de la córte.

Con tan bellos elementos ¿quién resiste á la tentacion de tener sociedad? Tuviéronla en efecto, y desde el principio vieron llenos sus salones de gentes de varias esferas; desocupados, seductores, damas de fortuna, maridos tolerantes, esposas ligeras, jugadores, músicos y danzantes. El marido, que como todo hombre de gran tono empezó por hacer un viage de dos meses á París, volvió á su casa tan lleno de aquellas *maneras*, que quiso iniciar en ellas á su esposa. Esta no tardó en aprenderlas y exagerarlas, y

muy luego fué citada como el modelo de las damas á la moda. Entretanto el gasto de la casa se ha hecho exhorbitante, como puede vd. creerlo; el sueldo del destino, los productos de las haciendas, y aun sus mismos capitales, todo desapareció como el humo; y nuestro hombre se ha visto precisado á recurrir á la intriga y á la bajeza con el objeto de prosperar mas en su carrera, y proporcionarse medios de bastar á su disipacion. Su casa desde entonces quedó abierta á ciertos personages, protectores gratuitos, y á ciertas damas de córte á quienes adula y encomia, no sin notable burla del resto de la tertulia, que conoce sus miras. Uno de aquellos, hombre de mundo y de las peores ideas, le tiene seducido con su proteccion, y mientras tanto obsequia á su muger; ella tal vez no le escucharia; pero el mismo marido... ¡qué infamia!... la obliga á contemporizar y no ponerle mala cara. Entretanto él se encierra en su sala de juego, aventura allí el resto de su fortuna, se aficiona á ciertos manejos indecentes, y aturdido con sus pérdidas y ganancias, y con el ruido del baile que suena en el salon, no advierte que han dado las dos de la mañana...

Pues esta casa que le acabo á vd. de describir es la de don Melchor del Vallecillo, y este hombre el mismo don Melchor.

—¡Dios mio! esclamó mi interlocutor: ¿será posible? El hijo de mi buen amigo, el jóven criado en el seno de la virtud ¿habrá degenerado hasta ese estremo?

—¡Ay don Plácido! que no es sino demasiado cierto.— ¿Lo vé vd., lo vé vd.? no le aseguraba yo antes que hoy dia...—¿Y qué sirvieron los buenos ejemplos, la escelente educacion?—¡Qué han de servir, me contestó don Plácido, contra la influencia de la moda y treinta años de diferencia!...

A este punto llegábamos de nuestra plática, cuando los gritos de los ligeros valencianos que pregonaban sus refrescos, y la animacion de las calles, nos hizo conocer que era pasada la hora de la siesta, y cogiéndonos afectuosamente las manos, nos separamos sin hablar mas.

(Agosto de 1832.)

LOS AIRES DEL LUGAR.

«¡Qué horror! *A Madrid me vuelvo*;
que allí hay mas comodidades
si los vicios no son menos.»

Breton.

—«No hay remedio, amigo don Tal: vd. está malo, y es preciso desterrar ciertos humores que *nosotros* los físicos llamamos *humores ácres, proclives, espontáneos y corrumpentes*; y para ello nada encuentro tan acertado como el que vaya vd. á *tomar aires* fuera de Madrid.

—Si vd. me lo ordena...

—Sí, amigo, y con toda la autoridad de la ciencia; su imaginacion de vd. demasiado ocupada de trabajos mentales, necesita distraccion y desahogo: al mismo tiempo le es á vd. conveniente el respirar un aire libre y puro, no como este mefítico que nos rodea en la capital; en fin, la vida del campo volverá á vd. sus fuerzas, y ensanchará su pecho, ofreciéndole placeres sencillos é inocentes que no ha esperimentado aun.

—Y ¿hácia dónde parece á vd. que dirija el rumbo?

—Adonde vd. quiera, con tal que sea un pueblo sano, y á bastante distancia de Madrid.

—No entiendo esa última circunstancia.

—Pues créame vd., y sígala, aunque sea sin entenderla.»

Mi doctor (que es algo brusco de modales) tomó á este punto su sombrero y me dejó sin mas preámbulos, cavilando sobre el nuevo proyecto que me indicaba. Inmediatamente corrí á rodearme de los ciento y tantos cuadernos que van publicados del Diccionario Geográfico Universal; item, del Atlas que le acompaña, con el objeto de escoger sitio adonde dirigirme en busca de la salud y de los placeres puros é inocentes. Todo se me volvia tomar y dejar mamotretos; consultar viages pintorescos, contemplar estampas de paisages y marinas, recitar églogas pastoriles para el nuevo género de vida que iba á seguir durante algun tiempo. Pero por mas que cabilaba, nada decidia, hasta que resolví salir á la calle y consultarlo con el primero que la suerte me deparase.

La casualidad á veces sabe mas que un libro, y ella y mi buena suerte hizo que me dirigiese á casa de *don Melquiades Revesino,* cnya familia es para mí de la mayor franqueza. Por qué tanto la hallé cuidadosamente ocupada en discutir un proyecto semejante al que á mí me desvelaba; quiero decir, en salir *á tomar aires á un lugar*

Motivaba esta improvisa determinacion (á lo que supe despues) cierto amorío de la niña de la casa con el jóven *don Luisito del Parral,* mozo brillante, no por su elevada cuna, no por la superioridad de sus talentos, no por la abundancia de sus riquezas; no, en fin, por su perfecta persona, sino por un cierto aire de estrangerismo apren-

dido en un viage que hizo á Bayona; por un tono decisivo y abierto, hijo natural de la calle de la Montera; y por cierta elegancia en el vestir debida á la sábia tijera de *Rouget*; mozo, en fin, á la moda, muy versado en la chismografía corriente, y tan poco conocedor de los sucesos pasados, como nada cuidadoso de los futuros.

Pues este tal era el que inflamando el corazon de *Jacinta* (que tal era el nombre de mi heroina) alteraba la paz de aquella casa, y destruia la salud de la niña, cuya palidez y tristeza se aumentaban desde el dia en que al celoso don Melquiades se le ocurrió privar á aquel la entrada en su casa. Desde tal momento la niña era el objeto de los mas solícitos cuidados; se la mimaba cuidadosamente, ya ofreciéndola manjares delicados, ya tomándola maestros de canto y de dibujo, ya llevándola del Prado á la Opera, y de esta al baile; pero nada era suficiente á borrar la impresion que el mancebo habia hecho en su alma; y toda la facultad matritense, convocada al efecto, habia declarado solemnemente que la chica adolecia de una melancolía que acabaria con ella, si por el pronto no se tomaba la determinacion de sacarla de Madrid. Tal era el apuro de esta familia, que no titubeó un momento en llevar á efecto tan sábia determinacion; y hé aquí que yo llegué cuando estaban discutiendo el punto de direccion.

Nada les podia servir mejor que mi llegada; pues viniendo, como venia, lleno de la misma idea, y cargado además de erudicion geográfica, estaba en el caso de contribuir grandemente á fijar la cuestion. Seducido con la idea que me propusieron de acompañarles en la partida, hablé larga y asombrosamente sobre los diferentes paises conocidos; cité lugares célebres; atravesé montañas; salté

rios; y dejé á todos pasmados con lo mismo que acababa de leer (costumbre harto frecuente en ciertos sábios del dia); pero á todo se me contestaba con esta pregunta:—«¿Y cuántas leguas está eso de Madrid?»—y en pasando del espacio que ellos determinaban, ya no habia forma de reducirles.—Por fin, despues de largos y acalorados debates y comparaciones topográficas, históricas y críticas, determinamos de comun acuerdo que el viage seria á... *Carabanchel*; célebre lugar situado donde acaso mas de un geógrafo ignora; y en cuyas ventajosas circunstancias convino toda la sociedad.

Una sonrisa de Jacinta fué la señal de la aprobacion general, y desde aquel momento ya no se pensó mas que en los preparativos del viage, que se fijó para de allí á ocho dias. Don Melquiades salió á contratar el carruage; la mamá y la niña al almacen de *Carrillo* á comprar trages y adornos de camino, y á consultar de paso con *madama Adela* la forma de los sombreros, y á despedirse de todos sus conocidos: otro se ofreció á sacar el pasaporte, aunque muy luego nos ocurrió que hasta pasadas seis leguas de Madrid no teniamos necesidad de él; otro se encargó de preparar casa; un poeta de surtido que frecuentaba la tertulia, corrió á componer una despedida *cantábile*, y yo me volví á empaquetar mis efectos, mi biblioteca de campo, mis mapas, mis anteojos y catalejos, y á comprar un libro en blanco para escribir las observaciones histórico-críticas del viage.

En tan complicadas operaciones, llenos de las ideas y proyectos mas lisonjeros, y saboreando de antemano los placeres que íbamos á disfrutar, pasaron aquellos ocho dias, hasta que lució la suspirada aurora; y antes de que el sol iluminase el horizonte, ya nos hallábamos reunidos en casa de don Melquiades con todo el tren y aparato de

marcha. Los abrazos, las lágrimas los suspiros, se prolongaron largo rato; los respectivos utensilios, cofres, maletas, sacos de noche, colchones y demás, fueron colocados en el coche; y subiendo en él el papá, la mamá, la niña y yo, con dos criadas, empezamos nuestro camino escoltados de algunos buenos amigos de la casa, á quienes íbamos dejando, ya en la puerta, ya en el puente de Toledo, ya en la antigua ermita de San Dámaso, ya, en fin, á la vista de Carabanchel de Abajo.

Entretanto nosotros gozábamos del aspecto de la campiña, marchando entre dos filas de futuros árboles recien plantados, y animando á Jacinta (que nunca habia pasado del Canal) á regocijarse con la vista de aquellas tierras de pan llevar, ó de tal cual colina de arena que interrumpia la uniformidad del paisage. Por fin, despues de varias preguntas de cuántas leguas habriamos andado ya; despues de informarnos de los nombres de los lugares cuyos campanarios alcanzábamos á ver á lo lejos; despues de disertar largamente sobre la incomodidad de los viages; llegamos sin ocurrencia notable á Carabanchel sin necesidad de hacer noche en el camino, gracias á la agilidad de nuestras mulas.

Echamos pie á tierra en una calle *de cuyo nombre no quiero acordarme*, y ocupamos la casa que se nos tenia preparada; componíase de una salita baja con dos rejas á la calle, una alcoba, y varias piezas y dormitorios interiores que daban á las eras; y si bien el adorno, compuesto de una mesa de pino, ocho sillas de Vitoria, dos cornucopias, y cuatro estampas de la prision del Maragato, no correspondia en nada al precio que se nos habia exigido, ni á la elegancia y porte de nuestras damas, al menos le encontramos muy en armonía con los modales y disposicion de los amos de la casa; de suerte que no

tuvimos que quejarnos en este punto de la menor discordancia.

Por de pronto nos examinaron bien, rieron de nuestros sombreros y casquetes, franquearon su puerta á una caterva de muchachos en camisa que nos perseguian con el epíteto de *lechuguinos de Madrid*, y permanecieron sentados, tranquilos espectadores del descargo de nuestros efectos, sin aproximarse á ayudarnos en nada. Pedimos agua para lavarnos, nos trajeron una cofaina sucia y ordinaria que pusieron sobre una silla, y para hacer que mudaran el agua á cada uno, tuvimos que sostener tantas cuestiones como individuos éramos; pedimos pan, no lo habia hasta de allí á una hora; quisimos vino; nos lo trajeron bastante malo; por último, tuvimos necesidad de descansar y los colchones no nos lo permitieron; hubo, pues, que repartir económicamente los que traiamos, y aun así no fué posible dormir, porque una plaga de moscas, moscones y mosquitos, formaban á nuestros oidos un alegre terceto, interpolado de sendas embestidas sobre nuestros rostros; esto, unido á la algarabía que traian las gallinas en el corral, y al calor y la luz que entraban por las puertas y ventanas que no cerraban bien, nos hizo pasar un ratito agradable, parecido á los varios que despues tuvimos ocasion de disfrutar.—¿Pero para qué me canso en ir siguiendo metódicamente el órden de los acontecimientos? Basta indicar con rapidez el método de vida á que por necesidad tuvimos que acomodarnos, y haciendo la pintura de un dia, puede servir de molde para los demás.

Nos levantábamos tarde, porque no nos acostábamos temprano; porque ningun objeto nos escitaba á madrugar; porque el dia se nos hacia mas largo ó insoportable; porque los bichos voladores nos disputaban el sueño du-

rante la noche; por otras mil y una razones que seria prolijo esplicar. Durante el fementido almuerzo, mal condimentado y peor servido, escuchábamos las novedades del pueblo de boca del sobrino del patron, *Ferminillo*, mozo travieso y decidor, cuyas novedades se reducian á saber tal cual familia que habia llegado de Madrid; con todos los ribetes y circunstancias de lo que traian, lo que gastaban, lo que comian, etc.; luego solia amenizar la relacion, con alguna que otra paliza dada durante lá noche, tal ó cual multa ó encarcelamiento; y acostumbraba concluir con acompañarse á la guitarra unas infames seguidillas de malignos conceptos y alusiones harto claras.

Cansados de Ferminillo, nos dirigíamos á alguno de los jardines y huertas particulares, donde (prévia una esquela del dueño, un permiso del mayordomo, un empeño del portero, ó una recomendacion del estercolador) podiamos pasearnos en dos fanegas de sembradura, debajo de un emparrado, hasta que solia venir el conde ó el marqués propietario, y, ó teniamos que abandonar el campo, ó que deshacernos á cumplidos y cortesías.—Salíamos de allí cuando el dios de los tabardillos ejercia ya su poderosa influencia, y por las amenas calles de aquella brillante poblacion (interrumpidas por algunos grupos de muchachos que reian de buena fé al mirar el sombrero de Jacinta, ó al verme á mí llevando su sombrilla), nos dirigíamos á visitar á algunas de las familias compatricias, á las cuales encontrábamos, ó bien entregadas á un profundo sueño, ó bien ocupadas en echar de comer á las gallinas; ya jugando al asalto; ya leyendo la Gaceta de Madrid; y todos en general quejándose de que el dia en Carabanchel tenia cuarenta y ocho horas. En fin, despues de proyectar algun paseo para la tarde,

nos retirábamos á nuestra casa á despachar la parca comida, siempre compuesta de los mismos artículos de pollo y tortilla, al menos que algun *propio* enviado de Madrid no nos trajese algo nuevo; dormíamos luego cuatro horas de siesta, y salíamos al paseo de las eras, ó bien al otro Carabanchel, en union de alguna otra familia, formando luego en cualquiera casa nuestra tertulia de tresillo hasta las once ó las doce.

Tal era la vida agreste que llevábamos, y no hay que decir que cada dia nos parecia mas necia; la salud de Jacinta empeoraba; la mia no ganaba nada, y ni médico ni botica nos inspiraban confianza para consultarlos; el ejercicio que haciamos en un pais árido é ingrato, nos cansaba el cuerpo y nos entristecia el alma; todos los objetos que nos rodeaban inspiraban tedio y desazon; la mezquindez de la habitacion y los muebles, la grosería de sus dueños, las chanzas pesadas de Ferminillo, la etiqueta de las gentes que llegaban de Madrid, la monotonía de nuestras acciones, el aspecto mísero del lugar, la privacion de toda clase de conveniencias, las intrigas y enemistades ridiculas que Fermin nos contaba; todo era muy apropósito para acabarnos de fastidiar, y al cabo de quince dias (de los cuales segun mi cuenta pasamos durmiendo diez y medio), se empezó á tratar de volver á Madrid. Un incidente imprevisto vino á precipitarlo.

Hacia dos ó tres noches que yo habia visto por las ventanas que daban á las eras pasar un hombre á caballo con aspecto misterioso, y haciendo salir á Fermin á reconocerle ví que se hablaban, y que se despidió de él el caballero; con lo cual y con decirme Fermin que era un conocido de Madrid que estaba en el pueblo, cesaron mis sospechas, á pesar de que otras noches á la misma hora solia verle rondar la casa.

Ya nuestra partida estaba señalada para de allí á dos dias, cuando reuniéndonos una mañana al desayuno, notamos que Jacinta no venia; llamamos á su criada; no respondió; pasamos á su cuarto, y vimos que habian desaparecido una y otra, item mas, el Ferminillo, director de toda la intriga, y sobre la mesa encontramos un billete concebido en estos términos:

«Amados papá y mamá: El estado infeliz á que me ha »reducido una pasion violenta, y el convencimiento que »tengo de mi pronta muerte si me empeño en resistirla, »me han obligado á dar un paso atrevido y ageno de mis »ideas; pero creo que el amor que vds. me tienen les in»clinará á perdonármelo. Yo huyo de la casa paterna, pe»ro huyo bajo la proteccion de las leyes, y huyo con el »esposo que mi suerte me ha destinado. Voy con Fermin »y Manuela y quedo depositada en casa de D... su amigo »de vds., mientras espero allí la aprobacion paternal. Per»don, papá y mamá; no me aborrezcan vds. y compadéz»canme por haberme visto precisada á este estremo.—Ja»cinta.»

No hay que decir el pasmo que en ambos consortes se manifestó con esta ocurrencia; sin embargo, en la mamá noté mas serenidad, como si hubiese tenido algun antecedente. Yo me encargué de convencer al padre, y llegado que hubimos á Madrid, viéndose invitado por la autoridad á prestar su aprobacion, y fuertemente instado por todos sus amigos, cedió por fin á nuestras súplicas, y el matrimonio se celebró ayer con alegría y satisfaccion, sin mas nubes ni contratiempos.

La niña Jacinta parece satisfecha de haber salido *á tomar los aires*, y no dudo que curará de sus males; en cuanto á mí, si no bastasen los que tomé en Carabanchel, continuaré tomándolos en el Retiro, ó me alejaré sesenta

leguas de Madrid, donde la sencilla ignorancia de la aldea no se halle mezclada con la malicia del pueblo bajo de la córte, y donde la campiña mas varia ofrezca mayor novedad y desahogo.—Esto fué sin duda lo que me quiso decir mi médico.

(Agosto de 1832.)

EL PASEO DE JUANA.

«Debajo desas ropas y jubones
imagino serpientes enroscadas,
uñas de grifos, garras de leones.»
Lupercio.

A electrizar muchos cuerpos
Y á cautivar muchas almas
Una noche de verano
Salió Juana de su casa:

Juana, la que en Avapies
Goza por su noble fama
Los galanes por docenas,
Las palizas por semanas;

La que con su vista solo
Turba la paz de las casas,
La que las mugeres temen,
La que los maridos aman.

Un airoso zagalejo
Sus perfecciones señala,
Y á la media pierna llega
Y de allí, traidor, no pasa.

¡Ah zagalejo paciente
Qué de aventuras contaras
Si fueras enriquecido
Con el don de la palabra!

De sarga rica mantilla
Con terciopelo de á cuarta
Deja Juana por los hombros
Colgar casi descolgada,

Y en recoger ambas puntas
La mano diestra empleaba,
Con la izquierda juguetona
Un blanco pañuelo arrastra.

Apenas pisa la calle
En marcha oblícua y taimada
Sigue á *babor* y *estribor*
Con un meneo que encanta;

Nada, nada la detiene
Al cruzar las calles, salta,
Y en gracia de la limpieza
Alza el vestido una cuarta.

Todos la dejan la acera,
Todos vuelven á mirarla,
Y ella á todos los desdeña,
Y sigue alegre su marcha.

Algunos mas atrevidos
La dicen «*Pase mi alma*;»
Pero ella alza su cabeza,
Tuerce el lábio, escupe ó canta;

Y va dejando plantones
Por las calles donde pasa
Que hasta perderla de vista
Permanecen como estátuas.

¡Qué es ver al señor don Bruno,
El abogado de fama,
Quedarse petrificado
Sin saber lo que le pasa,

Andar dos pasos atras
Mirando si le reparan,
Hasta que mas reflexivo
Sigue su camino y marcha!

Y á don Cosme el mercader,
De la hambre fiel estampa,
¿No es una risa el mirarle
Que al ver á Juana se para,

Se envuelve en su capotillo,
Y se va tras la muchacha,
Y tropezando y cayendo
Hasta que llega á alcanzarla?

Dála entonces con el codo,
Y entre toses y entre babas
La dice cuatro chocheces
Con voz trémula y cascada;

Juana le mira y se asusta
Al ver su figura estraña,
Hasta que rompe en reir
Y le deja... ¡cuál quedaba!

Un cadete en este instante
Al lado de Juana pasa;
Mírala, vuelve, y la sigue;
Al cabo una cadetada.

Formando iba mil proyectos,
Y contemplando con ansia
La belleza de Juanilla,
Que ya cuenta por lograda.

Tienta primero el bolsillo
Para escuchar si sonaba,
Que esta clase de conquistas
No se hacen con otras balas.

Avanza luego atrevido,
Y sin mirar mas que á Juana
Con palabras de granjea
Sus deseos la declara.

Juanilla, á quien el pudor
(Como es natural) ahogaba,
Sigue su paso; y camina
Sin responderle palabra;

Y el cadete, conociendo
Que *otorga todo el que calla,*
Marcha al lado, y tanto dice
Que al fin le responde Juana.

Arman, pues, conversacion,
Y yo no sé de qué hablaban,
Pero es cierto que el cadete
Iba que lástima daba.

Su paso era acelerado,
Mas la compañera maula,
Que conoce del mancebo
Las no disfrazadas ansias,

Quiere probar su paciencia,
Y á un vecino que pasaba
Haciendo el desentendido
Y evitando el saludarla;

Le para, y empieza á darle
Conversacion mas que larga
Sobre no sé qué diabluras
Que hicieron noches pasadas.

Rabiando estaba el cadete
Y pelándose las barbas
Al mirar todo este paso
Desde una esquina inmediata;

Hasta que compadecida
De su situacion la Juana,
Se despide del vecino
Y hácia el cadete ya marcha.

Este, viéndola venir,
Olvida sus amenazas,
Vuelve á espresar su contento
Vuelve á la dicha turbada.

Llegan despues de un buen rato
De la tal niña á la casa,
Y en un oscuro portal
Entran en dulce compaña.

Una escalera de torre
No es mas peligrosa ni alta
Que la que el pobre cadete
Tuvo que subir tras Juana.

El, que se miró en lo oscuro
Corre en pos de la muchacha,
Y como iba tan turbado
Y la escalera era mala,

No subia un escalon
Sin que un susto le costára,
Porque en el que no caia
Por lo menos tropezaba.

Llegan al alto por fin,
Y á la puerta Juana llama:
Abrese, pues, y una vieja
Asquerosa y remendada

(De estas viejas que su oficio
Llevan pintado en la cara)
Es el objeto primero
Que adelante se les planta.

Un torcido candelero
Con media vela en la sala
Coloca, y muy cuidadosa
Dispone no falte nada;

Pone sillas, las cortinas
Desplega, espanta la gata,
Y hace, en fin, lo que hacer suele
Toda muger de su casta;

Vase despues, y los deja
En libertad... pero calla,
Que quiero tomar aliento
Para describir la sala.

Erase un cuarto pequeño,
Las paredes sombreadas,
Las bovedillas mugrientas,
Las arañas las poblaban.

Juana era caritativa,
Y así vivir las dejara,
Consiguiendo con sus telas
Tener la casa colgada.

Una mesita de pino,
Un San Antonio de talla,
Y á su lado en simetría
Dos tiestecitos de albaca:

Un espejo sin azogue,
Del *dos de Mayo* una estampa,
Y un pandero en una esquina
En frente de una guitarra;

Tres devencijadas sillas
Concluian de la sala
El adorno, y en verdad
Que estaba bien adornada.

¿Pero... adónde está Juanilla?
¿Y el cadete? ¡Ah, buenas maulas!
Mas silencio que á la puerta
En este momento llaman,

¿*Quién es*? (pregunta la vieja)—
—«Abra vd., señora Claudia.»—
—«¡Ay Juanita! que es el Zurdo:
Por Dios que no sienta nada.»—

Abre la vieja, y un majo
De sombrero de calaña,
De chaquetilla redonda
Y de garrote y navaja,

Entra y toma posesion
Pacífica de la sala;
Y en tanto que la Juanita
Sale á ver su buena alhaja,

El cadete de puntillas
Se va por la puerta falsa,
Agarrado de la vieja
Bajando á oscuras la escala;

Y al encontrarse en la calle,
Su razon ya despejada
Le hace ver su desvarío,
Y mil temores le asaltan.

Pero no solo en temores
Pararon, que poco tarda
En conocer los efectos
De pasearse con Juana;

Y entonces diz que el cuitado
A sus solas esclamaba:
¡Oh, placer, cuán poco duras,
Y qué de penas arrastras!

(Agosto de 1832.)

NOTA. Este romance, aunque publicado por primera vez en 1832, fué escrito por el autor en 1824 cuando solo contaba veinte años de edad. Esta circunstancia puede servir de disculpa de su incorreccion, y mas aun de la libertad de la pintura.

EL DIA 30 DEL MES.

«Reveses de fortuna
llamais á las miserias:
¿por qué, si son reveses
de la conducta necia?»

Samaniego.

Pared por medio de mi casa vive *don Homo-bono Quiñones*; gefe de mesa de cierta oficina, y uno de los carácteres mas originales que he conocido.—Fenelon aseguraba que *el hombre mas dichoso es aquel que cree serlo*; y si este dicho es exacto, como debemos sospecharlo, hay motivos para pensar que el don Homo-bono sea aquel mortal privilegiado. Y si no se me creyese sobre mi palabra, créase al menos la pintura que de él haré.

La satisfaccion y la alegría parecen haber escogido su mansion en aquel semblante que los años procuran en vano arrugar; ningun achaque destruye su físico; ninguna pena halla el camino de su corazon; ninguna sensacion violenta obra fuertemente sobre su alma. Los movimientos del dolor le son desconocidos; su estado habitual es el de la ale-

gría; pero no una alegría ardiente y bulliciosa que haga trabajar á su imaginacion, sino un placer tranquilo y bonancible que le inclina á ver las cosas por el lado mas favorable.—V. gr.,—su muger es altiva, gastadora, y ejerce sobre el esposo un dominio mas que conyugal; ¿pero qué importa? es alegre, graciosa, se da tono en la sociedad, hace hablar de sí y de su casa, y esto le basta á su esposo. La niña es caprichosa, mal criada, y sin ninguna de las inclinaciones que descubren un fondo de virtud; ¡pero es tan bonita! ¡tan juguetona! ¡canta tan bien! ¡baila con tal gracia! que su papá se pasma mirándola. El muchacho es un calaverilla contrahecho; frívolo, enredador y pedante; ¡pero tiene unas ocurrencias tan graciosas! ¡se burla con tal agudeza de sus maestros! es tan diestro para hacer sus travesuras, que nadie (y menos su padre) se atreve á reprenderle. Los amigos de la casa son demasiado francos, se toman hartas libertades, frecuentan sobradamente la mesa, y ayudan á caer á aquel ruinoso edificio; pero si no fuera por ellos, ¿quién habia de resistir la monotonía y el fastidio? Por último, los criados son habladores y rayan en insolentes; roban y malgastan lo que pueden; trabajan poco y mal; comen mucho y bien, y duermen mejor. ¿Pero quién tiene valor para meterse con ellos en contestaciones de esta especie? «*Il faut que tout le monde vive,*» decia Luis XVIII: *Es preciso que todos vivamos,* traduce don Homo-bono.

Solo hay doce dias en el año en que este buen señor (*bonus vir*) suele hacer alguna reflexioncilla de distinta naturaleza, y son los dias 30 de cada mes, época fatal en que vienen á reducirse á maravedís todos los placeres y contentos de las tres décadas anteriores. Pero aquella sombra que por un momento quiere oscurecer su imaginacion, desaparece al instante, cual ligera nubecilla en un cielo tran-

quilo y sereno. Sin embargo, en las cortas horas que dura la estraña lucha de sus inclinaciones con su razon, ofrece nn espectáculo tan grotesco, que el difunto Goya tomaria en él original para un nuevo *capricho*.

Llega por fin despues de veinte y nueve la suspirada aurora en que el cuerno de Amaltea va á destaparse y verter sobre mesas y bufetes su argentada preñez. Mi funcionario, por su calidad de gefe de mesa, debe dar buen ejemplo; el barbero, el peluquero, el chocolate y las demás ocupaciones matutinas, adelantan aquel dia media hora al sistema ordinario; y no bien han sonado las ocho y media de la mañana, sale de su casa, no sin grave agitacion de los artesanos y tenderos, que viéndole pasar, gritan «*las nueve*;» espresion natural y espontánea que honra mas la puntualidad de este empleado que cuantos discursos pudiera yo escribir.

Llega á la oficina... ¡qué exactitud en todo el mundo! ¡qué soltura para el trabajo! ¡qué valentía de pulsos para rubricar la nómina! ¡qué combinacion para repartir metódicamente los cartuchos de municiones de boca! Uno de los de grueso calibre toca por supuesto á don Homo-bono, y su imaginacion se espacia considerando su longitud, que le promete una série de goces no interrumpidos hasta el fin del mes siguiente. Mas ¡oh imperfectibilidad de las cosas humanas! ¿quién habia de decir que esta agradable ilusion habia de durar tan poco? Yo lo diré, y tambien la causa; y es que don Homo-bono *habia echado la cuenta sin la huéspeda*, y la huéspeda era su muger.

De vuelta á su casa, una horita mas temprano que de costumbre (por el sabio sistema de las compensaciones), viene cargado dulcemente con aquel amable fruto de sus tareas públicas, y ya le mira convertido en sendos jamones,

nutridas empanadas, robustos pavos é ingeniosos ramilletes; y tambien en palcos de toros y comedias, coches y tiros, merendonas y algazaras; tan armónicamente organizado está su cerebro.

Mas ¡oh desgracia! al doblar la esquina de su calle, sale un fementido tendero, y con obligantes cortesías le pregunta por su salud; don Homo-bono cambia de color, y pasa á la otra mano el pañuelo de la mesada; pero del opuesto lado, ábrese la puerta de la modista, y *Madama Cotillon* le hace tres cortesías á la francesa y le presenta un papel en español. (Aquí don Homo-bono guarda el pañuelo en la solapa del frac, remedando en este juego el de Bartolo con la bota en *El Médico á palos*.) Recibe, pues, el papel con la misma seriedad que un ministro los memoriales, y entra bruscamente en el portal; pero un vinatero manchego, sentado en la escalera, se quita cortesmente la monterilla y sube detrás de él; ganando por la mano al tendero y á la modista. Entra en su casa; cierto caballero muy elegante se le presenta y hace cincuenta cortesías; contéstale don Homo-bono con otras tantas, y preguntada su gracia, le dice ser *Mr. Battement*, maestro de baile de *Mademoiselle*; mas allá se inclina profundamente un viejo mal vestido, que se da á conocer por el maestro de gramática del señorito; y no lejos de él *il signor Gorgorini professore di musica e allievo del Conservatojo di Milano*, hace presente que es el encargado de la garganta de la *Signorina*.

Don Homo-bono conoce, aunque tarde, lo efímero de sus ilusiones; pero resuelto á quedar con el honor correspondiente; entra solemnemente en su despacho, y colocado con magestad, *sede pro tribunale*, manda abrir con estrépito entrambas hojas de la puerta, y empieza la audiencia y pago. Concluida la operacion con los que van relata-

dos, se dispone á poner á cubierto de la derrota las medallas existentes, cuando un fuerte campanillazo le hace conocer que aun hay enemigos que aplacar. Con efecto, era el casero, y todos saben la clase de gesto tan repugnante que esta gente tiene, especialmente en ciertos dias; gesto inevitablemente mensual, trimestral, semestral ó anual, que recuerda las apariciones periódicas de los cometas de gran cola, previstas tristemente por los astrólogos agoreros.

Fué preciso sacrificar á aquel fantasma terrible una buena parte del remanente de los 30 dias, y otra no corta porcion repartieron entre sí el sastre *geómetra*, el zapatero *galan*, el fondista *son argent*, el almacenista de géneros *carillo*, el calesero *de antaño* y el peluquero *de ogaño*, que todos fueron llegando como llamados á son de campana comunal.

Pero la mas decisiva de las visitas faltaba aun, y era la de la amable compañera, la caritativa costilla de don Homo-bono. que venia á notificarle cómo de allí á dos dias era el cumpleaños de la niña, y que habia determinado tener unos cuantos convidados, y un poquito de funcion. En vano Quiñones se afanó en manifestarla que se quedaba sin un cuarto, y con un mes delante de sí: su carácter no era tampoco para grandes reflexiones, ni ella las admitia; y así fué que á dos por tres quedó en manos de la última el resto de la mesada, y don Homo-bono libre de cuidados. Entretanto aquella noche, para empezar la funcion, hubo música y baile, y el esposo fué el primero que en tales momentos se entregó al esceso de su felicidad.

Sin embargo, así pasó un mes, y otro, y otro; y vino un año, y se juntaron doce déficit que don Homo-bono no pudo pagar; y á los dos años ya serán veinte y cuatro, y asi sucesivamente; y se tendrá que empeñar, y luego no

podrá satisfacer, y luego vendrá la vejez, y luego se jubilará, y luego, luego... en la calle de Atocha, última casa á la derecha, acaso darán razon.

(Agosto de 1832.)

Nota.

El tipo del empleado antiguo, consecuente, asíduo y rutinero, que trata de describirse en este artículo, se reproduce mas adelante en otros, bajo sus diversas fases de *Cesante y Pretendiente*, en que hubieron de colocarle las revueltas politicas, y los ensayos de otros hombres y de otras ruedas en la complicada máquina de nuestra administracion.—Hoy, aleccionado ya por la desgracia y las contradicciones, convencido plenamente de su insuficiencia para luchar con la marcha del siglo, *don Homo-bono Quiñones* es un personage casi fabuloso, ó por lo menos inverosímil, y que está próximo á desaparecer de entre nosotros. Reducido, pues, á pasear su asendereada persona por la Fuente Castellana ó Chamberí, á leer todas las mañanas *el Diario*, y á regalarse todas las noches con *La Esperanza*, limita sus escasas necesidades á las mesadas de cesantía, paga su modesta mansion en los barrios apartados de Daoiz ó de Leganitos; asiste á las Cuarenta horas: reza novenas á Santa Rita y á Santa Filomena, y figura en las zarzuelas del Circo, como uno de los personages de *La paga de Navidad.*

EL AMANTE CORTO DE VISTA.

«¡Ay cielos! sueño despierto,
pierdo cuando estoy ganando,
soy lince y á oscuras ando,
y en fin, apunto, y no acierto.»

Tirso de Molina.

«¡Cómo! (esclamará con sorpresa algun crítico al leer el título de este discurso) ¿tampoco los vicios físicos están fuera del alcance de los tiros del *Curioso*? ¿Ignora acaso este buen señor que no le es lícito particularizar circunstancias que quiten á sus cuadros las aplicacionos generales? ¿Y quién le ha dicho tampoco que sea razonable presentar el ridículo de un vicio físico, por lo menos sin que vaya acompañado de otro moral?»

—Paciencia, hermano, y entendámonos, que quizás no es difícil. Venga vd. acá; cuando ciertos vicios físicos son tan comunes en un pueblo, que contribuyen á caracterizar su particular fisonomía, ¿será bien que el descritor de costumbres los pase por alto, sin sacar partido de las va-

rias escenas que deben ofrecerle? Si hubiese un pueblo, por ejemplo, compuesto de cojos, ¿no seria curioso saber el órden de la marcha de sus ejércitos, sus juegos, sus bailes, sus ejercicios gimnásticos? ¿Pues por qué no se ha de pintar el amor *corto de vista* donde apenas hay amante que no lo sea?

Por otro lado, ¿quién le ha dicho á vd. que esta enfermedad *de moda* no presenta su aspecto moral? ¿Tan difícil seria probar su orígen de la depravacion de costumbres, de los vicios de la educacion, ó de los escesos de la juventud? Con que ya ve vd., señor crítico, que este asunto entra naturalmente en la jurisdiccion de mi benigna correa; con que ya vd. conocerá que no hay inconveniente en hablar de él... ¿No?.... pues manos á la obra.

Los ejemplos me salen al paso, y no tengo mas que hacer que la eleccion de uno. Tóquele por hoy la suerte á Mauricio R... y perdone si le hago servir para desarrugar la frente de mis amables lectoras.—¿Y quién es el tal?—El tal, señoras mias, es un jóven de veinte y tres años, cuya figura espresiva y aire sentimental descubre á primera vista un corazon tierno y propenso al amor; no es por lo tanto estraño que encontrarse gracia cerca de ustedes. Así ha sucedido, pues, y algunas aventurillas en calles y paseos previnieron al jóven Mauricio de sus ventajosas circunstancias; mas por desgracia el pobre mancebo tiene un defecto capital, y es.... el ser corto de vista; muy corto de vista; lo cual le contraria en todos sus planes.

Alto, señoras; no hay que reirse, que mi héroe no lo toma á risa, ni sabe sacar partido como otros muchos de este mismo defecto, para ser mas atrevido y exigente; para ostentar sobre su nariz brillantes gafas de oro, ó para sorprender con su *inevitable* lente las miradas furtivas de las damas. Nada menos que eso. Mauricio es sensible; pero

muy comedido; y mas bien quiere privarse de un placer que causar un disgusto á otra persona.—Bien hubiera deseado ponerse anteojos perpétuos, como hacen otros sin necesidad y solo por petulancia; ¡pero dicen tan mal unos espejuelos moviéndose al precipitado compás de la *Mazzowrka*!!! y Mauricio á los veinte y tres años no podia determinarse á dejar de bailar la Mazzowrka.—Buen remedio, por cierto, el lente colgante; pero además de la prudencia con que le usaba, ¿cómo adivinar las escenas que iban á suceder para estar prevenido con él en la mano?—Si la hermosa Filis volvia rápidamente hácia él sus bellos ojos, ó dejaba caer su pañuelo para darle ocasion de hablar con ella, ¿quién lo habia de prever un minuto antes? Si creyendo sacar á bailar á la mas hermosa de la sala, se hallaba con que se habia ofrecido á una momia de Egipto ¿de qué le servia el lente un minuto despues?—Vamos, está visto que el lente no sirve de nada, y Mauricio, que conocia esto, se desesperaba de veras.

El amor, que por largo tiempo se habia complacido en punzarle ligeramente, vino por fin á atravesar de parte á parte su corazon; y una noche en el baile de la marquesa de... Mauricio, que bailaba con la bella Matilde de Lainez no pudo menos de espontanear una declaracion en regla. La niña, en quien sin duda los atractivos de Mauricio hicieron su efecto, no se determinó á reprenderle,

«Faute d'avoir le temps de se mettre en courroux.»

Y hé aquí á mi buen mancebo en el momento mas feliz del amor, el de mirarse correspondido por la persoua amada.

Ya nuestros amantes habian hablado largamente; tres *rigodones* y una *galop* no habian hecho mas que avivar

el fuego de su pasion; pero el sarao se terminaba, y el rendido Mauricio renovaba las protestas y juramentos; tomaba exactamente la hora y el minuto en que Matilde se asomaría al balcon; la iglesia donde acudia á oir misa, los paseos y tertulias que frecuentaba, las óperas favoritas de la mamá: en una palabra, todos aquellos antecedentes que vosotros, diestros jóvenes, no descuidais en tales casos. Pero el inesperto Mauricio se olvidaba en tanto de reconocer puntualmente á la mamá y á una hermana mayor de Matilde que estaban en el baile; no hizo alto en el padre de esta, coronel de caballería; y por último, no se atrevió á prevenir á su amada de la circunstancia fatal de su cortedad de vista. El suceso le dió despues á conocer su error.

No bien llegó la hora señalada, corrió al siguiente dia á la calle donde vivia su dueño, repasando cuidadosamente las señas de la casa. Matilde le habia dicho que era número 12, y que hacia esquina á cierta calle; mas por cuánto la otra esquina, que era número 72, parecióle 12 al desdichado amante, y fué la que escogió como objeto de su bloqueo.

Matilde que le vió venir (ojos femeniles, ¡qué no veis cuando estais enamorados!) tiró su almohadilla, y saliendo precipitada al balcon, ostentó á su amante todas las gracias de su hermosura en el trage de casa; pero en vano, porque Mauricio, situado á seis varas, en la otra esquina, fijos los ojos en los balcones de la casa de enfrente, apenas hizo alto en la belleza que se habia asomado al otro balcon.

Este desden inesperado picó sobremanera el amor propio de Matilde; tosió dos veces, sacó su pañuelo blanco; todo era inútil; el amante dolorido la miraba rápidamente, y la volvia la espalda para ocuparse en el otro objeto. Una hora y mas duró esta escena, hasta que desesperado el

buen muchacho y creyéndose abandonado de su dama, sintió fuertes tentaciones de aprovechar el rato con la otra vecina que tan inmóvil se mostraba. No pudiendo, en fin, resistirlas, y viendo que de lo contrario perdia la tarde del todo, se determinó al cabo (aunque con harto dolor de su corazon) á hacer un paréntesis á su amor, y hablar á la airosa vecina.

Dicho y hecho; atraviesa la calle, marcha determinado bajo el balcon de Matilde; alza la cabeza para hablarla; pero en el mismo momento tírale ella á la cara el pañuelo que tenia en la mano (al que durante su furor habla hecho unos cuantos nudos), y sin dirigirle una palabra, éntrase adentro y cierra estrepitosamente el balcon. Mauricio desdobló el pañuelo, y reconoció en él bordadas las mismas iniciales que habia visto en el que llevaba Matilde la noche del baile... Miró despues la casa, y alcanzando á ver *Visita general, número* 12 (1) ¿cómo pintar su desesperacion?

Tres dias con tres noches paseó en vano la calle: el implacable balcon permanecia cerrado, y toda la vecindad, menos el objeto amado, era fiel testigo de sus suspiros. La tercer noche se daba en el teatro una de las óperas favoritas de la mamá; colocado en su luneta, con el auxilio del *doble* anteojo, recorre con avidez el coliseo y nada vé que pudiera lisongearle; sin embargo en uno de los palcos por asientos cree ver á la mamá acompañada de la causa de su tormento. Sube, pasea los corredores, se asoma á la puerta del palco; no hay que dudar..... son ellas... Mauricio se deshace á señas y visages; pero nada consigue; por último, se acaba la ópera, espéralas á su

(1) No hay necesidad de advertir que este artículo se escribió antes de adoptarse la nueva numeracion de las casas, que por su órden y claridad favorece á los amantes cortos de vista.

descenso, y en la parte mas oscura de la escalera acércase á la niña y la dice:

—«Señorita, perdone vd. mi equivocacion.... si sale usted luego al balcon la diré... entretanto tome vd. el pañuelo.

—Caballero, ¿qué dice vd.?—le contestó una voz estraña, á tiempo que un menguado farolillo (de los farolillos que alumbran pálidamente las escaleras de nuestros teatros) vino á revelarle que hablaba á otra persona, si bien muy parecida á su ídolo.

—Señora...

—¡Calle! y el pañuelo es de mi hermanita.

—¿Qué es eso, niña?

—Nada, mamá; este caballero que me da un pañuelo de Matilde.

—¿Y por dónde tiene este caballero un pañuelo de Matilde?

—Señora... yo .. dispense vd... el otro dia... la otra noche, quiero decir... en el baile de la marquesa de...

—Es verdad, mamá; el señor bailó con mi hermana, y no es estraño que dejase olvidado el pañuelo.

—Cierto, es verdad, señorita, se quedó olvidado... olvidado...

—A la verdad que es estraño; en fin, caballero, damos á vd. las gracias.»

Un rayo caido á sus pies no hubiera turbado mas al pobre Mauricio; y lo que mas le apesadumbraba, era que en una punta del pañuelo habia atado un billete en que hablaba de su amor, de la equivocacion de la casa, de las protestas del baile, en fin, hacia toda la esposicion del drama, y él no sabia qué suerte iba á correr el tal papel.

Trémulo é indeciso siguió á lo lejos á las damas, hasta que entraron en su casa y le dejaron en la calle en el

mas oscuro abandono. En balde aplicaba el oido por ver si escuchaba algun diálogo animado; la voz lejana del sereno, que anunciaba las doce, ó la sonora marcha de los sucios carros de la limpieza, era lo único que heria sus oidos, y aun sus narices; hasta que cansado de esperar sin fruto, se retiró á su casa á velar y cabilar sobre sus desgraciados amores.

Entretanto ¿qué sucedia en el interior de la otra casa? La mamá, que tomó el pañuelo para reprender á la niña, habia descubierto el billete, se habia enterado de él, y pasados los primeros momentos de su enojo, habia resuelto, por consejo de la hermanita, callar y disimular, y escribir una respuesta muy lacónica y terminante al galan, con el objeto de que no le quedase gana de volver; hiciéronlo así, y el billete quedó escrito, firmado de letra de muger (que todas se parecen), cerrado con lacre y oblea, y picado por mas señas con un alfiler. Hecha esta operacion se fueron á dormir, seguras de que á la mañana siguiente pasaria por la calle el desacertado galan. Con efecto, no se hizo de rogar gran cosa; pues no habian dado las ocho cuando ya estaba en el portal de enfrente, sin atreverse á mirar. Estando así, oye abrirse el balcon.... y.... ¡oh felicidad!... una mano blanca arroja un papelito; corre el dichoso á recibirle, y encuentra.... el balcon se habia cerrado ya, y la esperanza de su corazon tambien.

En vano fuera intentar describir el efecto que hizo en Mauricio aquella série de desgracias; baste decir que renunció *para siempre* al amor; pero en fin, era mancebo y al cabo de quince dias pensó de distinta manera, y salió al Prado con un amigo suyo.—Era una de aquellas noches apacibles de julio que convidan á gozar del ambiente agradable bajo los frondosos árboles, y sentados ambos camaradas empezaron la consabida conversacion de

sus amores respectivos. Mauricio con su franqueza natural contó á su amigo su última aventura, con todos los lances y peripecias que la formaban, hasta la amarga despedida que sus adversas equivocaciones le habian proporcionado; pero al acabar esta relacion, sintió un rápido movimiento en las sillas inmediatas, donde entre otras personas observó sentados á un militar y á una jóven: arrímase un poco mas; saca su anteojo...(¡insensato! ¿por qué no le sacaste desde el principio?) y conoce que la que tenia sentada junto á él oyendo su conversacion era nada menos que la hermosa Matilde.—«¡Ingrata!...»—Fué lo único que pudo articular; mientras el papá llamaba á un muchacho para encender el cigarro.—«Yo no he escrito ese billete.» (Esta respuesta obtuvo al cabo de un cuarto de hora.)—«¿Pues quién?... «No sé... llévelo vd.; á las doce estaré al balcon.»

La esperanza volvió á derramar su bálsamo consolador en el corazon del pobre Mauricio, y lleno de ideas lisonjeras aguardó la hora señalada; corre precipitadamente bajo el balcon; con efecto, está allí; ya mira brillar sus hermosos ojos, ya advierte su blanca mano; ya... Mas ¡oh, y qué bien dice Shakespeare, que *cuando los males vienen no vienen, esparcidos como espias, sino reunidos en escuadrones*! Aquella noche se le habia antojado al papá tomar el fresco despues de cenar, y él era el que estaba repantigado en la barandilla, no sin grave agitacion de Matilde, que le rogaba se fuese á acostar para evitar el relente.

—«Bien mio, dijo Mauricio con voz almibarada, ¿es usted?

—Chica, Matilde, (la dice el padre por lo bajo) ¿es contigo esto?

—Papá, conmigo no señor; yo no sé ..

—No, pues éstas cosas tuyas son ó de tu hermana.

—Para que vea vd., (continúa el galan amartelado) si tuve motivo de enfadarme, ahí va el billete....

—A ver, á ver, muchacha, aparta, aparta, y trae una luz, que voy á leerle...

Dicho y hecho; éntrase á la sala mirando á su hija con ojos amenazadores; abre el billete y lee... «*Caballero*; *si la noche del baile de la marquesa pude con mi indiscrecion hacer concebir á vd. esperanzas locas....*

—Cielos; ¡pero qué veo!... esta letra es de mi muger....

—¡Ay, papá mio!

—¡Infame! ¡A los cuarenta años te andas haciendo concebir esperanzas locas!

—Pero papá...

—Déjame que la despierte y que alborote la casa.

Con efecto, asi lo hizo, y en mas de una hora, las voces, los gemidos, los llantos dieron que hacer á toda la vecindad, con no poco susto del *galan fantasma*, que desde la calle llegó medio á entender el inaudito *quid pro quo*.

Su generosidad y su pundonor no le permitieron consentir por mas tiempo el que todos padeciesen por su causa, y fuertemente determinado, llama á la puerta; asómase el padre al balcon:—«Caballero, tenga vd. á bien escuchar una palabra satisfactoria de mi conducta.—El padre coge dos pistolas y baja precipitado; abre la puerta;—Escoja vd., le dice.—Serénese vd., contesta el jóven; yo soy un caballero; mi nombre es N., y mi casa es bien conocida; una combinacion desgraciada me ha hecho turbar la tranquilidad de su familia de vd. y no debo consentirlo sin esplicársela.»

Aqui hizo una puntual y verdadera relacion de todos los hechos, la que apoyaron sucesivamente la mamá y las

niñas, con lo cual calmó la agitacion del celoso coronel.

Al dia siguiente la marquesa presentó á Mauricio en casa de Matilde, y el padre, informado de sus circunstancias, no se opuso á ello.

Desde aquí siguió mas tranquila la historia de estos amores; y los que desean apurar las cosas hasta el fin, pueden descansar sabiendo que se casaron Mauricio y su amada; á pesar de que esta, mirada de cerca, á buena luz, y con anteojos, le pareció á aquel no tan bella, por los hoyos de las viruelas y algun otro defectillo; sin embargo, sus cualidades morales eran muy apreciables, y Mauricio prescindió de las físicas, no teniendo que hacer para olvidar estas sino una sencilla operacion, que era... quitarse los anteojos.

(Setiembre de 1832.)

LAS TIENDAS.

«¿Quién nos dirá (dejadas sus cautelas
mayores) lo que cuestan sus encajes,
sus cadenetas, randas y arandelas?
¿Quién las ciegas mudanzas de los trages?»

B. de Argensola.

Eran las once en punto de la mañana, y yo no debia hallarme hasta las doce en cierta parte del mundo á donde la obligacion me llamaba. Quiero decir, que tenia sesenta minutos delante de mí para disponer de ellos á mi sabor. Encontrábame á la sazon en medio de la Puerta del Sol, mansion natural de todo desocupado, y yo en aquella hora lo estaba á mas no poder. Lánguido é indiferente, dejábame llevar en simétrica alternativa, ya á una esquina ya á otra; y mientras nada hacia, recreábame en mirar los estimulantes anuncios literarios que decoran aquellos eruditos postes, admirando su profusion y la variedad de nombres clásicos que denuncian á la posteridad. En estas y otras cabilaciones me asaltó de improviso la idea de que si «para dormir no es menester luz», para

pensar tampoco se necesita estar en pié; y esto diciendo, enfilé por lo mas ancho la famosa calle Mayor, huyendo de los encontrados pasos de diligencias, coches, ciegos, aguadores, borricos é importunos: y dejando á un lado las gradas de San Felipe, tan animadas en tiempo de Quevedo, tan solitarias hoy, dí fondo en uno de los elegantes almacenes de géneros que se encuentran sobre la izquierda.

Era cabalmente en un momento en que los cuatro jóvenes que regentaban el mostrador se encontraban sin pedidos, quiero decir, que no habia mas gente en la tienda que ellos y yo, que entraba.

—Felices dias, señores.—Adios, señor don Tal, (*le non ne fait pas a l'afaire.*)—¿Cómo así tan desocupados? ¿Habrá acaso entrado la economía de Dupin ó de Bergery en el sistema de las madrileñas? ¿qué es esto? vuelvo á decir; ¿qué soliloquio es este? ¿ha invadido el cólera morbo nuestra capital, ó ha dejado de venir el *Journal des Modes*? porque solo causas tan graves pudieran hacer á esas varas castellanas estar paradas á tales horas.—Es la verdad, me contestó el mas almibarado; pero no hay que estrañarlo, pues en el Diario de hoy se hacen tales anuncios, que habrán llamado la concurrencia hácia el Sur, hasta que desengañada por la milésima vez, venga antes de una hora como de costumbre.

Y no habia acabado de decir esto, cuando vimos entrar por la puerta á una dama muy elegante seguida de su lacayo, y saludando con aire marcial á los jóvenes, que la contestaron con el nombre de marquesa, se sentó en un confidente, compúsose la mantilla mirándose al espejo que tenia enfrente, quitó sus guantes, abrió su bolsita, y entre mil diges y chucherías sacó, algo arrugado, el número 89 del *Petit Courrier*. Entonces abrió un len-

tecito de oro, miró por encima de él, leyó un rato, despues ojeó otro poco, luego recapacitó, miró el figurin, volvió á leer, y pidió *gros-grains*.

—«No tenemos,» le contestó el mas próximo de los mancebos:—«¿Cómo que no?» interrumpió vivamente otro que desde el principio no habia quitado ojo del figurin. «¿No te acuerdas de aquella tela...» (Aquí bajó tanto la voz que no le pude oir).—«¡Ah! sí, es verdad,» le contestó el primero:—«Vé por ella.»

En efecto, entró en la trastienda, y del rincon de un armario que yo solo divisaba desde mi asiento, sacó la pieza (que tuvo buen cuidado de sacudir de un polvo inveterado de tres años), y la puso satisfactoriamente sobre el mostrador; la risita de los demás mancebos me dió á sospechar que si no era la prevenida en el número 89 de este año, podia muy bien ser del de 1826. Pero la dama, seducida con la semejanza del color, y sin duda por no tener á mano una definicion académica de lo que quiere decir *gros-grains*, no dudó un instante en que fuese lo mismo que buscaba. Pidió un cierto número de varas, preguntó el precio; los mancebos hicieron entre sí una pequeña consulta para responder; nada regateó; abrió su bolsita, y sacó... una tarjeta muy elegante con yo no sé cuantas armaduras y geroglíficos que indicaba su título y señas de la habitacion, diciendo al mancebo principal que podria enviar por el importe el lunes; verdad es que no designó cuál. No pude menos de sonreirme de esta salida; y no bien se hubo marchado, y mientras lo sentaban en el libro á continuacion de otras cinco ó seis partidas pendientes, dí un poco de broma á los mancebos sobre el estreno que habian tenido; pero habiéndome esplicado todo el negocio de la tela, me convencieron de que no era tan fuerte el engaño como yo creí.

Aun reíamos de ello, cuando una mamá y dos niñas, estas en un interesante *negligé* y aquella en una espantosa *toilette*, entraron en la tienda y empezaron tal demanda de *rasos, gros de Náples, poplines, organdis, crespones, barés, moirés, paliacats, cotepalis* y demás, que los cuatro mancebos eran pocos para tomar y dejar escaleras, subir y bajar piezas, desdoblar paquetes, abrir cajas y enseñar muestras.—Ellas entre sí armaron una algarabía singular; cuál se inclinaba á una tela, cuál á otra; esta se ponia un pañuelo al espejo y nos parecia muy bien; luego se le ponia la mamá y nos parecia muy mal; despues disertaban sobre las cualidades; si aquel era mas fino que este, si este mas elegante que esotro,

«Si el tafetan de Florencia
»Abulta mas que el de España.»

Preguntaban de dónde eran aquellas telas, se les respondia que de *Lion*; y estaba yo viendo uua punta no bien cortada que decia *Barcelona*; por fin apartaron no sé cuantas cosas y empezaron á pedir precios. Allí fué el hacer admiraciones, el entablar comparaciones con otras tiendas, el despreciar los géneros, y en fin, hacer las indiferentes; despues hablaron aparte, y de repente tomaron un aire de broma, diciendo á los mancebos «que eran unos picarillos, que no hacian gracia á las parroquianas,» con que los pobres iban ablandando un tanto cuanto; pero una severa mirada del mas mal encarado les impuso en su deber y respondieron unánimes:—«no podemos;»—con lo cual se marcharon las damas y ellos se quedaron ocupados en volver á doblar las piezas.

No tardó en presentarse otra señora que á juzgar por su aire, sus modales y vestido, califiqué desde luego de

una gran persona; entró con mucha solemnidad; y al ver la premura con que los mancebos corrieron á servirla, despejando el mostrador; no pudo menos de picarme la curiosidad de saber quien era; dirigíme para el caso á uno de ellos, y no sin admiracion supe que era la esposa de un empleado muy subalterno á quien yo conozco; pero creció de todo punto mi asombro cuando habiendo escogido un velo de blonda, abrió su bolsillo y tiró sobre la mesa seis onzas (que eran al poco mas ó menos el sueldo de dos meses de su esposo), hecho lo cual cargó de otras varias telas, que pagó tan generosamente y marchó dejándome en el mayor éxtasis; por fortnna una dama que habia presenciado todo el paso me sacó de él diciéndome:—«Como luce la fulana las onzas que ga»nó antes de anoche en casa de... valiérala mas pagar »al casero.»

Ya á la sazon ocupaba un ángulo del mostrador cierta graciosa y esbelta modista, que habia venido á buscar un pedazo de percal *como la muestra*, y el mancebillo listo la hacia rabiar enseñándola piezas enteramente opuestas, y amenizando este juego escénico con tal cual chanzoneta medianamente disparada, si bien mejor recibida; por último, concluyó con darla lo que pedia; item mas, con la galantería de no quererla cobrar el importe.

No bien se habia acabado esta escena empezó otra en la cual tuve el honor de figurar, y fué la que produjo la entrada de cierta señora conocida mia, la cual me tomó por asesor de su gusto; yo, deseoso de darla la mejor idea del mio, nunca me inclinaba á lo peor; por otro lado era preciso mirar por los intereses del amo de la tienda; así que, en fuerza de mis observaciones le hice reunir una partidita mas que mediana. Llegó el caso de echar la cuenta, y por cuanto no hizo el diablo que faltase dinero

para unos pañuelos y no sé qué otras frioleras, con lo cual la dama apareció ruborizada. ¡Qué habia yo de hacer! La ocasion no era para rechazada; volvíme á ella y la dije: —«Paquita, no pase vd. cuidado por ello, que está en tierra de amigos, y hallándome yo aquí...—¡Oh! no; ¡como tengo yo de permitir!.. —Es que yo tengo en esta casa ciertas cuentas pendientes, y cabalmente hace falta para arreglarlas un pequeño pico como ese.»—En vano me replicó dulcemente; yo insistí con mas dulzura; y dulcificando mas y mas nuestros tiros, quedé por fin vencedor, y la hermosa Dulcinea llevó los pañuelos. Verdad es que prometió pagármelos á domicilio.

La tienda entretanto se iba llenando de gente, y eran tan rápidos los movimientos, que no podia enterarme de ninguno: solo llamó mi atencion una pareja jóven, tan exígua y acaramelada, que no pude dudar que se hallaban todavía en su *luna de miel*. Con efecto era asi, y un conocedor no podia menos de adivinarlo al ver las escesivas blondas, follages y perendengues de la dama, los cuidados y complacencia del galan. Por de pronto hizo sentar á la esposa con cierta solicitud que me dió á conocer sus esperanzas paternales; empezaron á pedir, y todo era poco para aquella exigencia de alfeñique femenil, y nada demasiado para el provisto bolsillo del marido. Parecíame ya ver hechos los trages de aquellas brillantes telas, agotada la imaginacion de las modistas en crear con ellas forma humana donde no la hay, y casi me daban tentaciones de repetir al marido un gracioso dicho de Tirso:

«Dad al diablo la muger
Que gasta galas sin suma,
Porque ave de mucha pluma
Tiene poco que comer.»

Pero luego conocí que unos cuantos meses de matrimonio se lo dirian mejor que yo. En fin, fastidiado y enojoso, despedíme de los muchachos y salí de aquel recinto.

Pero como todavía no eran mas que las once y media, me dirigí por el pronto á una de las tiendas conocidas de la calle de la Montera, y me senté delante del pequeño mostrador, coronado de relojes, lamparillas, templos góticos, escaparates y quinqués; pero no era yo solo el concurrente, pues ya otros tres elegantes *abonados* ocupaban los demás asientos.

Queriendo emplear en algo el tiempo, pedí bastones para escoger uno; al momento todos empezaron á aconsejarme el que debia tomar, alabarme su belleza y asegurarme que era igual al que llevaba el duque de... y en fin, á hacer los demás oficios propios del mercader; yo, que dí poca importancia á sus espresiones, tomé el que me pareció, y aun estaba contemplándole, cuando llegó otro camarada que lo cogió en sus manos; empezó á blandirle y á probar su elasticidad con tal brio, que á los cinco minutos tuve el consuelo de verle dividido en dos. Luego otro de ellos fué á dar una vuelta rápida y rompió el fanal de un reloj; verdad es que quiso pagarlo, pero el dueño no lo permitió; despues se levantaron todos y se pusieron á la puerta, y en entrando alguna señora, entraban detrás, y haciendo los mismos elogios de todo lo que ponia en precio; con esto y con algunas palabras mas ó menos ligeras, noté que las ahuyentaban, en términos que el dueño de la tienda iba poniendo un gesto bastante espresivo.

En esto acertó á parar un coche delante de la tienda, y todos ellos se colocaron como en el juego de las cuatro esquinas; bajó una mamá y una hija muy bien parecida, entraron en la tienda, y puso aquella en ajuste un reloj.

Al momento uno de ellos hizo tocar la música, y mientras la madre con una sonrisa placentera llevaba el compás con la cabeza, pié y abanico, la niña, en el estremo contrario hablaba disimuladamente con uno de ellos, en términos que me hizo sospechar que aquel encuentro no era casual, antes bien tenia todo el carácter de una verdadera conspiracion. La mamá volvió rápidamente á buscar á la niña; pero ya esta habia visto su movimiento en un espejo que delante tenia, y con la mayor sinceridad se puso á preguntar si estaba vivo el pajarito que cantaba sobre una torrecilla del monasterio de Santa Amalverga... ¡Oh inocencia digna de la edad media!... La mamá tuvo trabajo en disuadirla que era fingido, y el galan entretanto probaba unos anteojos con disimulo, no sin grave susto del amo de la casa que ya preveia su próxima disolucion.

Yo reia de veras de toda esta escena, y por tener un pretesto para dilatar mi permanencia, compré una lamparilla que servia de pedestal á Napoleon meditando los planes de la batalla de Marengo, y un juego de bolos representando todos los varones célebres de Plutarco, y me dispuse á observar el desenlace; mas ¡oh fatalidad! estando en esto, dieron las doce, y tuve que echar á correr, sin ver el final de aquel suceso, preguntándome impaciente ¿qué es lo que yo habia hecho en una hora? y no pudiendo menos de convenir con Moreto:

«Que de aquí para allí
Y de allí para aqui,
De allá para acá
Y de acá para allá....
El tiempo se va.»

(Setiembre de 1832.)

EL BARBERO DE MADRID.

«Pronto a far ttuso
la notte e il giorno,
sempre d' intorno
in giro stá.»

Aria de Fígaro.

¿Sabe vd., señor público, que es un compromiso demasiado fuerte el que yo me he echado encima de comunicarle *semanalmente* un cuadro de costumbres? ¿Sabe usted que no todos los dias están mis humores en perfecto equilibrio, y que no hay sino obligarme á una cosa para luego mirarla con tibieza y hastío?—A la verdad que nada hay que acorte el ingenio y mengüe el discurso como la obligacion de tenerles á tal ó tal hora determinada. Y no digolo por el mio, pues este claro está que de suyo es apocado y exíguo, sino véolo en otros mayores y de marca imperial; de lo cual infiero y saco la consecuencia de que el genio es naturalmente indómito, y repugna y y rechaza los lazos que le sujetan.

Pero al fin y postre, y viniendo á mi asunto (puesto

que maldita la gana tenga de ello) preciso será sentarme á escribir algo, si es que mañana he de responder con papel en mano al cajista de la imprenta. Paciencia, hermano; sentémonos, preparemos la pluma; dispongamos papel y... Pero entiendo que antes de empezar á escribir, bueno será pensar sobre qué... Asi lo recomienda el célebre satírico francés:

«Avant donc que d'ecrire aprenez á penser.»

Mas no hay por qué detenerse en ello; sino imitar á tantos escritores del dia que escriben primero y piensan despues. Verdad es que tambien *piensan* los jumentos.

Repasemos mis memorias, á ver cual puede hoy servir de materia al entendimiento... Esta... la otra... nada, la voluntad dice que nones; pues señores, medrados quedamos.

(Aquí el *Curioso* da una fuerte palmada sobre el bufete, tira violentamente la pluma, y permanece un rato con la mano en la frente haciendo *como el que piensa*. La mampara del estudio se abre en este momento y el barbero se anuncia sacando al autor de su éxtasis.) —Hola, maestro ¿es vd? me alegro; con eso hablará usted por mí.

Mi barbero es un mozo de veinte y dos, alegre como Fígaro, aunque con diversas inclinaciones; verdad es que á aquel le retrató Beaumarchais, y á este le pinto yo; ¡no es nada la diferencia!—Pero en fin, como todo en este mundo se hace viejo, el Barbero de Sevilla tambien; además de que ya nos lo han ofrecido, cantado y rezado, y aun en danza, y nos lo sabemos de coro.—Vaya otro barbero no tan sabio, no tan ingenioso, pero mas del dia; no ves-

tido de calzon y chupetin, sino de casaquilla y corbata; no danzarin, sino *parlante* como yo; no... pero en fin, maestro, cuéntenos vd. su historia, porque yo ni de hablar tengo hoy gana.

—Yo, señor, soy natural de Parla, y me llamo Pedro Correa; mi padre era sacristan del pueblo y mi madre sacristana; yo entré de monaguillo así que supe decir *amen*; de manera que con el señor cura, mis padres y yo componíamos todo el cabildo. En mi casa se tenia por cosa cierta que yo habia de llegar á ser fraile francisco, porque asi lo habia soñado mi madre; y ya me hacian ir con el hábito y me enseñaban á rezar en latin; pero por mas que discurrian no podian sujetar mis travesuras. Ni en las vinageras habia vino seguro, ni las cabezas de los muchachos tampoco donde yo estaba; y cuando se me antojaba alborotar el lugar, me colgaba de las cuerdas de la campana, y con pies y manos las hacia moverse, ni mas ni menos que si fuesen atacadas de perlesía. En suma, tanto me querian sujetar y tanto me recomendaban la santidad de la carrera á que me destinaban, que una mañana sin decir esta boca es mia, cogí el camino por lo mas ancho, y no paré hasta la Carrera de San Francisco de esta heróica villa, en casa de un primo mio, y habiéndome dicho el nombre de la calle, dí por realizado el ensueño de mi madre, y á mí por desquitado de mi estrella.

Mi primo era cursante de cirugía, y llevaba dos años de asistencia al colegio de San Cárlos, con lo cual siempre nos andaba hablando de vísceras y tegumentos; y era tan afecto á la anatomía que se empeñó en disecar á su muger. Asi, que yo, luego que perdí el miedo á las terribles espresiones de *fisiologia, higiene, terapéutica,*

sifilítico, obstetricia, y otras asi de que abundaban aquellos librotes que él traia entre manos, no hallé mejor salida para mi ingenio que seguir aquella misma profesion; y por el pronto aprendí á afeitar, haciendo la esperiencia en un pobre de la esquina, á quien siempre andaba conquistando para que se dejase afeitar *de limosna.*

Luego que ya me encontré suficientemente instruido en el manejo del arma, y matriculado además en el colegio, dejé á mi primo, y me puse en otra barbería, donde habia una muchacha con quien disertar sobre mis lecciones de anatomía; pero el diablo (que no duerme) hubo de mezclarse en el negocio y nos condujo á practicar no sé qué esperiencias, con lo cual hicimos un embrollo que todos mis libros no supieron desatar en algunos meses. En fin, salí como pude de aquel paso y de la casa tambien, marchando á seguir en otra mis estudios; aunque por entonces me limité á la parte teórica, dejando la práctica para mejor ocasion. Al cabo de algunos años y de otros sucesos menores, me hallé con que sabia tanto como mi maestro, y que solo me faltaba un pedazo de papel para poder abrir tienda; pero es el caso que este pedazo de papel cuesta un exámen y muy buenos maravedís, y si bien por lo primero no paso cuidado, lo segundo me aflige en estremo, por la sencilla razon de que no los tengo.

Desde entonces sigo buscando la buena ventura ayudado de mis navajas y de tal y cual enfermo *vergonzante* que suele caerme; y si no mirase al dia de mañana, créame vd. que la vida que llevo no es para desear mudarla. —Porque yo me levanto al romper el alba, y despues de afilar los instrumentos, barrer la tienda y afeitar á algun otro aguador ó panadero, salgo alegrando todo el barrio, y por costumbre inveterada corro al colegio á asistir en

clase de oyente ó á ver á mis antiguos camaradas. Súbome muy temprano, y al pasar por las plazas, nunca falta alguna aventurilla galante que seguir, algun cesto que quitar de las manos de tal linda compradora, algunos cuartos que ofrecer á tal otra, ó alguna tienda de vinos que visitar. Empieza despues la operacion de la rasura, y en las dos horas siguientes corro todos los estremos de Madrid, convirtiendo rostros de respetables en inocentes y de buen comer; entretanto en casa de una marquesa me sale al paso el señorito, que está haciendo su aprendizaje en el vicio, y me encarga traerle ungüentos y brebajes; en otra casa, el señor don Cenon, que ha sido atacado del reuma, me obliga á ponerle dos docenas de sanguijuelas; en otra don Críspulo, el elegante, quiere que le corte los calios; y en la de mas allá, una niña me esplica los síntomas de una enfermedad parecida á la que yo no pude curar en la que estudiaba conmigo.

Por todas partes ya se deja conocer que llueven sobre mí las propinas y los obsequios; pero de ninguno me resulta mayor complacencia como de los que recibo en cierta casa, prodigados por cierta fregona con quien el sol no pudiera competir. Porque ella me entretiene con su sabrosa plática entretanto que el amo se viste y reza sus devociones; ella me auxilia vertiendo en la bacía, al tiempo que el agua, ya el robusto chorizo, ya la estendida magra, ya la suculenta costilla, con una destreza admirable; y ella, en fin, entretiene mis envejecidas esperanzas, haciéndome entrever seis grandes medallas que tiene guardadas para mi exámen, con la condicion *sine qua non* de casarnos el mismo dia.

Concluidas, por fin, mis operaciones matutinas, vuelvo á la tienda tan contento de mí, que no me trocaria por el mismo maestro: y con esto, y con asistir á alguna opera-

cion quirúrgica, rasurar tal ó cual escotero, ó rasguear mi vihuela, se me pasa insensiblemente el dia. Llega la noche, y como caiga algun enfermo que cuidar, ó que velar algun muerto, salgo con mi guitarra bajo el brazo, y entre caldo y caldo, ó entre responso y gemido, hago mis escapatorias á colgarme á la ventana de mi Dulcinea, á quien despierto con los tiernos acentos de mi voz.

Hé aquí mi vida tal como pasa, y si vd. conoce otra mejor, para mí santiguada, que yo no.—

Aquí calló Pedro Correa; y yo, que me sentí aliviado, me disponia á proseguir pensando en mi artículo; pero nada bueno me salia, por lo cual tuve que dejarlo hasta la noche; vino esta, y acordándome de la narracion del barbero, asaltóme la idea de que diciendo lo que él habló, tenia coordinado mi discurso, supuesto que es de costumbres, si no de las mas limpias.

Hícelo en efecto así, y me fuí á acostar muy satisfecho; mas no bien habia cerrado los ojos, cuando un ruido estraño me despertó. Parecióme oir puntear una guitarra, y así era la verdad, que la punteaban del lado la calle, mas diciendo como don Diego en el Sí de las Niñas: «*Pobre gente*; *¿quién sabe la importancia que darán ellos á la tal música?*» volvíme del otro lado con intencion de dormir; pero en esto algunos pasos cercanos, y el rechinar de una imprudente puerta, me hizo conocer que el enemigo se hallaba cerca, con lo cual, y la ventana abierta, oí distintamente una voz que cantaba esta seguidilla:

Aunque los males curo,
De las heridas,
Amor no me permite
Curar las mias.

Que sus saetas
Tiene mas poderío
Que mis recetas.

No me pareció del todo mal el concepto barberil, y por ver si continuaba ó yo me habia equivocado, dejéle echar el preludio de la segunda copla, mientras el cual la hermosa Maritornes se acercaba á la ventana á pocos pasos de donde yo me habia colocado. La guitarra concluyó el preludio, y la voz volvió á cantar:

Abandona ya el lecho,
Querida Antonia,
Para oir los suspiros
De quien te adora.
Depon el miedo,
Que todo el mundo duerme
Menos tu Pedro.

—Y yo tampoco duermo, *señor rapista,* porque las voces de vd. no me lo permiten (dije con voz gutural asomándome á la ventana). ¿Parécele á vd. que aquí somos de piedra como el guardacanton de la esquina? ¿ó qué horas son estas para venir á alborotar el barrio? Por mi fé, señor Monaguillo Parlanchin, que asi vuelva vd. á tomar mi barba como ahora llueven lechugas, y que la Maritornes que está á mi espalda no le tornará á colar mas chorizos en la bacía.—

Y diciendo esto cerré estrepitosamente la ventana, y me fuí á acostar. Pero á la mañana siguiente se me presentó el compungido galan; luego la trasnochada dama; y jugándola ambos de personages de comedia, se pusieron á mis pies pidiéndome licencia por matrimoniar. ¡Qué habia

yo de hacer! Soy tierno, y el paso era no sé si diga *clásico* ú *romántico*: alcélos con gravedad; y despues de un corto y mal dirigido sermon, les dispensé mi vénia; item mas, me ofrecí al padrinazgo y aun á completar lo que faltaba para los gastos del título. De tal modo les pagué el haberme proporcionado materia para este artículo.

(Setiembre de 1832.)

LAS FERIAS.

«*Ferias* me pide por mayo,
y para pedirlas Menga
cada dia es San Miguel
y todo el año son ferias.»

Esquilache.

Este mundo es una gran feria, en que todos traficamos, aunque con materias diferentes y de un valor convencional. Hay quien da su mesa á cambio de cortesías; quien paga su amor á precio de cuatro suspiros; dos *ergos* y unos buenos pulmones suelen comprar un grado de doctor; la importunidad adquiere empleos: la desdicha suele á veces comprar el talento, ó cambiarse este por desdicha; el vestido vale generalmente tanto como la educacion, y la figura corre en ocasiones á mas subido precio que las cualidades del alma. Cada cual, en fin, valiéndose de las circunstancias de que puede disponer, pretende adquirir con ellas las que le faltan; pero sin necesidad de tanto trabajo hay una materia positiva con la cual puede obtenerse todo, y esta materia es *el dinero*; con ella se logran las comodi-

dades, los placeres, el amor... el inestimable amor... la sabiduría, los honores, y hasta la hermosura física.

—Alto ahí, señor Provinciano, que ya estoy cansado de tanta filosofía, y aun no sé si diga de tanta sutileza. ¡Hombre de Barrabás! ¿adónde va vd. á parar con ese discursote, que no parece sino arrancado de algun manuscrito árabe del Escorial? Ya sabemos lo que sucede en el mundo en los tiempos ordinarios; pero aquí solo hablamos de lo que pasa en tiempo *de feria*: ¿qué tiene que ver lo uno para lo otro?

—Quiere decir, me replicó el Provinciano, que si una circunstancia cualquiera pone en mas rápida accion todos los ejes de la gran máquina social, esta época será sin duda un panorama que nos presentará á un solo golpe de vista los esfuerzos de los hombres para engañarnos unos á otros.

—Vaya, déjese vd. de ejes y panoramas, y supuesto que ha llegado á Madrid en la temporada de feria, sepa ante todas cosas que la de esta villa, que empieza el dia de San Mateo 21 de setiembre, fué concedida por privilegio del rey don Juan el II en 8 de abril de 1447, y que esta feria, que llega hasta el dia de San Miguel, y otra que empezaba en el mismo y duraba quince dias, se han reunido en una, que concluye en 4 de octubre; y hé aquí sin duda la razon de que aun hoy se diga en Madrid *las ferias* en plural, como que realmente eran dos.

—Mil gracias, señor Madrileño, por el trozo de erudicion histórica, aunque si va á decir verdad, no le encuentro mas oportnno que mi exordio filosófico.

—Tiene vd. razon, señor Provinciano, pero por algo habiamos de empezar á hablar.—

Aquí callamos los dos y proseguimos largo rato nuestro camino, hasta que pasando por la calle de Atocha:—Venga

usted acá (dije al Provinciano), que me parece que en este puesto hemos de hallar algo bueno; y en efecto era así, porque una multitud de muebles y vestidos del mejor gusto, dejaban ver, aunque en modesta prendería, su reciente fecha. Preguntamos los precios de varios, y como á todo nos contestase la muger que los vendia:—«Esto se da en tanto, y ha costado cuánto hace seis meses;»—entramos en curiosidad de saber que desgracia repentina habia obligado á su dueño á desprenderse de ellos, á lo cual nos satisfizo la prendera, diciéndonos que pertenecian á una cantatriz italiana que habia concluido su contrata: estando en esto vimos llegar á una jóven acompañada de un caballero que los puso todos en precio; y al ver su resolucion, sus modales, y mas que todo la condescendencia del caballero, no pudimos menos de conocer que aquella empezaba entonces *su contrata,* aunque de distinto género.

Mas allá en otro gran depósito, observamos una coleccion de catres de todos los gustos desde Felipe II acá, los cuales recordé haber visto ya cuando iba á la escuela, sin que en las distintas *esposiciones* que desde entonces han mediado hayan mejorado de suerte. Mas por cuánto y no en aquel momento, mi Provinciano hubo de prendarse de uno, y determinó llevarlo á su pueblo para regalárselo á cierta sobrina casadera, y hé aquí que este olvidado mueble, mudo testigo de la fidelidad conyugal de seis generaciones, lo será aun de la sétima.

En un portal inmediato campeaban multitud de vestidos, de los qne en otros tiempos figuraron en los bailes sérios, y ahora lucen en los de máscara; ¡cielos, que profanacion!... en el bolsillo de una casaca muy bordada de sedas encontré un sobre antiguo que decia: «Al Escelentísimo señor Marqués de la Ensenada, Ministro de S. M. Fer-

nando VI...» ¡y yo la compré para llevarla á los bailes de Carnaval!...

Pero nada nos entretenia tanto como el mirar algunos puestos tan desmantelados que parecian la verdadera efigie del retablo de Maese Pedro despues de la descomunal batalla sostenida por el héroe manchego; v. g., uno que dejamos á la derecha en la calle de la Magdalena, consistia ni mas ni menos en los siguientes efectos: media tinaja, un espejo sin azogue, dos puertas rotas, una escopeta cubierta de orin, seis alcarrazas sin suelo, y sobre una mesa de dos pies y medio arrimada á la pared, hasta unos seis ó siete clavos romanos sin cabeza, dos cabezas sin clavo, una campanilla sin badajo, y una rodela vieja; y aun nos estábamos riendo de contemplar todo aquel aparato, cuando llegó á colmar nuestro asombro un hombre que despues de haberlo considerado todo detenidamente lo puso en ajuste, y lo compró por tres pesetas.

No pude contenerme, y sin mas preámbulos me determiné á preguntarle para qué podria servirle todo aquello, á lo que el pobre con la mejor voluntad me contestó:—«Señor, soy maestro de obras, y hace diez años que formé el proyecto de hacer una casa en mi barrio del Ave-María; desde entonces voy aprovechando para ello todo cuanto ladrillo y cascote puedo de las obras que manejo, y ya tengo suficientes materiales para empezar, Dios mediante, el verano que viene Así que ví este puesto, consideré que la media tinaja podia servirme para el fogon, el espejo para la claraboya de la escalera, las puertas rotas para ventanas, la escopeta para el cañon de la chimenea, las alcarrazas para bajadas de aguas, los clavos para los adornos, menos uno que servirá de badajo á la campanilla, y la rodela agujereada para tronera de la cueva. Con que ya vds. ven que todo puede servir en este mundo.»—

Pasmados nos dejó el buen maestro, y hablando de ello largo rato, hasta que vino á distraernos un gran puesto cubierto de cuadros que llamaba la atencion de los inteligentes. Allí era el verlos considerar las pinturas largo rato y á todas luces, arquear las cejas, adivinar el autor (despues de haber leido la firma que estaba al pie), hablar de *frescura* y de *matices*, de *claro-oscuro* y *encarnaciones*, con toda la demás retahila de voces científicas. El hombre que los vendia no estaba tan al corriente como ellos: así que, para él era el mejor el que tenia mejor marco, con lo cual mis aficionados le fueron llevando los buenos por poco dinero, y dejándole una coleccion de brillantes mamarrachos.

Parado estaba yo delante de un retrato muy parecido, de cierta señora bien conocida por su belleza, y no pude menos de escandalizarme de que viviendo todavía, y aun durante su buena época, se la hiciesen ya los honores de la feria. El mismo asombro causaba en todos los que la veian, hasta que habiéndolo verificado un jóven que acertó á pasar, manifestó con tales veras su descontento, que no pudimos menos de sospechar que fuese uno de sus adoradores; y tomando un aire de reto, preguntó: ¿quién vendia aquel cuadro? contestósele que el pintor, como propiedad suya, por no habérsele pagado despues de mandárselo hacer: á lo cual mi galan algo abochornado lo rescató sin reparar en el precio; y solo esclamó:

«¡Oh dulces prendas por mi mal halladas!»

con lo demás que se sigue; mientras nosotros quedamos riendo del epígrama del pintor.

Mas en ninguna parte bullia tanta multitud ni se reproducian mas escenas que alrededor de los puestos de

libros, y no hay necesidad de decir que el Provinciano y yo, como aficionados, tardamos poco en engolfarnos en ellos. Y mientras cogíamos este, abríamos aquel, hojeábamos el otro, ó tirábamos el de mas allá, no podian menos de distraer nuestra atencion algunos de los episodios que pasaban á nuestro lado; por ejemplo: llegó un pedanton de estos que hablan poco y gesticulan mucho; de estos que todo lo desprecian y que nada hacen; de estos, en fin, que se suponen superiores al mundo entero, porque el mundo entero no se ha querido tomar el trabajo de desmentirles; caló sus anteojos, apartó á todo el mundo, pidió un libro en griego y otro en aleman; pero mientras le contemplábamos con gran respeto, no pudimos menos de observar que estaba muy entretenido en mirar las láminas, sin hacer la menor seña de entender el testo. Otros estaban con la nariz en el suelo rebuscando en el monton de Artes de Cocina, Formularios, Guias atrasadas, Bertoldos, Soledades y Secretos raros, que se daban á cuatro reales chico con grande; y todos alargaban la mano á un tomo del Diccionario de M... porque tenia un forro muy bonito, y luego en leyendo la portada soltábanle, ni mas ni menos que si se hubieran quemado los dedos. ¡Oh, y cuántas producciones clásicas de nuestros dias, cuyos recientes anuncios ablandan aun las esquinas de la capital, yacian en aquel *osario* heridas de prematura y no sospechada muerte! Allí las novísimas Historias y Compendios abreviados; allí los Retratos y Discursos; allí las sensibles parejas Fulano y Zutana; los Amantes desgraciados, y los dichosos; los Castillos góticos; los Espectros y Fantasmas en galería; los Artes para todo que de nada sirven; los Tratados breves; las Memorias y Folletos; las Enciclopedias que pueden ir en carta, la traducciones, las imitaciones, las refundiciones, las visiones y las aberraciones. ¿Quién al

mirar tal destrozo no habia de temblar por sí? Yo al menos hice mis *Mementos*, y por si tambien me alcanzaba el castigo, esclamé con fervor: «*¡Domine, pecavi, miserere mei!*»

Apartámonos de aquel sitio y llegamos á la plazuela de la Cebada, teatro un tiempo de las ferias de Madrid, y hoy destinado á mas terribles escenas. Intentando atravesarla, fuimos detenidos por una multitud de curiosos apiñados en rededor de una maquina óptica, dirigida por un ciego con un tamborcillo, que enseñaba por dos cuartos *tutti li mondi*. Y al pasar por su lado, hirieron mis oidos estas voces, interrumpidas por el tamborcillo:— «*Tan, tan*... Ahora van vds. á ver la gran calle de Alcalá en tiempo de ferias.»

Paréme un poco, y consultando con el amigo, convinimos en que si habiamos de atravesar todo Madrid para verla, era mas cómodo mirarla pintada por dos cuartos; pagámoslos, aplicamos la vista al cristalejo, y el ciego empezó á decir:

«Aquí verán vds. qué grande y que hermosa es esta calle de Alcalá y la multitud de puestos y almacenes ambulantes que la adornan: *tan tan*...

Van vds. á ver la famosa feria de Madrid... Avellanas y nueces, dominguillos y cortejos... *tan tan*...

Miren vds. cuantos muebles, chicos y grandes, malos y buenos, nuevos y viejos; pues todos sirven, aunque no sea mas que de estorbo: *tan tan*...

¡Cuántos muñecos parados y cuántos que andan, y qué tiernos y qué delicados!... *tan tan*...

¡Cuántas muchachas, figuritas de barro, y cuántas de carne y hueso. ¡Ay!, y qué pintaditas y qué compuestitas! *tan tan*...

¡Cuántos platos y pucheros, y qué poco que comer;

cuántos servicios y qué pocos méritos; cuántos libros, y qué pocos que lean!... *tan tan...*

Miren vds. qué apretones, y qué confusiones, y qué resbalones, y qué te... entones... *tan tan...*

Observen vds. ahi á la derecha, conforme vamos, qué pareja tan acaramelada seguida por un criado; pues ese que va detrás no es el criado, que es el marido... *tan tan...*

Vean vds. qué elegante va esa niña, y cuántas blondas y cuánto raso; pues su trabajo le ha costado el ganarlo, que á su padre no: *tan tan...*

Atencion; miren vds. esos lechuguinos que siguen esas niñas; ¡ay, que se paran delante de las mesas á ver los muñecos y ellos tambien se paran enfrente!—¿Qué quereis, hijas mias?—Ay, mamá, férienos vd. un muñequito... *tan tan...*

A esotro lado vean vds. un militar buen mozo, que se estira los bigotes; y como le gustan los de ese pimpollo que va delante, y la llega al oido y la dice: «Mi alma ¿quiere vd. que la ferie?» y ella dice: «¿Y por qué no?» Y la compra avellanas, y azofaifas, y acerolas, y nueces, y... ¡ay pobrecito, mira no te ferie ella á tí!... *tan tan..,*

Vean vds. esotro elegante que hace parar un coche y les alarga á los niños que van dentro tantos juguetes... pues no es por ellos, que es por la mamá, que no hay como adorar al santo por la peana... *tan tan...*

Vamos, señores, que se va haciendo tarde; ¿he dicho algo? pues aun queda lo mejor; pero otro dia será; esto se acabó, y la feria tambien; hagan vds. cuenta que llegamos al dia de San Francisco... *tan tan...*

Y tapó el cristalejo y nos dejó á buenas noches.

(Octubre de 1832.)

GRANDEZA Y MISERIA.

«No son todas las leyes generales,
que muchas escepciones hay en ellas,
ni las cosas del mundo son iguales.

L. de Argensola.

Hallándome en Zaragoza durante mi primera juventud, contraje amistad íntima con el hijo del marqués de... jóven amable, franco y bullicioso, como yo lo era tambien entonces, y como me pesa no serlo ahora: nuestras relaciones no eran de esas superficiales que las circunstancias ó la casualidad suelen combinar, antes bien tenian el carácter de una verdadera amistad; así que, viviendo juntos, y no separándonos ni en aquellos ratos que dedicábamos al estudio (que eran los menos), ni en los que dábamos á la distraccion y los placeres (que eran los mas), llegamos á ser citados en la ciudad como modelo de amistosa fidelidad.

Ricardo (que así se llamaba el hijo del marqués) unia á una bella figura la elegancia en el vestir, la destreza

en la esgrima y en la danza, y la bizarría para dominar un alazan, con lo cual era tenido por el primer caballero de la ciudad; pero al mismo tiempo (preciso es confesarlo) los estudios de Ricardo se habian limitado á esto solo, y los maestros de filosofía, de ciencias y de idiomas no tenian los motivos de alabanza que los de equitacion y de baile. En vano procuraba yo hacerle sentir lo equivocado de su conducta; la obligacion en que su elevada cuna le ponia de adquirir una instruccion poco comun; hablábale de la necesidad de corresponder á su noble apellido; los graves cargos y responsabilidades que algun dia pesarian sobre sus hombros; y le ponia delante la consideracion de que tanto mayor es el yerro cuanto mayor es el que yerra. Todo esto lo escuchaba con la bondad natural de su carácter; pero la adulacion llegaba muy pronto á destruir mi obra, y no faltaban labios fementidos que le hacian creer que el estudio no era ocupacion digna de un caballero, y si solo de aquellos que lo necesitan para elevarse; que supuesto que él era ya marqués y poderoso, de nada mas necesitaba: que se dejase de cálculos y de vigilias, y solo se ejercitase en aquellos juegos propios del valor ó de la destreza, que tan bien sientan en las personas bien nacidas; con lo cual y la aprobacion de unos ojos negros, seducian al pobre marqués en términos que hube de dejar á que el tiempo obrase lo que yo no podia.

Desde entonces su casa fué la mansion de la disipacion y de los placeres; los festines, las músicas, las partidas de caza se reproducian sin cesar; las damas mas bellas de Zaragoza se disputaban los favores del señorito; los jóvenes imitaban sus modales y vestido; las modas de París y de Lóndres, los coches de Bruselas, los caballos normandos, todo le era presentado por diestros corredo-

res que hallaban el secreto de cuadruplicar su valor; y sin haber salido de Zaragoza, afectaba ya los usos de un *fashionable* de Lóndres, y hablaba mal de nuestras cosas, con lo cual y fiándose de mercaderes estrangeros, muy pronto se vió asaltado de acreedores y chalanes.

La suerte me separó por entonces de mi amigo, y durante mi larga ausencia recibí algunas cartas suyas en que manifestaba sus ahogos y compromisos, que llegaron al estremo; pero la muerte de su padre vino á poner término á ellos, y el nuevo marqués, al noticiármela, al mismo tiempo que su casamiento con una señora de su misma clase, me manifestaba que habia variado de vida, arreglado sus negocios, y establecido un plan conveniente para lo sucesivo. Poco despues me escribió su marcha á la córte, adonde le llamaban sus deseos hacia muchos años; y desde entonces nada volví á saber de él; hasta que habiendo yo venido á Madríd le visité como á un amigo antiguo; pero ya no encontré aquel Ricardo compañero de mis primeros años, sino al marqués de... uno de los hombres mas visibles de la córte, y cuyo tren y magnificencia oia ponderar por todas partes. Recibióme con atencion, pero sin cordialidad; me enseñó con una distraccion afectada su palacio, sus elegantes adornos, su jardin, sus caballos y carrozas, y aun me presentó á la marquesa como un amigo *de su niñez*; pero en todos sus modales noté una reserva, una pretension que me obligó á mantenerme á cierta distancia, sin que ni él ni yo pareciéramos acordarnos de nuestra antigua familiaridad.

Sentílo ciertamente, aunque no tanto como si le hubiera necesitado; pero me propuse no volver á visitarle, y en este estado se corrieron algunos años, hasta que dias pasados atravesando la calle de Alcalá me oí lla-

mar desde un coche y conocí al marqués, mi antiguo camarada; no dejó de sorprenderme esta demostracion; pero aun mas me sorprendieron sus instancias para que al siguiente martes le acompañase á almorzar, por tener, segun dijo, que consultar conmigo cosas del mayor interés; y sin dejarme accion para producir mis escusas, me hizo darle palabra terminante.

Llegado el martes, me encaminé á la casa del marqués preparando de antemano mi amor propio contra todo evento. Entré en el portalon; y á fuer del precepto de *Nadie pase sin hablar al portero,* escrito en enormes caractéres sobre la pequeña casilla de este, me dirigí á él para darle mi nombre; pero fué en vano, porque el buen inválido prosiguió en su ocupacion, que era enseñar el ejercicio á un perro de aguas; bien es la verdad que con la mano me enseñó gravemente la escalera. Pero el diablo y mi poca memoria hizo que entrase por la primera puerta que encontré, donde ví tres hombres alrededor de una mesa que jugaban á los naipes, y sin alzar los ojos á mí, ni info marse de á quien buscaba, tiraron de una cuerda desde su asiento y abrieron nna mampara que daba entrada á un salon cubierto de dobles filas de bufetes, todos ocupados por varios caballeros.

Disputaban á la sazon fuertemente sobre si eran ocho ó nueve mil duros, si se contaban desde tal ó tal mes y otras condiciones, con lo cual no dudé que se trataba de algun arrendamiento de las posesiones del marqués; pero el nombre de una artista italiana que pronunciaron, me hizo caer en la cuenta de que su conversacion era cosa de interés público. No la interrumpieron por mi llegada, antes bien me hicieron partícipe de ella, hasta que habiéndose enterado de mi deseo de ver á S. E., y de la equivocacion que me habia hecho entrar en las oficinas,

uno de ellos tuvo la bondad de acompañarme para ir á buscar otra escalera, lo cual hicimos atravesando unas cuantas salas todas igualmente ocupadas que la anterior, y sobre cuyas puertas habia varios rótulos, como *Secretaria, Contaduria, Archivo, Tesoreria*, etc., etc.

Las ocupaciones de aquellos señores eran varias; cuál se adiestraba en hacer rúbricas y letras góticas; cuál leia la Gaceta con los codos sobre el bufete y meneando los labios; quién tomaba el sol cerca de una ventana; quién dormia en un sillon con las manos metidas en los bolsillos del pantalon; y luego entraron los porteros y traian sendas botellas y vasos, acompañados de panecillos, con lo cual todos se apresuraron á tomar las *once* para cobrar nuevas fuerzas con que servir á S. E.

Compadecíme del marqués, á quien una antigua preocupacion obligaba á mantener aquella cohorte, y subí á la habitacion principal. No habia nadie en ella; atravesé la segunda sala en la misma soledad; pero á la tercera me encontré con un grupo de lacayos que hiciéronme aguardar hasta que llegase el *portero de estrados*; pareció este al cabo de un buen rato con toda la autoridad de un conserge, y dudando de pasar á tal hora recado á S. E.; díjele que era llamado; y entonces, sin dejar de mirarme de arriba abajo con una curiosidad desconfiada, envió á llamar á un ayuda de cámara, el cual me dirigió á otro, y este á otro, que me hizo dar con el *secretario particular*, quien ya tenia antecedentes de mi visita.

Abrióse, por fin, la mampara que ocultaba á S. E., y entrando en el gabinete me encontré al marqués que acababa de dejar el lecho y se habia recostado en el sofá por precaucion para no fatigarse, mientras se entretenia en formar varias figuras con pedacitos de marfil pintados. No bien me vió, tiró todas las fichas y corrió á abrazarme,

en lo cual y en su espresion amable y sincera, volví á reconocer á mi amigo Ricardo; los criados dispusieron el almuerzo, y al concluir de él, cogióme el marqués del brazo, y descendimos al jardin, donde empezó la conversacion de esta manera.

—«Sin duda, amigo mio, que mi proceder te habrá parecido estraño, ya por la pasada indiferencia, ya por la cordialidad presente, y no dejo de confesar que en efecto lo es.

—Ni yo debo ocultarte que me ha sorprendido tu llamada mas que tu indiferencia, pues conozco muy bien que el aire de la grandeza no sienta bien con la franqueza de la amistad.

—Sin embargo, yo no debí olvidar la nuestra; mas por desgracia no es el remordimiento que debia inspirarme mi proceder contigo lo que me hace recurrir á tu amistad, es mas bien un sentimiento de egoismo.

—¿Cómo?

—Sí, amigo mio, necesito de tí.

—¿De mí? ¿y en qué puedo yo servir al poderoso marqués de.....

—¡Poderoso!... ¡ay!... no lo soy; pero aunque lo fuera, siempre me serian oportunos los consejos de un amigo verdadero: juzga tú cuánto mas necesarios me serán en la desgracia.

—Habla, mi querido marqués; si mi amistad puede aliviarte en algo, desahógate con tu mejor amigo.

Un momento de silencio y un estrecho abrazo del marqués interrumpieron por algunos instantes nuestro diálogo.

—Ya te acordarás (continuó) de que á poco tiempo de tu salida de Zaragoza heredé por muerte de mi padre los títulos y rentas de mi casa, con lo cual y mi casamiento

traté de mudar enteramente la conducta que hasta allí habia seguido. Empecé, pues, por arreglar mis negocios, y yo mismo me asombré de los inmensos sacrificios que mi pasada disipacion me ocasionaba; pero dueño de una fortuna cuya renta anual se eleva á dos millones de reales, me costó poco trabajo el cubrir aquellos, y aun me lisonjeé de comprar con ellos mi escarmiento. Mas mi venida á Madrid, con objeto de entrar en Palacio, llegó á reproducir mis ideas favoritas de ostentacion, y á lanzarme de nuevo en el gran mundo: mis rentas al principio bastaban á todo, y aun me parecia imposible que el capricho me biciera inventar medios bastantes á consumirlas; pero ¡ay de mí! ¡cómo me engañé!... ¿Querrás creerlo, mi buen amigo? Tú ves mi casa, mi tren y mis criados; oyes sin duda hablar de mis funciones y mis festines; considérasme el mortal mas feliz de la tierra; crees que la abundancia reina en torno de mí: sí, amigo mio, reina, pero es para los que me rodean; el mas miserable de mis colonos es mas feliz y mas poderoso que yo.

—Creo haberlo adivinado.

—¿Ves esa legion de criados que pueblan mi casa y mis dependencias? pues de nada me sirven, mientras que mis rentas les sirven á ellos para gozar una vida regalada. ¿Miras ese secretario que me manifiesta tanto interés y afeccion? Pues ese publica mis debilidades, desacredita mi conducta, y me impide con sus consejos caminar al arreglo de mi casa. ¿Ese mayordomo tan fiel, tan desinteresado, que á una ligera insinuacion mia corre á buscarme fondos con que satisfacer mis invencibles caprichos? Pues ese me presta á un interés enorme los productos de mis mismas posesiones. ¿Esos administradores avaros que hacen que los tristes colonos maldigan mi nombre bajo el cual se ven acosados sin piedad? Pues esos son otros tantos seño-

res con quienes yo mismo tengo que transigir para cobrar lo que quieren pagarme. ¿Esos ayudas de cámara que se inclinan á mi paso con el mas profundo respeto? Pues míralos un momento despues; veráslos vestidos con mis ropas, parodiando mis acciones, exagerando mis vicios, y haciéndome el juguete de sus malas lenguas: por último, mis haciendas, mis rentas, mis casas, mis salones, mis graneros, mi cocina, mis cuadras; todo es presa de esas plantas parásitas que se alimentan de lo que es mio, sin que pueda yo evitarlo, por no chocar con la costumbre y aun con las ideas que recibí en la educacion.

—Pero al menos (le repliqué yo) tienes el consuelo de que tu casa sea citada como el modelo de la buena sociedad, y que todo el mundo te envidie y ensalce tu ostentacion.

—¿Y qué me sirve este concepto equivocado? Esa turba de aduladores y de egoistas que me aplauden ¿me ofrece acaso un amigo sincero y desinteresado con quien desahogar mi corazon? Mi esposa misma y mis hijos alejados de mí por la etiqueta y el buen tono, ¿me brindan por ventura las caricias y la afeccion que encuentra en los suyos hasta el mas infeliz artesano? Mis enormes rentas, ¿me permiten disponer á cualquier hora de una cantidad por mínima que sea? ¿No he vendido ya mis fincas libres, gravado enormemente las vinculadas, acudido á los usureros, que primero me prestaban sobre mi palabra, luego sobre mi firma, despues sobre alhajas y posesiones, y á falta de estas han llegado á no prestarme por nada?—Los criados me piden sus sueldos, mi muger su dote, mis hijos su fortuna y la memoria de mis abuelos el lustre de su nombre. ¡Qué hacer, mi querido amigo, en tal ahogo, ni cómo remediar tamaños males!

—Con la filosofía y la virtud, mi querido marqués. Tú hubieras evitado tal abismo, si siguiendo mis consejos hubieras cultivado tu buen carácter en la educacion, y dado á tus inclinaciones el giro conveniente: el ocio, causa de todos tus desastres, te hubiera parecido insoportable, y para evitarle hubieras buscado mil recursos que tu fortuna te permitía: los viages útiles, las empresas nobles, el deseo de verdadera gloria, que en otros paises, y en nuestra misma España ostentan varios de tu ilustre clase, no desdeñándose de proteger la industria, cultivar las artes y las letras, ó brillar en el campo del honor. Pero quisistes mas bien formarte para la holganza, y te rodeaste de una córte de holgazanes; quisiste servirte de ellos, y ellos se han servido de tí; pensaste no necesitar de nadie, y no reflexionabas que un hombre inútil necesita de todo el mundo.

Pero en fin, mi querido Ricardo, todavía estás á tiempo; por fortuna tu corazon ha sufrido sin dañarse tamaño combate; pero tu debilidad no te permite permanecer en el puesto para sufrir nuevas asechanzas. Huye, pues, de este centro de corrupcion y de placeres; huye, y en tu apacible quinta de las orillas del Ebro, lejos de la disipacion y del bullicio, encontrarás la paz del alma, que solo puede proporcionar una conciencia tranquila. Tus rentas, bien administradas, sirvan despues de satisfacer tus empeños, á proteger al genio y al trabajo; tu casa, purgada de bajos aduladores, sea el asilo de la franqueza y de la honradez; tus hijos, educados bajo otros principios que tú, aprendan de tu boca las desgracias que el ocio proporciona; tu esposa, compañera de tu prosperidad, ayúdete á remediar tu desgracia; y tus súbditos mirándote de cerca, lleguen á reconocerte y amarte... Huye, mi querido Ricardo, muéstrate hombre una vez...»—

Un nuevo abrazo, interrumpido con los sollozos del marqués, puso fin á esta vehemente conversacion...

Quince dias despues he recibido una carta de mi amigo, fecha en su quinta cerca de Zaragoza, y su contenido me proporciona el placer de pensar que no han sido inútiles mis consejos.

(Octubre de 1832.)

EL CAMPO SANTO (1).

«No se engañe nadie, no,
pensando que ha de durar
lo que espera,
mas que duró lo que vió,
porque todo ha de pasar
por tal manera.»

Jorje Manrique.

Muy pocos serán (hablo solo de aquellos séres dotados de sensibilidad y reflexion) los que no hayan esperimentado la verdad del dicho de que *la tristeza tiene su voluptuosidad.* Con efecto ¿quién no conoce aquella dulce melancolía, aquella abnegacion de uno mismo que nos inclina en ocasiones á hacernos saborear nuestras mismas penas, midiendo grado por grado toda su estension, y como deteniéndonos en cada uno para mejor contemplar su inmensidad? ¿Cuán estraño es en aquel momento el hombre á

(1) El suceso á que se refiere este discurso es exacto; las personas y palabras tambien, segun todo me lo reproduce mi memoria aun despues de algunos años.

todo lo que le rodea! ¡cuál busca en su imaginacion la sola compañía que necesita! ¡y cuál, en fin, elevando al cielo su alma, encuentra en él el único consuelo á sus desventuras! Huyendo entonces el bullicio del mundo, quiere los campos, y su triste soledad le halaga mas que la agitacion y la alegría.

Tal era el estado de mi espíritu una mañana en que tristes pensamientos me habian obligado á dejar el lecho. Acompañado de mi sola imaginacion, me dirigí fuera de la villa, adonde mas libremente pudiese entregar al viento mis suspiros; una doble fila de árboles que seguí corto rato desde la puerta de los Pozos, me condujo al sitio en que se divide el camino en varias direcciones, y habiendo herido mi vista la cúpula de la capilla que preside al recinto de la muerte, torcí maquinalmente el paso por la vereda que conduce á aquel.

A medida que me alejaba del camino real iba dejando de oir el confuso ruido de los carros y caminantes que hasta alli habian interrumpido mis reflexiones, y un profundo silencio sucedia á aquella animacion. Sin embargo, un impulso irresistible me hacia continuar el camino, deteniéndome solo un instante para saludar á la cruz que ví delante de la puerta; pero esta se hallaba cerrada, y nadie parecia al rededor; fuertes eran mis deseos de llamar; mas ¿cómo osar llamar en la morada de los muertos?...

Desistia ya de mi proyecto, apoyado sobre la puerta, cuando una pequeña inclinacion de esta me dió á conocer que no estaba cerrada; continué entonces el impulso, y girando aquella sobre sus goznes me dejó ver el *Campo Santo.*

Entré, no sin pavor, en aquella terrible morada: atravesé el primer patio, y me dirigí á la iglesia que veia en frente, mirando á todas partes por si descubria alguno de

los encargados del cementerio; pero á nadie ví, y mientras hice mi breve oracion, tuve lugar para cerciorarme de que nadie sino yo respiraba en aquel sitio. Volví á salir de la iglesia á uno de los seis grandes patios de que consta el cementerio, y siguiendo á lo largo de sus paredes, iba leyendo las lápidas é inscripciones colocadas sobre los nichos, al mismo tiempo que mis pies pisaban la arena que cubre las sepulturas de la multitud.

Esta consideracion, la soledad absoluta del lugar, y el ruido de mis suspiros, que repetia el eco en los otros pátios, me llenaba de pavor, que subia de todo punto cuando leia entre los epitafios el nombre de alguno de mis amigos, ó de aquellas personas á quienes ví brillar en el mundo.

—¡Y qué! decia yo; ¿será posible que aqui, donde al parecer estoy solo, me encuentre rodeado de un pueblo numeroso, de magnates distinguidos, de hombres virtuosos, de criminales y desgraciados, de las gracias de la juventud, de los encantos de la belleza y la gloria del saber? —«*Aqui yace el Excelentísimo señor duque de...*» ¿Será verdad?

«Al que de un pueblo ante sus pies rendido
Ví aclamado, en la casa de la muerte
Le hallo ya entre sus siervos confundido.»

¿Pero qué miro? ¿Tú tambien, bella Matilde, robada á la sociedad á los quince años, cuando formabas sus mayores esperanzas? ¿Y tú, desgraciado Anselmo, á quien el mundo pagó tan mal tus nobles trabajos y fatigas por su bienestar?... ¿Mas de qué sirven todos esos títulos y honores que ostenta esa lápida, para quien ya es un monton de tierra?... ¡Adulacion, adulacion por todas partes!....

«*Aquí yace don... arrebatado por una enfermedad á los 87 años...*» ¡Lisonjeros! escuchad á Montaigne, y él os dirá que *á cierta edad no se muere mas que de la muerte...* Pero allí sobre una lápida, un genio apagando una antorcha; sin duda uno de nuestros hombres grandes... ¡Insensato! un nombre oscuro; ¿ni cómo podia ser otra cosa? El cementerio es moderno, y en el dia escasean mucho los hombres verdaderamente ilustres, ó no se entierran en su pátria... Y si no ¿dónde se hallan Isla, Cienfuegos, Melendez, Moratin?... Si acaso nos queda alguno, busquémosle en el suelo, en las sepulturas de la multitud.

Pero entremos á otro patio, por ver si se encuentra alguien... nadie... la misma soledad, la misma monotonía; ni un solo árbol que sombree los sepulcros; ni un solo epitafio que esprese un concepto profundo; el nombre, la pátria, la edad y el dia de la muerte, y nada mas... y de este otro lado aun no está lleno... Multitud de nichos abiertos que parecen amenazar á la generacion actual... ¡Cielos! acaso yo... en este... pero ¿qué miro? aquel bulto que diviso en el ángulo del pátio ¿no es un hombre que iguala la tierra con su azada?... Sí, corro á hablarle.

—Buenos dias, amigo.

—«Buenos dias,» me contestó el mozo como sorprendido de ver allí á un viviente. «¿Qué queria vd.?» añadió con un aire de un hombre acostumbrado á no hacer tal pregunta.

—Nada, buen amigo; queria visitar el cementerio.

—Si no es mas que eso, véale vd.; pero algo mas será.

—No; nada mas; ¿acaso tiene algo de particular esta visita?

—Y tanto como tiene. ¡Ay señor! nuestros difuntos no pueden quejarse de que el llanto de sus parientes venga á turbar su reposo.

Esta espresion natural, salida de la boca de un sepulturero, me hizo reflexionar sériamente sobre esta indiferencia que tanto choca en nuestras costumbres.

—¡Qué quiere vd.! contesté al sepulturero, todavía no se ha desterrado la preocupacion general contra los cementerios.

—A la verdad que es sin razon, pues ya conoce vd., caballero, cuánto mejor están aquí los cuerpos que en las iglesias; esta ventilacion, esta limpieza, este órden... recorra vd todos los patios, no encontrará una mala yerba, pues Francisco y yo tenemos cuidado de arrancarlas; no verá una lápida ni letrero que no esté muy cuidado; ni en fin, nada que pueda repugnar á la vista; mas por lo que hace á las gentes, esto no lo ven sino una vez al año, y es en el primer dia de noviembre; pero entonces, como dice el señor cura, valia mas que no lo vieran, pues la mayor parte vienen mas por paseo que por devocion, y mas preparados á los banquetes y algazara de aquel dia, que á implorar al cielo por el alma de los suyos.

Admirado estaba yo del lenguaje del buen José (que así se llamaba el sepulturero) y así fué que le rogué me enseñase lo que hubiese de curioso en el cementerio: seguimos, pues, por todos los patios, haciendo alto de tiempo en tiempo para contemplar tal ó cual nicho mas notable; despues llegamos á un sitio donde habia varias zanjas abiertas, y en una de ellas...

—«¡Qué lástima! me dijo José: yo nunca reparo en los que vienen; hoy he sepultado seis, y apenas podré decir si eran mugeres ú hombres; pero esta pobrecita.... ¡qué buena moza!...» y urgando con su azada me dejó ver una muger como de veinte años, jóven, hermosa, y atravesado el pecho con un puñal por su bárbaro amante... Volví horrorizado la vista, y mientras tanto José repetia:

—«¡Ay Dios mio! ¡líbreme Dios de un mal pensamiento!»

Esta esclamacion enérgica me hizo reparar en mis cadenas y reloj, y por primera vez temblé por mí al encontrarme en aquel sitio y soledad, al borde de una zanja y un sepulturero al lado con el azadon sobre el hombro.

Sin embargo, la probidad de José estaba á prueba de tentaciones, y asegurado por ella, me atreví á indicarle un deseo que me instaba fuertemente desde que entré en el cementerio: este deseo era el encontrar la sepultura de mi padre...

—¿Cómo se llamaba?

—Don...

—¿En qué año murió?

—En 1820.

—¿Ha pagado vd. renuevo?

—No; ni nadie me lo ha pedido.

—Pues entonces es de temer que haya sido sacado del nicho para pasar al depósito general.

—¿Cómo?

—Sí señor, porque no pagando el renuevo del precio del nicho cada cuatro años, se saca el cuerpo.

—¿Y por qué no se me ha informado de ello?

—Sin embargo, no se lleva con gran rigor y acaso puede que... pero entremos en la capilla y veremos los registros.

En efecto, así lo hicimos, pasamos á la pieza de sacristía, sacó el libro de entradas del cementerio, abrió al año de 20 y leyó: «Dia 5 de enero; don... número 261.»

Un temblor involuntario me sobrecogió en este momento; salimos precipitados con el libro en la mano, buscamos el número del nicho... ¡Oh Dios! ¡oh padre mio! ya no estabas allí... otro cuerpo habia sustituido el tuyo;

¡y tu hijo, á quien tu legastes tus bienes y tu buen nombre, se veia privado por una ignorancia reprensible del consuelo de derramar sus lágrimas sobre tu tumba!...

Entonces José, llevándome á otro patio bajo de cuyo suelo está el *osario* ó depósito general, puso el pié sobre la piedra que le cubre diciendo: «*aquí está,*» á cuya voz caí sobre mis rodillas como herido de un rayo.

Largo tiempo permanecí en este estado de abatimiento y de estupor, hasta que levantándome José y marchando delante de mí, seguíle con paso trémulo, y entramos por una puertecilla á la escalera que conduce sobre el cubierto de la capilla; luego que hubimos llegado arriba, hizo alto, y tendiendo su azada con aire satisfecho:—Vea vd. desde aquí, me dijo, todo el cementerio... ¡qué hermoso, qué aseado y bien dispuesto!... y parecia complacerse en mirarle... Yo tendí la vista por los seis uniformes patios, y despues sobre otro recinto adjunto, en medio del cual ví un elegante mausoleo que la piedad filial ha elevado al defensor de Madrid, no lejos del sitio en que inmortalizó su valor (1). Despues, salvando las murallas, fijé los ojos en la populosa córte, cuyo lejano rumor y agitacion llegaban hasta mí... ¡Qué de pasiones encontradas, qué de intrigas, que movimiento! y todo ¿para qué?... para venir á hundirse en este sitio...

Bajamos silenciosamente la escalera; atravesamos los patios; yo me despedí de José agradeciéndole y pagán-

(1) El sepulcro del marqués de San Simon erigido por su hija en un sitio cercado é independiente del cementerio. Napoleon condenó á muerte á aquel benemérito general por el teson que manifestó en la defensa de la puerta de Fuencarral en los primeros dias de diciembre de 1808, y su hija alcanzó del Emperador la conmutacion de esta pena por la de encierro perpétuo en Francia.

dole su bondad, y al estrechar en mi mano aquella, que tal vez ha de cubrirme con la tierra,

«*Mihi frigidus horror*
membra quatit gelidusque coit formidine sanguis.»

Abrimos la puerta á tiempo que el compañero Francisco, guiando á cuatro mozos que traian un ataud, nos saludó con estrañeza, como admirado de que un mortal se atreviese á salir de allí. Preguntéle de quien era el cadáver que conducia, y me dijo que de un poderoso á quien yo conocí servido y obsequiado de toda la córte... ¡Infeliz! ¡y no habia un amigo que le acompañase á su última morada!...

Seguí lentamente la vereda que me conducia á las puertas de la villa; y al atravesar sus calles, al mirar la animacion del pueblo parecíame ver una tropa que habia hecho allí un ligero alto para ir á pasar la noche á la posada que yo por una combinacion estraña acababa de dejar.

(Noviembre de 1832.)

Nota.

Desde que en el reinado del señor don Cárlos III, y por real cédula de 3 de abril de 1787 se mandó la fabricacion de cementerios extramuros de las ciudades, con el objeto de sepultar los cadáveres que hasta entonces se enterraban en las iglesias, con grave detrimento de la salud pública, pasaron muchos años (todos los que formaron el reinado de Cárlos IV), sin que la capital del reino tratase de dar el ejemplo de esta importantísima reforma, y de cumplir lo preceptuado por la ley. Siguióse, pues, la perniciosa costumbre inmemorial de los enterramientos en las bóvedas y templos, hacinando en ellos los cadáveres sin precaucion alguna; y siguieron tambien de tiempo en tiempo las repugnantes é

indecorosas *mondas* ó extraciones de aquellos restos mortales, de que recordamos haber oido á algunos ancianos tan animadas como nauseabundas descripciones, especialmente de la que se hizo en la parroquia de San Sebastian por la calle inmediata en 1805, y que segun nuestros cálculos y noticias *llevó envueltos en ella los preciosos restos del gran* LOPE DE VEGA....

Para destruir aquella inveterada costumbre, y para reducir al silencio la terrible y obstinada oposicion que la hipocresía, las preocupaciones ó el interés egoista presentaban á la construccion de cementerios, fué necesario que el gobierno de José Napoleon tomase á su cargo la conclusion del primero de los generales (el de la puerta de Fuencarral) y verificada esta en 1809, y poco tiempo despues el de la puerta de Toledo, prohibióse enérgicamente todo otro enterramiento que no fuese en aquellos; y en obsequio de la verdad y de aquel ilustrado aunque intruso gobierno, debe reconocerse que no fué esta sola la mejora que logró establecer en nuestra policía administrativa.

Por desgracia la construccion de los cementerios, segun los planes del arquitecto Villanueva, adoleció á nuestro entender desde el principio de una mezquindez y prosaismo sumos; siendo tanto mas de lamentar, cuanto que estos primeros Campos Santos, imitados despues en otros puntos de las afueras de Madrid y en las capitales y pueblos notables de España, han servido, puede decirse, de modelo ó pauta de esta clase de construccion entre nosotros; estableciéndose en consecuencia la ridicula costumbre, no de enterrar, sino de emparedar los cadáveres en los muros de cerramiento, al rededor de grandes patios desnudos de todo adorno y de vejetacion.—No tuvo tal vez presente Villanueva el reciente ejemplo de la capital francesa, que en los primeros años del siglo dedicó á este objeto el estendido jardin conocido por el del *P. Lachaise*; ni los demas de esta clase que se admiran en otros pueblos estrangeros; ó no pudo disponer de terreno suficientemente estenso, bien situado, y con agua abundante para la plantacion. La idea exajerada (á nuestro entender) de que habia de contruirse precisamente en las alturas al N. de la capital; el gusto demasiado clásico y amanerado de dicho arquitecto, y la estrechez de miras ó indiferencia del Ayuntamiento de Madrid, fueron tal vez las causas de semejante construccion; y sin duda el no querer perjudicar á los fondos de las iglesias en los derechos que percibian por la custodia de los cadáveres, dió lugar á que la Villa de Madrid no tomase, como hubiera debido, á cargo

suyo el establecimiento de los cementerios con toda la amplitud y decoro que exigen la religiosidad y la cultura del vecindario. El clero, por su parte, que nunca miró con buenos ojos su establecimiento, no cuidó de decorarlos ni engrandecerlos, á pesar del inmenso producto que obtiene del alquiler de aquellos mezquinos corrales, producto que raya en una suma considerable, y que hubiera podido servir, no solo á la formacion de grandes y aun magníficos cementerios, sino que en otros pueblos bien administrados se aplica tambien al sostenimiento de hospitales y establecimientos de Caridad.

A tanto llegó el abandono y desidia de la Visita eclesiástica y fábricas parroquiales, y era por los años de 1832 tan mezquíno el aspecto de este cementerio y del otro general de la puerta de Toledo, que varias cofradias ó congregaciones religiosas, pensaron emprender por su cuenta la formacion de otros parciales. Asi lo habian hecho ya anteriormente las sacramentales de San Pedro y San Andrés y la San Salvador y San Nicolás, y fueron imitadas luego por las de San Sebastian, San Luis y San Ginés, San Miguel, San Martin, San Justo, etc. Y mejorando algun tanto las condiciones de construccion y adorno (aunque siempre siguiendo el mezquíno sistema de emparedamientos), han conseguido la preferencia de la parte mas acomodada de los feligreses; y disponiendo y tolerando mayor adorno en los frentes de las sepulturas, en los panteones y galerías, y aun en el centro de los patios, con plantaciones de arbustos y flores, han conseguido dar á los suyos aquel aspecto decoroso é imponente que á par que convida á la oracion y al ruego por las almas de los que fueron, da una idea mas noble de la cultura y religiosidad de la generacion actual.

PRETENDER POR ALTO.

«Il n'est guére moins necesaire
de voir ce qu' il faut eviter
que de savoir ce qu'il faut faire.
Mme. Deshouliers.

«Tan útil es saber lo que debemos
evitar como lo que debemos haeer.»

En un pueblo como Madrid, donde las propiedades adquieren un valor enorme, reduciendo á un corto número la clase de propietarios; donde la consideracion de esta clase desaparece casi del todo ante el brillo seductor de los honores y del poder; pueblo que por su posicion no ofrece al comerciante empresas grandes; cuya industria tiene que ser limitada á cubrir las necesidades del mismo, por la escasez de primeras materias y el subido precio de los jornales; pueblo, en fin, donde el orgullo cortesano hace necesario el lujo, al paso que limita los medios de produccion; ¿cómo estrañar que una gran parte de sus

habitantes se vea acometida de aquella enfermedad endémica conocida con el nombre de *empleomania*?

Sobre tales consideraciones giraba mi imaginacion una mañana que me hallaba sentado entre la inmensa multitud de postulantes en un rincon de cierta antesala, adonde me habia conducido, no la ambicion propia, sino la exigencia agena; esto es, aquella obligacion tácita que á juicio de los amigos de provincia contraemos los habitantes de Madrid de tener siempre nuestro tiempo y nuestras relaciones á disposicion suya; y era por entonces el que me lanzaba en el campo de los solicitantes cierto pariente de un pariente mio, que espontáneamente me habia encargado de una pretension suya fulminada desde las orillas del Segura.

No es por ahora mi ánimo el bosquejar un cuadro crítico-filosófico de aquella antesala, ni menos hacer reir á mis lectores á costa de las distintas caricaturas que conmigo la poblaban. No hablaré de la pretension y el entonamiento de los unos, del rendimiento y humildad de los otros; huiré de presentar grupos de entrantes y salientes, porteros y lacayos, damas y caballeros; como igualmente de esplayar las reflexiones, si bien graves, si bien burlescas, que retozaban en mi cabeza; todo ello podrá tener lugar en otro discurso, si algun dia me vinieren deseos de hacerle; mas lo que es por hoy, bastará para inteligencia de mi narracion el manifestar que al cabo de catorce semanas de periódica asistencia á la susodicha antesala, despues de ponerme al corriente de las innumerables fisonomías demandantes de la capital, y despues, en fin, de hallarme medianamente versado en el lenguaje de oficio, pude conseguir en obsequio de mi protegido un decreto de N., esto es, «*Negado*;» con lo cual conocí que no era la voluntad de Dios el que yo le sirviera, y escribí al

amigo que buscara otro conducto para sus pretensiones.

El transcurso de dos meses me habia ya hecho olvidar de ellas, persuadiéndome de que al interesado le hubiese sucedido lo mismo, y que un primer revés le habria curado de su enfermedad; pero hube de desengañarme del todo, cuando una mañana me le encontré en mi habitacion, y me esplicó su designio de continuar *personalmente* sus pretensiones en la córte.

Este *personalmente*, repetido con cierto énfasis y mirándose á un espejo, me dió á conocer á primera vista la sobrada confianza que le merecia su persona, asi como tambien la esplicacion de su plan me hubo de convencer de que desaprobaba el mio; en vano le dí á entender que yo no conocia otros caminos que los marcados por las leyes, pues los otros mas bien los creia derrumbaderos; él se rió de mi pobreza de espíritu, y me declaró solemnemente que su intencion era *pretender por alto*; tal fué su espresion.

Confieso á la verdad que se me pasaron ganas de entrar en contestaciones con él sobre el sentido de esta frase; pero no me dejó lugar, pues todo se le fué en hablarme de sus méritos, encarecer sus conocimientos y ponderar sus modales, en términos que quedé firmemente persuadido de que tenia que adquirir en Madrid méritos, conocimientos y modales. Por último, para prueba de su buena estrella, y de aquel *no sé qué* que segun él le acompañaban, me contó la notable adquisicion que habia hecho la tarde anterior, á saber, la amistad íntima contraida con un *don Solicito Ganzúa*, que *por casualidad* se habia hallado presente en la posada á la hora en que él llegó.

Este personage, hasta ahora incógnito, prendado sin duda del buen talle de mi pretendiente, y acaso tambien

de su equipage nada modesto, entró en conversacion con él; le habló largamente de sus relaciones en la córte; escuchó con atencion la benévola confesion del recien venido; y aconsejándole con el mayor desinterés la mas completa desconfianza de todo el que intentase seducirle, se dignó tomar los negocios del provinciano bajo su poderosa proteccion, sin mediar (por ahora) otro interés que el de la simpatía con que habian simpatizado.—Esto, unido á una prolija esplicacion de los ardides de que podria ser víctima en la córte (escepto el de los protectores aparecidos), dejó á mi buen hombre tan encaprichado en la idea de que algun espíritu benévolo se encargaba de su prosperidad, que no me pareció oportuno pensar en desengañarle por entonces. Aconsejéle, sí, que midiese los pasos, que desconfiase de todos, empezando por su misma persona, y que tuviese presente que la ciencia de la córte no se aprende sino en la córte misma, con lo cual no pondria reparo en matricularse como estudiante en ella.—Todo lo escuchó con atencion, y aun prometió observarlo; pero lo hizo de una manera que consideré que solo el escarmiento podia curarle; así que me limité á vigilar sus pasos (lo que pude hacer con mas comodidad por haberse venido á vivir conmigo) y afecté una completa indiferencia, dejándole tanta cuerda cuanta consideré que necesitaba para acercarse al precipicio sin perecer en él.

Don Solícito desde entonces se hizo gran amigo de la casa; entraba y salia en ella, cuándo con una lista de vacantes, cuándo con otra de mudanzas en pronóstico; ya con borradores de memoriales, ya con esquelas recomendatorias; y luego, para diferenciar, le proporcionaba á mi pariente permisos para ver palacios y museos, y billetes de bailes y festines; cuyos obsequios y actividad le

hacian á él hallarse mas complacido y á mí mas celoso.

Yo guardaba el dinero de mi amigo, y esto me tenia seguro de que sin mi noticia pudiesen engañarle; y aunque observé que sus gastos iban en aumento mas que regular, nada le dije, considerando que acaso su buen porte podria contribuir al logro de sus pretensiones, pues bien se me alcanzaba que en la córte el que pretende en coche tiene ya medio lograda su solicitud; y confirmábame en ello cuando le veia acompañado de personas de gran tono, ó ya sentado en un palco entre seda y plumas, ó tuteándose con un duque en una partida de *ecarté*. En fin, su seguridad y satisfaccion eran tales que me hacian dudar á mí mismo.

Una mañana en que mi huésped no estaba en casa vino Ganzúa, y en su semblante y preguntas creí notar cierta agitacion, no disimulando lo que le contrariaba el no encontrar en casa al otro y sí á mí; preguntóme si sabia por casualidad si mi amigo habia ido á casa de doña *Melchora Tragacanto*; díjele que no sabia, tanto mas cuanto que era la primera vez que dicho nombre llegaba á mis oidos; con lo cual y una escrutadora mirada que le dirigí, no pudo disimular su turbacion, ni reparar la indiscreta falta que habia cometido.

Aumentáronse mis sospechas con la llegada de un agente de cambios que venia á entregar el producto de una letra de dos mil pesos que mi pariente, sin noticia mia, habia girado contra su casa y aquella habia negociado. Recogí el dinero, y solo pensé ya en buscar el hilo de aquel nudo en que se intentaba al parecer envolver á mi amigo; pero no lo hubiera conseguido fácilmente, si la suerte no me hubiera ayudado y hé aquí el cómo.

Un coche que paró á la puerta á corto rato me hizo sospechar si acaso la dama vendria en persona á visitar-

nos; pero solo se presentó un caballero bien portado á quien por la ventana de la escalera ví ponerse en el ojal de la casaca una cinta de honor; esta evolucion no me gustó gran cosa; pero ¡cual fué mi sorpresa cuando saliendo á su encuentro reconocí en él á *Perico*, mi antiguo amanuense, cuyas repetidas travesuras me habian causado en otro tiempo bastantes disgustos!

No pude contenerme; habléle con la mayor estrañeza, pidiéndole esplicaciones de aquella farsa, y aprovechando el anegamiento en que le habia constituido mi inesperada aparicion, le pregunté con resolucion quiénes eran doña Melchora Tragacanto y don Solícito Ganzúa, amenazándole con mis procedimientos si no me decia la verdad, y ofreciéndole una buena recompensa en caso contrario.

Entonces sin poderse contener y mientras me pedia perdon de sus enredos, me entregó una carta abierta dirigida á mi amigo, y concebida en estos términos.

«Amiguito mio: segun lo que acordamos anoche y á »fin de cumplir con quien conviene, le envío á nuestro don »Judas, con el pagaré que vd. me dejó, para que se sirva »entregarle la suma consabida, de que le dará recibo, y »antes de la noche tendrá vd. en su poder el resultado; »rompan vds. esta carta, y hasta la noche, que venga »por acá á que le demos una enhorabuena. Su fiel amiga »y desinteresada servidora.—*Melchora Tragacanto.*»

Acabada que fué la lectura de la carta, Perico me refirió por menor las circunstancias de la tal señora, que eran singulares. Porque ella vivia con lujo, sosteniendo sus grandes necesidades, sin mas que aparentar una proteccion de que absolutamente carecia, para lo cual habia tomado muy bien sus medidas con los pobres pretendientes que llegaban á la córte. Entre otras, tenia varios

comensales distribuidos en las puertas, posadas y casas de huéspedes, los cuales introduciéndose con los recien-venidos, les brindaban su proteccion, adquiriéndose su confianza; luego les presentaban en la casa y allí se ostentaba rodeada de una comparsa, á la cual repartia los papeles que la convenian, para que el pobre forastero seducido cayese en el lazo y soltase prenda.—«Podria contarle á vd. (continuó Perico) varios lances sucedidos en mi tiempo, pero solo me limitaré á decirle que su pariente es el objeto del dia, y que yo era el encargado de engañarle y de terminar esta farsa, cogiéndole una cantidad que él debia negociar hoy. Pero ya que la suerte lo dispone de otro modo, ordene vd. lo que yo debo hacer para complacerle y enmendar mi delito.»

Grande fué mi indignacion durante el discurso de Perico; pero despues de reflexionar bien, parecióme que no era tiempo de desahogarla, antes sí de sacar partido de la feliz combinacion que me hacia dueño del secreto de aquellos malvados; y así, dejando de tomarlo por el lado sério, combiné con el astuto Pedro una salida que pudiera castigar á la protectora y al protegido, y divertirnos al mismo tiempo.

No tardó en llegar mi huésped, al cual le dije que habiéndome entregado el agente los dos mil pesos de la letra que habia hecho negociar, y presentándoseme luego un caballero con aquella firma suya, se los habia entregado; al mismo tiempo puse en sus manos un pliego que supuse que el mismo sugeto me habia dejado. Abriólo con precipitacion, y sus ojos brillaban de alegría, entonándose y mirándome con aire satisfecho; yo afectaba la mayor indiferencia, y luego que le ví cambiar de color y conmoverse al leer el pliego, me escurrí bonitamente al gabinete inmediato; pero no bien lo habia hecho, cuando entró por

la sala doña Melchora Tragacanto con el rostro encendido, y vertiendo contra mi amigo las mas horribles imprecaciones. Seguíanla don Solícito y Perico, el cual se vino á reunir conmigo al gabinete. El pintar los mútuos reproches, las invectivas que se dijeron, y la bulla que armaron sin llegar á entenderse, fuera negocio largo de referir; y ¿por qué todo ello? (travesuras que me sugirió Perico.) Que mi huésped habia encontrado en el pliego que yo le entregué, escrito en letras enormes, el siguiente motete:

De un pretendiente novicio
Castigando la ambicion,
Le hago un notorio servicio,
Pues por corto sacrificio
Recibe buena leccion.

Y doña Melchora, en el talego que yo la habia remitido, se encontró hasta unos cincuenta reales en monedas de á dos cuartos, nuevas y relucientes, como recien fabricadas que eran con el cuño de Segovia, y atravesada entre ellas la coplilla que aqui campa:

De una astuta cortesana
Pago la falaz intriga
Dándola una leccion sana:
Desnude á otra oveja, amiga,
Que yo vuelvo con mi lana.

Despues que Perico y yo nos cansamos de reir y ellos de gritar, salí de mi escondite y dirigiéndome á ellos: —Señores mios, les dije; vds. habrán de disimularme la burleta que me he permitido hacerles, conociendo y apre-

ciando como no podrán menos los motivos que á ello me han movido. Vd., mi señora doña Melchora, á quien hasta ahora no tuve la dicha de conocer, conserve la memoria de este suceso, tratando de buscar otros medios con que acudir á sus necesidades, sin abusar del infeliz forastero que viene á la córte, el cual si en ella encontrara muchas como vd., creería haber entrado en una cueva de vicios y de errores; mas por fortuna no es así, pues la vigilancia del gobierno sabe descubrir las estafas y castigarlas menos festivamente que yo lo hago; y á usted, señor pretendiente *por alto*, ó mas bien por bajo medio, sírvale de escarmiento lo pasado, y si sus merecimientos y servicios son algunos, hágalos conocer por los medios que la razon y el honor aprueban, teniendo entendido que el verdadero mérito se coloca él mismo á la altura de los honores, sin elevarse á impulso de una bajeza. En cuanto á vds., señores subalternos de tan pérfida intriga...

Iba á continuar, pero al volver mi cabeza á uno y á otro lado, eché de ver que me habia quedado sin oyentes, pues todos habian desaparecido confusos y avergonzados.

(Noviembre de 1832.)

Nota

Varios de los artículos que forman la presente obrita, aunque desnudos de interés y pobres en argumento, han dado pié á tal cual autor vergonzante de comedias para enjaretar algunas, tales como *El Amante corto de vista*, *Los Paletos en Madrid*, *Los Románticos*, etc.; pero en el presente artículo sucede todo lo contrario; á saber, que él es el hijo legítimo de una pieza teatral que el *Curioso Parlante* escribió en los primeros años de su juventud (1827), y que gracias á la meticulosa censura

de aquellos tiempos no logró verse representada.—Titulábase, pues, dicha pieza teatral, «*La Señora de Proteccion, y Escuela de Pretendientes,*» y fué la primera y única tentativa dramática del autor de las *Escenas.*—Como obra de un jóven inesperto, y de una imaginacion limitada y prosáica, adolece aquella composicion de una palidez estremada, de una escasez de intriga que contrasta con lo pretencioso del argumento; á pesar de eso, el censor dramático de aquella época, don José Caballér Muñoz, en medio de su tolerancia, benignidad é ilustracion, creyó descubrir en ella algunas alusiones ó retratos que no convenia presentar en la escena, y llamando al autor con una deferencia y amabilidad muy propia de su carácter, procuró convencerle de la necesidad de ciertas modificaciones; pero este tuvo el buen sentido de no convenir en ellas por el temor de dejar aun mas descolorido un cuadro que ya reconocia por tal, y aun el de retirar y condenar definitivamente una obrilla que le parecia á él mismo insignificante. —Hoy, llegado á la edad madura y con algun mayor estudio literario, al leer aquella débil produccion, no puede menos de reconocer y agradecer el servicio que le prestó aquel ilustrado censor, no dejando correr un trabajo pueril y que hubiera en adelante avergonzado á su autor; y este, renunciando en consecuencia al teatro, dió una prueba de prudencia y conviccion de la escasez de sus medios literarios.

LA POLITICO-MANIA.

«Traten otros del gobierno
del mundo y sus monarquías,
mientras gobiernan mis dias
mantequillas y pan tierno,
y las mañanas de invierno
naranjada y aguardiente;
y ríase la gente.

Góngora.

Pero señor, ¿todo ha de ser gravedad? ¿Todo ha de ser proclamas y discursos y notas y discusiones y cálculos y proyectos? ¿Y no habrá de sufrirse que yo, menguado de mí, que no conozco al filósofo Ginebrino mas que de oidas en un sermon, ni al presidente de Burdeos mas que de vista en la comedia de la *Llave falsa,* intente colocar mis pobres razonamientos aunque sea al abrigo del cañon de la ciudadela de Amberes? ¿O habré de estar siempre sujeto á que mis discursos salten á cada paso de la prensa, para ceder su lugar á cualquiera disertacion política que impolíticamente venga á tomarme la delantera?

—Sí señor; preciso será que vd. lo sufra; no faltaba mas, sino que ahora que el aspecto guerrero de la Europa ofrece al discurso tantas combinaciones; ahora que los periódicos (crónicas mas ó menos parciales del tiempo presente), deben esforzarse para tenernos al tanto de lo que ocurre desde Cadiz al Japon, nos viniese vd. con tres ó cuatro columnas de observaciones crítico-filosóficas sobre nuestros usos y costumbres. Eso, amigo, desengáñese vd., era muy bueno allá en los tiempos de antaño, cuando los epígramas de la Crónica ó los versos de Rabadan formaban acontecimientos importantes; pero ahora es otra cosa, y no hay ya lector, por festivo que sea, que quede satisfecho si no se desayuna cada mañana con media docena de protocolos de la conferencia de Lóndres.

—Sin embargo, señor don Zoilo, pareciame á mí que esto de la política no es, ó á lo menos no debia ser, para todas las cabezas; asi como ciertos alimentos no son digeribles por todos los estómagos; y por otro lado estaba persuadido de que el *utile dulci* del poeta latino y el *per troppo variare* del toscano, emblemas ambos tan manoseados de los autores, se dirian con algun motivo. Creia yo ¡qué no cree la ignorancia! que las altas cuestiones de la política eran tan dificiles de comprender como de tratar, y que solo una disposicion natural y un estudio profundo podrian conducir tal vez al descubrimiento de sus arcanos.

—Pues, señor mio, debe vd. convencerse de lo contrario, y si no, escuche vd. las conversaciones de hombres y mugeres, de viejos y niños, de grandes y pequeños; escuche vd sus reflexiones, sus discusiones y sus conclusiones; y por resultado de ellas adquirirá el convencimiento de que la política es una ciencia que se da espontáneamente en nuestras cabezas, sin mas preparativos ni se-

menteras; y que el gusto dominante del siglo, desarrollando en nosotros aquella natural facultad, hace de cada uno un improvisador de leyes capaz de disputar con el mismo Solon Ateniense.

—Así será bien que lo crea, pues que el inapelable dictámen de vd. me lo afirma; sin embargo (y sin que sea visto contradecir en un punto su opinion), ¿me permitirá usted que le entretenga con un v. gr., que, ó yo soy un bolo, ó viene aquí de molde?—¿Si?—Pues oígale usted.

Yo tenia un tio llamado don Gaspar, el cual tio era natural de Navarra, y siéndolo, podrá vd. venir en conocimiento de que era navarro; quiero decir, un navarro verdadero; honrado y testarudo, generoso y determinado. Los estudios de este buen señor se habian limitado á las primeras letras, y algo de contar; con lo cual y su buena suerte, tuvo la fortuna de hacer prosperar su comercio, primeramente en su provincia, y despues en la córte, donde fijó al fin su residencia. Casado en ella y con una posteridad correspondiente, habia llegado en paz á la cuarta decena de su vida, pronosticando seguir el resto del mismo modo; pero la revolucion de 1808 vino á alterar su tranquilidad, mudando completamente su carácter.

Enemigo irreconciliable del invasor de España, y declarado desde luego acérrimo partidario de aquel «*no importa*» que por tantas veces ha hecho triunfar á nuestra patria de sus enemigos, no hubo en él un instante de incertidumbre, tanto sobre la verdad de su opinion como sobre el indispensable triunfo de ella. Guiado por sus propias ideas convirtió su casa en un receptáculo general de todos los noticieros de Madrid, los cuales, reunidos dia y noche, se complacian en tejer fábulas análogas á sus esperanzas, que á pocos instantes de concebidas pasaban por axiomas á los ojos de los mismos que las habian formado.

Y era lo mas gracioso de esta escena el oirlos glosar los papeles y boletines franceses, siempre por el lado favorable: vr. gr. decian aquellos:—«*En la batalla de tal perecieron quinientos franceses*;—al instante no faltaba uno que replicaba «*Algunos mas serán*;»—Continuaba el boletin diciendo:—«y *diez mil de los españoles*;—y todos prorumplan esclamando:—«¡*Ya se vé, ellos qué han de decir*!—Asegurábase que tal plaza habia sido ocupada por los enemigos.—«Imposible»—Hombre, que lo dicen las cartas.—«Se equivocan las cartas.»—Que lo dan de oficio los periódicos.—«Mienten los periódicos.»—Pero al fin las semanas y los meses pasaban; la noticia se confirmaba; y entonces mi tio solia decir con aire misterioso y satisfecho:—«No tengan vds. cuidado, eso es un ardid del Lord; »tanto mejor, dejarlos que se internen.»—Y estando en esto solia entrar algun otro, á quien dirigiéndole el saludo ordinario de—«¿Qué hay de nuevo?»—no dejaba nunca de responder:—«Hombre, yo no sé; dicen que se van; dicen que vienen los nuestros;»—con lo cual las esperanzas de toda la reunion se fortificaban, y mi tio con el mapa delante solia lucir entonces sus conocimientos geográficos y estratégicos, haciendo maniobrar la caballería en la cumbre del Moncayo, ó acampar la artillería en medio en medio del Guadalquivir.

Pero en fin, aquella época pasó, y mi tio vió realizadas sus esperanzas, sino por un efecto de sus planes y combinaciones, por resultado del heroismo de la nacion entera. Parecia, pues, natural, que restituida la calma, y restablecida en Europa la paz general, tornaria mi don Gaspar á su tranquilidad primitiva, y haria prosperar su comercio con el mismo interés que en otros tiempos. Pues nada menos que eso; el demonio de la política (que debe ser un personage principal entre los demás espíritus infernales),

se habia agarrado tan bien de él, que ni aun la voluntad le dejó de escaparse de sus uñas; antes bien atormentándole con sus contínuas inspiraciones, le hacia correr aquí y allí buscando alimento con que satisfacerlas. Desde aquel punto y hora no hubo lugar público ni secreto de la capital que no fuese testigo de sus eternas disputas, ni bóveda que no resonase con su agudo chillido provincial.

Levantábase al amanecer, y su primera operacion era rodearse de todos los periódicos nacionales y estrangeros que podia procurarse; los primeros los leia sin entenderlos, y los segundos los entendia sin saberlos leer; quiero decir, que como ignoraba otras lenguas que la suya, solo podia adivinar aquellas palabras que presentaban alguna analogía, con lo cual, y con los nombres propios de los generales y de las plazas, hacia él su composicion de lugar para formar luego su opinion; y solíale acontecer á veces tomar el nombre del comandante de un sitio por el de la ciudadela, ó hacer maniobrar á un rio creyéndole general de division.

Pero luego que bien penetrado de estos antecedentes se creia en estado de poder fijar todas las cuestiones, salia á la calle, y sin mas rodeos se dirigia á la Puerta del Sol, donde siempre tenia dos ó tres tiendas en que ya se le esperaba con gran ansiedad, para oir de su boca los proyectos ulteriores del ruso, ó los secretos recónditos del inglés. Allí era el oirle disertar y argüir con sus contrincantes, haciendo trizas el mapa con mas garbo que un sastre opera en una pieza de tela; allí el verle saltar montañas, adjudicar rios, firmar tratados, pasar notas, espedir correos, reunir congresos, publicar manifiestos, y manejar, en fin, la política universal desde una tienda de sombrerero, teniendo por oyentes á un prestamista sobre alhajas, á un

corista de la ópera, dos mozos de cuerda y tres aprendices de almacen.

Luego pasaba á los cafés, y allí rodeado de oficiales á medio sueldo, y de paisanos sin sueldo ninguno, ocupaba su conocido lugar, y su primera operacion era pedir la Gaceta para volverla á repasar; despues, tomando por base cualquiera de sus párrafos, empezaba la discusion, unos en pro y otros en contra, asegurando todos que los motivos en que fundaban su opinion los sabian *de muy buena tinta*, citando autoridades tales, que cualquiera hubiera creido que habian cenado la noche anterior con el rey de Francia ó con el emperador de Rusia; hasta que cansados de estragos y mortandades, se separaban en distintas direcciones, encaminándose unos al patio del correo á ver si era cierta la salida del estraordinario; otros al gabinete de lectura á cielo raso de la calle de la Paz; cuál á las tiendas de la calle de la Montera; cuál, en fin (y este era mi tio), á la escalera de Palacio, á ver subir y bajar los magnates, y augurar por las arrugas perpendiculares ó trasversales de sus semblantes lo que pasaba en lo interior del gabinete.

Verificadas todas aquellas correrías, se retiraba á comer á su casa; y ni la tierna solicitud de su esposa, ni las gracias amables de sus hijos, le conseguian sacar de aquella abnegacion, de aquella cavilosidad que constituian ya su estado favorito. Tal vez, sin embargo, entraba en su casa abatido y lánguido; su familia sobresaltada le preguntaba la causa de su tristeza: y no le dejaba hasta que habia declarado que la motivaba el rompimiento de la guerra entre la Rusia y la Persia. Otras veces volvia lleno de alegría, y averiguada la causa, sabíamos que era nada menos que la mudanza del ministerio dinamarqués.

Por la tarde salia rodeado de dos ó tres amigos de su

mismo carácter, y paseaban por sitios estraviados y solitarios, parándose á cada momento y disputando á voces sobre la navegacion del Escalda, ó sobre las fronteras de Hungría. De allí venian á nuestro pais, y hacian caer á su antojo todos los magnates, sustituyéndolos inmediatamente por otros; luego decian en confianza los proyectos de decretos de todo el año corriente; y toda esta máquina continuaba despues en el café, sazonada con un bol de ponche, ó en la tertulia entre jugada y jugada del ajedrez.

No hay que decir que los negocios particulares de mi tio decayeron á medida que se habia ido ocupando de los negocios públicos; siendo tanto mas chocante, cuanto que á pesar de que su muger, en vista de su debilidad, quiso sacar partido de ella escitándole á pretender algun empleo, él nunca vino en ello, porque decia que no queria sujetar su opinion ni depender de ninguna influencia. Mas por depronto, aquello que él llamaba independencia y franqueza, le valió tres ó cuatro delaciones, en virtud de las cuales tuvo que saltar de un punto á otro, sin que en ninguna parte dejase de perseguirle su inconcebible manía. Por último, agotadas sus fuerzas morales y físicas con tanto discurrir y tanto sufrimiento, adquirió una enfermedad cerebral que dió con él en el Nuncio de Toledo, adonde se entretuvo hasta su muerte en componer un periódico para uso de los demás locos, que si he de decir verdad, podia pasar por cuerdo al lado de algunos que alcanzamos á ver hoy.

Quedé, pues, por tutor de sus hijos menores, y haciendo el inventario de los bienes, encontré una larga relacion de acreedores, y un sistema completo de amortizacion de la deuda pública: dos ó tres papeles sobre la paz interior, y un pleito de divorcio con su muger: tres ó cuatro libros de filosofía, y una pistola, que, segun él repetia,

era para cuando se hubiese cansado de vivir; un tratado general de educacion pública, y cuatro muchachos que no sabian leer; un...

—Basta, basta, interrumpió vivamente don Zoilo, con el rostro encendido y la voz trémula; basta que vd. me haya bosquejado las principales escenas de mi vida; no se complazca vd. en presentarme las que sucederán despues de mi muerte.

—Yo, amigo, no intenté...

—Conozco la sana intencion de vd ; estoy convencido de que de ninguna manera fué la de retratarme; pero ¡ay, amigo mio! me ha presentado vd. un espejo y me he mirado en él: ¿quiére vd. mas?

—Pues si ello es asi, debo felicitarme por la conmocion que vd. manifiesta, y que no dejará de producir su resultado.

—Si amigo, desde este momento veo que mis ideas toman otro giro, y si bien no renuncio al interés que todo ser bien organizado debe sentir por la felicidad de su pais y del mundo entero, trataré de apartarme de cuestiones agenas á mi obligacion y á mi capacidad, procurando aplicar los buenos principios al gobierno de mi familia, y contribuyendo de este modo al órden y la felicidad pública.

—Entonces no pude contenerme, y abrazándole arrebatado esclamé: ¡Ay, amigo mio, si todos me entendieran como vd.!

(Diciembre de 1832.)

Nota

La série de estos artículos de costumbres, comprendida desde el primero hasta el del *Campo Santo* inclusive, fué publicada en la única revista literaria de la época (1832) y titulada *Cartas Españolas*. La grave enfermedad del rey Fernando VII en setiembre de

aquel año, y la caida del ministerio de los diez años, la amnistia y la gobernacion temporal de S. M. la reina, inauguraron en España la nueva era política que tomando despues tan rápidas y diversas faces cambió completamente los hábitos y condiciones de nuestra sociedad. En esta época de agitacion febril y de bruscas transiciones en las costumbres y usos populares, le tocaba describir estos y procurar corregir aquellas al festivo y poco profundo autor de estos cuadros; y no sabiendo ó no queriendo matizarlos con los colores fuertes de la época, y ni aun darlos á luz en periódicos que tenian ya el carácter de publicaciones políticas y de partido se dispuso á suspender su agradable tarea, así que en 1.º de diciembre de dicho año 32, se convirtieron en *Revista Española* las antiguas é inofensivas Cartas, renunciando espontáneamente no solo á la mayor publicidad de sus escritos, sino al interés material que de ellos podia prometerse.—Este sistema ha seguido el autor con tan rara constancia, que no ha querido jamás pertenecer á ninguna redaccion política, prefiriendo publicar sus escritos en periódicos como el *Diario de Madrid*, el *Semanario Pintoresco* ú otros así completamente estraños á las circunstancias.—Sin embargo, no pudo separarse de la *Revista* tan pronto como deseaba y aunque limitándose á esta seccion literaria, consiguió en ella algunos artículos que son los que van comprendidos desde el de *Pretender por alto*, hasta el de la *Casa de Cervantes* inclusive, publicado en abril de 1833; y ya en ellos se nota alguna mayor libertad en sus tendencias, aunque procurando huir de las agitadoras de la época. Pálido es, sin duda, por ejemplo, el argumento del titulado la *Político-manía*; pero á vueltas de su palidez se descubre ya en él la fisonomía que tomaban las costumbres, á par que la meticulosidad del autor, y su disgusto por hallarse en las columnas de una publicacion política, «*al abrigo del cañon de la ciudadela de Amberes, ó entre media docena de protocolos de la conferencia de Lóndres,*» sucesos ambos que por entonces llamaban la atencion de la Europa política, y llenaban por consecuencia las páginas de los periódicos. Por lo demas ¡qué diverso aspecto ofrecia aun una sociedad donde este vicio naciente podia combatirse con paños templados y suaves emolientes como el presente artículo, y quién le habia de decir al autor que en el trascurso de pocos años habia de cambiar aquella hasta el punto de producer la incisiva sátira de *Figaro*, la penca de *Fr. Gerundio*, los dardos del *Jorobado*, del *Mundo* y la *Postdata*, y los rayos y centellas del *Guirigay* y del *Huracan*!

EL AGUINALDO.

«Omnia tempus habent, et habet sua tempora tempus.»

TRADUCCION SUELTA.

«Cada cosa en su tiempo, y los nabos en Adviento.»

El erudito Mr. de Jouy consagró un capítulo de su preciosa obra de *El Ermitaño de la Calle de Antin* á describir la costumbre de los *estrenos* (*etrennes*) ó regalos de año nuevo que tan en boga está en Francia y en otros paises; y razonando sobre ello con su profunda erudicion, pretende probar que aquel uso viene de Tacio, rey de los sabinos, á quien en un dia de año nuevo se habia hecho el presente de algunos ramos consagrados á Strinuo, diosa de la fuerza, lo que parece que aquel señor hubo de tomar á buen agüero. Por qué tanto aquel año fué para él dichoso, y en justo agradecimiento autorizó la usanza de los dichos regalos en lo sucesivo llamándolos *strenœ*, de lo cual positivamente viene la voz francesa *etrennes*, y la

castellana *estrenos*; que han usado en igual sentido nuestros autores.

Pero esta voz ha perdido entre nosotros su uso casi del todo, sin duda porque la costumbre á que se referia ha caducado tambien; pues si bien es cierto que aun se conservan algunos regalos de principio de año, á consecuencia de la burlesca ceremonia, aun bastante generalizada en las tertulias, de sacar á la suerte en la víspera de año nuevo parejas de hombre y muger, sin embargo, puede considerarse como descreditada semejante costumbre (especialmente en Madrid, donde hablamos), si bien en su lugar tenemos otra ocasion de lucir nuestra generosidad pocos dias antes, en las dádivas llamadas de *aguinaldo* con que solemos endulzar la memoria del nacimiento de nuestro Redentor.

Que sea uno mismo nuestro *aguinaldo* que *les etrennes* franceses, lo asegura por mí un autor acreditado cuando dice:—*Y por ser á cuatro dias de mi llegada dia de año nuevo, cobré mi aguinaldo de los señores de aquella córte.*—Mas si la costumbre es la misma, la palabra tiene distinto orígen. Tal lo siente el famoso Cobarrubias, cuando la hace venir de la voz arábiga *guineldun*, que significa regalar, ó de la palabra griega *gininaldo*, que vale tanto como regalar en el dia de natalicio. Mas sea de ello lo que quiera, es lo cierto que con la voz *aguinaldo* (ó *aguilando*, como dicen en algunas provincias) designamos generalmente todos los presentes que se hacen desde la víspera de Natividad hasta la Epifanía, y que esta es costumbre bastante general para haberla de pasar por alto.

Ahora bien, ¿cómo se verifica esta costumbre? ¿Consiste acaso como en Francia (segun nos la describe el ya dicho Ermitaño) en un cambio mútuo de todo lo que la perfeccion de las fábricas, el genio de los artistas ó el buen

gusto de los literatos ostentan á porfia en ocasion semejante? ¿Invéntanse para ello nuevas telas, alhajas y muebles primorosos, libros llenos de ingenio y agudeza? ¿Pónense en movimiento grandes capitales destinados á vivificar las artes y el comercio, ó á hacer florecer la literatura y las ciencias? ¿Amenízase el todo con sales epigramáticas, composiciones sublimes ó cartas llenas de ternura y sensibilidad? Vamos á verlo.

En el año de 1824 tenia yo en mi casa un alojado francés, oficial de la guardia real, el cual por razon de cierta herencia habida de una tia suya casada en Alicante, permaneció en España mas tiempo que el ejército, lo bastante para poner en claro la testamentaría (cosa que no era tan fácil como parece), y con este motivo, y siendo además de un natural amable y amigo de la sociedad, hizo relacion con muchas personas de todas clases que le recibian en su casa con la mayor complacencia. Las aventuras particulares de este francés son cosa de que mas de una vez he querido hacer partícipes á mis lectores, y que servirian ahora de clave para entender mejor este discurso; pero como de esas cosas me faltan que decir y hallarán su colocacion cuando menos se piense. Mas contrayéndome por ahora al objeto del dia, solo diré qne acercándose el fin de aquel año, y deseando mi parisien corresponder con aquellas personas á quien debia obligaciones ó amistad, de un modo relativo á su clase y circunstancias, consultó conmigo sobre *les etrennes* que deberia regalar; y como él desconfiaba de saber hacer por sí las compras, vino á proponerme sus intenciones, á saber.

En primer lugar á cierto personage á quien él debia singular proteccion y benevolencia, le destinaba una primorosa coleccion de clásicos de la literatura francesa; á una señora cuya influencia le habia servido de notable reco-

mendacion, le ofrecia un precioso artificio de pájaros disecados sobre flores y frutas trabajadas en cera; á su abogado defensor, dedicábale una caja de ébano que contenia los códigos franceses é ingleses; al agente de sus negocios, le brindaba un semanero con registro de *agenda* para todos los dias del año; á la esposa del escribano, media docena de cuadros copias de Vernet, con sendos marcos de relumbron; y por último, á la causa de su tormento, un primoroso libro encuadernado en mosáico que contenia las poesías mas sentimentales de Lamartine.

No pude dejar de sonreirme al escuchar tales propuestas; mas sin replicarle una palabra parecí conformarme con su idea y me encargué de la compra.

Por supuesto pueden venir en conocimiento mis lectores de que en vez de dirigirme á fábricas y librerías, hice rumbo hácia los portales de la plaza y calle Mayor, tocando empero al paso en ciertas tiendas de ultramarinos adonde sabia poder encontrar lo necesario para mi objeto. Y verificados que fueron mis ajustes, torné á mi casa, donde ya me esperaba el oficial con seis ó siete cartas redactadas en el ínterin, cuales en prosa á la Chateaubriand, cuales en verso á la Victor-Hugo; y todas alusivas á los diferentes objetos que remitia. V. gr., empezaba la del personage;—«La voz de la sabiduría busca los oidos del sábio; permitid, señor, á los autores clásicos de nuestra literatura que vayan á acogerse bajo la superior inteligencia de usted»—Y en esto entraban ya por la sala tres mozos cargados con seis barriles de *Peralta*, *Pedro Gimenez*, *Manzanilla* y otros diferentes autores.

Seguia la de la dama diciendo:

Símbolo de ternura y de amistad,
ellos, señora, al dirigirse á tí,

de un corazon sensible á tu bondad,
la gratitud espresarán por mí.

Y á este tiempo ocuparon la sala media docena de pavos y otra media de capones, cantando un *tutti* parecido al final de un primer acto.

Empezaba la del abogado diciendo: «La ley de todas las naciones...» y sin dejarle proseguir le presenté un precioso bolsillo que contenia una cincuentena de escudos. —Proseguia la del agente: «Trescientos sesenta y cinco dias bien empleados,» y á este tiempo hice sacar de las alforjas del conductor treinta docenas de chorizos; pero este me hizo ver que me habia equivocado en la cuenta, pues faltaban cinco piezas para todo el año.—Venia despues la carta para la muger del escribano, y lo mismo fué ver que hablaba en ella de cuadros, que al instante hice salir una coleccion de ellos capaz de guarnecer la mas ámplia despensa.—Por último, al prorumpir con la carta de la querida en la mano:—«¡Qué podré yo dedicar á la Vírgen de mis primeros amores que reuna en mas alto punto la sensibilidad y el gusto mas delicado?»—«Una caja de mazapan de Toledo» esclamé yo con entusiasmo, poniéndola sobre la mesa.

Hasta aquí pudo llegar el sufrimiento de mi buen francés, el cual, saltando en medio de la sala y con voz estentórea, apoyada por el bajo continuo de los pavos, esclamó: —¿Cómo? ¿qué es esto? ¿vd. pretende ponerme en ridículo?—Nada menos que eso, amigo mio, le contesté yo con gran calma; antes bien trato de evitárselo á vd., además que yo creo haber cumplido con sus intenciones. Usted me encargó una coleccion de autores clásicos ¿y no lo son *Pedro Jimenez* y consortes?—Unas aves disecadas ¿pues qué les falta á esas para serlo?—Un código de leyes; yo

le ofrezco un bolsillo lleno.—Un semanero; ¿y cuál mas á propósito que una cuelga de chorizos?—Una coleccion de cuadros; ¿y no lo son tambien los del tocino? —Una obra de ingenio; pues bien, segun mi dictámen pienso que lo es una caja de mazapan.

Pero dejando á un lado las chanzas, amigo mio, ¿parécele á vd. que estamos aquí en París? ¿ó piensa que en circunstancias semejantes nos pagamos por acá de libros y de monadas? No, sino eche vd. un pedazo en el puchero y verá qué caldo sale. Nada de eso, no señor; todas esas son ideas románticas que aquí no pegan, porque nosotros (á Dios gracias) estamos por el género clásico. Esas obras y artefactos son muy santos y muy buenos, si señor; pero no podrian sacar á un hombre del apuro del dia, y así serian agradecidos los regalos como por los cerros de Ubeda. Y si no, véngase un par de horas por esas calles de Dios y verá como todos piensan de este modo; recorra vd. esas confiterías, y observarálas preñadas de obeliscos y templetes (pruebas felices de nuestra arquitectura); verá en las diversas piezas de dulces y mazapanes la imitacion de la naturaleza tan recomendada de los artistas; desengáñese vd., estos y no otros cuadros son los que necesitamos en nuestras galerías; ¡Estátuas! ¡pinturas! ¡producciones raras de los tres reinos!... ¡bravo! Asómese vd. á ese balcon y verálas cruzar en todos sentidos; pero solo del reino animal y algunas pocas del vegetal para la colacion de Nochebuena: en cuanto á piedras ¡fuego! cómaselas quien las quiera ... Mire vd., mire vd. todos esos mozos qué cargados van; pues todo lo que llevan es producto de nuestras fábricas; vea vd.; chocolate... longanizas... confitura... turron... ¡y luego dirán que no hay industria en España! Pero acabemos de una vez; venga vd. conmigo y observe lo que sea digno de observar.—Y no hubo

mas sino que agarrándole del brazo dí con él en medio de la plaza Mayor.

Pasmado se hallaba e' bravo oficial al considerar toda aquella provision de víveres capaz de asegurar á la poblacion de Pekin, y bien que acostumbrado al redoble del parche ó al estampido del cañon, todavía se le hacia insoportable el espantoso clamoreo de los vendedores y vendedoras de dulces y frutas; el pestífero olor de los besugos *vivitos de hoy*; el zumbido de los instrumentos rústicos, zambombas y panderos, chicharras y tambores, rabeles y castañuelas; el monosílabo canto de los pavos y las escalas de las gallinas, que atados y confundidos en manojos cabeza abajo, pendian de los fuertes hombros de gallegos y asturianos; el rechinar de las carretas que entraban por el arco de Toledo henchidas de cajones que en enormes rótulos denunciaban á la opinion pública los dichosos á quien iban dirigidos; la no interrumpida cadena de aldeanos y aldeanas, montados en sus pollinos, que se encaminaban á las casas de sus conocidos de la córte, á pasar las pascuas á mesa y mantel, en justa retribucion de una cantarillo de arrope ó una cestita de bollos que les traian de su lugar; el eterno gruñir de los muchachos, cuál porque un mal intencionado le habia picado el rabel, cuál porque un asesino le habia llevado de un embion entrambas piernas del pastor del arcabuz, ó de la charrita de Belen; y en fin, el animado canto de los ciegos que entonaban sus villancicos delante de las tiendas de beber.

—¿Cómo (esclamaba el estrangero) y es esta la nacion sobria y taciturna?—Eslo sin duda, pero *dulce est disipere in loco*, y algun dia en el año habiamos de hacer traicion á nuestro *inevitable* puchero y nuestra eterna prosopopeya.—¿Mas cómo puede llegar á consumirse toda es-

ta provision que parece destinada á sostener un sitio de cuatro meses?—Yo le diré á vd., dedicándose todos á la gastronomía durante las vacaciones; reproduciéndose casi todos los dias los convites de familia; poniéndose unos á otros en contribucion de aguinaldo para sostenerlos; aumentándose notablemente la poblacion de Madrid con el refuerzo de los lugares circunvecinos, y dando rienda suelta para comer y cenar á soldados y muchachos.

¿Y en tales momentos pretende vd. que se aprecien los obsequios que vd. preparaba? No, amigo mio; sea usted romano en Roma; espida desde este central depósito aves y turrones; omita el acompañarlos con elegantes misivas; que si ellos fueren de ley, ellos hablarán por usted, y si son malos, todas las epístolas de Ciceron no bastarán á hacerlos buenos. Recorra despues las casas de los obsequiados y verá que toda la alegría del licor malagueño se ha trasladado á los semblantes, y toda la dulzura del mazapan se ha comunicado á los labios.

(Diciembre de 1832.)

LAS TRES TERTULIAS.

«Con estas cosas que digo
y lo que paso en silencio,
á mis soledades voy,
de mis soledades vengo.»

Lope de Vega.

Yo no sé si fué el temor de la niebla que cubria nuestro horizonte, ó de la mas espesa aun que la etiqueta y el fastidio estienden sobre nuestras sociedades cortesanas, lo que me determinó noches pasadas á subir á visitar á mi vecino *don Plácido Cascabelillo*, de quien ya tienen conocimiento mis lectores. Y como para ello no tenia que aguardar á que diesen las once, ni que ocuparme durante dos horas en el pulimento y adorno de mi persona, no hubo mas, sino que á cosa de las siete, y segun y como me encontraba vestido, pillé la escalera y me presenté en casa del vecino.

No fuí, sin embargo, el primero, pues ya se hallaban sentados en agradable círculo en derredor del brasero,

casi todos los individuos que componian la tertulia, de los cuales fuí recibido con grandes muestras de contento, haciéndome el amo de la casa los honores de recien venido, escarbando la lumbre, en tanto que los demás estrechaban su formacion para darme asiento dentro de la rueda.

No se puede negar que un brasero defendido por diez ó doce personas, todas alegres, todas amables y sin grandes pretensiones, es una de las cosas que inspiran mayor confianza, y dan rienda suelta al natural ingenio para desenvolverse sin aquellas trabas que la afectacion, el orgullo y el falsamente llamado *buen tono* suelen imponerle. Todas las palabras (escepto algunas justamente proscritas en la sociedad) son allí buenas para espresar los conceptos; los chistes familiares, los modismos del lenguaje esmaltan á cada paso la conversacion, prestándola un carácter nacional, y sin el desdichado sabor de estrangerismo de que adolece en el gran mundo. En una sociedad de esta clase, los melindres desaparecen, las exageradas obligaciones de la moda tienen un aspecto ridículo, los sentimientos naturales se manifiestan sencillamente, y el amor, la alegría, la amistad, se manifiestan con franqueza, sin temor de la censura ni del sarcasmo.

Tal era el cuadro que presentaba la reducida tertulia de mi vecino; ni allí una dama se sentia *vaporosa,* ni un caballero se permitia *secarse*; ni para designar aquella reunion se la llamaba *soirée,* ni *circulo*; ni á la sala *saion*; ni nadie se avergonzaba de hablar español, ni de no conocer á París mas que en el mapa; ni de dejar su sombrero á la entrada, ni de tomar la mantilla á la salida; todo era franqueza y alegría; y como la coquetería y la envidia no habian podido aun penetrar en aquel modesto recinto, los amantes se consideraban felices, y el es-

pectáculo de sus sencillos amores divertia á los demás.

Una hora habia ya que yo permanecia en aquella agradable escena, cuando acertó á entrar *doña Dorotea Ventosa*, viuda jóven de cincuenta años (cumplidos en 1825) señora de gran tono y de numerosos adoradores, que suspiran por los bellos ojos de su bolsillo; señora cuyo crédito se estiende desde el salon del Prado hasta la misma puerta de la Vega; y señora, en fin, muy de mi conocimiento y cuya historia sabrá el lector algun dia.

Entró con aquel aparato con que una *prima donna* suele presentarse á cantar su aria despues del coro que la precede; toda la sociedad se dispuso en alas para recibirla; y la recien llegada, prévia la ceremonia de dejar su capa y su pelliza; y de arreglar su schal y su sombrero, se adelantó á recibir aquellos homenages, dispensando á la media rueda de señoras sendos besos en las megillas, y dedicando á los caballeros una afectada cortesía y sonrisa.

Instalada aquella nueva interlocutora, tomó de derecho la palabra, y nos habló de los sucesos del gran mundo (que eran para ella el salon del Prado, la ópera italiana y dos ó tres casas de juego); y cuando ya creyó que habia escitado la admiracion y la envidia general, propuso una partida hasta las diez, hora en que tenia que marchar á otras tertulias. Inmediatamente don Plácido hizo poner la mesa en el gabinete y principiaron un tresillo á cuarto el tanto; no sin oposicion de doña Dorotea. que jugaba con guantes por no ensuciarse los dedos.

Mas el gérmen de discordia que la viuda habia arrojado en nuestra plácida reunion, no se separó con ella, antes bien manifestándose en voz baja, empezaron unos á censurar su afectacion y vanidad; otros á reir de sus flores y diges; cuál á contar anécdotas picantes de las so-

ciedades á que ella dijo concurrir; cuál, en fin, á manifestar desden por ellas. Por último, nuestra inocente conversacion se convirtió en amarga sátira, y esto empezó á desagradarme, tanto mas, cuanto que públicamente acababa de aceptar la propuesta de doña Dorotea de presentarme aquella noche en casa de la baronesa de... por lo cual no dejaron de darme broma.

Aquella nube desapareció sin embargo muy luego, y la calma volvió á restablecerse, con lo cual, y con unos cuantos juegos de prendas, (cuyo único interés consistia en decirse secretos al oido) tornó á renacer la alegría y el contento en todos los corazones.

Mas para que se vea que no hay dicha en este bajo mundo sin su poco de azar, por qué tanto una de las viejas hubo de tener la mala tentacion de invitar á cierto don Calisto (de menguada memoria) á que luciese un poco sus habilidades en la guitarra; y hé aquí á toda la sociedad pendiente de aquellas mal templadas cuerdas y peor dirigidos dedos, y aguzando los oidos para no perder un punto de aquella maravilla.

El nuevo *Sor* ocupó media hora larga en retocar clavijas, probar bordones y saltar primas, de las cuales por dicha fué á parar una á los ojos de la vieja su apasionada, entre la mal reprimida risa de todos los circunstantes; despues nos obsequió con tres escalas en *sol* y una en *fa*, cuatro arpegios y tres ejercicios de mano izquierda; hasta que colocándose bien en la silla y marcando con el pié los compases, improvisó un wals del *Barbero de Sevilla*, otro conocido por *el de las Fraguas* en la Pata de Cabra, y un rondó obligado (música del célebre maestro *Paquete*) capaz de arrancar lágrimas de desesperacion; pero subió de todo punto nuestro entusiasmo cuando despues de otro repique general de clavijas, y de

dos ó tres hondas toses, entregó su voz al viento con unas *seguidillas* intermediadas de *matraca,* y luego pasando al estilo patético en las dos canciones de *Horror me da el dia* y *La sombra de la noche,* acabó de arrancar largos y pronunciados aplausos de manos y pies.

Sin embargo, yo satisfecho de tan buen ratito, me escurrí sin ser notado á mi cuarto para vestirme convenientemente, á fin de acompañar á doña Dorotea; hícelo asi, y como luego me manifestase esta que era muy temprano para ir á casa de la baronesa, y que antes debíamos tocar en cierta tertulia donde no faltaria campo á mis observaciones, nos despedimos de aquella amable reunion, y tomando el coche de doña Dorotea nos dirigimos á la otra sociedad.

Era esta en casa da un personage de alta importancia, á quien mi viuda compañera intentaba recomendar cierto pretendiente jóven, del que hablaremos en tiempo y lugar. La multitud de caballeros, escesiva respecto al número de señoras, me hubieron desde luego dado á conocer una tertulia de cálculo, así como la deferencia y respeto gradual de los concurrentes me impuso al momento de quienes eran el amo de la casa, su señora, hijos, parientes y confidentes.

El primero, sentado cerca de la chimenea, se hallaba rodeado de tres ó cuatro graves personages, los cuales aguardaban á que él hablase para sentirse exactísimamente del mismo parecer, y aun comentar sus discursos citando á cada paso algunas de las palabras del señor; si tal vez este se levantaba á recorrer la sala, todos se alineaban para abrirle paso, haciéndole una cortesía los mas viejos, los jóvenes componiéndose el cabello, las niñas regalándole una sonrisa é interrumpiendo por un momento su con-

versacion *de ordenanza* con los oficiales de la guardia, y estos ostentando un continente marcial. El buen anciano se detenia un momento en cada grupo, tomaba parte en las conversaciones, animaba á todos con su benevolencia, y todos se lisonjeaban de haber fijado esclusivamente su atencion.

Algo mas allá, la señora de la casa presidia una mesa de *ecarté*, con gran aplauso del triple círculo de mirones, que encomiaban á cada paso su destreza y generosidad. Las señoritas, en otro lado, recibian los homenages de los brillantes jóvenes, que se esmeraban en ostentar su gallardía como un título de recomendacion para inclinar á papá en favor de sus pretensiones; las amigas y amigos de la casa hablaban aparte con los presentados, los introducian en el círculo del señor ó de la señora, referian en público sus gracias, y los colocaban en posicion de lucirlas.

Con tan delicada intencion procedió doña Dorotea con su recomendado, buscando el modo de hacerle cantar una magnífica ária del *Mahometo*; luego haciéndole tocar una sinfonía de *Meyerbeer*, y despues promoviéndole sus conversaciones favoritas, para que luciese la espedicion de su lengua y el brillo de sus grandes ojos árabes, con lo cual toda la tertulia quedó prendada del mancebo; el señor se informó de sus cualidades; la señora alabó sobremanera su hermosa voz; las jóvenes felicitaron á doña Dorotea, no sin algunos asomos de malicia, y esta aseguró al galan que mas habia ganado aquella noche que en tres años de antesalas y audiencias.

Serian las doce dadas, cuando, concluida la mision de doña Dorotea, determinó que pasaramos á la otra tertulia; y con efecto, no tardamos en verificarlo. Mi presentacion se verificó en debida forma; mi introductora y yo atrave-

samos el salon, y dirigiéndonos á la señora de la casa, pronunciamos las simultáneas palabras de estilo, interpoladas con las cortesías propias del ceremonial, con cuyo brevísimo introito quedé instalado solemnemente, y pude dirigirme adonde me pareció.

La eleccion no era dudosa: guiado por aquella inclinacion natural hácia las hijas de Adan, propia y comun á todos los hijos de Eva, empecé mi reconocimiento por aquellas, dando una vuelta disimulada en derredor de la sala, y pude, con auxilio de mi doble anteojo, ponerme al corriente de las diversas fisonomías y sus fechas respectivas; luego me introduje (siempre con la misma precaucion) en los grupos de los jóvenes que formaban en el centro del salon; y de las conversaciones de los unos, y de las sonrisas y cuchicheos de las otras, formé mi cuadro general, al cual iba prestando episodios segun la casualidad me los iba ofreciendo. Pero á corto rato de recogerlos, eché de ver que todos eran idénticos, y que no habia por qué tomarse aquel trabajo.

Por ejemplo: uno de los jóvenes del grupo general flechaba su anteojo hácia donde le parecia bien, y apartándose luego de sus compañeros, se adelantaba con cierto aire de satisfaccion, ya jugando con los sellos del reloj, ya con entrambos pulgares pendientes de las bocamangas del chaleco; poníase delante de cualquiera señorita, y mirándose de paso á un espejo que solia caer perpendicular sobre el peinado de esta, la dirigia con aire distraido é indiferente cuatro palabras (no las mas puras por cierto, ni las mejor escogidas), y mientras aguardaba la respuesta, continuaba su operacion de arreglarse el cabello ó la corbata, ó bien se hacia aire con el abanico de la niña. Persuadíame yo de que esta, ofendida de aquella grosera presuncion, responderia con altivez á las altiveces del galan;

pues nada menos que eso; la mayor amabilidad; el mayor gracejo; la mas encantadora sonrisa; y si aquel, animado por ella, prorumpia en un concepto atrevido, solo se le interrumpia con un *¡qué malo es usted!....* mas pronunciado con cierta inteligencia que no movia á lástima del hablador.

Pero ya este, embriagado con el triunfo de aquella escena, se incorporaba al círculo de sus camaradas para recibir sus aplausos, ó bien se dirigía al otro estremo de la sala, y colocándose al lado de otra jóven la dirigia ¡qué falacia! las mismas espresiones que á la anterior; mas como en este mundo todo se halla compensado, mi indignacion cesaba al escuchar que aquella estaba dando las mismas respuestas á otro interlocutor que ocupó el lugar del primero. Esta regla de conveniencia general presidia en toda la tertulia, y solamente se esceptuaba de ella alguno que otro jóven, ó mas tímido ó menos petulante, que dejaba ver en su semblante las emociones del verdadero amor; pero estos eran por lo regular el objeto de los secretitos burlones ó de las risas improvisadas de las niñas; así bien como algunas de estas, menos determinadas, yacian en los rincones, sin que ninguno las dirigiese la palabra.

Todo lo observaba yo en silencio: mas como las observaciones no son agradables hasta el punto en que se comunican, no pude resistir al deseo de hacerlo; y dirigiéndome á un caballero que tenia al lado, le hice partícipe de ellas: y hablé tanto, que apenas le dejé manifestar su opinion. Despues, suponiéndole antiguo en la tertulia, le fuí preguntando los nombres de algunos y algunas de los que mas me habian llamado la atencion; pero de todos respondia no conocerlos, con lo cual quedé penetrado de que era allí tan novicio como yo; mas estando en esto, un lacayo

que vino á comunicarle una órden de la señora me dió á conocer que era nada menos que el amo de la casa.

Castigado, pues, con este suceso, me replegué al lado de doña Dorotea, la cual con su natural locuacidad me disipó ciertas dudas que me habian asaltado durante la noche Ella me hizo ver que aquello que yo llamaba atrevimiento y grosería, no eran otra cosa que aire de mundo y de gran tono; que el amor, que yo creia aun vendado, hacia ya tiempo que veia muy bien, y sabia por donde iba; ella disipó mis temores respecto á las incautas jóvenes; ella me convenció de que la ficcion sistematizada era una de las perfectibilidades sociales; que el ardor de las pasiones y la animada espresion de la alegría, eran propios de las almas comunes, y de ningun modo convenientes en las reuniones de buen tono; que para lucir en ellas solo eran necesarios una buena dósis de presuncion y el correspondiente desenfado; que hoy dia, para no parecer ridículo, es preciso serlo; que la moda habia autorizado algunas que yo llamaba descortesías, tales como dejar solas en la sala á las señoras; negarse á bailar; permanecer sentados afectando indiferencia; equivocar las contradanzas; llevar siempre una misma pareja; y otras muchas cosas, á las cuales llamaba doña Dorotea *darse tono*.

—Pues si es ello así (repliqué yo), ¿cuál es el aliciente que puede atraer á una diversion donde nadie se divierte; á un baile donde no se baila; á una sociedad donde apenas se habla; donde todo es aparente, y donde ni los genios, ni las figuras, ni la clase, ni las palabras representan su valor positivo? ¿Qué encanto, pues, es el que reune á esta sociedad?

«Ahora lo verá vd.» me dijo doña Dorotea tomándome de la mano, y llevándome á una salita inmediata. La dificultad que esperimentamos para penetrar en ella, me hizo

conocer que allí estaba la seccion central de la tertulia, y que lo que habia visto hasta allí no era sino las subalternas. Y en efecto, despues de un largo y sostenido ataque, llegué á penetrar hasta una mesa circundada por numerosos grupos de cabezas, verdadera caricatura de Boilly, en cuyas espresivas facciones reconocí toda la coleccion de mamás y de maridos, ciegamente ocupados en correr tras una sota ó un caballo, en tanto que hijas y esposas se esforzaban en la sala á salir al paso de los caballeros en un *baile ruso*, capaz de hacer sudar á las orillas del Newa, ó en una *galopada*, mas propia de un camino real que de un salon.

Todos estos antecedentes, unidos al consiguiente de ser ya las dos de la mañana, sin que nuestras desmayadas fuerzas tuviesen otra perspectiva de socorro que seis vasos de agua pura y serenada que campeaban en la antesala, empezaron á alterar mi humor, y me obligaron á invitar á doña Dorotea á que diésemos la vuelta; hicímoslo así, y por colmo de mi pesadumbre tuve la desgracia de medio reñir con ella, porque la dije que de las tres tertulias *de confianza, de respeto*, y *de gran tono* que habíamos visitado, ninguna me habia ofrecido reunidas aquella franqueza delicada, aquella finura verdadera, aquel encanto irresistible que solo se encuentra en la reunion de personas amables é instruidas, exentas á un mismo tiempo de una exagerada pretension, de un bajo interés, y de una nulidad insustancial.

(Enero de 1833.)

EL ESTRANGERO EN SU PATRIA.

«La cántara conserva largos dias el gusto y el olor del primer licor de que se llena y la primera edad decide cuasi siempre de nuestro carácter y afecciones.»

Melendez Valdes.-Disc. forenses.

Preparábame á sentarme á la mesa á la hora acostumbrada, cuando de repente un fuerte campanillazo hirió mis oidos. Abrese la puerta, y un caballero muy elegante se dirige á mi habitacion á largos pasos; y en llegando á ella, y delante de mí:

—*¿Es á Mr. de...* (me dijo) *á quien yo tengo el honor de dirigir mi palabra?*

—Fulano de tal, para servir á vd. (le contesté yo levantándome con atencion).

—*C' est egal; vos sin duda no me reconocereis; ello es posible; ¡eh bien! yo seré obligado á deciros quien yo soy.*

—A la verdad que no caigo...

—*¡Ah mon cher! ello no es dificil; los años y los via-*

ges han cambiado mucho de mi forma primera, á la manera que yo no reconozco en mi patria de hoy á mi patria de otro tiempo.

—¿Cómo! ¿vd. es español?

—*Oui desgraciadamente; bien entendido, español por nacimiento, mas no por inclinacion ni por carácter.*

—Cierto que ese aire, esos modales, ese acento y lenguaje me habian persuadido...

—*Son, señor, las nobles maneras del gran mundo que yo vengo de dejar; ¡helas! mas ello es bien cierto, pourtant, que yo soy nacido á Madrid (lo cual sea dicho entre nosotros), y que yo he tenido el honor de ser muy vuestro antes de mi partida en Francia.*

—Pues señor mio, dicho se está que si vd. no tiene la bondad de declararse, nunca vendré en conocimiento...

—*¡Oh mon Dieu! ¿est il posible? ¿ó haceis semblante de ello? ¡Parbleu! el gran amigo y camarada de mi papá, el hombre de su confianza, ¿habrá olvidado aquel hijo de quien los primeros pasos dirigió? ¿al jóven hombre que le fué redevable de tantas buenas amistades?*

—Me hace vd. dudar...

—*¡Ah! no lo dudeis, señor: es Monsieur de Reveseint. que es mi padre.*

—¿Cómo? ¿el hijo de don Melquiades Revesino?

—*A la bonne heure, yo soy ese hijo, moi.*

—¡Ah, querido amigo!

—*¡Oh mon cher!*

El público lector no tiene obligacion de acordarse ya de la familia de don Melquiades Revesino, de quien le hice tomar conocimiento con motivo de los amores y boda de la niña Jacinta y de su viage á Carabanchel (1); y como

(1) Véase el artículo de *Los aires del lugar.*

allí no lo dije, habré de decir ahora que el dicho don Melchor, además de aquella niña, cuyo amoroso drama supimos entonces, es tambien padre del jóven Camilo Revesino, á quien hacia nombrarse *Mr. de Revescint* la misma manía que al italiano *Signor Giovani Trotini*, que viajando por Francia se hacia llamar *Mr. Trotein*, en Inglaterra *Mister Trotan*, en Rusia *Trotonoff*, en Polonia *Trotinski*, en España *don Juan de Trotinos*, y en Portugal *O Senor Troutiñu*.

Pero viniendo á mi Camilo, este jóven, despues de aprender la gramática en los Escolapios, hubo de seguir el precepto de su padre, el cual, seducido con las contínuas relaciones de los viageros, llegó á persuadirse de lo conveniente que seria que su hijo, el heredero de su nombre, y á quien pronosticaba brillantes destinos, continuase su educacion en la capital de Francia, donde podria adquirir, al paso que unos conocimientos superiores, los modales y porte de gran tono; y pudiendo en él mas esta persuasion que el sentimiento de separarse de su hijo, envióle á París bien recomendado. El jóven Camilo, que contaba á la sazon doce años, fué instalado desde luego en un colegio, donde aprendió antes todas cosas á olvidar la lengua patria, trocándola por la del pais, y consiguiéndolo de tal modo, que á la vuelta de dos años pasaba por un verdadero francés, y aun él mismo llegó á persuadirse de que lo era.

Sus conocimientos, es verdad, crecian en proporcion de sus estudios; y los diversos premios adquiridos en los exámenes de historia, matemáticas, física, química, dibujo y demás, mientras permaneció en el colegio, eran para su padre otros tantos argumentos en apoyo de su resolucion. En vano algunos amigos intentaron hacerle ver lo perjudicial que podria ser á su hijo tan prolongada separacion

de su pais natal, y que pasando en el estrangero la edad mas decisiva de su vida, era muy posible que adoptase costumbres ó inclinaciones que le harian parecer luego una planta exótica en su mismo suelo; además de que no faltaban en este los medios de recibir una esmerada educacion, pudiendo despues viajar, cuando se hallara en estado de poder adoptar solo lo conveniente para mejorarla. Todo fué en vano, y el bueno de don Melquiades, seducido con la idea de tener un hijo que, segun él decia, habia de llegar á ser la envidia de todo Madrid, persistió en su obstinacion, negándose á llamarle hasta que cumpliese los veinte y cuatro años.

Llegó por fin aquella época tan suspirada de toda la familia, que tuvo la satisfaccion de recibir en su seno un mozo brillante por sus conocimientos, sus modales y su figura. Por todas partes resonaban los elogios del recien-venido; sus acciones y palabras eran repetidas por los otros jóvenes en tiendas y tertulias; sus trages formaban el objeto de los contínuos desvelos de los sastres afamados; la narracion animada de sus aventuras servia para reunir en torno suyo un círculo de admiradores y aun de envidiosos; y las mas altivas notabilidades femeninas se daban por contentas con fijar por un momento las miradas del español parisien.

No hay que decir el contento que todo esto inspiraria á los suyos; pero como todas las ilusiones duran poco, no tardaron en echar de ver que en medio de aquella felicidad aparente, nada de lo que le rodeaba era conforme á su carácter y costumbres. Por ejemplo; la distribucion de sus horas era diametralmente opuesta á la de la familia; pues él se desayunaba á medio dia, comia de noche, y no dormia hasta las dos de la mañana; su conversacion era siempre en francés; llamaba á sus padres de tú, y de vos

á los criados; bailaba al espejo aunque fuese delante de personas de gran prosopopeya; besaba á su hermana, y reñia con las amigas de esta porque no le dejaban hacer otro tanto; tocaba el violin, ó tiraba el florete los ratos que no cantaba en alta voz; y en fin, tenia toda la vivacidad propia de un francés y de un jóven de veinte y cuatro.

Por otro lado, se hablaba de comida,—«¡Oh, las fondas de *Veri* ó *Rocher de Cancale*!»—Iba el teatro,—«¡Ah, que teatros los de París!»—Se le convidaba á los toros,—«Bárbaro espectáculo»—Salia á la calle,—«¡Peste de pais!»—Volvia á su casa,—«¡Oh *mon hotel garni*!»—

—Con estas y otras cosas, con desaprobar abiertamente todo lo que se apartaba de los usos franceses, al mismo tiempo que ridiculizaba las imitaciones de ellos, llegó á hacerse de tal modo insoportable hasta en su misma casa, que todos los dias daba lugar á cuestiones; y aun en la visita que al presente me hacia, me dió á entender una que acababa de tener con su padre, con motivo de proponerle un matrimonio que repugnaba su corazon. No pude dejar de estrañarlo, conociendo bien el carácter de don Melquiades, y aunque por la misma conversacion del jóven creí penetrar la causa de su aversion, suspendí el juicio hasta averiguarla por mí mismo.

Entretanto hícele presente con franqueza, que siendo ya cerca de las cuatro de la tarde, habia retrasado una hora mi comida, y convidéle á participar de ella; no aceptó por ser demasiado temprano para él; pero se entretuvo en probarme mientras comia que á aquella hora no habia apetito (sin embargo que yo demostraba en la práctica todo lo contrario); y luego que vió salir la fuente con todo lo interior de la olla castellana, lanzó una filípica fulminante para demostrarme que aquel alimento era indigesto y mal

sano: á lo que por única respuesta le contesté que sin duda debia surtir tales efectos muy á la larga, por cuanto no me acordaba de haber padecido una indigestion. Por último, subió de todo punto su encono cuando acabada la comida, llegó á entender que era mi costumbre el dormir media horita de siesta; á esto ya no pudo sufrir mas, y saludándome con el nombre de *español incorregible*, se separó de mí, menos contento que á su llegada.

A la mañana siguiente pasé á pagarle la visita; no le hallé en casa, y encontrándome solo con el padre, le felicité por la llegada de su hijo, y por las bellas cualidades que ostentaba; pero muy luego pude conocer que su satisfaccion se hallaba mezclada con algun disgusto, como en efecto no tardó en declarármele.

—¿Tiene vd. presente, me dijo en voz lastimera cierta disputa que tuve con vd. en este mismo gabinete acerca de las ventajas de la educacion en Francia?

—Si señor, y por cierto que me acuerdo de la viva defensa que vd. sostuvo.

—¿Pues qué diria vd. si la esperiencia me inclinara hoy á sostener lo contrario?

—Es imposible: las relevantes cualidades que adornan á su hijo de vd., el aplauso que le rodea, y la satisfaccion interior que de ello debe resultar á un buen padre, son causas bastantes para afirmar á vd. en su primitiva opinion.

—¿Y qué me sirven esas cualidades y ese aplauso y qué le sirven á él tampoco, si van emponzoñados con un tédio invencible, una aversion inesplicable á todo lo que le rodea, bastante á hacerle resistir mis proyectos para su felicidad?

—Quizás esos proyectos no estén bien meditados, y acaso en ellos no haya vd. consultado el corazon de su hijo.

—¿Y qué mas puedo hacer para ello? Yo le he querido hacer obtener un buen destino en la administracion; se me ha opuesto á ello bajo el pretesto de no conocer bien las leyes de nuestro pais, y por temor de no desempeñarle cumplidamente.

—Ha dicho muy bien, y pocos á quienes se ofreciera un empleo contestarian del mismo modo. Conócese bien que no está al corriente de nuestras costumbres.

—Le he indicado despues la carrera militar; me ha respondido que como las vicisitudes del mundo pudieran acaso algun dia obligarle á dirigir sus armas contra el pais en que ha recibido su educacion, no le permite su honor obligarse bajo el juramento militar.

—En eso manifiesta su virtud y su agradecimiento.

—Le he hablado despues del comercio, que no tiene ninguno de esos inconvenientes; me ha manifestado otros que dice que suele tener entre nosotros esta profesion.

—Puede que no esté equivocado.

—Las carreras de la Iglesia ó del foro no he podido siquiera indicárselas, porque en efecto no ha hecho los estudios que á ellas conducen; mas por último, le he propuesto que viviendo tranquilamente de las rentas de nuestro mayorazgo, imitase á tantos de su clase como pasan la vida sin hacer nada; y ha rechazado con violencia mi proposicion, diciéndome que él ha nacido y ha estudiado para hacer algo.

—Y tiene mucha razon.

—Ahora bien, pasando despues al punto de su matrimonio, le he presentado á varias personas dignas de llamar su atencion; pues ninguna de ellas ha llenado sus ideas: la una carece á su vista de modales elegantes y *de buena compañía,* como él dice: la otra ignora hasta los primeros rudimentos de la geografía y la historia: otra piensa muy

en español: otra... En suma, ¿qué partido tomar con una persona para quien nada hay á propósito, y cuyos conocimientos y circunstancias no pueden aplicarse en la sociedad en que ha de vivir?

—Ello es, en fin, le interrumpí yo, que su hijo de vd. ha renunciado á su patria, y que la educacion estrangera, dando otro giro á sus inclinaciones y sus deseos, le ha sacado fuera del círculo en que nació, para colocarle en otro muy distinto del que vd. imaginaba; fácil era preveer semejante resultado, pues es bien sabido que la educacion es una segunda naturaleza, acaso mas fuerte que la primera. ¿Y quién sabe tambien si otras causas se habrán mezclado al mismo tiempo en destruir los planes de usted? Su hijo de vd. es jóven y ardiente; ¿quién nos responde de que haya podido resistir al amor?...

—«Vd. ha encontrado lo justo» (esclamó en este momento Camilo, abriendo repentinamente la puerta del gabinete); el amor.... un amor volcánico, irresistible, ha prendido en mi pecho, y si hasta ahora he podido hacer traicion á mis sentimientos, ya no me es posible ocultarlos. Dos años há que una señorita de París es el objeto de mi amor.»—

Suspensos nos dejó por largo rato tan súbita declaracion, hasta que volviendo en sí don Melquiades, intentó reprender severamente á su hijo; pero tomando yo la palabra:—No es ya tiempo, le dije, de reparar un daño de que vd. fué la causa principal; sufra vd., amigo mio, que se lo diga: vd., separando á su hijo de su pais en los años mas decisivos de su vida, ha dado lugar á que este jóven apreciable, se vea, á pesar suyo, hecho un estrangero en la patria que le dió el ser; educado en ella, hubiera sabido conocer y apreciar sin violencia las eminentes cualidades que la son peculiares, y la hubiera pagado con sus conoci-

mientos y su trabajo el tributo que todos la debemos: no anhelaria otros placeres que los nuestros, y ellos habrian bastado á su felicidad y á la de vd. Llore vd. ahora el haber renunciado á esta dicha, robando al mismo tiempo á la patria uno de sus hijos; pero no intente remediar una violencia con otra violencia, y deje seguir al suyo la determinacion á que le llama su suerte.—

Camilo al oir esto se arrojó á los pies de su padre, y le pidió su permiso para fijarse en París; y este, con la voz ahogada en lágrimas de dolor, tuvo que dar un consentimiento que ya no podia evitar.

Volvió en efecto nuestro jóven á la capital de Francia, donde contrajo matrimonio con su amada, y ha establecido su casa-comercio, que sin duda acreditará con su talento y honradez. El padre en tanto llora el error de haber él mismo arrojado de su pais su nombre y su descendencia... ¡Cuántos así!

(Enero de 1833.)

LA CAPA VIEJA

Y EL BAILE DE CANDIL.

....Del Rastro á Maravillas,
del alto de San Blas á las Bellocas,
no hay barrio, calle, casa ni zahurda
á su padron negado.

Jovellanos.—Sát.

—«¡Bravo título! ¡digno asunto! Por cierto que el señor Curioso nos promete hoy un discurso de gran tono.»

Tales ó semejantes esclamaciones zumban ya en mis oidos, proferidas por ciertos críticos de salon, de estos que afectan desdeñar todo lo que no sea sublime... ¡Pobres gentes! ¡cómo si ellos lo fueran!

—Pero señores (les respondo yo): ¿todo ha de ser primores y filigrana? ¿Ignoran que el secreto del arte consiste en oponer los contrastes de lo alto y de lo bajo, de lo pulido y de lo grosero? ¿Y por qué habré yo de renunciar á esta ventaja, si he de hacer formar idea general de las

costumbres de todas las clases?—En un mismo cuartel, en una misma calle, ¿no existen usos é inclinaciones diferentes? ¿Pues cuánto mayor no será esta diferencia tratándose de toda una capital? No hay remedio, señores mios; si han de conocer la fisonomía particular de las clases que no habitan el centro de esta villa, fuerza será que le abandonen conmigo por un momento, y que si no lo han por enojo, me sigan adonde me cumpliere llevarles.

Revolviendo la esquina de la calle de la Ruda para entrar en la plazuela del Rastro (¡taparse bien las narices, señores críticos!) íbame entreteniendo agradablemente en reconocer los diversos almacenes ambulantes, restos de veneranda antigüedad, que ya decoran armoniosamente la angosta entrada de un chiribitil, á quien llaman tienda, ya figuran airosos á campo raso, tendidos sobre un trozo de estera en medio del andito de la calle. A la vista, pues, de tantos despojos de la moda, que en otro tiempo decoraron estudios y salones, íbame llenando de aquel supersticioso respeto con que mas de un anticuario suele colocar en su gabinete tal cuarto segoviano, roñoso y carcomido, juzgándole moneda del bajo imperio; y considerando por otro lado que todos ó gran parte de aquellos objetos podrian haber sido conquistados en buena guerra, me disponia ya á dirigirles una alocucion romántica, cual si fueran espada del Cid ó escudo de Carlo-Magno.

Pero mi monólogo pasó á ser diálogo, cuando volviendo la cabeza me hallé detrás de mí al amigo *don Pascual Bailon Corredera*, á quien no habia vuelto á ver desde el lance de la hermosa Narcisa, que, si mal no me acuerdo, conté en el artículo de *Los cómicos en Cuaresma*.—Llenóme de placer este encuentro, y proseguimos juntos nuestro paseo escrutador, cuando al pasar por una vieja prendería,

paróse don Pascual como herido súbitamente, dándome lugar á un mediano susto; mas sin reparar en él, corre á la tienda; alcanza una capa vieja que pendia á la puerta; reconócela prolijamente broches y vivos, embozos y costuras, puertas y ventanas; y alzando cuanto pudo su voz.... «Ella es.... dice,» y la abraza enternecido, y la regaba con sus lágrimas.

—Pero don Pascual, ¿qué locura es esta?

—«Déjeme vd., amigo mio, déjeme vd. que pague este tributo á un mudo acusador mio; déjeme vd. recobrarle despues de largos años de separacion.»

Y diciendo y haciendo, pagó á la muger que la vendia el precio de la capa, y poniéndola debajo de la que llevaba, continuamos nuestro paseo; pero como yo insistiese en que me esplicara el misterio de aquel astroso mueble, tomó la palabra don Pascual, y me habló de esta manera.

—«Creo á vd. sabedor, amigo mio, de que en mi juventud fuí lo que se llama un calavera completo, y que la crónica escandalosa de Madrid ofrecia en aquel tiempo pocos lances en los cuales yo no figurase, haciéndome mi vanidad buscar los mas comprometidos por el solo placer de que todos se ocupasen de mí. Mientras permanecí en el círculo de la alta sociedad, tuve intrigas amorosas mas ó menos complicadas, casos de honor mas ó menos problemáticos, y de todos salí sano y salvo, como está admitido entre personas de cierta educacion. Pero el mal demonio, que no duerme, me hubo de fastidiar de aquel género de vida y de placeres, y ofreciendo un ejemplo mas á aquella regla de que los estremos se tocan, pasé por una brusca transicion desde el orgullo aristocrático á los instintos mas groseros de la plebe. Cesaron, pues, mis galas y mis

tocados; olvidéme de teatros y salones; renuncié á mis antiguas amistades, y adopté el trage y los modales de un *manolo* verdadero.

»Armado con mi calzon y chaqueta, corbata de sortija, sombrero calañés, y embozado sobre todo en mi gran capa, echéme á buscar aventuras por Lavapies y el Barquillo, con mas determinacion que el héroe manchego por el campo de Montiel. Mi generosidad, mi buen humor, y mi determinacion para todo, me hicieron desde luego célebre entre aquellos habitantes, y ya se sabia que no habia funcion en que no se contára con don *Pascualito*: y hombres y mugeres me festejaban á cual mas, con lo cual tenia yo cierta superioridad parecida á la de un cacique en una tribu de araucanos.—Contribuia en gran manera á ello mi capa azul, que aunque vieja, era muy superior á las que me rodeaban; pero como yo no queria distinciones, acerté á tratarla tan mal, que en muy pocos dias logré hacerla equivocar con todas, con lo cual me creí ya protegido del escudo de Minerva, y todo lo vencia, y nada me arredraba. Con ella frecuenté tabernas y figones, buardillas y burdeles, palomares y azoteas; y sin ella nada de esto hubiera podido hacer; tal era la confianza que este *disfraz* me inspiraba.

»Una tarde (de San Anton por cierto) salí envuelto en mi encubridora capa al paseo ó romería de *las vueltas*, como es uso y costumbre en tal dia. Ignoro si vd., como Curioso, habrá observado el espectáculo grotesco que en semejante ocasion presentan las dos calles de Hortaleza y Fuencarral, accesorias á la Iglesia del santo anacoreta; la inmensa multitud de fieles que impulsados de su devocion se acercan por la mayor parte á la puerta de la iglesia sin entrar en ella; la esposicion pública de caballos y mulas de alquiler, adornados de cintas, que guiados por inespertos

ginetes, corren al trote por el arroyo ó lodazal, y van á gustar la cebada bendita; la multitud de tiendas de panecillos del Santo para pasto de los fieles; los coches y calesas prodigiosamente henchidos de mugeres y muchachos, y el sofoco de la concurrencia, que son plácido espectáculo á la multitud de espectadores de rejas y balcones; las sales del ingenio chisperil, y demás circunstancias, en fin, que hacen aquel cuadro tan original en su clase.

»Servia yo de breve episodio en él, marchando con el sombrero hasta las cejas y el embozo á las pestañas, puesto en jarras bajo la capa entrambos brazos, y abriéndome paso con los codos á derecha é izquierda. Andaba, pues, titubeando sobre cuál de aquellas estrellas habia de tomar por norte, cuando al atravesar la boca-calle de San Marcos ví venir haciendo alarde de su desenvoltura á una manola, para cuyo retrato necesitaria yo la pluma de Cruz ó el pincel de Goya Acompañábanla otras tres mozas, que si la desmerecian en hermosura, la igualában por lo menos en desvergüenza, y á pocos pasos las seguia un grupo de majos de chaqueta y vara, á quienes ellas tiraban panecillos por cima del hombro.

»Confieso á vd. que la vista y la razon se me turbaron al contemplar aquella belleza, y sin ser dueño del primer movimiento, bajéme un poco mas el sombrero y me interpuse entre el planeta y sus satélites; pero un mediano garrotazo que sentí en el hombro derecho, me hizo volver en mí, y siguiendo el camino de dicho palo hasta encontrar el brazo que le blandia, encontré, no sin sorpresa, que estaba pegado á un mozo que yo conocia de varias aventuras anteriores. Esto fué hallarme, como quien dice, en tierra de amigos, y muy luego lo fueron todos los individuos de ambos sexos que componian aquellas guer-

rillas, merced á algunas oportunas estaciones que mi bolsillo permitió donde convino.

»La niña retozona llevaba la vanguardia, y á cada paso nos comprometia en quimeras y reconvenciones, ya insultando á los paseantes, ya espantando los caballos ó cogiendo las ruedas de las calesas, ó tirando cáscaras de naranja á los que iban en los coches. Crecia mi amor á cada una de estas barbaridades, y no perdia una ocasion de espresárselo, á lo cual ponia ella mejor cara que uno de los acompañantes, que era el galan, mientras que el marido, que tambien era de la comparsa, todo se volvia condescendencias y atencion conmigo.

»Vino la noche, y habiendo manifestado aquella honrada gente que en casa de cierta amiga habia baile, nos dimos todos por convidados, y yo el primero me dirigí con mas apresuramiento á aquel *baile de candil,* que si fuera *soirée* parisiense ó *raout* inglés.

»Pasamos desde luego á la calle de San Anton, y en una de sus casas, cuyos pisos eran dos, el de la calle y el del tejado, llamamos con estrépito, y salieron á recibirnos hasta dos docenas de personages parecidos á los que entrábamos. Por de pronto hubo aquello de negarnos la entrada, amenazas y aun palos; pero en fin, asaltamos la plaza, y griegos y troyanos, olvidando resentimientos mútuos, improvisamos unas *manchegas* que hubieran llamado la atencion de toda la vecindad, si toda la vecindad no hubiera estado ocupada en otras tales.—Siguiéronlas en ingeniosa alternativa *boleras y fandango,* intermediados con los correspondientes refrescos trasegados del almacen de enfrente; y á favor de la algazara que el mosto infundia en la concurrencia, creia yo poder formar con mi consabida pareja la conspiracion correspondiente; pero otra mas sorda, dirigida por el amostazado

galan, se formaba á mis espaldas, no sin grave peligro de ellas.

Por último, para abreviar, el baile se fué acabando, cuando una patrulla que pasaba hizo cerrar el almacen de lo tinto, á tiempo que este empezaba ya á obrar fuertemente sobre las cabezas, y ya se trataba de retirarnos, por lo cual echamos el último fandango con capa y sombrero, cuando un fuerte palo disparado por el furioso Otelo al candilon de tres mechas, que pendia colgado de una viga del techo, hízole saltar en tierra, dejándonos á buenas noches. Aquí la consternacion se hizo general; las mugeres corrian á buscar la puerta, y encontrándola atrancada daban gritos furibundos; los hombres repartian palos al aire; rodaban las sillas; estrellábanse las mesas y voces no estampadas en ningun diccionario completaban este cuadro general.

«Si licet exemplis in parvo grandibus uti
Hæc facies Trojæ cum caperetur, erat.

»Pero el blanco de la refriega éramos por desgracia el matrimonio y yo, en cuya direccion disparaban los conjurados sus alevosos golpes, hasta que un agudo grito del marido, que vino al suelo al lanzarle, dió lugar á que la puerta se abriese, y todos se precipitasen á salir, quedando solamente el ya dicho, tumbado en el suelo, sin sentido, y yo con el suficiente para ver que mi pérfida Elena, apoderándose de mi capa y envolviéndose en ella, huia alegremente con sus raptores. A mis voces y lamentos llega una ronda, reconoce al hombre que estaba á mi lado bañado en sangre.... «¡Cielos! ¡está muerto!» y yo sin mas pruebas que mi dicho, disfrazado vilmente, niego mi nombre, me turbo de vergüenza; y haciendo concebir

sospechas de mí, soy conducido á la cárcel pública.

»¡Qué noche, amigo mio! ¡qué noche de desengaños y de amargas reflexiones! Entonces maldije mi indiscrecion, me horroricé de mi envilecimiento; conocí, aunque tarde, todo lo criminal de mi conducta, y lamenté mi futuro destino. Pero la Divina Providencia quiso darme solo un fuerte aviso, pues el hombre á quien creíamos muerto, solo estaba herido, y declaró mi inocencia, con lo cual logré al cabo de algunos dias recobrar mi libertad. Mas esta leccion, impresa indeleblemente en mi memoria, me hizo renunciar para siempre á aquel género de vida, volviéndome á la sociedad á que pertenecia; y tan fuerte es aun la impresion que en mí dejó aquel suceso, que no he podido disimularlo á la vista de este cómplice de mis estravíos, que rescato hoy para eterna vergüenza mia.»

—Un trage grosero (repuse yo para aplicar la moraleja del cuento) suele inspirar ideas villanas. Vd., señor don Pascual, tiene hijos que no tardarán en ser mancebos; inspírelos vd. la misma saludable aversion que vd. ha cobrado; procure que su trage sea siempre correspondiente á su clase, para que les haga apartarse de aquellos sitios en que teman comprometerla, y sobre todo, créame usted, no les permita en ningun tiempo usar una *capa vieja*.

(Enero de 1833.)

LAS NIÑAS DEL DIA.

«Las solteras no me prenden
«porque se andan ya tan sueltas
»que ellas se mueren por todos
»¿quién se ha de morir por ellas?»

Comedia de D. F. de Leiva.—El Socorro de los mantos.

Paseábase Diógenes con una luz enmedio del dia por la plaza de Atenas, buscando un hombre. Si Diógenes hubiera vivido en Madrid, quizás habria buscado una muger. ¿La hubiera encontrado? ¿O cansado de inútiles pesquisas tornaríase mohino á su tinaja? ¡Atencion, vosotros, celibatos de veinte á cuarenta, los que á manera de nube poblais calles y salones de esta heróica capital, y sin ser Diógenes ni conocer el código de su filosofía, teneis la suficiente para no hallar una muger en el salon del Prado; con vosotros hablo, y vuestra causa es hoy la que defiendo! Daos prisa á aprovecharos de mis argumentos; pues quizás otro dia, volviéndolos ingeniosamente en contra

vuestra, á guisa de abogado veterano, defenderé con teson los derechos de vuestra parte contraria, presentándoos por causadores de sus flaquezas. Entretanto, oid y callad.

Y vosotras, amabilísimas criaturas, perdonadme si el inevitable giro de mis discursos me conduce hoy al atrevido intento de bosquejar vuestra incomprensible imágen; perdon os demando, si mi tosca y desaliñada pluma se atreve á delinear algunos de vuestros rasgos característicos. ¿Cómo remediarlo? Vuestra importancia en el órden social es tal que un escritor célebre ha dicho con razon:—«Los hombres hacen las leyes; las mugeres forman las costumbres;»—por cuya consecuencia, mal podria yo proseguir en la pintura de estas, sino colocándoos en primer término de mis cuadros. Empero, si alguna punta de amargo se deslizase hoy en mi tintero, cuyo inocente licor compongo para este caso con arabesca goma y azúcar cristalizada; si mi anteojo escrutador acertase por desgracia á encontrar en vuestro cielo alguna nubecilla, sed tolerantes y no os enojeis, sino reid conmigo de vuestras propias debilidades.

Háganse á un lado, señoras viudas, alegres ó plañidoras, en flor ó en conserva, con tocas y lutos ó con paletina y schall; háganse á un lado, digo, que por hoy no son el blanco de mi pensamiento; y vds. tambien, señoras esposas, Lucrecias ó Elenas, ensanchen el pecho y sigan su camino, que tampoco á vds. tocan hoy los puntos de mi sermon. Empero vosotras, (no culpeis la llaneza del estilo) niñas en esperanza, fruta temprana de 1833, las que salvando vuestro tercer lustro os mecois alegremente en los felices límites del cuarto, rodeadme aquí todas y miradme frente á frente, por ver si mi pincel, animado con vuestra presencia, consigue trasladar al papel vuestra copia original.

Mas privilegiadas que vosotras, las que os precedieron en juventud y gracias en los siglos anteriores, fueron el objeto de las delicadas plumas de Lope y Calderon, las cuales supieron embellecer hasta sus mismos defectos. Si el teatro es el espejo fiel de las costumbres, y los autores cómicos los mas ciertos historiadores de ellas, no puede menos de sorprendernos el espectáculo que presentan aquellas damas heróicas, hasta en sus mismos estravíos, sublimes hasta en los yerros de su amor. Aquella contradiccion de orgullo y rendimiento; aquella mezcla de flaqueza y de virtud; aquel amoroso desden; aquella generosa venganza; aquel sistema de amor, sugerido por la unidad del sentimiento, y por la mas natural filosofía, para cautivar la admiracion y el entusi smo del afortunado galan, son cosas que infunden asombro, y ponen en fuego al alma mas helada é indiferente.—Pero (me direis) la temeridad de sus pasos, el olvido de sus mas sólidos intereses, el atrevimiento de sus disfraces, la libertad de sus palabras, la...—Teneis razon, queridas mias, teneis razon; todo esto pudo pasar sin riesgo en aquellos tiempos, porque los galanes del siglo XVII merecian tambien mas amor, mas talento y menos egoismo que los insignificantes y ligeros mancebos que os rodean.

Un siglo despues, diversas causas, que sería prolijo relatar, obraron notable diferencia en el sistema mugeril. Consideradas como demasiado peligrosas á la luz del dia, delante de padres y tutores celosos que podrian muy bien ser ofuscados por ellas, fueron encerradas tras las altas murallas de un convento, ó tapiadas en la casa paterna entre rejas y celosías; el *Desiderio y Electo*, y las *Soledades de la vida*, eran las únicas lecturas que se les permitian; la estameña y muselina sus galas; la costura y el bordado su única ocupacion. Mas al través de estos

obstáculos, el incorregible amor hallaba medios de flechar aquellos incautos corazones, y cuando sus guardias vigilantes abrian los cerrojos para dar entrada al hombre á quien la autoridad paterna designaba para esposo, ya no era tiempo, pues el amor se habia adelantado, y «amor »que entra por la ventana (dice Marmontel) es mas peli»groso que el que entra por la puerta.»

El filósofo Moratin, en sus dos mejores comedias, nos ha dejado una pintura fiel de las consecuencias de esta educacion violenta y suspicaz, presentándonos en una la terrible obediencia pronta á sacrificar la vida al capricho paternal, y en otra la industriosa resistencia y el fingimiento mas refinado para burlar su vigilancia. Pero ya *doña Paquita* y *doña Clara* no son personages de esta época, y sus retratos deben ser considerados mas bien como modelos del arte y como documentos históricos, que no como traslado de nuestras niñas actuales, que asi se apartan de las aventureras damas de Calderon y Tirso, como de las desventuradas y oprimidas de Moratin.

Escuchadme aquí todas, *Adelaidas, Carolinas, Julias,* (que hasta los nombres habeis embellecido), escuchadme aquí todas, que con vosotras y de vosotras voy á tratar. Pero quisiera ante todo que me dijérais qué premio me señalais si llego á adivinar el sistema de cada una... ¿Mudarlo?... No, hijas mias, no creais que es mi intento ser corrector vuestro.... ¿Pues qué premio ha de ser?... Ea, daréme por contento con solo que me tolereis el que os conozca.

No estrañeis que empiece la rueda por la seductora *Amalia*, la de los ojos dormidos y el labio desdeñoso. Miradla atentamente; su marcha desigual y fingidamente penosa, su mirar oblícuo y descendente, hacen descubrir en

ella la costumbre de dejarse arrastrar en su carroza; su afectada sonrisa, su estudiado saludo, ese aire de pretension y de superioridad que la distinguen, revelan la elevada sociedad á que pertenece, y haríanla traicion si pretendiese ocultarla.

Asi es la verdad; Amalia es una rica heredera de la primera nobleza, y este pensamiento que en ella domina, se comunica tambien á los que la miran. Desde sus primeros años fué el objeto de la adulacion asalariada; separada casi constantemente por la etiqueta de la vista de sus padres, rodeada de gentes inferiores á ella, desconoce los sentimientos tiernos y el lenguaje de la verdadera amistad; dirigida por maestros á quienes ella miró siempre como criados, para ella el génio no tiene ninguna superioridad: y estos por su parte, convencidos de la inutilidad de sus lecciones, solo la esplicaron lo suficiente para alargar su enseñanza, y para llenar su cabeza de palabras sin ideas; pero bastantes á deslumbrar á su papá. Primeras letras, gramática, geografía, lenguas, dibujo, música y baile, de todo recibió lecciones; y por resultado de esta enseñanza, que costó un considerable capital, sabe hoy escribir un billete sin puntos ni comas, cantar una cavatina en italiano ó bailar una mazowrka en ruso; lo cual es suficiente saber para los tiempos que corren.

Agrádala la lisonja y la cortesía de los jóvenes que la rodean, y quisiera tal vez responder con menos altivez á sus suspiros; pero aun no es tiempo; fiel á su dorada cuna, tiene empeñada su mano desde antes de nacer á un cuarto primo, con cuyo enlace conseguirá añadir al escudo de su casa dos osos trepantes y una serpiente en campo de plata.—Con tales antecedentes, preguntareisme: ¿le hará feliz ó desgraciado?—Lo ignoro, amigas; solo sé decir que le hará marqués...

Pero saltando de flor en flor, como mariposa, ¿me negareis que os hable de las festivas gracias y del mirar maligno de la risueña *Flora*? Esa marcialidad y ese despejo que formaban mientras estuvo en el colegio la envidia de sus compañeras y el encanto de sus parientes, me hicieron mas de una vez temer por los pobres amantes que algun dia habian de intentar rendir un corazon dispuesto á burlarse de todo.

Mas ya se vé; ¡es tan graciosa una niña revoltosa y pizpireta! sienta tan bien la risa á una cara infantil, que todos nos apresurábamos á hacerla mil lisonjas. Yo la ví en los solemnes exámenes del colegio llevar siempre los premios en la música y la danza, dejando desdeñosamente á sus compañeras los menos brillantes de la aguja y el pincel. Yo la ví salir de la enseñanza y poner en movimiento á toda la sociedad elegante de Madrid; yo la ví seducir por la ostentacion de sus gracias, por el primor de sus adornos, por la riqueza de sus galas, por el torrente amable de su conversacion.—¿Quién es el dueño de su corazon? (pregunté). Todos creian serlo, y ella no creia que lo fuese ninguno; mas de un alumno de Marte gimió arrestado una quincena por renovar *il posto abbandonato*; mas de un espediente quedó sin despachar por visitarla un jóven empleado; mas de un soneto hirió sus oidos, plañido por la musa de soporífero poeta; mas de una espada desnuda brilló ante sus ojos.

Gozosa desde su balcon, recibia estos tributos como otros tantos trofeos de su beldad, cual si los viera representados en el teatro desde su palco; mas ¡oh venganza! los jóvenes llegan por fin á conocerla y á entenderse; promesas falaces, prendas débiles de su cariño, sortijas y emblemas misteriosos, cartas novelescas, bu-

cles ingeniosamente tejidos, todo depone su volubilidad y mala fé; todo lo recibe en un dia devuelto por sus desengañados amantes. Desde entonces su moda pasó, sus gracias quedaron eclipsadas, las mugeres sonrieron á su presencia, los hombres hablaron con ironía; y por colmo de su desgracia, el desden ageno vino á castigarla del suyo, viéndose hoy despreciada de un hombre á quien ama con frenesí, y el cual es tambien el menos meritorio de sus amantes.

¡Qué diferencia de la sensible *Eloisa*! Un corazon hecho para el amor; un semblante formado por las gracias; un mirar lánguido y penetrante; una cabeza dulcemente inclinada; una boca suspirante que parece decir al que la mira: «Amadme, y yo os amaré.» ¡Cuántos encantos en una sola persona! Habla de amor; su pecho se inflama con la pintura del hermano de Saladino ó de la huérfana de Underlach. Se sienta al piano ó al arpa; ¡qué precision en los toques, qué afinacion en los sonidos! Luce su hermosísima voz; ¡qué profunda sensibilidad! ¡qué espresion tan sublime y animada! Los suspiros quejosos de *Bellini* no tuvieron nunca intérprete mejor. Un movimiento eléctrico se comunica á toda la concurrencia, y la sala resuena con estrepitosas y unánimes aclamaciones. ¿Quién no ha de amarla? ¿quién no ha de rendirla su albedrío? Una nube de incienso la rodea: pero ¡ay! que esta misma nube que lisonjea su corazon, formada por los ecos de falsos amantes, la impide tal vez la vista del verdadero, que adorándola en secreto, teme que tanto incienso trastorne su cabeza, y repite con Castillejo:

«La cumplida en cualquier cosa
«Y acabada,
«Menos que todas me agrada,

«Porque segun mi pensar
»Tiene mucho que guardar
»La de todos deseada.»

Mas volved la vista á esotro lado; vereis venir crugiendo sedas y descubriendo su beldad por entre el celaje de finísima blonda, á la hermosa *Serafina*; ¿quién al ver su equipaje no la tendrá por alguna marquesa? pues nada menos que eso; tal como la veis, es hija del empleado don Homo-bono Quiñones, mi vecino, cuya mesada no equivale á la mitad de lo que ha costado ese velo. ¿Cómo se verifica tal milagro? me preguntais. Hijas mias, si no teneis memoria, mirad el artículo de *El dia* 30 *del mes* (1). Serafina, seducida con la idea de un casamiento brillante, exagera el adorno de su persona, como para alejar á los que no estén en estado de sostener su esplendor; y en efecto, consigue verse rodeada de multitud de pretendientes de su belleza, que no de su mano; pero ella escucha indiferente sus solicitudes, y para disponer de su voluntad, solo espera que la hablen de matrimonio, diciéndoles en buenas palabras, como la condesa que pinta Regnard:

«Je ne donne mon cœur que par-devant notaire.»

que viene á significar en nuestro romance español:

Yo no doy mi corazon
Sino delante del cura.

Con lo cual consigue renovar constantemente la con-

(1) Véase el artículo citado.

currencia de acreedores, sin que ninguno se dé por notificado del contenido de aquel emblema. Seis años hace que Serafina es estrella fija en nuestro cielo, y todas las noches se la vé aparecer en bailes y tertulias; pero en vano; y ya estaba casi determinada á entregar su mano á un jóven rico y amable que la pretendia y á quien ella no podia perdonar el no tener un mal uniforme, ni el menor sueldo por el gobierno, cuando ¡oh desgracia! el jóven, calculando por una proporcion matemática los quilates á que subiria la ostentacion de su elegante novia despues del matrimonio, y temiendo ver su caudal en manos de modistas y joyeros, se retiró con tiempo. Por último, se presentó cierto meritorio de oficina, el cual logró enamorarla, y con quien se espera haga un brillante casamiento.

¿Pero qué es esto? ¿todas vais desfilando, ingratas oyentes? ¿os fastidia mi oracion ó temeis que llegue vuestra vez? No, queridas mias, nada temais. Mudaré de conversacion por complaceros; hablaremos de revistas en el Prado; de injusticias en el reparto de galones y charreteras; os alabaré vuestras galas y tocados; os traduciré la leyenda de los figurines y del *Journal des modes*. No me aborrezcais; pediré prestado el estro á un amigo mio para componer una sátira contra la aguja y el dedal; haré una disertacion para probar que un moderado recogimiento y un trato reducido, son antiguallas, y solamente propios en aquellas oscuras bellezas no destinadas á hacer el encanto de nuestra sociedad matritense. No me abandoneis, y os serviré para ayudaros á hacer cordoncitos y petacas; seré de vuestra opinion en cuanto á óperas y dramas; os leeré á Walter Scott y D' Arlincourt; os prestaré la *Revista Espanola* para que leais mis artí-

culos de costumbres, y riais á placer cuando no os toque á vosotras; y en fin, os haré uno laudatorio pintando una niña perfecta como yo la he soñado; y diré que todas sois así, aunque vosotras os esforceis en desmentirme y dejarme mal.

(Febrero de 1833.)

EL DOMINO.

«Oyente, si tú me ayudas
con tu malicia y tu risa,
verdades diré en camisa
poco menos que desnudas.»

Quevedo.

Seria en vano que yo pretendiera ocupar en los presentes dias la atencion de mis lectores con otro objeto que no sea el Carnaval y sus amables disipaciones. Ninguno querria escucharme, y mi discurso, por muy moral y filosófico que fuera, apareceria desabrido y miraríase desdeñado por aquella máxima del *non erat his locus.* Por el contrario, si vestido y engalanado á la moda del dia, acierto á ofrecerle como el figurin moral de la semana, no me será dificil cautivar la atencion de mis leyentes, en gracia de la oportunidad; y hé aquí la razon que me decide á presentarle en *dominó.*

No se crea por ello que al tratar de *máscaras* sea mi intencion hablar de aquellas con que suelen cubrirse ha-

bitualmente los vicios y debilidades humanas para imitar el aspecto de la virtud, del patriotismo, de la amistad, del amor, de la modestia y del desinterés. Semejantes máscaras, por comunes y continuas, no llaman nuestra atencion, y entran en la línea de aquellas *conveniencias sociales* contra las cuales sería ocioso declamar. Yo por lo menos, huyendo de tan espinoso argumento, limito hoy mi narrativa á tratar de aquella diversion festiva, y en cierto modo filosófica, que igualando todas las edades, todas las clases y condiciones por medio de un pedazo de tela sobre el rostro, presta al Carnaval su verdadero carácter de originalidad y de alegría.

Si deseoso de ostentar erudicion (lo cual es harto fácil con una buena memoria y una regular voluntad) anduviese aquí á caza de autores para repetir lo que ellos han dicho relativo á esta diversion, haciéndola derivar unos de los romanos, y otros de la *muscara* (bufonada) de los árabes cordobeses y granadinos, seria componer mi razonamiento de retazos, lo cual equivaldria á vestirle de arlequin, siendo así que ya he dicho el trage en que hoy le quiero.—Con que no hay sino abandonar aquellos tiempos remotos, y dejarme caer en medio en medio de mi auditorio, quiero decir, en el Carnaval de 1833.

¡Oh quién fuera ahora Velez de Guevara ó Lesage para tener á mis órdenes un diablillo Asmodeo, aunque fuese cojo, que me ayudase á levantar los techos de las casas de Madrid, para presentar su interior á los que aun se empeñan en caracterizarnos á su antojo! Verian si es, como ellos dicen, sombrío y taciturno un pueblo que á la hora en que escribo olvida alegremente sus cuidados, moviéndose á compás; dijéranme si es miserable este mismo pueblo que tan crecidas sumas gasta en magníficas funciones, ostentando en todas ellas la riqueza y el buen gus-

to; verian, en fin, si son tan celosos nuestros maridos, tan altivas nuestras mugeres, tan intratables nuestros padres, tan rendidos nuestros amantes, tan espesas nuestras celosías, tan temibles nuestros puñales.

Semejantes reflexiones se agolpaban á mi imaginacion, vivamente afectada por el interesante espectáculo que acababa de dejar en cierto café de esta capital.—Era la hora en que suelen concurrir á este Lloyd danzomano, todos los demandantes y cambiantes de billetes de las diversas sociedades de suscricion que se reparten en tales noches la concurrencia; y aunque al principio hube de estudiar aquel lenguaje mercantil, viendo ofrecer dos *Sartenes* por una *Corona*, un *Solis* por dos *Fontanas*, un *San Bernardino* por una *Santa Catalina*, una *Paz* por una *Alameda*, un *Leon* por dos *Jardines*, y otras á este tenor, no tardé en ponerme al corriente de aquel vocabulario, y aun pude graduar la importancia respectiva de tales documentos, por el boletin de cotizacion que uno de los mozos me dijo al oido. Por último, animado con el ejemplo y favorecido por la buena suerte, acepté un billete (no diré para cuál baile, por solo dar á mi narracion este aire de misterio), y marché á recorrer prenderías y almacenes en que alquilar un trage á propósito para envolver mi persona.—Mas como no era mi intencion figurar, sino desfigurarme, parecióme conveniente abandonar mantos y bordados, y eclipsarme en un sencillo dominó, cuyo agradable color y no afectada modestia, llamó mi atencion, entre un *Genghiskan*, y un *Saladino*, que alquilaron delante de mí un ropero de la calle Mayor y un barberito de Puerta Cerrada.

De vuelta á mi casa, queriendo aprovechar el calor de mi fantasía, me puse á escribir el principio de este discur-

so; mas disgustado de la pobreza de mi pensamiento, concluí por envidiar á don Cleofas su Asmodeo, y tirando la pluma, cogí mi dominó con ánimo de pasarle y ceñirle en derredor de mi cuerpo...; cuando ¡oh sorpresa! al ir á poner el capuchon, hállome en el fondo de él un papel; cójole, le desdoblo, y veo escrito en él... ¿qué creerán mis lectores que vería?.... pues era nada menos que la *Historia de este dominó, contada por él mismo.*

Figúrense las almas piadosas cuál sería mi contento con este hallazgo; no hay como esplicarlo: solo si que, enajenado por él, suspendí mi vestido, calé mis anteojos, despabilé la luz, y leí de esta manera:

—«Amigo lector: cualquiera qne tú seas, en cuyas manos me haya deparado la suerte para encubrir por horas contadas tu triste ó alegre figura; suspende, te ruego, la operacion de tu disfraz, y tómate el trabajo de leer mi historia, si es que á trabajo tienes el saber aventuras de suyo peregrinas, que podrán servirte de gran provecho. Y pues cuento desde luego con tu benevolencia, escucha por ahora, y préstame atencion.

»Yo nací en el Carnaval de 1822 en manos de una corista de la ópera, la cual, con poco cariño maternal, me arrojó entre otros trages *espósitos*, entregando las primicias de mi inocencia al primero que llegase á alquilarme.

»Era la noche del 3 de febrero de aquel año, y habia baile de máscaras en ambos teatros, con lo cual no tardó en cargar conmigo un criado que, conduciéndome á una elegante casa, me puso en las manos de un señor de edad y grave aspecto, cuya clase y circunstancias me dieron mucho que pensar.

»Al observar su seriedad y su entonamiento, no pudo

menos de asaltarme el temor de que iba á pasar una noche muy triste; pero me engañé completamente, pues envolviendo en mí su añeja persona, salió silenciosamente y se dirigió al teatro del Príncipe, donde ya á la sazon se habia empezado el baile; y asegurado por la libertad que yo y la careta le dábamos, verificó tan repentino descenso desde la mas alta prosopopeya á la mas cordial alegría, que no fué posible dejar de felicitarme por esté mágico talisman que al parecer se encerraba en mí, capaz de causar la felicidad momentánea de una persona á quien su clase ó sus deberes imponian tal vez una perpétua contraccion de espíritu.

»Mas entretanto que yo hacia estas y otras reflexiones, mi buen señor se agitaba corriendo tras una rapaza que acababa de arrojar una careta de ochentona, quedándose con la mas fresca y bien cortada de diez y nueve que imaginarse pueda; y si bien mi conductor y yo hubimos de notar que aquella estrella parecía ya completamente observada y reconocida por los jóvenes astrólogos, segun la seguridad y confianza con que la miraban, sin embargo, animado aquel con las benévolas respuestas de tan linda boca, endulzaba la suya lo mejor posible, procurando ocultar en sus conceptos el estilo escolar y argumentante, aunque mas de un *audi precor* vino á confirmarme en la idea que desde luego habia formado del tal señor. La niña, sin embargo, poniendo en limpio aquel borrador, leia corrientemente en el pecho de mi escondido; y deseosa de complacerle prestándole atento oido, habíase retirado con él á uno de los estremos del teatro, donde sentados mano á mano entregábanse mútuamente al sabor de tan peregrina plática... cuando... ¡oh suerte fatal!... estando ambos en esta agradable situacion, huyendo los vaivenes de la multitud, los maderos que sostenian parte del tablado teatral, sobre-

cargados enormemente, crujen con estrépito, y abriendo un ancho boqueron húndese en él una buena parte de la concurrencia (1).

»¿Cómo pintar (continuaba el dominó) aquella escena viva é inesperada? Hágalo el filósofo espectador, que mas feliz que los demás se encontró del otro lado del teatro, sin dignarse interrumpir su contradanza al mirar nuestro *mal paso*; en cuanto á mí, comprendido en la fatal desgracia, solo tuve serenidad para agarrarme de un clavo, donde permanecí un instante, debilitando el ímpetu de la caida de mi dueño, la cual sin embargo se verificó, sacando él por resultado una fuerte contusion, y yo un giron de vara y media. Pero la vergüenza de aquel, y el temor de ser reconocido, pudo mas que su dolor, y rebujándose en mí mas fuertemente que nunca, salió conducido por los mozos, sin osar destaparse hasta su casa, donde quedé prisionero en premio de mi servicio; como sucede de ordinario á los que tercian en las debilidades de los grandes señores.

»Doce meses justos yací escondido en un armario, en compañía de otros trages y ropas, al cabo de los cuales cierta sobrina del señor, mi compañero de desgracia, me hubo de hallar, y compadecida de mi triste situacion, me compuso y arregló á su lindo cuerpo, tal que dí por bien empleado mi anterior desman.

»Era por entonces el Carnaval de 1823, y todo Madrid estaba ocupado de las máscaras; el amo de la casa, aun con un resto de cojera, oia con horror las conversaciones, y hablaba á su sobrina de aquella funcion con una acrimonía que ella atribuia á la elevacion de su alma, y yo á la caida de su cuerpo. La muchacha, que rayaba en los diez

(1) Histórico.

y seis, y era resueltilla y despierta como la que mas, oia con cuidado todas las asechanzas que segun el tio se tienden á la virtud en tales funciones, y rabiaba en deseos de esperimentarlas; tanto mas, cuanto que no faltaba cierto alférez, primo suyo, que siempre la estaba convidando. Por último, ¿para qué cansar? las prohibiciones del tio, las invitaciones del sobrino, y mi vista mas que todo, fueron causas suficientes á despertar la curiosidad de esta niña, la cual, cediendo á las instancias de su amante, cogióme silenciosamente cierta noche, y se fué al teatro fiada en mi defensa; mas ¡ay! que... *(Aqui el manuscrito estaba borrado, sin duda por las lágrimas del dominó, y luego proseguia)* ¡Muchachas, las que teneis primos amantes, ó amantes aunque no sean primos, no os dejeis conducir por ellos á las máscaras, y creed á un dominó esperimentado!...

»Eran pasados cuatro años desde que saliendo de la casa de mis dueños por medio de una criada que se escapó conmigo, me hallaba arrinconado entre otros compañeros de desgracia en el desvan de un prendero de la calle del Prado, y ocupábame con ellos en la narracion de nuestras aventuras respectivas, cuando un nuevo Carnaval (1827) vino á procurarnos salida, si bien con mas precauciones que si fuéramos tabaco de la vuelta de abajo, ó moneda española acuñada en Gibraltar.—Y era la razon, cierta ley no sé cuántas de la Novísima, que hace trescientos años prohibió, segun parece, las máscaras y disfraces (1). Mas como

(1) «Es la ley 7, lib. 8 del título *de los levantamientos y asonadas de gente armada*, promulgada á peticion de las Córtes de »Valladolid en 1503. Su época y su título abren su interpretacion. »La autoridad pública era entonces insultada por gentes asociadas para malos fines, que usaban alguna vez de máscaras y »disfraces para lograrlos mas de seguro. No se trató, pues, de »prohibir los inocentes disfraces de personas reunidas para di-

los hombres, siguiendo el ejemplo de nuestra primera madre, somos por desgracia tan inclinados á dar mas valor á las cosas prohibidas, de aquí nació la manía de enmascararse, en términos que á despecho de escribanos y corchetes, inundábamos calles y salones.

»Entre las infinitas aventuras que me proporcionó la circunstancia de servir por mi cómoda hechura para damas y galanes, llamaré tu atencion sobre una que me aconteció cierta noche de aquel año, en la cual salí alquilado por un jóven que formaba parte de una comparsa mascaril. Figuraba en la misma cierta deidad á cuya mano aspiraba el mancebo, y lleno de amor y rendimiento al sa-

»vertirse en lugares cerrados señalados por el magistrado pú»blico, y protegidos y velados por él, sino de que los enmascara»dos vagasen dia y noche por las calles y plazas, cosa que podia »provocar á delito cubriendo sus autores.» *(Jovellanos, Memoria sobre las diversiones públicas.)*

Despues de la opinion de tan respetable magistrado, solo se podrán traer por apoyo los hechos, los cuales demuestran que en los reinados posteriores al de los reyes católicos, en que se promulgó aquella ley, fueron permitidas y autorizadas las diversiones de máscaras, como lo acreditan las historias de aquellos tiempos; pudiéndose citar entre otras varias ocasiones las que se celebraron en Madrid en 1637 con motivo de haber sido elevado al imperio el rey de Bohemia y Hungria, cuñado de Felipe IV. Además, léanse las comedias de Calderon, Moreto y otros, donde se habla siempre de las máscaras como cosa corriente.

Posteriormente en 26 de enero de 1716 dió S. M. Felipe V. una ley (que es la segunda, titulo 13 del lib. 12 de la Nov. Recop.) prohibiendo las máscaras, bajo severas penas, la cual reprodujo y agravó en otra de 27 de febrero de 1745. Mas á pesar de todo, fueron permitidas pocos años despues, y puede verse sobre ello la *Instruccion para la ocurrencia de los bailes de máscaras dados en el teatro del Príncipe en el Carnaval de* 1767, que es un papel muy curioso por su minuciosidad. Tambien han sido permitidas en otras ocasiones y reinados en la córte, y casi constantemente en Barcelona y otras ciudades principales del reino.

lir de la tertulia, incorporado con los demas para dirigirse á las casas del baile, íbase á precipitar á ofrecer su brazo á la niña, cuando la mamá (que ya empezaba á ejercer los rigores de suegra) le llamó para sostenerla, entretanto que otro galan mas dichoso ocupó el lado de su amada.

»Rabiando iba mi pobre mozo con tan desdichada ocurrencia, lo cual conocia yo por sus contorsiones y movimientos mal reprimidos; y agobiado además por el medio siglo que pesaba sobre su diestro brazo, dejábase arrastrar lentamente, haciendo mas y mas sensible la distancia que la ligera pareja delantera les llevaba. Y ya iban á enfilar la calle Angosta de Peligros, cuando el linternon de una ronda, haciendo reflejar las lantejuelas del turbante de sultana que cubria las canas de la mamá, vino á destruir nuestros planes. Fuimos, pues, descubiertos y detenidos con todas las parejas que venian detrás, en tanto que los dichosos delanteros llegaban sin novedad á la sazon á la casa del baile.

»¡Oh lector, sino eres duro pedernal, contempla y compadece la situacion de mi galan interior, viéndose conducir á la presencia judicial en compañía de una sultana vieja, un Enrique IV y una Raquel, Julio César y la Valliere, Marco Antonio y Cleopatra, Elisa y Claudio, y otras parejas mas ó menos dichosas...! Pero sobre todo, lo que le sacaba de juicio era el sospechar que su abandonada Ariadna podria consolarse de la pérdida de su Teseo con el Baco que delante tenia, y este pensamiento no le abandonó en el menguado recinto adonde tuvo que pasar la noche. En cuanto á mí y los demás trages, como cuerpos del delito, corrimos unidos bajo una cuerda al proceso que se formó, y sacados en consecuencia á pública subasta, quedamos entregados al mejor postor, que lo fué por cierto otro prendero de la calle de Atocha.

»Varias y muy graves aventuras podria seguirte refiriendo de aquel tiempo en que fuí contrabando; pero como todo debe tener sus límites, mi narracion tambien, y así solo me permitirás que te hable del lance que me ocurrió en la última salida verificada una de estas noches.

»Fué pues el caso que cierto marido jóven, prévia la venia conyugal para ir á las máscaras, vino á alquilarme, á poco de haberse llevado una dama á otro compañero mio que estaba á mi lado. Llegamos al baile, divisé entre muchos á este compañero, y obligando ambos á nuestros dueños á llegar á hablarse (sin duda por la simpatía del trage), tuvimos ocasion de entablar tambien nuestra conversacion escuderil; y al comunicarnos las señas de la casa de donde habiamos salido, no pudimos menos de reirnos á duo. Entretanto nuestros dueños habian comenzado una plática amorosa que nos tenia edificados, y ya la niña iba manifestando su corazon de algodon cardado, que no de agudo pedernal, cuando por un efecto de mi prevision, y deseoso de servirla de despertador, dejé caer mi capuchon y descubrí la cabeza del marido (que tal era el que me llevaba), con lo cual la discretísima criatura pudo conducir su conversacion en términos, no tan solo de evitar un compromiso, sino tambien de quedar bien puesta para regañar despues al esposo, que se convenció mas que nunca del amor de su consorte!...»—

Aquí acababa el manuscrito del dominó, sin que yo tenga necesidad de decir que durante su lectura la interrumpí varias veces con mi risa; y lleno de contento por poder figurar en adelante en tan curiosa crónica, me apresuré á cubrirme con él, y á trasladarme al baile; pero aquí quiero hacer un punto y coma á mi narracion, para

tomar un ligero descanso antes de ofrecer á mis lectores un cuadro fantástico de tal baile.

Figúrense, pues, allá en el interior de su mente, un gran salon capaz de quinientas personas, ocupado por mil, que con sus anchos disfraces y exagerado movimiento habian menester el espacio correspondiente á mil quinientas: fórmense una temperatura á treinta y seis sobre cero, ocasionada por el inmenso número de luces y de concurrentes; añadan á esto para el sentido del olfato, la mucha confusion de buenas y malas exalaciones naturales y artificiales; diviertan la vista con el deslumbrante reflejo de aderezos y bordados, gorras y turbantes, mantos y capacetes; amenicen el tímpano con el temple contínuo de las voces disfrazadas, y con los rotundos compases de una *galope* infernal ejecutada por dos docenas de músicos, y obligada de pandereta y látigo; encomienden al tacto la violenta ondulacion que por un principio físico obliga á la mitad de la concurrencia á marchar impelida por la otra mitad; y satisfagan por último el gusto con una perdiz petrificada y solicitada en pie por espacio de tres horas en la *sala de descanso*. Con todos estos antecedentes podrán formarse una idea en miniatura de los goces que un baile semejante proporciona á los sentidos. ¡Felices los que pillando una silla podrian entregar á ella sus fatigados miembros! Mas ¿cómo lograrla? Las desdichadas mamás y las parejas dichosas las habian tomado por asalto al principio de la noche, para no desocuparlas hasta el amanecer.

Envuelto en mi amigo dominó, y apoyado en el quicio de una puerta de paso, hallábame contemplando aquel animado espectáculo con la comodidad que dejo pensar; mas si mis sentidos se daban por quejosos, menos satis-

fecho aun quedé del lado del espíritu, pues apuntando cuidadosamente en mi memoria todos los dichos, preguntas, respuestas, réplicas y argumentos que escuché, me convencian de una de dos cosas, ó que era falso el dicho de que «es menester tener muy poco talento para no tenerlo con la careta,» ó que yo tenia orejas de Midas.

Luego me ocupé en seguir las intrigas juveniles, sorprender combinaciones y armar peripecias, con lo cual mi dominó azul llegó á infundir tal pavura en aquel género volátil, que á mi llegada huian en grupos, cual bandada de palomas á la vista del milano. Quién me tomaba por un marido celoso; quién por un amante desdeñado; cuál me daba satisfacciones; cuál me pedia cuenta de agravios; y como la circunstancia de conocer las intrigas anteriores de mi dominó me ponia desde luego en el medio de las cuestiones, pasé alternativamente por amante, por padre y por marido de todas, y por último convinieron en que era brujo, hasta que arrancándome por fuerza la careta se encontraron mas admiradas viendo que no me conocian y yo sí á ellas.

¡Que no pueda yo presentar aqui de lleno el fruto de aquella noche de observacion y movimiento!; mas no me es lícito por tres causas; la primera porque ofrecí á mis amables descubridoras que no las descubriria; la segunda porque de hacerlo corria peligro de estar hablando de máscaras hasta el miércoles de ceniza; y la tercera y principal, por no tener permiso de mi dominó para continuar la narracion de sus aventuras, por aquella sábia regla de que «la historia no se ha de escribir al tiempo que se verifica.»

(Febrero de 1833.)

LA COMPRA DE LA CASA.

«No todo lo que es brillante
riqueza al avaro ofrece;
oro la alquimia parece,
vidrio hay que imita al diamante.»

Tirso de Molina.

Nada hay tan lisongero para un honrado tendero de esta villa, como la idea de invertir en una casita propia el resultado de sus cálculos y combinaciones sobre el queso de Rochefort y los barriles de Málaga. Mientras estos solo le produjeron el ahorro de un millar de pesos, limitó sus proyectos á enriquecer su almacen y dar mayor ensanche á sus negociaciones; lisonjeado por el éxito de éstas, alquiló una espaciosa tienda y la embelleció con cristales y columnas, al paso que abandonó la antigua manía de tener siempre el mejor género; los hombres son niños grandes, y pagan mas caro lo brillante que lo bueno.

Este cálculo se hizo nuestro almacenista, y una continua lluvia de plata y cobre, cayendo armoniosamente

en el cajon del mostrador, fué trasformada por él, con el mayor sigilo, en sendas onzas de Cárlos III, escudos y doblones de nuestro monarca actual.

¡Qué plenitud de contento equivale al de aquel, cuando cerrada la tienda y despachada la familia á una merienda en el Canal, se entregaba los domingos á sus anchuras al arqueo de su caja! ¡Qué invenciones tan peregrinas para ponerla á cubierto, no tan solo de la vista de los estraños, sino de las sospechas de los propios! Porque á nuestro hombre no se le ocultaba que los enemigos domésticos son los mas temibles para el caudal, y que las necesidades ó exigencias de su esposa y de sus hijos, podrian crecer al compás de sus talegos. Así que, él mismo se los cosia y recortaba, colocándolos luego en los sitios mas escusados; y hubiera deseado que existiese moneda equivalente al valor de todos ellos, para llevarla siempre consigo con el mayor disimulo; pero ya que esto no podia ser, las habia reducido al menor número posible de fracciones, todas de ley y peso conveniente, y de sonido mas grato á sus oidos qne romance de Bellini cantado por la *Meric Lalande*.

Satisfecho, pues, con su incógnito monetario, aparentaba con todos la mayor escasez, negando siempre tener el menor fondo de reserva, si bien por otro lado no dejaba de calcular que su dinero, asi arrinconado, nada le producia, y se hallaba además espuesto á un caso fortuito de incendio, robo ó cosa tal. Asi que, despues de muchas noches de desvelo, vino á resolver que sería lo mas conveniente emplear su capital en una casita *asegurada de incendios*, en el casco de esta villa, con lo cual se proporcionaría multitud de goces y privilegios, amen de un cinco ó seis por ciento, rédito de su capital.

Vivamente afectado con tan feliz idea, se levantó una

mañana, y su primera diligencia fué correr á suscribirse al Diario de Avisos, con el objeto de ponerse al corriente de todas las ventas á pública subasta, ya *en virtud de providencia* ya *á voluntad de sus dueños*. Embebido desde entonces en esta grata lectura, solia pasar los dos tercios de la mañana; luego se ponia su sombrero, y envuelto en su astrosa capa, dirigíase á la casa en venta, y la miraba con disimulo desde el portal de enfrente; despues subia la escalera y llamaba en todos los cuartos con cualquier pretesto para reconocer lo que podia del interior; en seguida iba á la escribanía por donde se verificaba la subasta á ver el espediente, y desde allí pasaba á la contaduría de aposento á reconocer los planos de Madrid: con cuyas noticias, malas ó buenas, no dejaba de consultar á un aprendiz de arquitecto, corredor de ventas, el cual siempre le daba las mejores ideas de la casa, aunque no fuese mas que por cobrar su tanto por ciento de comision; pero al tratarse de tocar á sus monedas, faltábale á nuestro hombre la resolucion y dilataba el plazo para ocasion mas oportuna.

Por último, llegó un dia en que el anuncio de una venta en la calle de la Palma Alta, vino á despertar sus ideas adquisidoras; la sola consideracion de poseer una casa en la calle en que habia nacido, bastaria á decidirle, si las seguridades de su arquitecto, las invitaciones del escribano, y los respetuosos homenages de los inquilinos, que desde el primer dia le saludaron como á su futuro casero, no hubieran añadido á sus deseos una fuerza irresistible.

La casa se vendia en virtud de mandamiento judicial y para pago de acreedores, los cuales en vano habian esperado postores que hiciesen subir su valor; si hubiera estado situada en la calle de Carretas, de Alcalá, ó cosa tal, millares de comerciantes ricos, americanos emigrados,

ó compañías revendedoras, se hubieran apresurado á doblar su tasacion; pero como era en la calle de la Palma Alta, todos la desdeñaban, y solamente nuestro tendero tenia empeño en poseerla.

No dejó de conocerlo el escribano, el cual lo trasmitió á los acreedores, manifestándoles el único medio de sacar partido del entusiasmo de nuestro comprador; y con efecto, llegado el dia de la subasta, verificada en el piso bajo de las Casas Consistoriales ante la presencia judicial, el honrado tendero, que creia hallarse solo, vió con sorpresa un banco entero de oposicion, cuyos individuos se empeñaban en pujarle siempre *mil reales mas*; y en los intermedios de los pregones, hablaban entre sí ponderando las cualidades de la tal casa, y manifestando su empeño en llevarla; pero mi tendero, rascándose la frente y tentándose el garguero, pujaba mas, y ya la mayor parte de aquellos se iba retirando fingiendo sentimiento por la derrota; solo quedaba uno mas obstinado que los demás, el cual fijo en sus mil reales mas, hizo desconfiar al pujante tendero de vencerle, y por fin, con harto sentimiento se determinó á cederla; pero no bien habian salido de la subasta, cuando llamándole el nuevo dueño de la finca, le hizo presente que él habia hecho la puja por encargo, pero que si tenia fuertes deseos de la casa, estaba resuelto á cedérsela, aunque hubiera que dar algunos *guantes* á su principal, pues no podia ver padecer al prójimo. El buen hombre, que oyó que por un par de guantes tendría la casa, al momento iba á darle los suyos (que eran por cierto de punto de estambre azul con ribetes blancos); pero el otro le hizo ver lo que él llamaba guantes, y no hubo mas remedio que transigir con él en media docena de medallas de pelucon.

Despues de este vinieron los gastos de escritura, al-

cabala, hipotecas, arquitecto consultor, reconocimiento de títulos, etc., etc., lo cual iba haciéndose sentir terriblemente en el archivo numismático del tendero. Pero todo lo dió por bien empleado, cuando con toda la solemnidad legal se vió investido con la autoridad de propietario, dándosele á reconocer á los inquilinos como *único dueño de la finca, á quien debian acudir con el pago de sus alquileres,* y en seguida *abrió y cerró puertas, y paseó las habitaciones, echando fuera las gentes que dentro estaban, y haciendo otros actos de dominio no turbado ni contradicho*, con lo cual se le dió la posesion *en forma.*

Al siguiente dia abrió su tribunal en la trastienda de su almacen, para oir y juzgar las reclamaciones de los inquilinos; las cuales estaban reducidas á pedir rebajas en los precios y varias obras de comodidad; sin embargo, el tendero por un sistema de compensacion, tuvo por mas prudente desestimar las obras y solo proveer á la subida de precios con arreglo al presupuesto de productos que él se habia formado al comprar la casa.—En vano los inquilinos intentaron reclamar aquella violacion de su derecho; la autoridad de un dueño nuevo es terrible, y nada pudieron lograr; pero deseosos de vengarse del todo, fueron tomando la determinacion de dejar la casa, quedando á deber dos, tres, ó mas meses de alquiler; con lo cual tuvo el propietario que entablar tantas demandas como inquilinos eran, y luego otras tantas como plazos les señalaron para pagar, con cuyos gastos vino á duplicar el importe de las deudas.—Por otro lado, los vecinos esparcidos por aquellos barrios de Monserrat y del Hospicio, desacreditaron la casa *vieja* y el casero *nuevo* en términos, que en vano este habia gastado ya cinco cuadernillos de papel para poner en los balcones la seña del alquiler, y diez pesetas en anuncios de Diario, porque nadie parecia á pretenderla,

con lo cual su autoridad dominal venia á quedar puramente nominal.

Nada de esto sabia bien al nuevo propietario, tanto mas, cuanto que el pago de la contribucion de frutos civiles, regalía de aposento, farol y sereno, censos, y demás cargas, eran invariables, ya estuviese alquilada, ya no; y por otro lado, los actuales inquilinos (que eran los ratones), además de habitarla gratis, minaban los cimientos y destruian el edificio; así que, convencido por estas circunstancias, por el ejemplo general de refundicion, por las invitaciones de su esposa, y mas que todo, por los cálculos moderadísimos de su arquitecto, determinó reformar su casa dándola el aspecto de la novedad y de la frescura.

Dicho y hecho; plan de tintas de colores, licencia, cálculo de ganancia, presupuesto de gastos; todo se formó en un instante, y la obra empezó bajo la direccion del consabido. Abajo el tejado; piso tercero, cuarto, buhardillas... Pero ¡qué desdicha! á los primeros golpes húndese una viga y el pavimento del segundo se desploma detrás; el principal, como si hubiese aguardado esta señal, verifica la misma operacion.—Pues señor, ya nos encontramos en la tienda sin necesidad de bajar escaleras:—¿qué se hará? ¿qué no se hará?—y estando en esto, los cimientos flaquean, la fachada se inclina, y por mucha prisa que los obreros se daban para aligerar, una nube de polvo, deshaciéndose en las nubes, dejó ver al segundo dia el ancho boqueron en que *fué la casa,* cubierto de vigas y de cascotes.

Ya tenemos á mi *señor de obra* en el caso de edificar una casa de nueva planta, cuando solo pensaba reformar la antigua, para lo cual contaba con los fondos suficientes. Estos quedaron consumidos en sacar los nuevos cimientos;

en vano acudió á la enagenacion de efectos y alhajas; todo ello bastó para elevar el primer piso; empeñado en su empresa, recurre á los prestamistas, los cuales le adelantan lo suficiente para elevar el segundo, bajo la garantía é hipoteca del principal; por último, una comunidad de monjas se le opone á la elevacion del tercero, por sobreponerse á las paredes de su huerta. No le queda mas arbitrio al nuevo propietario que subdividir en muchas habitaciones los dos mil pies de terreno que posee, y siguiendo la regla del sastre de las monteras, asigna á cada una lo estrictamente necesario para poder vivir inquilinos *liliputienses*, si bien gastando en puertas y ventanas mas de un año del alquiler.

Pero concluida que fué la casa, y colocada en el caballete del tejado la cruz de siete brazos y siete banderas, empezó á disfrutar los placeres consiguientes á la calidad de dueño que tanto habia deseado.

Entonces observó la puntualidad y buenos modos de los vecinos para pagarle su alquiler; la tolerancia de las contribuciones; las multas improvisadas; la sencillez y la moderacion de las cuentas de los albañiles y vidrieros, carpinteros y soladores; la entretenida historia de las demandas de despojo; las divertidas comparecencias judiciales; los términos *por equidad*; los mandamientos *de amparo*; y tantos otros incidentes como dan grata ocupacion á los caseros, y campo al ingenio de los inquilinos de Madrid.

Mas lo peor del caso fué, que la señora tendera y las niñas, luego que se vieron con casa propia, dijeron con resolucion: «*No mas mostrador*;» y fué tal su energía que consiguieron determinar al amo de casa á trasladarse á vivir al cuarto principal de la propia. Con todas estas bajas, los empeños contraidos, lejos de disminuirse, fueron en au-

mento con los intereses anuales, en términos que, á vuelta de algunos años, el hipotecario, observando que su crédito ascendia ya al valor de toda la finca, la reclamó judicialmente y le fué adjudicada.

De esta manera desapareció el tesoro del almacenista, cual precioso monumento estraido sin precaucion de las ruinas de Herculano, que se deshace y evapora á la sola impresion del aire.

(Marzo de 1833.)

LOS PALETOS EN MADRID.

«Juan Labrador ¿qué os parecen
los músicos?»—«Que son diestros;
pero mejor me parecen
de mi exido los gilgueros.»

Matos.

El aire de córte es semejante al tufo en una pieza cerrada, que solo le perciben los que vienen de fuera. Esta fria atencion, estos estudiados modales, estas palabras vagas, este cortés egoismo que llamamos *buen tono* y bien parecer, desconciertan sobremanera á los forasteros, y hacen formar distinto concepto de nosotros á aquellos mismos que si nos vieron fuera de Madrid quedaron prendados de nuestra amabilidad y cortesia.—¿Y por qué esta diferencia? porque en la córte la fantasma del poder nos persigue constantemente, obligándonos á estudiar y medir nuestras palabras y acciones, congojándonos con el temor de aparecer hombres vulgares; llena nuestras mentes de proyectos quiméricos y de esperanzas ambiciosas; y adormeciéndonos con ellas, nos hace desdeñar los sóli-

dos caminos de la fortuna, por seguir los engañosos atajos del favor.

Sea, pues, ejemplo de estas verdades la familia de *don Teodoro Sobrepuja*. Este caballero, á quien sus importantes empleos y comisiones delicadas habian ocasionado una enfermedad de pecho que le redujo en poco tiempo á un estado lastimoso, viéndose precisado á buscar en los aires nativos el recobro de su salud, pasó á la villa de Olmedo, llevando consigo á sus dos hijos Cárlos y Luisita, jóven aquel de diez y ocho, y esta de catorce años de edad.

La amabilidad de don Teodoro y de sus hijos, y las muchas relaciones de familia que tenia en el pueblo, les sirvieron en términos que muy luego fueron el objeto de las atenciones y obsequios generales; pero mas particularmente de parte de la familia de *Patricio Mirabajo*, el mas rico hacendado de aquellos contornos, compañero de infancia de don Teodoro; y cuya amistad llegó al estremo, que no contento con prodigarle toda clase de atenciones, no paró hasta llevársele á vivir á su casa propia, á fin de atender con mas cuidado al restablecimiento de su salud. La muger de Patricio, *Aldonza Cantueso*, muger de un escelente fondo, aunque rústica sobremanera, y sus dos hijos Braulio y Feliciana, contribuyeron por su parte á hacer grata á los forasteros la estancia en el lugar, de modo que, dilatándose esta mas de año y medio, recobró don Teodoro no tan solo su perdida salud, sino aquel apacible sosiego del espíritu que huye de las ciudades, y solo se encuentra bajo los humildes techos de la aldea.

Los jóvenes por su parte, cuya tierna edad era la mas á propósito para recibir las primeras impresiones del amor, no pusieron cuidado en resistirlas; antes bien dejaron crecer á la vista de sus mismos padres una pasion inocente

que estos se complacieron en fortificar, disponiendo en consecuencia los matrimonios de Carlos con Feliciana, y de Luisa con Braulio; pero como todavía eran tan jóvenes, señalaron el plazo para de allí á tres años, que deberian reunirse en Madrid; y consolados con esta esperanza, aunque penetrados de sentimiento, regresaron don Teodoro y sus hijos á la capital.

Fácil es de concebir la firmeza que resolucion semejante podria mantener en el pecho de un hombre en quien la ausencia de la córte no habia hecho mas que adormecer las ideas de orgullo y de elevacion; como tambien los vaivenes que durante tres años sufririan los corazones de nuestros jóvenes en aquella peligrosa edad, y rodeados de los atractivos y seducciones cortesanas. Con efecto, el recuerdo de sus amores se debilitaba de dia en dia; pesábales ya el momento de escribir á sus amantes, y en el interior de sus corazones temian ver llegar el plazo de la entrevista. Don Teodoro por su parte, ocupado en sus ascensos y engrandecimiento, apenas recordaba ya su compromiso, cuando una mañana, la ronca voz de la señora Aldonza vino á sacar á todos de su distraccion, y vieron con asombro á aquella y sus dos hijos, que entraban por la sala con la algazara y contento propios de personas sencillas y satisfechas.

Tan inesperada invasion no pudo menos de sorprender á don Teodoro y su familia; pero sobreponiéndose luego al primer movimiento de estrañeza, recordó aquel los inmensos favores que debia á sus huéspedes; y haciendo una violencia á su fisonomía y á su lengua, procuró recibirles con muestras de regocijo. Las parejas juveniles, observándose con desconfianza y curiosidad, tardaron aun largo rato en manifestarse; pero un resto del fuego de su antiguo amor, encendido á la vista de aquellas facciones,

en otro tiempo adoradas, les obligó por entonces á hacer abstraccion de trages y modales, y solo mirar el objeto de sus primeros amores, con lo cual pudieron entregarse á las demostraciones de su contento; demostraciones que se prolongaron todo aquel dia.

A la mañana siguiente, fué preciso condescender con el deseo de los huéspedes de dar una vuelta por calles y paseos, con lo cual empezaron estos muy de mañana á destapar cofres y maletas y sacar de ellos los trages de *dia del Corpus* para presentarse en Madrid con el decoro conveniente. Pero el elegantísimo Carlitos á quien toda la noche habia traido desvelado la consideracion de lo mucho que iba á padecer su vanidad, no perdia de vista aquella operacion: asustado con los tales preparativos, corrió al cuarto de su hermanita, y arrojándose en una silla:—¡Ay, Luisita mia, esclamaba, tristes de nosotros acompañando á los lugareños! ¡si vieras qué vestidos, qué telas, qué peinados! sin duda que vamos á ser la burla de todo el Prado. ¿Qué dirán tus amiguitas las de *Yerba-vana*, que tan sublime concepto tienen formado de mi elegancia, viéndome hacer el amor á una paleta con el talle bajo el brazo, mantilla hueca y recogida á la garganta, bucles cortitos y peineta de á tercia, zapatos de tabinete y guantes de color de rosa? Y tú por tu parte, ¿cómo has de sufrir la risa del alferéz de la Guardia, mirándote acompañar por un frac del año 12, sombrero ancho de copa, pantalon de punto ajustado, y botas de campana *á la bombé*?—

—Sin duda, Carlitos (esclamaba Luisita sollozando), sin duda que haremos con ellos un buen contraste, tú con tu levita *de fantasia*; y yo con mi *cachemir ternó*.

—Y papá, ¿qué papel va á hacer con sus dos veneras, acompañando á la señora Aldonza, de vestido de estameña y moño de calabaza?

—¡Oh! eso es insufrible, y yo voy á fingirme mala.

—Y yo tambien, decia Carlitos; pero al llegar aquí, ábrese con estrépito la mampara, y se adelanta el triunvirato olmedino, ofreciendo el anacronismo mas disonante de aquel primoroso *tocador Psiché.*

Sin embargo, los jóvenes cortesanos disimularon su estrañeza; pero no así los paletos, los cuales rieron á carcajadas al mirar el ajustado talle de Cárlos y el elegante prendido de Luisita, mortificando á estos con sus preguntas y algazara, no menos que al padre, que se presentó despues; pero no hubo mas remedio que hacerse una fuerte violencia, y acompañarles á paseo.

Pongo en consideracion de mis lectores la estravagante caricatura que ofrecerian las tres parejas, asi como tambien dejo considerar el efecto que en los recienvenidos produciria la vista de tantos objetos estraños. Este á la verdad era singular é incomprensible; v. gr., pasaron sin hacer alto por delante del hermoso edificio de la Aduana, y les llenó de admiracion la fuente de la Puerta del Sol: vieron sin entusiasmo el Salon del Prado, y en las fuentes de Cibeles, Apolo y Neptuno, lo que mas les admiraba era la anchura del pilon. Cada coche que pasaba era para ellos un suceso: las mugeres, madre é hija, agarraban á sus parejas respectivas, temiendo que las atropellasen aunque fuesen á treinta varas de distancia, y el mancebo se quitaba cortesmente el sombrero, creyendo que los que iban dentro eran todas personas reales. A cada lugareño que pasaba, iban á hablarle, tomándole por paisano suyo, y la vista de cada elegante les producia risas convulsivas y dichos nada corteses. Su marcha en la confusion del Prado era oblícua y desigual; quejábanse de las apreturas; distraíanse mirando atentamente á las caras de los paseantes; dejaban caer el abanico, los guantes, el pañuelo,

y á cada objeto que les chocaba llamaban la atencion de los demas señalándole con el dedo. Mas en fin, cansados á la segunda vuelta, quisieron sentarse, no sin grave alivio de los acompañantes, que vieron disimulada por un momento su enfadosa publicidad.

De vuelta de paseo, manifestaron deseos de beber, y don Teodoro, venciendo su repugnancia, les hizo entrar en un café, donde pidieron limon y leche, y luego chocolate con bollos; y habiendo querido obsequiar Carlitos á Feliciana con un queso helado, esta pidió al mozo un cuchillo para partirle.

Pasaron despues al teatro á ocupar un palco, tomado de antemano: allí se echaron de brazos en la barandilla, y dejaron caer un anteojo perpendicular encima de la cabeza de un alguacil, con lo que llamaron la atencion de toda la concurrencia, no sin grave bochorno de los dos jóvenes madrileños, que se escondian lo mejor posible.

La desgracia hizo que aquella noche acertasen á hacer la ópera de *L'ultimo giorno di Pompei,* y si bien al principio la vista de las decoraciones y el ruido de la música y de los coros los tenia agradablemente entretenidos, no tardaron en empezar á bostezar, y al caer el telon al final del primer acto, cayeron tambien sus párpados, permaneciendo en tan envidiable estado, hasta que la erupcion del Vesubio, al concluirse la ópera, les hizo despertar asombrados, y figurándosela verdadera, corrieron á la puerta temiendo ser víctimas de aquella catástrofe.

Seria nunca acabar el ir refiriendo una por una las escenas grotescas que ofrecia la naturalidad de nuestros paletos, contrapuesta á la afectacion de los cortesanos; por mi parte tuve motivo de ser testigo de alguna de ellas, por haberles acompañado, en calidad de amigo de la casa, á ver las curiosidades de Madrid; y preguntándoles despues

¿qué era lo que mas les habia gustado de ellas? me respondieron que en el Palacio la pieza de porcelana; en el Museo el cuadro del hambre de Madrid; la vajilla de plata en el Casino; la campana china en el Gabinete de Historia natural; en el Retiro el ídolo egipcio de la fuente del estanque, y en la Armería el espejo para curar la ictericia. En punto á paseos dieron la preferencia á la Ronda, y de funciones teatrales ninguna les agradó como la *Pata de Cabra*; lo demás todo lo hallaron mediano, y de ningun modo preferible á las bellezas de Olmedo.

No hay necesidad de decir que la ilusion de nuestros jóvenes madrileños habia ido desapareciendo á medida que observaban estas cosas; pero dudosos sobre su futura suerte, y aun confiados en que la permanencia en la córte, obligaria á los otros á mudar de inclinaciones, formaron empeño en inspirarles otras ideas;—inútil intento,—la sencillez de los naturales venía á descomponer todos sus planes. En vano los sastres y modistas acomodaron á sus cuerpos todos los caprichos de los figurines parisinos: la cabeza erguida, y los brazos caidos, dábanles el aspecto de un maniquí sin animacion: en vano les enseñaban á pronunciar bien las palabras: su lengua no sujeta, les hacia traicion á cada momento.

Por último, un dia en que todos manifestaban su mútuo descontento por lo inútil de estas lecciones, saltó la señora Aldonza, y dando rienda suelta á su mal reprimido disgusto;—«No os canseis, chicos, (les dijo), que pa golver en ca e vuestro padre Patricio Mirabajo con los mesmos pecaos que trujisteis, eso me da que igais aches como que igais erres; y Dios en mis adrentos, que lo demás son sotilezas: con que no hay sino dejallo y no andarme con aquí te lo puse, que lo mejor solo Dios lo sabe, y como esas cosas podria yo contarles á los de Madril ca-

caso no entienden... ¡No sino urguenme un tantico, y verán como todos tenemos nuestro aquel!... Y dígolo porque yastoy cansáa de tanto pedricarles de la pulítica, y dale con las cortisías, y torna con las filís, que así Dios me perdone como parecen saltarines de los cantaño bajaron á mi puebro. ¿Sus paece chicos (añadió encarándose con los madrileños), que los mi mochachos pa casarse nesecitan deprender toas esas estilaciones de la córte? Pues náa menos queso; porque ellos mientras Dios dé vida y salú á Aldonza Cantueso y Patricio Mirabajo, no han de apartarse dellos, agora se casen, agora no, que pa eso les himos parío y criao á nuestros pechos, pa que tengan cuidiao de mosotros desque lleguemos á viejos, y si lo contrario hicieren, para esta (y besó la cruz) que no habian de llevar un chavo; casí es nuestra última y postrimera; veluntá. Y esto mismo cuento de icirle á vuestro padre, y que ó herrar ó quitar el banco; y vosotros ya sabeis el camino de Olmedo, con que allí aguardamos la rempuesta.»

Corridos y confusos quedaron los dos jóvenes con aquella inesperada *proclama*; y luego que quedaron solos, empezaron á reflexionar sobre su suerte; vieron cuán ilusorios eran sus proyectos de enseñar á sus amantes el aire de córte, cuando ellos mismos se verian precisados á olvidarle si habian de casarse y vivir en Olmedo: preguntáronse mútuamente sobre el estado de sus corazones, y hallaron que no quedaba en ellos una chispa del amor primero; observaron la tibieza de su padre en recordarles el empeño contraido; y por último, llamaron en su auxilio las gracias de la señorita de Yerba-vana y del alférez de la Guardia, que acertaron á entrar en aquel momento. Don Teodoro por su parte, acalorado por las reconvenciones de Aldonza, no tuvo reparo en anular el contra-

to, y los jóvenes renunciaron con gusto á una renta de diez mil ducados por no verse precisados á salir de Madrid, así como los aldeanos resolvieron olvidar un amor que les ponia en peligro de tener que alejarse de Olmedo.

(Marzo de 1833.)

LA FILARMONIA.

«La dulzura de la música es el único hechizo permitido que hay en el mundo.»

Feijoo.

«La música compone los ánimos descompuestos y alivia los trabajos que nacen del espíritu.»

Cervantes.

El entusiasmo melomano producido á principios de este siglo por la fecunda lira del Cisne de Pésaro, halagaba las imaginaciones europeas, harto fatigadas por las combinaciones de la política y los desastres de la guerra. Las artes encantadoras, que solo crecen á la sombra de la paz, tornaban á ejercer su influencia en los corazones generosos; y el privilegiado *Rossini*, aun no bien salido de la infancia, acababa de fijar la atencion general presentando en la escena veneciana en el Carnaval de 1813 su famoso *Tancredi*. A los acentos del nuevo Orfeo respondieron todos los corazones: «desde el Dux hasta el último gondolero repetian involuntariamente su armonía, y las orillas

del Adriático resonaban á todas horas *«mi rivedrai, ti rivedró.»* «Ni paró aquí (añadian los periódicos de aquella época) el triunfo del compositor boloñés: en menos de un año su magnífica produccion dió la vuelta á Europa; sus cantos se hicieron populares, y admirados en todas partes, asi se oian en la capilla Sixtina como en las revistas de Hidepark, en los conciertos de Petersburgo como en los bailes de París.»

Desde entonces los teatros líricos de Europa quedaron como avasallados al sublime genio que incesantemente les alimentaba con nuevas producciones, llenas de riqueza y de armonía; y si bien el nuestro, aun no restablecido de los efectos de una guerra devastadora, no pudo ofrecernos tan pronto una produccion del compositor del dia, no por eso su música era desconocida en esta capital, en cuyos salones resonaba con el merecido aplauso.

El ajuste de las señoras *Moreno* y de otros artistas españoles para los teatros de Madrid, vino á ofrecer la posibilidad del espectáculo lírico, y aun de la ópera Rosiniana, siendo *La Italiana en Argel* la primera de estas que oyó el público madrileño en la noche del domingo 29 de setiembre de 1816, con motivo del augusto enlace de nuestro soberano con la reina doña Isabel de Braganza. El entusiasmo inesplicable que aquella brillante produccion causó en esta capital, fué un anuncio de los gratos momentos que el público matritense podia esperar del autor del *Barbero de Sevilla*; mas por entonces hubo de contentarse con algunas óperas de otros maestros, porque la escasez de la compañía lírica no permitia funciones de gran desempeño. Esta misma razon, sin duda, fué la que motivó que la señora *Lorenza Correa*, que acababa de contribuir en los teatros estrangeros á la gloria de Rossini, no se determinase á dar en Madrid ninguna de sus óperas, contentándose con ha-

cernos conocer el *Di tanti palpiti,* y *Una voce poco fá,* que colocó en las óperas tituladas *Los pretendientes,* y *No se compra amor con oro.*

Sin embargo de la escasez del espectáculo, no fué perdido para un público naturalmente filarmónico, y á medida que aquel iba adquiriendo vigor, veíase desterrar entre los aficionados el estilo monótono y amanerado de la antigua escuela, para dar lugar al sentimiento y vida de la nueva. La aficion del público iba creciendo al par que sus conocimientos, y era menester complacerle si se queria dar calor á aquel movimiento La empresa teatral de 1821 hubo de pensar sin duda de este modo, decidiéndose á volver á presentar á los madrileños el espectáculo de la ópera italiana, de que aun se conservaban reminiscencias, aunque remotas. Para ello contrató una compañía, compuesta de profesores distinguidos, tales como *Mari, Capitani, Vaccani,* etc., y á esta fué á quien debió Madrid el conocimiento de las obras mas escogidas de Rossini y demás célebres compositores modernos, cuyas bellezas acabaron de fijar su natural predileccion por la música, y le fueron un manantial de placeres. Muchos años pasarán sin que olvide el delirio que la infundia *Tancredo* en la peregrina voz de la señora *Adelaida Sala,* ó *García de Paredes* en el *Barbero de Sevilla.*

Siguió así la ópera, mas ó menos boyante, hasta que en 1825 se ajustó la compañía *Montresor,* desde cuya época no fué una aficion la del público, sino un furor filarmónico. El mérito de los cantantes, la nueva pompa con que se exornó el espectáculo, lo escogido de las funciones que se presentaron, fueron cosas de trastornar todas las cabezas, y llegó á tal punto el entusiasmo, que no solamente se les imitaba en el canto, sino en gestos y modales; se vestia *á la Montresor,* se peinaba *á la Cortessi,*

y las mugeres varoniles *á la Fábrica* causaron furor todo aquel año. Tan poderoso es el prestigio de la novedad, y tan dominantes los preceptos de la moda.

La exigencia del público, creciendo desproporcionadamente, no se contentaba ya con artistas medianos. Fué preciso presentarle los de primer órden; y las célebres *Corri, Césari, Albini, Lorenzani, Tossi* y *Meric Lalande,* y los señores *Maggioroti, Piermarini, Galli, Inchindi, Passini* y *Trezzini,* con tantos otros como siempre ascendiendo hemos visto despues, han necesitado toda la estension de sus talentos, y la perfecta ejecucion de las obras mas clásicas de *Rosini, Pacini, Meyerbeer, Mercadante, Morlachi, Carnicer, Donizzeti* y *Bellini* para sostener la aficion del público, y escitar su entusiasmo, hasta el punto que al concluirse el año cómico de 1831 con la despedida de la señora Adelaida Tossi, faltó poco para que los partidos encontrados de *Tossistas* y *Lalandistas* consiguiesen sembrar una eterna discordia en nuestra sociedad madrileña.

Tan imposible era ya hacer subir de punto aquella exageracion, que necesariamente tenia que empezar á declinar; y así es que en el año último puede decirse que ha entrado la ópera en el período de su decadencia, de que solo han podido retraerla algunos instantes los estraordinarios recursos artísticos de la señora *Meric Lalande.* En vano los entusiastas ó intolerantes esclaman que los artistas no son nuevos, y las óperas no bien escogidas: en vano buscan á su tibieza causas ulteriores; el mal está en su imaginacion. Satisfecha esta con el continuado alimento musical, y pasado tambien el influjo de la moda, ha llegado á mirar con indiferencia lo mismo que en otro tiempo la entusiasmaba; y por otro lado, despues de escuchar *Semiramide, Mosé, L' último giorno di Pompei, Il Crociatto, Il*

Pirata y *La Straniera*, ¿qué otras composiciones podrian buscarse para escitar su admiracion? Por esta sencilla razon seria de desear que la exigencia filarmónica hiciese un alto, para mecerse agradablemente, sin un furor imposible de perpetuarse, en el ameno campo que la ofrece la rica fantasía de los compositores y la estraordinaria habilidad de los cantantes del dia.

Esta dilatada educacion musical, unida á la particular disposicion de los órganos españoles para la ciencia de la armonía, han producido entre nosotros tan notables aficionados, que pueden hacerse oir con placer, aun despues de los célebres profesores que hemos visto en el teatro. Reconocida generalmente la superioridad de la música italiana sobre la insulsa pesadez de los romances franceses que antes ocupaban nuestros salones de buen tono, vióse en ellos campear la verdadera escuela de canto, si bien modificada cada año á la manera del modelo que se ostentaba en las tablas; así que alternativamente hemos observado reproducidas con una admirable fidelidad la arrogante determinacion de la Albini, la tranquila correccion de la Lorenzani, la espresion romántica de la Tossi, y hasta la voz ahogada de Montresor, las prolongadas *fioriture* de Vaccani y la tal vez nasal entonacion de Galli.

Ocasion era esta (si yo pretendiera tener vinculada la risa de mis lectores) para trazar un cuadro, si bien fantástico, si bien exacto, de nuestros filarmónicos de salon, poniendo de manifiesto las intriguillas que parecen anejas al ejercicio del arte, los desentonos de la *armonia*, las disputas de los *acordes*, las encontradas vociferaciones de los *unisonos*, y las intenciones menguadas de algunos *virtuosos*.

¡Qué festivos matices no podrian suministrar á mi

bosquejo las ronqueras improvisadas, las pérdidas de voz, y las recuperaciones repentinas, los descuidos con cuidado en mas de un duo, con el piadoso fin de perder al compañero; las espresivas miradas y suspiros en otro; las gratas palabras de «*cara immaggine; mio dolce bene; tenero oggeto; bel' idol' mio; abbi pietá di me,*» tan dulcísimamente deslizadas de ciertos labios, como benévolamente acogidas por ciertos oidos; las imprecaciones á un padre tirano, prodigadas tal vez en su presencia, con notable entusiasmo suyo, ó bien la letra de *l' inutil precaucione,* fuertemente aplaudida por un bondadoso marido, ó emitida con intencion por una vírgen de diez y seis.

En segundo término, y como formando el coro de mi festiva composicion, osaría presentar á aquella cohorte parásita de aficionados *orechianti,* que sin haber saludado los principios del arte, elevan ó rebajan á su antojo las reputaciones filarmónicas, formándose en *comision de aplausos,* y para los cuales las únicas bases del saber, suelen ser la pujanza de la voz ó los atractivos de una hermosa figura. En este número colocaría á aquellos que se sientan entre los cantantes y están siempre solícitos, ya á volver las hojas del papel, ya á despabilar las luces del piano, ó repartiendo programas por la sala, ó trasmitiendo mas ó menos desfiguradas las espresiones del maestro; los notificadores del «*hoy no está en voz, no es de su cuerda, está cortada,*» y otras muletillas con que suele disimularse el haber cantado mal; los que talarean *sotto voce* la misma pieza que se canta; los que dan la señal de los «*bravo, soberbio, admirable, encantadora,*» y otras espresiones á este tenor; los que arrojan á las caras de nuestras actrices coronas de papel, ó rompen en su obsequio los asientos del teatro; que conducen del piano á la silla a la amable cantatriz, envaneciéndose con los elogios que al paso

recogen para ella; y tantos otros *indispensables* como forman el claro oscuro de nuestras reuniones filarmónicas. —Pero tales observaciones, dando un aire satírico á mi discurso, me harian aparecer dominado por el deseo de encontrar ridículos, y no es esta mi intencion, tratándose de un arte que ha llegado entre nosotros á una altura regular.

El estado, en fin, de la música en esta capital es lisonjero, y solo faltaba que así como se forman aficionados para el encanto de los salones, se formasen artistas que ocupando algun dia los teatros, libren á nuestra nacion del crecido tributo que pagamos á los estrangeros. Nuestra benéfica soberana ha provisto á este deseo, creando un Conservatorio de Música, en que reunidos los profesores mas distinguidos y bajo un escelente método de enseñanza, se ofrece la lisongera perspectiva de llenar en breves años aquel vacío, y que la nacion que produjo los Garcías, Colbran, Correa y tantos otros, vuelva á presentar á Europa fenómenos de habilidad que acrediten mas y mas su esclarecido renombre en la historia de las artes.

(Marzo de 1833.)

POLICIA URBANA.

«Si por la laguna Estigia
juró el Tonante hasta aquí,
hoy jura por la marea
de las calles de Madrid.»

D. Juan de Iriarte.

Uno de aquellos dias felices en que el perfecto equilibrio de nuestros humores, ocasionado quizás por una buena digestion; suele inclinarnos á la satisfaccion y al contento, haciéndonos mirar todos los objetos por el lado favorable, salí yo de mi casa sin destino fijo, y con la sola intencion de ponerme en movimiento, dando al mismo tiempo ocupacion á mi tranquila mente con la variedad de cuadros animados que ofrecen las calles de Madrid. Y como aquel dia por fortuna todo me parecia bien, no es fácil formarse una idea de las sensaciones agradables que á cada paso esperimentaba.

El cielo sereno y despejado, el sol brillante, el ambiente apacible, me trasladaban en imaginacion al clima

delicioso de las orillas del Bétis; el bullicio y animacion de las calles divertía mi fantasía; todos los hombres me parecian contentos y corteses; todas las mugeres bellas, amables y satisfechas; sobre todo, llamaban mi atencion por su picante fisonomía los jóvenes de veinte á veinte y cinco, y ajustando las fechas, hube de observar que todos ellos debian haber nacido desde 1808 al 14, lo cual me condujo á sacar la consecuencia de que la guerra de invasion en nada perjudicó á las fisonomías.

Llamó luego mi atencion la multitud y belleza de las casas nuevas ó reformadas, si no con la mejor voluntad de los caseros, por lo menos con notable complacencia de los inquilinos; consideraba despues la garantía que á estas mismas casas presta la filantrópica sociedad de seguros, causa principal del embellecimiento de la poblacion; miré con complacencia los edificios públicos destinados á establecimientos útiles y de nueva creacion; recorrí los paseos que por todos lados adornan diariamente nuestra capital; ví sus plazas públicas despejadas de la insalubre suciedad que ocasionaba la venta de comestibles; observé mejoras en la limpieza; buena arquitectura en las fuentes y puertas modernas; gusto y elegancia en la innumerable multitud de tiendas y cafés; admirable provision de comestibles en los varios mercados; comodidad incalculable proporcionada por la multitud de mercaderes ambulantes que bajo distinto diapason entonan sus géneros por las calles; belleza y baratura en los objetos artísticos espuestos en los almacenes; prueba incontestable de que hay literatura en la multitud de carteles con letras de á medio pie que adornan las esquinas; decencia y lujo en los vestidos, carruages y habitaciones; y mil proyectos útiles, en fin, para lo sucesivo, tales como el del alumbrado, conduccion de aguas, magnífico teatro, y otros semejantes,

de los cuales espera esta capital su futuro engrandecimiento.—Y animado por la contemplacion de tantas bellezas, no pude menos de rendir en el interior de mi pecho el mas sincero tributo de admiracion y gratitud á las autoridades matritenses, que tanto se desvelan por la prosperidad de este pueblo.

El entusiasmo que aquel paseo habia infundido en mí, fué suficiente á hacerme tomar la pluma, y llamando en mi auxilio la musa de Chateaubriand, tracé las siguientes líneas: «¡Levanta la cabeza, villa de los dos mundos; le»vanta la cabeza y sal del abatimiento á que una mano es»traña te redujo: desecha los tristes lutos hijos de una »guerra desastrosa, para vestirte de nuevas galas y pri»mores. Tü eres la joya de la España, tú eres palma del »desierto; la fuente del arenal y la estrella de la noche: »como el fenix renace de sus cenizas, así tú, mas hermosa »y brillante, te presentas despues de tus escenas lastimo»sas; viuda desconsolada que se adorna con preciosas ga»las para obsequiar al nuevo esposo; tu conquistada be»lleza y los nuevos encantos que ostentas forman la di»cha de tu enamorado ausente que vuelve á sus lares y »se admira de encontrarte mas jóven y mas bella que á »su partida... Permite ¡oh Mántua! permite que mi débil »voz entone tus loores; permite que enagenado con el »suave ambiente de tu eterna primavera...»

Pero al llegar aquí, el espantoso ruido de un aguacero y granizo improvisados súbitamente, no sin grave riesgo de mis cristales, vino á distraer mi atencion, y aun á arrancarme de mi amable éxtasis. Viendo, pues, que por entonces no me era tan facil volver á él, y conociendo por otro lado que mi estómago pedia á toda prisa el calor que habia subido al cerebro, me puse á cenar al ruido del chaparron, que no hay cosa como cenar tranquila-

mente mientras silba por fuera la furia del Aquilon y el bramido del Noto.

Consecuencia inmediata de la cena fué quedar rendido al sueño, del que no volví hasta bien entrada la mañana siguiente; el frio intenso que sentia me hizo mirar el termómetro, y ví que por una de aquellas bruscas transiciones tan frecuentes en nuestra atmósfera, habiamos pasado en pocas horas desde doce grados sobre cero á tres por bajo; con lo cual no estrañé la fuerte tos que me molestaba, y que sin duda fué presagio de las malas aventuras que me esperaban todo el dia. Mas halagado con el recuerdo del anterior, y á pesar del aguacero que habia durado toda la noche y amenazaba volver á empezar, púseme en la calle, con la idea de continuar mi paseo, á fin de concluir mi empezada jaculatoria.

Lo primero que desconcertó mi intencion, fué el inmundo lodazal de las calles, que no sabia como evitar, pues si buscaba las estrechas y remendadas losas, iba haciendo pasos vascos, impelido por la suavidad del lodo reposado sobre ellas; y si me salia al empedrado, siempre encontraba el medio de poner el pie en las frecuentes hondonadas y charcos. Leia los bandos fijos en las esquinas, y alababa las disposiciones que previenen á los vecinos barrer los frentes de sus casas; pero al mismo tiempo observaba la indolencia general en este punto, y no podia menos de irritarme al considerar este descuido en cosa de interés comun, cuya ejecucion debia ser voluntaria; y estando en estas consideraciones, ví desfilar delante de mí una multitud de mendigos, los cuales venian de recoger el segundo desayuno de un convento ó de una fonda, sin que á ninguno le ocurriese ofrecer su servicio á los vecinos para dar cumplimiento al barrido de las calles.

El cielo en tanto se iba cubriendo de nuevo, y no tar-

dó en romper en otro turbion que á todos nos hizo alijerar el paso; pero en vano: á la lluvia por igual y goteada, sucedieron muy pronto los asombrosos surtidores de los canalones de los tejados, los cuales describiendo una curva perfecta, cruzaban sus aguas en las calles estrechas, y en vano el mísero transeunte intentaba evitar su golpe; pues al menor descuido veíase aplanado y oia resonar sobre su sombrero la cascada de Aranjuez.—Muy luego, arroyos, mas rios que el Manzanares, se formaban en las calles, y si bien algunos puentes improvisados ofrecian su socorro mediante una corta y aun voluntaria retribucion, eran de suyo tan débiles y vacilantes, que habia una probabilidad mas que mediana de caer en el arroyo; lo cual no dejaba de divertir sobremanera á los grupos de mozos de cordel repartidos por las esquinas, que cargarian con media casa si alguno se lo mandase, y formaban escrúpulo de alargar su mano ni ofrecer el menor auxilio á los pasageros.

Yo buscaba el número 4 de la calle de.... para tomar puerto en casa de un amigo; y no bien le hube hallado, cuando sin reparar apenas en lo inmundo del portal, infestado por los vapores que exhalaban los dos depósitos que hasta la presente parecen indispensables en la mayor parte de los portales de esta córte, y sin mirar tampoco lo empinado, estrecho y oscuro de la escalera, subí á tientas, y llamé en el cuarto que me figuré ser el del amigo; pero se me dijo que no era allí, y que tal vez seria otro número 4 que habia enfrente. Atravesé corriendo la calle; subí á la otra casa (cuyo número por cierto estaba cubierto con una enorme muestra que decia: *Halmacen de ace-yte-vinagre, velas de sevoy demás comestibles*), pero tampoco era allí, y solo pude sacar en limpio que aun habia otros dos números 4 en la tal calle.

Mohino y enojado contra la numeracion de las ca-

sas por manzanas, que tanta molestia me ocasionaba continué la calle abajo, y me entré por el primer portal que encontré con aquel número: seguí largo rato su estrecha lobreguez, y ni él se acababa ni yo encontraba la escalera; en esto siento pasos precipitados detrás de mí; redoblo yo los mios, acábase el callejon, y me encuentro en otra calle distinta; con lo que vine en conocimiento de que aquello era un pasadizo formado, como la mayor parte de los de Madrid, por la union de dos portales accesorios, aunque sin adornos de cristales y primorosas tiendas como los *pasages* de París.

Desesperado con mis azares, y con la lluvia que aun proseguia, no sé que hubiera dado por hallar un coche que me volviese á mi casa; mas para encontrarle hubiera necesitado ir á casa de los alquiladores, y alquilarlo lo menos por medio dia, mediante la cómoda retribucion de cuarenta reales, lo cual era peor que aguardar á que pasase la lluvia. Tuve, en fin, que tomar esta última determinacion; mas por fortuna no tardó en despejarse el dia, y por una estravagancia del temporal, muy conforme con las anteriores, ostentar el sol su brillo natural.

Volvió la animacion de las calles; pero no volvió mi alegría, pues mis desdichas no desaparecieron con las nubes; distraido con las cavilaciones á que ellas me conducian, iba á torcer una esquina, cuando me miré rodeado de una docena de ligeros jumentillos que, recien aliviados de la carga de los costales de yeso, y animados por la flexible vara del mancebo que los presidia montado en el último término del mas provecto, no me dió lugar á defenderme en regla, sino grotescamente con manos y pies; recordando de paso al mozo con palabras harto duras la benéfica órden que les previene conducir su ganado sujeto á fila; pero aun estaba yo dirigiendo mi filípica, cuando

blandiendo la vara sobre los lomos de los pollinos, formó una densísima nube de yeso y desapareció con ellos, dejándome entregado al corage y á una violenta tos, que muy pronto conjuró contra mí á todos los perros que han sobrevivido á la persecucion judicial del verano pasado.

Salvéme lo mejor que pude de aquellos peligros; pero fué para tropezar en otro, enredándome en una cuerda atada á un palo que habia delante de una obra, y por pronto que quise salir, sufrí gran parte de la lluvia de cascote arrojado desde el tejado; apartéme de allí, y fuí á dar cerca de una docena de picapedreros que estaban labrando las piedras para una obra, los cuales acertaron á asestarme un guijarro á un ojo, en términos que hube de permanecer tuerto por todo el dia.

Tantos y tan graves contratiempos, irritaron mi bilis en términos que todo me incomodaba; los gritos de los vendedores, agudos y disonantes; el descoco de las naranjeras; las ropas nada limpias puestas á secar en balcones y ventanas; los tocadores al sol en calles no muy retiradas; el humo de las hachas que acompañaron al Santísimo Viático, impreso apropósito en el quicio del portal; las rejas salientes que amenazan los hombros de los adultos y las cabezas de los chiquillos; las riñas de los aguadores en las fuentes para tomar vez para llenar; las carretadas de bueyes cargadas de carbon; las interminables filas de mulas conductoras de paja; los inevitables serones de los panaderos ecuestres; los muchachos qué venden candela y suelen arrimarla al que no la solicita; los que salen en tropel de las aulas, ó convierten la calle en público anfiteatro imitando la corrida de toros; los fogosos caballos de la brillante carretela que se dirige al Prado; la eterna pesadez de los simones; la silenciosa embestida de los bombés *facultativos,* y la vacilante direccion de los cale-

sines. Todas estas y otras cosas que se me fueron ofreciendo á la vista en calles y paseos durante todo el dia, acabaron de completar mi disgusto.

Llegada la noche, tomé puerto en el teatro, en el cual no tuve otro contratiempo sino unas cuantas gotas de aceite que perpendicularmente me cayeron de la araña: y al volver á mi casa á la luz de los faroles (que solo sirven para hacer visibles las tinieblas), iba buscando las calles mas acompañadas por hallarse ya cerradas todas las tiendas.

Mi desgracia iba como siempre delante de mí: cuándo me hacia tropezar con una muralla provisional de cascotes apilados, procedentes de una obra, y colocados á tres cuartas de la pared, entre la cual dejaban un estrecho callejon apenas suficiente para el paso de una persona; cuándo me lanzaba de pies en un monton de cal recien apagada; ora me enredaba en una fila de basuras colocadas en medio del arroyo con ocho horas de anticipacion al acto de recogerlas; ora me ponia delante ciertos avechuchos nocturnos, cuyo mal aspecto y repugnante desvergüenza ofenden al pudor y la moral pública; por aquí me salia al paso una vacilante tertulia arrojada de una taberna; por allá oia aproximarse el ruidoso tren encargado de aquella parte mas sucia de la limpieza; huyendo de su olorífica influencia en el acto solemne de sonar las once, me acogia á la otra acera, á tiempo cabalmente de recibir el rocio con que una amable deidad alimentaba los tiestos de su balcon; por último, un sereno que venia detrás, entonó á este tiempo su agudísima y prolongada cancion, en términos que por miedo de que volviese á repetirla, le invité á acompañarme á mi casa, y fué lo único que hice bien en todo el dia, pues al aparecer su farolillo á la entrada de cierta callejuela que teniamos que atravesar, vimos

echar á correr dos hombres que sin duda no eran muy amigos de las luces.

Libre ya, en fin, de los pasados sustos, y procurando hacerme superior á las encontradas impresiones, reflexioné las inmensas mejoras que el aspecto de nuestra capital ha tenido en pocos años: reconocí que ellas son causa de la exigencia actual sobre los inconvenientes que aun observamos, y cuyo remedio en un pueblo grande no es obra de un instante, y me dormí contento con la lisongera perspectiva que el celo de las autoridades nos presenta, trabajando en hacerlos desaparecer de dia en dia.

(Marzo de 1833.)

Nota

Esta sátira del abandono y desaseo en que por un inconcebible, aunque arraigado descuido, yacia la capital del reino en la época á que se refiere, parece ahora demasiado blanda despues de comparar aquel estado con el que ofrece actualmente, y que honra sobremanera á la cultura de la poblacion y al celo y diligencia de la autoridad municipal. Seguramente que el mas apasionado del antiguo régimen y de los ayuntamientos perpétuos, de los corregidores *golillas*, de los *protectores*, de las *tasas*, *abastos*, *gremios*, *ordenanzas* y *cédulas* del Consejo, no podrán negar que con todo ese aparato y balumba de leyes y autoridades, y con un presupuesto de ingresos superior al que hoy cuentan las arcas de la villa de Madrid, la municipalidad perpétua, sea por las causas que fuesen, hizo poco, muy poco de lo que reclamaban las necesidades de la poblacion; y que sus calles y caserío, su pavimento, su alumbrado, sus paseos, susmercados, cárceles, hospicios, teatros y cementerios, ofrecian el aspecto mas repugnante, aspecto que no recuerdan hoy y que no concibirian ya posible los mismos que entonces lo toleraban y defendian.—Algo, sin embargo, empezó á mejorar en los años últimos del reinado anterior, merced á las mayores exigencias de la época, á los esfuerzos de los particulares, y al im-

pulso que no podian menos de seguir el mismo gobierno y autoridad. Don Domingo María de Barrafon, corregidor en aquella época, abrió y plantó nuevos paseos esteriores; atendió con celo á la mejora del arbolado disponiendo la formacion de un hermoso vivero, orillas del Manzanares; hizo construir algunas fuentes, y protegió el ensayo de alumbrado por el *gas*, que por entonces no pasó de ensayo.—Pero la verdadera época de reforma en todos los ramos de la administracion municipal de esta villa, data indudablemente de 1834 y 35 en tiempo de los nuevos ayuntamientos, y sobre todo del celoso corregidor don Joaquin Vizcaino, *marqués viudo de Pontejos.*

Este distinguido funcionario (cuyo nombre no olvidará jamás la poblacion de Madrid), fué el que inició el movimiento de progreso verdadero de civilizacion y de comodidad; y sin ser hombre de grandes estudios, ni superiores conocimientos, bastóle la energía de su carácter, la penetracion de su buen instinto, y la influencia y atraccion que ejercian sus modales simpáticos y caballerescos, para emprender y plantear con buen éxito mejoras radicales, no solamente en lo material de la villa, sino en sus establecimientos mas útiles y morales; mejoras que hubiera desenvuelto seguramente á no haber sido tan corto el período de su administracion (dos años escasos), pero que han servido, á no dudarlo, de base para todas las infinitas realizadas despues á su ejemplo.

Tán benéfico movimiento inaugurado por su administracion, ha seguido desarrollándose visiblemeute despues, y gracias á él, y á pesar de los períodos de turbulencias y discordias políticas, hoy presenta Madrid un aspecto halagueño que parecia irrealizable hace pocos años.

EL DIA DE FIESTA.

«Sin que pase la tarde
decir no puedes:
¡qué dia tan hermoso!
muchos como este.»

***

—¿Muchacho?

—Señor.

—¿Son campanas?

—Si señor.

—Temprano la han tomado; ¡si apenas es de dia!

—Es verdad; pero como hoy es una fiesta solemne, ya usted vé...

—Y qué ¿es á fiesta ese tañido?

—Mire vd., de todo hay; esas que se sienten á lo lejos son las de San Ginés, donde se celebra el santo del dia, y por eso tocan á vuelo, y las de mas cerca son las de Santa Cruz, y tocan á muerto, sin duda por aquel droguero gordo de la calle de Postas, cuyo entierro se verifica hoy.

—Cierra, cierra bien los balcones, que voy á escribir.

—¿A escribir, señor? no verá vd.

—Tanto mejor; con eso no sabré lo que me escribo y entraré en la moda del dia.

Ahora pues, leamos despacio mis notas y escojamos materia conveniente... pero han llamado.

—Muchacho.

—Señor.

—Mira quien llama.

—Es el vecino de arriba que va á caza y viene por vd.

—¿A cazarme á mí?

—Quiero decir; á que vd. le acompañe.

—Buenos dias, señor *Postas*.

—Buenos dias, vecino; ¿qué tal? ¿he cumplido la palabra?

—Si; pero hombre, salir así, tan de mañana...

—Pues mire vd., por mucha prisa que nos demos, ya llevaremos por delante cien escopetas que habrán estado esperando á que abrieran las puertas.

—¿Conque es decir que habré de vestirme?

—De cualquier modo; míreme vd. á mí; ¡qué sencillo! zapato blanco, botines de estezado, pantalon gris, chaqueta corta, sombrero de calaña, mi morral, mi frasco, y... y nada mas; lo que importa es ir ligero para poder andar mucho.

—¡Ah! ¿con que en eso consiste la diversion? Pero... ¡calle! ¿otro convidado mas?

—No señor; es el vecino de la tienda, el señor *Liga*, que viene armado con su caña y demás arreos de pesca para ver si me cogia la delantera en llevarse á vd.; pero amigo, por esta vez chasco se lleva.

—Ya escucha vd., señor Liga, mi compromiso; el señor Postas es mas madrugador que vd.

—No consiste en eso, señor vecino, sino en mi maldita caña, que he tenido que prepararla con todo cuidado por si acaso pica alguna pieza grande.

—Una ballena tal vez ¿no es verdad, señor Liga?

—Vaya, señor vecino, no hay que venirse con pullas, que á las veces donde menos se piensa salta la liebre.

—Eso de liebre (replicó vivamente el señor de Postas) me toca á mí, y salte ella una vez, que así se me escape á mí como por los cerros de Ubeda.

—Pues señores, ya estoy vestido y á la órden de ustedes.

—Ahora falta que escoja entre los dos elementos.

—El caso es que yo creo que los cuatro son á cual mejor, y si pudieran reunirse, no encuentro motivo para separarlos.

—Dice muy bien el vecino; ¿hay mas que marchar juntos, y allí donde atravesare el aire algun bulto, lucir usted su habilidad, señor Postas; y donde topáremos agua sacar yo partido de la mia?

—Vamos, señores, vamos, pues, á nuestra anfibia espedicion.

Esto diciendo nos dimos á luz por las pacíficas calles, donde solo encontrábamos á tales horas cual ó cual lechero ó buñolera, que preparaban con sus espeditos manjares el camino de la tienda de la esquina, que acababa de abrirse, y cuyo amo enjuagaba ya las copas del aguardiente.

La campana de una iglesia inmediata nos recordó que la primera obligacion era la de oir misa; entramos en el templo; su inmensidad y silencio inspiraban recogimiento y devocion; el sonido de la campanilla; los trémulos pasos de algun anciano; la tos de algun otro escondido en las capillas; los fuertes golpes de pecho de un mozo,

ó el silbado rezo de una anciana sentada en el suelo, eran los únicos objetos que alteraban tal vez aquella sublime tranquilidad; y penetrado por ella no pude menos de comparar tal espectáculo con el que algunas horas despues ofreceria el mismo templo, henchido de gentes de todos sexos y condiciones, mezclados sin distincion, y mas ocupados en ostentar sus gracias y sus adornos que en la contemplacion del acto religioso.

Cuando salimos de la iglesia ya las plazuelas iban llenándose de géneros y de compradores, siendo los encargados de las fondas los primeros que acudieron á hacer enormes provisiones, prueba no pequeña de la solemnidad del dia; y en tanto que mis acompañantes empleaban algunos maravedises en pan y en frutas, compré yo disimuladamente unas perdices y unos peces, dando encargo á un mozo que nos siguiera con ellos á lo lejos.

Saliendo despues por la puerta de Toledo, nos dirigimos al Canal, con el objeto de realizar nuestra alternativa diversion; el señor Liga, en cuanto vió el agua, tomó su posicion académica, enarbolando su caña, y el señor Postas echó á correr por los vericuetos con la escopeta al hombro; yo tomé asiento al lado del primero con el objeto de ser testigo de sus triunfos; pero en los tres cuartos de hora que permanecí con él, solo obtuvo por resultado una rana, un zapato y un pez, que me produjeron tres movimientos convulsivos de risa. Queriendo disimularla en lo posible, me alejé del vecino, fuí á encontrar al lejano mozo, y le envié cerca del pescador con encargo de pregonar sus peces, entretanto que me dirigia á buscar á Postas, cuyos repetidos tiros me daban la esperanza de una abundante caza.

La victoria, sin embargo, no correspondia á aquella salva, pues todo se redujo á un gorrion, que tasado por

peritos podria valer hasta ocho maravedises, á trueque de cinco reales muy cumplidos de municiones que iban ya consumidos. El héroe, sin embargo, no se desanimó, y viéndome venir redobló sus esfuerzos, sosteniendo con guardas y pastores tantas disputas como descargas hacia; pero observando yo lo inútil de su eficacia, resolví acudir al consabido espediente de llamar al de las perdices para que diese una vuelta alrededor del cazador.

Situéme despues en un puesto distante y segun la señal convenida, llamé con la bocina á mis dos corsarios; no tardaron en llegar cantando victoria, ostentando con aire triunfal sus presas, y contándome el pormenor de su captura; yo les felicité como debia; pero al preparar el almuerzo con ellas, no pude resistir á la tentacion cruel de hacer presente al señor Postas que aquellas perdices habian sido cogidas con lazo, y aquellos peces eran de otra clase que los que se dan en el Canal; replicáronme fuertemente; aparenté convencerme; mas volviendo á sonar el cuerno se presentó mi montero mayor con el resto de las provisiones. Dejo pensar el efecto grotesco que produciria su vista en ambos adalides; y solo diré que, descosos de recobrar su honor en el segundo ojeo, corrieron de nuevo á las armas, y me dejaron en disposicion de volverme pacíficamente á Madrid.

Las nueve poco mas serian, cuando le atravesé de uno á otro estremo, y mientras lo hacia con todo despacio saboreando las diversas escenas que se presentaban á mi vista, sentíme llamar por un amigo que me seguia de cerca, el cual tomando la palabra:—¿Qué es eso, señor Curioso (me dijo), va vd. recogiendo materiales para sus Escenas Matritenses? Pues algunos podria yo darle á usted, que tambien yo hago mis observaciones, y aun me precio de inteligente en el arte de Lavater. Y si no, ¿quie-

re vd. que le diga el estado y las circunstancias de todos los que van pasando á nuestra vista? pues oígalo vd.

¿Ve vd. aquel caballero tan bien portado que corre diligente con un lio debajo del brazo cubierto con su pañuelo? Pues ese caballero es un sastre que va á llevar la ropa á los parroquianos; diez y seis de ellos están esperándole sin salir de sus casas, y él no lleva recado mas que para cuatro, con que los otros doce irán á reconvenirle al taller; pero él ha provisto ya á este inconveniente cerrándole y marchándose á pasar el dia al soto de Migas Calientes.

Ahora repare vd. á esotro lado, y observe esa pareja que cruza delante de nosotros; media hora hace que salió la jóven (que en su guardapies de primavera, delantal negro, pañuelo amarillo y mantilla de sarga, muestra ser diosa de cocina) de una casa en la calle de la Magdalena, y al despedirse del ama que la encargó que volviera pronto, respondió muy satisfecha:—«Descuide vd., señora; en cuanto oiga misa »—Pero al volver la esquina de la calle, tropezó con aquel mancebo que la esperaba, y aunque en todo este tiempo que van juntos han pasado por diferentes iglesias, en ninguna han dado muestra de entrar; y no es lo peor eso, sino que por el rato que va trascurrido, tendrá ya la muchacha que volver á su casa.

—¿Y á vd. qué le importa, le repliqué yo á este punto, esa intriguilla escuderil? Eleve vd. un poco su pensamiento, y repare, si es que ya no lo hizo, en esta mamá noble, que acaba de salir de su casa, llevando delantero un pimpollo de muchacha; observe aquel cuidadoso descuido de su trage matutino; y cómo no ha temido su belleza á la peligrosa esperiencia de la papalina rizada y pegadita á la cara; vea vd. como ese pañuelito corto y recogido al cuello nos deja contemplar su talle delicado, y la botita de

color su pie de cinco puntos; mire vd. con qué gracia nos hace conocer que va á misa, ostentando en las manos su devocionario, lindamente encuadernado á la *Gauffré* por Alegría ó por Ginesta; pero sobre todo, ¿á que no adivina vd. por qué vuelve la cabeza tan repetidas veces hácia nosotros? Pues no se esponje y envanezca, que no repican por él, y si no, torne vd. su vista hácia ese jóven militar con capote de barragan azul forrado de encarnado, que viene detrás de nosotros acortando sus pasos y como midiéndolos á un compás conocido, rizándose los bigotes, y oblicuando sus miradas á la acera izquierda por donde va la niña.

—¿Y cómo ha sorprendido vd. su pensamiento?

—Muy facilmente: observando que él salió de un portal de en frente al mismo tiempo que ella de su casa, espiando despues sus miradas de inteligencia, y... pero ¿á qué cansar? Sígales vd. si quiere, y por mí la cuenta si no les viere oir una misma misa. Mas no, déjeles vd., y repare en ese jóven que se adelanta hácia nosotros con su trage deslumbrante, como que conserva aun todo el brillo de la fábrica; contemple vd. su atusado sombrero, todavía caliente de la plancha; su elevado corbatin; su lazo tan enigmático; sus botones de piedras de color; los sellos de similor purísimo; pues es un honrado ropero de la calle de Toledo que va derechamente á hacer su visita matutina y *en gran tren*, á su futura la hija de madama *Bobiné*, modista de Orleans; pero antes reflexiona que será bien comprar unos guantes amarillos para mayor autorizacion de su blanca mano, y con efecto, entra en aquella mal cerrada guantería; mas ¡ay! que ese que ha entrado detrás de él es un alguacil; mucho me temo que al guantero le ha de costar diez ducados de multa el vender guantes el dia de fiesta: verdad es que el dia de trabajo nadie se los compra.

—No pierda vd., por Dios (me dijo á este tiempo mi amigo), el espectáculo de ese coche simon, nuevo caballo troyano, en cuyo seno han encontrado cabida hasta once cabezas entre chichas y grandes, formando un grupo piramidal en forma de caricatura, á cuyo pie podria escribirse: *Una Boda del Barquillo.* La novia es una tabernera de la calle de San Anton, y el novio un alojero de la de San Marcos; el padrino, que es un tocinero rico de la Costanilla, ha tomado el coche para todo el dia, con el objeto de pasear la boda por las calles y saludar á todo el mundo; pero como las mulas son algo flacas y la carga demasiado gruesa, y como por otro lado han tomado la precaucion de emborrachar al cochero, de aquí viene esa marcha oblícua y desigual que vd. observa, y que concluirá por dar con la boda en el suelo, no sin grave contento de curiosos y muchachos, que acompañen con sus silbidos los lamentos de los contusos.

Con estos y otros espectáculos, eran las once cuando llegué á mi casa, y al pasar por delante de la tienda del señor Liga, observé á un mancebo muy agraciado que estaba á la puerta haciendo sonreir á la esposa de aquel, con lo cual no pude menos de esclamar: ¡Cosas del mundo! ¡su marido acaso no habrá sacado aun un pez, y á ella sin buscarlos se le vienen á la mano!

Subí diciendo esto á mi cuarto, cuando sentí abrir la puerta de mi vecino el señor *don Magnífico Pabon*, cuyo criado, cuadrándose en la escalera, preguntó:—«¿Es el peluquero de su señoría?»—No, amigo, le contesté; pero segun el tufo de esencias que me ha dado al pasar, juraré que le dejo á la puerta de la tienda, componiendo una receta de mil flores; y así era la verdad, pues á este tiempo subia ya el mancebo, preparando los peines al son del romance francés de *Le Trouvadour*.

Encerrado por fin en mi cuarto, me proponia aprovechar el resto de la mañana en disponer mi artículo; mas no bien lo empezaba á hacer, cuando entró por la puerta el señor don Magnífico en persona, radiante como un reverbero, que iba á la córte con su uniforme nuevo; propúsome acompañarle para hacer despues juntos varias visitas; acepté el ofrecimiento, y hénos aquí caminando á Palacio por entre una multitud de carruages de todas edades y condiciones, y de otra aun mas numerosa de pedestres en canillas, cuya vista fija en los pies se hallaba ocupada en defender las nacaradas medias de la inmunda profanacion del lodo.

Llegados á Palacio, subió mi compañero, y yo marché á esperarle en casa de un amigo, donde no tardó en llegar, con lo cual empezamos nuestras visitas de buen tono; pero tuvimos la suerte de despacharlas pronto, porque las señoras habian salido, cuál á la misa de la tropa, cuál á la *de las dos* en el Buen Suceso, cuál á la revista en el Prado, y cuál, en fin, á otras visitas; y esto me convenció de la ventaja de hacerlas en dia de fiesta. A todo esto eran ya las tres, y por indicacion de don Magnífico, y aunque no teníamos necesidad de ello, atravesamos á lo largo la calle de la Montera, en cuya acera izquierda se hallaba reunida á aquella hora entre sol y sombra, la flor y la nata de la andante caballería, y al pasar por aquellos grupos, no pudo prescindir mi vecino de bajar el cristal y sacar por el ventanillo la manga de su uniforme, con lo cual quedó satisfecho de haber fijado la conversacion general por cinco minutos.

La tarde de un dia de fiesta necesitaria por sí una prolija descripcion en que podria lucir el pintor el efecto de los contrastes. Pintaria de un lado á una buena parte de la multitud, piadosa y recogida, poblando las iglesias para

asistir al jubileo ó al sermon, en tanto que otra gran parte del pueblo, corre bulliciosa á los circos á presenciar las gracias de un novillo ó las desgracias de un volatin; opondria la variedad y la alegría de los retirados paseos, tales como la pradera del Canal, la Florida, la Vírgen del Puerto, la Fuente Castellana y otros así, en que las meriendas improvisadas, las danzas provinciales y los juegos bulliciosos ofrecen una animacion exagerada, y aun peligrosa algunas veces, á la prosopopeya uniforme de los paseos de buen tono, como el Prado y el Retiro; las ruidosas disputas de las tabernas, y las acaloradas discusiones de los cafés: la complacencia estraordinaria de los espectadores de la escena muda del descuartizado, ejecutada por *el primer fantasmagórico español*, ó de los azares de don Simplicio Bobadilla, y la fria indiferencia de la sociedad altisonante escuchando pocas horas despues el *Cid* de Corneille ó el *Pirata* de Bellini. Esto me hizo repetir la observacion que alguno ha hecho antes que yo, á saber: «que las fiestas son variedad en el aburrimiento del rico, consuelo y verdadero placer de pobre.»

Tarareando aun el rondó final de la ópera, regresé á mi casa para descansar de una vez; pero me hallé con un nuevo suceso que vino á distraer mi atencion, y fué que al entrar en mi cuarto, me hallé tendido al señor Postas llorando su desventura.

—¿Qué hay señor Postas, qué llanto es ese?

—Pobre de mí, señor vecino, pobre de mí; que he ido por lana y vuelvo trasquilado; quiero decir, que salí de mi casa á cazar sin haberlo conseguido, mientras que otro ha cazado en mi casa todo lo que habia en ella.

—¡Qué desgracia!

—Verdad es que no habia nada; pero menos he hallado

yo fuera, como no sea este fogonazo que me ha abrasado media cara.

—Vaya, consuélese vd., podrá ser que... pero ¿qué voces son estas que se sienten arriba? «*¡que me mata! ¡vecinos!* ¿qué es esto?

—Nada, señor vecino, no se asuste vd , será el tio *Curro Cariñena*, el oficial de zapatero que vive en la bohardilla de la esquina, que vendrá con el refuerzo acostumbrado en tales dias, y tratará de disculparse con su muger, dándola de palos.

—¡Infeliz! vamos á socorrerla.

Hicímoslo en efecto, no sin grave trabajo; y dejando al señor Postas en su habitacion, torné yo á la mia para acostarme, como lo hice, procurando desechar penas y enojos; pero el ruido del baile que aquella noche daba don Magnífico, pared por medio de mi alcoba, no me dejaba sosegar un momento, haciéndome renegar de mi vecindad, y del dia de la fiesta; cuando de repente siendo una agitacion universal en toda la casa, y entre carreras y gemidos llegan á mí las voces de «*fuego, fuego.*»—Salto precipitado de mi lecho, corro al peligro, y encuentro que era el fogon del señor Liga, que habiéndole abandonado sin precaucion por todo el dia, el marido ausente en la pesca, y la muger en los novillos, salia ahora con la ocurrencia de que se estaba quemando desde las seis de la tarde. La consternacion entonces se hizo general; toda la vecindad acudió á apagar el incendio, y aunque felizmente lo conseguimos muy pronto, tardamos aun el resto de la noche en recoger las reliquias de muchos efectos que algunos amigos oficiosos, para librarles de todo peligro, habian arrojado violentamente por el balcon.

(Abril de 1833.)

LA CASA A LA ANTIGUA.

«Ne genez pas, je vous en donne avis
tant vos enfans, ó vous, peres et meres,
tant vos moitiés, vous epous et maris,
c'est ou l'amour fait le mieux ses affaires.»

La Fontaine.

Muy distinto era el asunto que me proponia tratar en mi artículo de esta semana; pero al prepararme á ello, hallé sobre mi bufete una carta que me hizo variar de idea. Firmábala *don Perpétuo Antuñon,* sugeto para mí desconocido, aunque sus circunstancias me parecieron tan notables, que desde luego me propuse ponerlas en conocimiento de mis lectores. Cavilando largo rato sobre el modo de hacerlo con mayor efecto, no hay que decir que corté varias plumas, tracé algunas líneas, las borré luego, cambié muchas veces de papel, y me rasqué no pocas las orejas y la frente; pero todo en vano, pues nada de lo que escribia llenaba mis deseos; hasta que volviendo á leer la carta, me ocurrió la feliz idea de que en vano intentaria yo prestar á mi pintura aquel colorido fiel y sencillo que la da

el pincel del propio interesado; y en su consecuencia nada podrian agradecerme tanto mis lectores como recibir de mis manos el mismo bosquejo original. Lo cual diciendo, tuve por bien salir de mis apuros, sin otro trabajo que el de trasladar literalmente dicha carta, y héla aquí punto por coma.

«Señor Curioso; vd. es el mismísimo Diablo Cojuelo, y aun mas, pues sin el ingenioso espediente de alzar los tejados de Madrid ni hacernos volar por los aires, como aquel al licenciado don Cleofas, nos pone vd. de manifiesto aquellas escenas que pasan de puertas adentro de nuestras casas, y cuya observacion se escapa á la mayor parte de los testigos. Esta pintura, desdeñada por el historiador, y exagerada en pro ú en contra por viageros y poetas satíricos, es tanto mas importante, cuanto que nos ofrece un espejo fiel en que mirar nuestras inclinaciones, nuestros placeres, y tambien nuestras virtudes, nuestros defectos y ridiculeces (pues desde luego convengo con vd. en que los crímenes no entran en su benévola inspeccion), y puede ofrecernos mas modelos que seguir y mas escollos que evitar que la misma historia; por la sencilla razon de que hay mas Juanes ó Mengas que Titos y Dioclecianos, y que la mayor parte de los hechos y dichos de los varones célebres de Plutarco, parecerian ridículos en un mercader de la calle de Postas.

»Pero supuesta la necesidad de esta moral linterna mágica, y supuesta tambien la dificultad de iluminarla de modo que todos la veamos, no pudo menos de asaltarme la idea de que vd. tenga á sus órdenes algun espíritu foleto para comunicarle los sucesos con la verdad con que los describe, como si á un mismo tiempo fuera jóven, viejo, elegante, pelucon, padre, amante, galan, cortejo ú pretendiente. Esta consideracion, que me ha ocupado tres noches

de desvelo, me ha hecho temer que el dicho malantrin, al comunicarle la noticia de mi desman, la tuerza y desfigure tal vez en menos pro de mi buena fama; y por si así sucediere, quiero yo mismo ser fiel coronista de ella y describírsela á vd., á fin de que despues haga el uso que crea conveniente.

»Para mayor inteligencia de mi discurso, empezaré por decir á vd. que aquí donde no me vé, soy un antiguo comerciante; que habiendo debido á la Divina Providencia y á cuarenta años de trabajo un capital respetable, fruto no de quiebras fraudulentas ni de especulaciones ilícitas, sino de una honradez y buena fé nunca desmentidas, resolví habrá cinco años, retirarme de los negocios, y vivir tranquilo en mi casa con aquella uniformidad y dulzura á que me inclinaba ya el conocimiento del mundo.

»No le negaré á vd. que la causa principal de mi retiro fué sin duda la continuada reflexion sobre los vicios que la miseria parece haber puesto á la moda. Observé la mala fé de los diestros estafadores; ví la hipocresía de los falsos amigos; adiviné el interés de los bajos aduladores; y conocí, en fin, la delicada posicion de un hombre de bien en medio de las asechanzas que le rodean; y sea esta conviccion, ó mi natural deseo del descanso, ello fué que desde entonces me cerré herméticamente en mi casa, con la sola compañía de mi esposa, una hija niña, y dos antiguos criados de conciencia esperimentada.

«Confesaré á vd. que el edificio que ocupo en un barrio lejano es de los mas antiguos de Madrid, y que su aspecto sombrío, sus balcones de gran vuelo, la enorme ala del tejado, y toda su esterioridad, están anunciando á los transeuntes su fecha de tres siglos: convengo tambien en que el interior no es de mas moderna invencion; que no

reina en él la economía presente; que las pinturas son antiguas, los techos envigados y de una altura desmesurada; las puertas colosales, los vidrios pequeños y verdinegros, las baldosas cortadas y desiguales; pero en cambio es casa propia, tengo en ella salones inmensos, corredores interminables, escaleras interiores, habitaciones independientes, buhardillas y sótanos para guardar un almacen. Por otro lado, la prodigiosa multitud de muebles que poseo, no solamente encuentran cabida en este inmenso casaron, sino que juegan muy bien por su fecha y por su forma con lo material del edificio;—y si no, dígame vd., ¿en cuál de los del dia podria yo colocar las costosas arañas de doce brazos que llenan ellas solas una sala, los cuadros de tres ó cuatro varas, las mesas macizas de nogal, los sillones de baqueta de Moscovia, las camas imperiales, los bufetes de cuatro registros, las alacenas y las cómodas de doce cajones? ¿Ni qué bien irian en una casita de muñecas las floreadas cornucopias, las estampas del Hijo pródigo, los ricos escaparates del Nacimiento, los sitiales encarnados, los bancos de respaldo, las colgaduras de damasco, los tapices de Ciro, los tiestos de tinaja, los relojes de flautas clavados en la pared, las rinconeras de dos pies, los mapas de media caña, los biombos chinescos, los belones de cuatro pábilos, ó de bomba de cristal, los armarios enrejados, las figuras de talla, y tantos enseres á este tenor como forman el adorno de mi habitacion? Y por último, ¿qué figura habia de hacer yo mismo, vestido á la 1805, con mis zapatos en punta, hebilla de plata, media negra, calzon corto, chaleco cumplido, corbata blanca sin lazo, baston de tres altos, empolvado tupé y sombrero en facha?

»Sin querer, señor Curioso, le he hecho á vd. la descripcion de mi habitacion y de mi persona; ¿quiere usted saber mi método de vida?—pues oígale vd.—Yo me

levanto al salir el sol, y mi primera diligencia es acudir á oir misa á la parroquia, donde todos los concurrentes nos conocemos ya de vista cuotidiana; satisfecho este primer deber, me suelo dirigir á cualquiera de las plazuelas de San Ildefonso ó de Santo Domingo; allí, al mismo tiempo que tengo un rato agradable con la animacion y bullicio del mercado, ajusto de paso algunas provisiones y sé mejor que sus amos lo que cuestan las que llevan los criados de mi vecindad. De vuelta á mi casa, me entretengo agradablemente con el jicaron de dos onzas de chocolate, eclipsado entre cuatro baluartes de tostadas y bollos, cuya sustancia restauradora me presta fuerzas para la lectura del Diario (único papel á que conservo aficion, por ser á mi entender el que mas ideas contiene); y como vea en él el anuncio de alguna almoneda ó pública subasta, no dejo de anotarlas en mi registro para darme una vuelta por ellas, último resto que conservo de mi inclinacion mercantil.

Cuido despues de mis tiestos y mis canarios, y salgo á las diez á visitar algun amigo de mi humor y de mi edad, con el cual me entretengo en ensalzar lo pasado á costa de lo presente; entro luego en una librería, donde suelo escuchar cosas que no están escritas en ningun libro; recorro despues plazas y prenderías, buscando preciosidades parecidas á las que yo conservo en mi casa, lo cual suele darme cierto aspecto de anticuario; examino despues el estado de las obras públicas, calculando su duracion, (en cuyo cálculo suelo equivocarme en algunos años); y por último, vengo á parar en mi antiguo almacen, recordando en él los vaivenes de mi juventud, cual el viejo marinero sentado en la playa contempla como en sueños sus pasados sustos y alegrías.

»Allí permanezco hasta que suena la una del reloj

del *Buen Suceso,* á cuya hora vuelvo á mi casa, en la que percibo ya el olor de mis compras de la mañana; mas como no hay cosa que se envidie mas que un sentido á otro, no tardo en confiar al gusto los placeres del olfato, y sentado entre mis dos femeninas compañeras, empiezo la comida, que entre trabajo y descanso suele prolongarse hasta las tres.

»Alzados los manteles, me retiro á dormir una horita de siesta, y despues salgo á paseo con algun amigo (que por lo regular suele ser un religioso), dirigiéndonos despacito por el camino de Chamberí ó á las ventas de Alcorcon. Sentámonos donde nos parece, al sol ó hácia la sombra; parámonos de vez en cuando á tomar un polvo, y departiendo nuestros sentimientos en sabrosa é inocente plática, aguardamos á que el sol empiece á esconderse, para volver á la capital y dirigirnos, ya juntos, ya separados, á restaurar nuestras fuerzas con la segunda toma de chocolate, precedida de un vaso de limon ó de agraz. Reuno despues la familia, rezamos nuestro rosario, y acabado este, suelo retirarme á mi despacho á leer un par de horas; ó bien acontece bajar el vecino don Segundo con su esposa, (que forman con la mia y conmigo dos parejas homogéneas), para jugar una manita de mediator ó malilla, hasta las nueve, hora en que indispensablemente he de cenar, á fin de poder oir entre sábanas la campana de las diez.

»Tal es mi método de vida, que solo se interrumpe dos dias en el año, cuales son el del santo de mi esposa y el mio: en ellos, además del convite á los vecinos á mesa y refrasco, es de ordenanza el tomar un palco para ver la funcion del coliseo, sea cual fuere, y sin cuidarnos de si pertenece á la familia clásica ó á la romántica, aunque siento mucho cuando toca en el género fastidioso.

»Pero es el caso, señor Curioso de mi alma (y aquí entra la parte mas sensible de mi narracion), que así como no siempre llueve á gusto de todos, tampoco esta serenidad complacía á mi hija única desde que dió asomos de querer cumplir los quince; y desde aquel instante cesó la tranquilidad de mi existencia. Hecho un Argos vigilante de sus pasos, con el fin de que no llegase á conocer las seducciones del mundo, me oponia á todo aquello que consideraba propio á despertar sus pasiones, evité cuidadosamente que ninguna persona humana, mas que mis dichos vecinos visitase nuestra casa; cerré puertas y balcones; prohibí amiguitas; desterré lecturas, músicas y baile; y en los ratos que me ostentaba mas amable, de vuelta á casa, despues de un paseo con ella á la fuente del *Pajarito* ó á Nuestra Señora del Puerto, en vez de mi ordinaria cancion contra las costumbres del dia, la daba á leer algunos de los artículos de usted en las *Cartas españolas* ó la *Revista*, tales como *Las visitas de dias*, *El Prado*, *Las tertulias*, *Las niñas del dia*, etc., con lo cual creia haberla convencido de los inconvenientes del gran mundo para la juventud; pero si estos y los demás medios de mi defensa surtieron el efecto que me propuse, va vd. á juzgarlo por sí mismo.

»Ya he dicho á vd. que mi casa era inaccesible á los pretendientes que la belleza y buena dote de mi hija podrian suscitar; sin embargo, el amor y el interés fueron bastante móvil para hacer que algunos (y por cierto no despreciables) me hicieran proposiciones por medio de mis amigos; pero mi contestacion se reducia siempre á decir que mi hija era muy niña y no perdia tiempo (y á la verdad que esto último era demasiado cierto), con lo cual todos quedaban despedidos y yo satisfecho de mi

precaucion. El cielo, sin embargo, me reservaba el castigo de mi confianza, y aun no sé si diga, de mi manía.

»Yo tenia por mis pecados un pleito pendiente, de cuyo estado venia á darme parte alguna vez mi procurador *don Simon Papirolario,* el cual solia traer consigo, para llevar los autos, á su escribiente *Frasquito,* mozo despierto y hablador; este, con toda intencion, encontraba siempre el medio de empeñarme en disputas con su principal, mientras iba él á la cocina, ó á la pieza de labor á beber agua, ó á encender el cigarro, y... ¿lo creerá vd , señor observador?... Pues tal ha sido el disfraz que tomó el amor para rendir el corazon de mi hija; con este trastornó su cabeza, inspirándola una pasion frenética; y este, en fin, es el que á consecuencia de una larga serie de disgustos, de males y contiendas, tengo que consentir como yerno mio, despues de haber despreciado tan ventajosos partidos. ¡Un escribiente de procurador!...

»Ahora dígame vd. si debí esperar tan desgraciado suceso de mi sistema de vida, ó si cree mas bien que haya sido un resultado forzoso de él; en cuyo caso debo desengañar á los que le sigan, aconsejándoles que se engolfen en el gran mundo, y que escarmienten en cabeza del inconsolable—*Perpétuo Antañon.*»

Hasta aquí la carta del afligido corresponsal, y no habrá un solo lector que no haya observado en este buen señor á uno de aquellos espíritus exagerados que tienen la desgracia de no ver mas que los estremos de las cosas. Huyendo de las seducciones del gran mundo, vino á caer en el ridículo opuesto, convirtiendo su casa en un castillo; cerró las puertas al amor y se le entró por la ventana. ¡Lástima grande que no hubiera tenido un amigo sincero que á tiempo le hubiera aconsejado lo conveniente!

«Vigile vd. en buen hora (le hubiera dicho) sobre la conservacion de las buenas costumbres en su familia; pero no las revista de una austeridad insoportable: huya tal vez de las tertulias y sociedades en donde la seduccion se halla sistematizada; mas no cierre su casa á un pequeño número de personas escogidas y dignas de frecuentarla; dirija, en vez de torcer, las inclinaciones de su hija, y no dude que estas serán racionales cuando cese de mirar en el techo paterno una prision, y en el primer miserable atrevido que se la presente, su libertador y paladin.»

(Abril de 1833.)

LA CASA DE CERVANTES.

«Los sitios habitados en otro tiempo por los hombres ilustres, escitan grandes y generosos recuerdos, y no sin razon se ha comparado la fama que les sigue á aquellas preciosas esencias que llenan el espacio y se evaporan difícilmente.»

Jouy.

El antiguo Madrid no existe ya. Si por ventura lució con el nombre de *Mantua* en tiempo de los griegos, ningun vestigio, ningun testimonio sólido nos queda para probar tan remota antigüedad. ¿Pretendemos buscar el *Maioritum* ó la *Ursaria* de los romanos? ¿Dónde están, pues, los templos, los circos, los caminos, los acueductos con que aquellos enriquecieron su recinto? Ni una sola piedra nos demuestra su existencia en aquella época. Los godos, que arrancaron á los romanos el imperio de España, gobernándola por siglos hasta la invasion de los sarracenos ¿qué monumentos de su poder dejaron á esta villa? ningunos; ni las historias de aquellos reinados la nombran aun.

¿Qué pruebas tenemos de la prosperidad del *Magerit* de los mahometanos? Un estrecho recinto contenido desde el sitio donde estuvo el Alcázar, al de Puerta de Moros, y en él muchas calles revueltas y costaneras; uno ó dos templos de mezquinas proporciones, y los nombres de algunos sitios: tales son los únicos restos de la villa avanzada de Toledo, de la conquista de Alfonso el VI.

El soberbio Alcázar de Madrid, que resistió á las tropas del emperador de Marruecos, y posteriormente jugó un papel de importancia en las civiles guerras de don Pedro y don Enrique; doña Isabel y doña Juana; las poderosas murallas, las torres y puertas que aun se conservaban en el reinado del Emperador, todo fué desapareciendo con el tiempo; pudiéndose hoy apenas encontrar algun otro edificio cuya fecha sea anterior al establecimiento de la córte en Madrid por el señor don Felipe II. Empero aquella real determinacion, atrayendo á esta villa el poder y la riqueza de dos mundos, hizo nacer como por encanto una poblacion cuya estension y suntuosidad oscureció casi del todo las glorias de la antigua; y hé aquí la razon por qué los recuerdos matritenses apenas penetran mas allá de aquella época.

La imaginacion se sorprende con el brillante espectáculo de la córte del poderoso Felipe II y de sus dos sucesores. Capital de la monarquía mas estendida del orbe; llave de la política europea; teatro de los mas importantes acontecimientos; centro de los hombres mas distinguidos; Madrid se identifica entonces con los recuerdos mas gloriosos, y su historia es ya desde aquella época la historia de la monarquía.—Eternos por lo tanto deberian ser los monumentos de tal grandeza; mas por desgracia, el trascurso de los tiempos, los desastres de las guerras, y el capricho y comodidad de los moradores de esta villa, han

ido destruyendo continuamente aquellos históricos documentos, en términos que solo algun otro edificio público nos queda para idea de la córte de los siglos XVI y XVII.

Verdad es que la munificencia de los augustos soberanos de la casa de Borbon, dirigida por el buen gusto de la época presente, han hecho olvidar la falta de aquellas antigüedades con magníficas obras que prestan á la villa su actual suntuosidad.—El palacio de Felipe IV pereció; pero en su lugar se eleva uno de los mas elegantes de Europa. El sitio del Buen-Retiro, obra del poderoso conde-duque, apenas conserva vestigios de su primera faz, si bien ostenta en el dia nuevos primores. Los templos fundados durante los reinados de la casa de Autria, destruidos por la mayor parte en la invasion francesa, aparecen hoy despojados de su carácter de antigüedad, y revestidos del gusto moderno. Los paseos, teatro de las galantes aventuras de aquella época, presentan hoy un aspecto y una importancia diferentes; el ingenioso Calderon desconoceria el florido *Parque de Palacio* en el inculto término que hoy conocemos con aquel nombre, al paso que sentiria admiracion al contemplar el magnífico paseo que ha sustituido al desigual y escabroso *Prado de San Hierónimo.* Los palacios de los magnates, los edificios públicos, las magníficas puertas, y el aspecto, en fin, de novedad y elegancia que adornan á la córte de Cárlos III y Fernando VII, la harian desconocida á los mismos que en otro tiempo la pintáran; al inmortal Cervantes, al sublime Calderon, al fecundo Lope, al festivo Quevedo, y á tantos otros como en aquellos siglos formaron las delicias de Madrid, cautivando la admiracion de Europa.

Mas si nuestra exigencia y nuestro lujo pueden tal vez hallarse satisfechos con la moderna belleza de los objetos que nos rodean, no así lo quedaria nuestro entendimiento y

nuestra memoria, si pretendieran saborear la magia de los recuerdos, despojados ora de los restos de la antigüedad; en vano intentaríamos respirar el aura de la gloria en los sitios habitados por los hombres ilustres; en vano pretendiéramos identificarnos con ellos, uniendo su memoria á los objetos materiales que les rodearon en vida; la simple vista de aquellos monumentos nos sacaria al instante de nuestro error, ofreciéndonos solamente la mano del moderno artista, donde buscábamos la sombra del antiguo genio.

No era un mero capricho el que habia determinado en mí estas reflexiones, si no la escena que acababa de presenciar, y en la que yo habia sido uno de los interlocutores. Parado una de estas últimas mañanas en la calle del Leon viendo derribar la casa número 20 de la manzana 228. que hace esquina y vuelve á la de Francos, habia largo rato que permanecia abismado en aquellas ó semejantes consideraciones, cuando llamó mi atencion, viniendo á sacarme de mi éxtasis, el caballero Roberto Welford, jóven inglés de ilustre nacimiento, y uno de los poquísimos estrangeros que visitan nuestra España con solo el objeto de verla.

—¿Qué hace vd. ahí, me dijo, tan absorto y entretenido?

—Veo derribar una casa.

—Por cierto que es un filosófico espectáculo.

—Acaso mas de lo que vd. cree.

—Conforme: si la casa es de vd., desde luego le doy la razon.

—No, no es mia, ni un sentimiento material y mezquino es lo que me ocupa en este momento: mas sublime es la idea que me hacen nacer esas ruinas, y vd. sin duda

participará de mi sensacion, cuando le diga que en esa casa que desaparece ante nuestra vista vivió y murió pobremente MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA (1).

—¡*La casa de Cervantes*!... (un golpe eléctrico no hubiera hecho impresion tan repentina en el semblante del inglés como la que le produjo el solo nombre del autor inmortal). ¿Es posible? esclamó con resolucion, ¿y quién se atreve á profanar la morada del *escritor alegre, del regocijo de las musas*?

—El interés, Mister, el interés será el que justamente incline á su dueño á sacar mas partido de su propiedad, sin cuidarse de glorias que nada le producen.

—¿Y por qué no le producen? ¿Por qué los magnates, los cuerpos literarios, los particulares amantes de su pais, no se apresuraron á adquirir á toda costa el único resto conmemorativo de tan célebre autor, para evitar cuidadosamente su aniquilamiento?—(Y esto diciendo, sacó su album, y empezó á dibujar la fachada de la casa, accion sencilla, pero espresiva, que hizo correr mis lágrimas.)

—Los ilustrados historiadores y anotadores de Cervantes (decíale yo mientras continuaba su dibujo) han averiguado con efecto, á no poderlo dudar, que habitando esta casa arrebató la muerte al hombre célebre cuya sangre derramada en los combates, cuyo ánimo esforzado en las

(1) Léanse en prueba de esta asercion las noticias prolijas de los señores Rios, Pellicer, Mayans, Navarrete y otros; solamente no fijan el cuarto que ocupó, aunque hay razones para creer que fuera el entresuelo, y acaso podrian añadir á ellas fundamento los siguientes versos con que concluye el Viage al Parnaso.

«Fuime con esto, y lleno de despecho
busqué *mi antigua y lóbrega posada*,
y arrojéme molido sobre el lecho,
que cansa, cuando es larga, una jornada.»

prisiones, y el sublime mérito, en fin, de sus obras en la paz y en el retiro, no pudieron despertar la atencion de sus contemporáneos, viviendo en medio de ellos pobre y necesitado, y muriendo oscura y miserablemente el dia 23 de abril de 1616.

—¡Cómo! (esclamó vivamente el inglés), en el mismo dia que nuestro *Shakespeare*! Pero el poeta britano tiene el soberbio mausoleo de Westminster, al lado de nuestros monarcas, mientras que el español.... ¡qué contraste!

—Su cuerpo fué depositado por disposicion suya en el convento contiguo de las monjas trinitarias: pero el injusto desden que le persiguió durante su vida, privó á sus cenizas del homenage merecido; llegándose á ignorar hoy el lugar de su sepultura, culpa imperdonable en sus ingratos contemporáneos.

Los mas eruditos españoles que vinieron despues, ocupados cuidadosamente en recoger los mas pequeños datos de la vida del autor del QUIJOTE; los sábios de todas las naciones, formando una sola voz para encomiar aquella obra inmortal; las prensas y buriles, continuamente ocupados en reproducir sus bellezas con todo el lujo artístico, no eran aun completo desagravio á la ultrajada memoria de Cervantes. Estaba, pues, reservada esta gloria á nuestro monarca actual, consagrando á aquel un monumento mas noble y desconocido entre nosotros; si, amigo mio, á la voz del soberano, y bajo la direccion de un ilustrado magnate, cuyo nombre se enlaza naturalmente con los estímulos dados á las letras y á las artes, ya el cincel del español Solá reproduce las facciones del *manco de Lepanto*, para que colocada su estátua en una de los plazas públicas de esta capital, sirva de eterno tributo consagrado á la memoria del escritor que forma el or-

gullo de la nacion y las delicias del género humano (1).

—Cuando el gobierno da el ejemplo (replicó el inglés), el público no debia mostrarse indiferente; y una suscricion voluntaria deberia no solo haber libertado esta casa de su ruina, sino haberla consagrado esclusivamente á la mansion de un cuerpo literario ú otro objeto adecuado á la memoria del ilustre escritor.

—¿Qué quiere vd.? Esos testimonios prodigados al genio en otros paises, no escitan entre nosotros emulacion ni entusiasmo. Vea vd. desde aquí, sin ir mas lejos, aquella casa baja, señalada con el número 11 en la calle de Francos; pues esa fué propiedad del famoso LOPE DE VEGA, el cual colocó sobre su puerta esta filosófica inscripcion, que tampoco existe hoy: «*Parva propria magna, magna alliena parva.*» En ella vivió y murió; y aunque por una escepcion estraña entre nosotros, reunió durante su vida á una decente medianía la gloria que sus numerosas obras le produjeron (2) y mereció á su muerte el duelo general

(1) Esta estátua fué colocada en 1835 en la plaza de Santa Catalina, hoy de las Córtes.

(2) Los que exageran las riquezas de Lope de Vega, pueden leer los siguientes trozos de su testamento, que original he visto casualmente, y cuya copia conservo. Este testamento está otorgado en 26 de agosto de 1635, víspera de su muerte, ante don Francisco Morales, escribano del número de esta villa, y entre otras cosas dice lo siguiente.

—«Declaro que antes de ser sacerdote y religioso fuí casado, »segun órden de la Santa Madre Iglesia, con doña Juana de Guar»do, hija de Antonio de Guardo y doña María de Collantes, su »muger, difuntos, vecinos que fueron de esta villa; y la dicha mi »muger trajo por dote suyo á mi poder 22,382 rs. de plata doble, »é yo la hice de arras 500 ducados, de que otorgué escritura ante »Juan de Pina, *y de ellos soy deudor á doña Feliciana Felix del* »*Carpio, mi hija única*, y de la dicha mi muger, á quien mando »se paguen y restituyan de lo mejor de mi hacienda con las ga»nancias que le tocaren.

de todo un pueblo que acompañó sus restos hasta la bóveda de San Sebastian, muy luego fué olvidado en ella; y á pesar de los propósitos del duque de Sesa, su testamentario, de levantarle un mausoleo correspondiente, es lo cierto que no llegó á verificarse, y que sus cenizas fueron confundidas despues con las de la multitud.

Vuelva vd. la vista á esa calle que tenemos á la derecha (que es la llamada del Niño) en ella y su número 4 vivió el ingeniosísimo *Quevedo*, aunque de resultas de las graves persecuciones que sufrió, murió pobremente en la Torre de Juan Abad, siendo enterrado en Villanueva de los Infantes, á pesar de haber ordenado que su cuerpo se trajese á Santo Domingo de Madrid.

—»Declaro que la dicha doña Feliciana, mi hija, está casada con »Luis Usategui, vecino de esta villa, y al tiempo que se trató el »dicho casamiento le ofrecí 5,000 ducados de dote, comprendién»dose en ellos lo que á dicha mi hija le toca de su abuelo mater»no.... *y respecto de haber estado yo alcanzado* no he pagado ni »satisfecho por cuenta de la dicha dote maravedis ni otra cosa »alguna, aunque he cobrado de la herencia del dicho suegro al»gunas cantidades.... mando se les paguen los dichos 5,000 du»cados.

—»Declaro que el rey nuestro señor (Dios le guarde), usando »de su benignidad y largueza, há muchos años que en remunera»cion del mucho afecto y voluntad con que le he servido, me ofre»ció dar un oficio para la persona que casase con la dicha mi hija, »conforme á la calidad de dicha persona; y porque con esta espe»ranza tuvo efecto el dicho matrimonio, y el dicho Luis Usategui, »mi yerno, es hombre principal y noble, y está muy alcanzado, »suplico á S. M. con toda humildad y al Excmo. señor Conde»duque, en atencion de lo referido, honre al dicho mi yerno ha»ciéndole merced, como lo fio de su grandeza.»

(Este testamento concluye nombrando por heredera universal á doña Feliciana, su hija única, y á la sagrada religion de San Juan, por lo que la perteneciere, segun los estatutos, y por testamentarios nombró al Excmo. señor duque de Sesa, don Luis Fernandez de Córdoba, y á su yerno Luis de Usategui.)

El mas privilegiado en este punto de nuestros antiguos escritores es *Calderon*; quien habiendo legado sus bienes á la piadosa congregacion de Presbíteros naturales de esta córte, de que fué hermano mayor, mereció de esta un sencillo cenotafio en el sitio de su sepultura á los pies de la iglesia de San Salvador, que aun existe con el retrato del poeta, pintado por su amigo don Juan de Alfaro (1).

Este es el único monumento que recuerdo existente hoy en Madrid elevado á las cenizas de un sábio, al paso que observará vd. muchos prodigados á nombres solo conocidos por sus títulos y riquezas. *Mariana*, *Solis*, *Saavedra*, *Moreto*, *Tirso*, *Juan de Herrera*, *Velazquez* y otros tantos, cuyos sublimes genios formaron otro tiempo el encanto de la córte y de la nacion entera, yacen ignorados, sin que nadie se duela de ellos: los modernos *Jovellanos*, *Isla*, *Melendez*, *Moratin*, *Cienfuegos*, *Maiquez* y otros muchos, víctimas de su desgraciada suerte, fueron por lo general cubiertos con estraña tierra; y si bien la benevolencia del monarca ha levantado monumentos duraderos á la memoria de varios de ellos con la edicion magnífica de sus obras, la indiferencia del público es la misma, y en prueba de ello me contentaré con citar á vd. un hecho solo.

Aun no hace tres años que la real Junta de damas de honor y mérito de la piadosa Casa inclusa de esta córte determinó rifar la casa y huerta de Moratin en la villa de Pastrana, de que aquel habia hecho generosa cesion á dicho establecimiento. Dejo á vd. considerar el resultado de una rifa abierta en Lóndres á la casa de Shakespeare, ó en París á la de Moliere; pues bien, en Madrid fueron tan

(1) A consecuencia del derribo de la iglesia de San Salvador en 1841 fueron trasladados los restos de Calderon al cementerio de San Nicolás, fuera de la puerta de Atocha.

pocos los billetes despachados á la de Moratin, que volvió á quedar por el mismo establecimiento; bien es verdad, que ni en los anuncios ni billetes se espresó haber pertenecido al Terencio español; pero esto mismo prueba la persuasion en que se estuvo de que semejante título no añadiria mayor estímulo á los jugadores.

A este punto llegábamos de nuestra plática, cuando un gran trozo de pared viniendo al suelo, y envolviéndonos en una nube de polvo, nos obligó á retirarnos de aquel sitio, si bien lentamente, y volviendo á cada paso los ojos á *la casa de Cervantes*.

Nota

La lectura de este artículo publicado por el *Curioso Parlante* en la Revista Española el dia 23 de abril de 1833 (aniversario de la muerte de Cervantes), llamó la atencion del rey don Fernando VII y escitó de tal manera el celo patriótico del difunto comisario de Cruzada don Manuel Fernandez Varela, que inmediatamente llamó al autor y empezó á dar activos pasos, que produjeron á los diez dias la real órden que se copia á continuacion. El autor de esta obrita se lisonjea en recordar aquí la parte que pudo caberle en tan patriótica resolucion.

REAL ORDEN.

«Ministerio del Fomento general del reino.—Cuando llegó á »noticias del rey nuestro señor que se estaba demoliendo por ha»llarse ruinosa la casa núm. 20 de la calle de Francos de esta cór»te, en que tuvo su modesta habitacion el célebre Miguel de Cer»vantes Saavedra, que tanto honor y lustre ha dado á su patria, »se sirvió S. M. prevenirme que por medio de V. S. se hiciesen »proposiciones al dueño de ella, para que adquiriéndola el gobier»no se reedificase y destinase á algun establecimiento literario. »Pero habiendo manifestado V. S. que aquel tenia repugnancia á »enajenarla, y queriendo S. M. por una parte que sea respetada »la propiedad particular, y por otra que quede á lo menos en di-

»cha casa y á la vista del público un recuerdo permanente de ha-»ber sido la morada de aquel grande hombre, ha tenido por con-»veniente resolver, que en la fachada de la referida casa, y en el »parage que parezca mas á propósito, se coloque el busto de Mi-»guel de Cervantes, de que está encargado don Esteban del »Agreda, director de la real Academia de San Fernando, con una »lápida de mármol y la correspondiente inscripcion en letras de »bronce. El comisario general de Cruzada, vice-protector de la »misma Academia, don Manuel Fernandez Varela, animado de su »celo por el fomento de las artes, y por las glorias de su patria, se »ha apresurado á proponer á S. M. que de los fondos que se ha-»llan bajo su direccion, y de la parte de ellos que está destinada »á auxiliar á los artistas, se haga el gasto necesario para llevar á »efecto este pensamiento, lo que S. M. se ha dignado aprobar. Y »de su real órden lo comunico á V. S. para que tenga su debido »cumplimiento, poniéndose V. S. de acuerdo con el espresado co-»misario general vice-protector de la Academia, á quien lo trasla-»do con esta fecha, y con el dueño de la casa que ha dado para »ello su consentimiento. Dios guarde á V. S. muchos años.—El »Conde de Ofalia.—Madrid 4 de Mayo de 1833.—Señor corregidor »de esta villa.»

En consecuencia de esta real órden, y verificada la reedificacion de la casa, se colocó sobre la puerta principal de ella, que da á la antigua calle de Francos, un medallon de mármol de Carrara que representa la imágen de Cervantes en alto relieve, sobre un cuadrilongo de piedra berroqueña, adornado con trofeos poéticos, militares y de cautividad, y debajo una lápida de mármol de Granada con esta inscripcion en letras de oro:

Aquí vivió y murió
MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA,
cuyo ingenio admira el mundo.
Falleció en MDCXVI.

La manifestacion al público de este monumento tuvo lugar el dia 13 de junio de 1834; y posteriormente en las reformas de los nombres de muchas calles de Madrid, verificada por el celoso corregidor marqués viudo de Pontejos, se dió á la ya dicha de Francos el nombre de *Calle de Cervantes*, aunque para proceder con claridad este nombre le merecia la calle del Leon, porque en ella propiamente estaba la casa, aunque con acesorias á la de

Francos; y con eso pudiera haberse llamado á esta última calle de *Lope de Vega*, pues consta la casa en que vivió y murió, aquel gran poeta. Posteriormente se ha titulado la del Niño, traviesa de aquellas, con el nombre de *Quevedo* que tuvo en ella su casa.

Muchos años despues, hallándose en igual caso de demolicion la pequeña casita (n.° 95 nuevo) en las Platerias, que poseyó y habitó el insigne *D. Pedro Calderon de la Barca*, y en la cual falleció, tambien el autor de esta obrita salió al encuentro tan eficaz y oportunamente, que no solo consiguió detener su comenzada demolicion, sino que escitó al Ayuntamiento á poner una inscripcion que (aunque en verdad muy pobremente) recuerda aquella circunstancia.

Ultimamente, á propuesta suya en el seno de la Real Academia Española, esta ilustre corporacion ha dispuesto colocar un elegante monumento en la casa de dicha calle de Cervantes, n.° 15 nuevo, que fué propiedad del *Fenix de los Ingenios* LOPE DE VEGA, y en la cual falleció; y la solemne inauguracion de dicho monumento tendrá lugar el 25 de noviembre próximo, aniversario del nacimiento del gran poeta.

ADVERTENCIA.

Desde el articulo anterior de *La casa de Cervantes*, publicado en abril de 1833, hasta el de *Diario de Madrid*, que lo fué en igual mes de 1835, mediaron dos años cabales, que el autor empleó en un viage de recreo hecho á Francia é Inglaterra.—En este largo período y dilatado paseo, no solo tuvo ocasiones de ejercitar su espíritu de observacion, sino que coincidiendo con aquel período los graves acontecimientos acaecidos en nuestro pais, la muerte del monarca, la variacion del sistema político, la reunion de las Córtes y promulgacion del Estatuto Real, la guerra civil, la invasion del cólera morbo, y la supresion de las comunidades religiosas, varió completamente el aspecto, carácter y costumbres del pueblo español; así como la mayor libertad en la espresion del pensamiento abria ya ancho campo á la pluma del escritor. —En una sociedad constituida ya de tan diversa manera, agitada por tan encontradas pasiones, y movida por tan nuevos resortes, para quien la lucha de las opiniones políticas era el principal alimento la guerra y el debate los medios, la victoria y el triunfo su fin, déjase conocer cuán descoloridos é insignificantes debian parecer los cuadros sencillos é inofensivos de una sociedad apacible y normal que ya no existia, trazados por el modesto pincel del *Curioso Parlante*.—Así lo reconoció él mismo, y convencido de su insuficiencia para brillar en otro terreno mas propio del dia, renunció por largo periodo á su agradable y filosófica tarea, dejando á la marcha del tiempo y de los acontecimientos públicos el cuidado de marcarle la oportunidad de continuarla.

Pero la comezon del escritor es una tiranía que domina absolutamente su voluntad; y aunque supo contenerla por espacio de dos años, no pudo menos de transigir con ella algun tiempo antes del que se habia propuesto; si bien encerrándose siempre den-

tro de los estrechos límites que se impuso desde el principio, y limitándose á *terminar* con algunos cuadros mas la revista festiva de la sociedad que desaparecia, sin darse por entendido del nuevo giro que tomaba la moderna.—Los artículos de ***El Diario de Madria***; ***La procesion del Corpus***; ***Paseo por las calles***; ***El patio de Correos***; ***Las casas de Baños***; ***El Sombrerito y la Mantilla***; y ***A Prima noche***; son los que completaron por entonces aquella série, que publicó en dos tomos con el título de PANORAMA MATRITENSE, y comprende desde enero de 1832 hasta octubre de 1835; y para hacerlos mas independientes de las circunstancias presentes, para separarlos absolutamente de toda tendencia política, renunció el autor á insertarlos en ninguno de los numerosos periódicos que por entonces se disputaban ya el favor del público, y escogió para trasmitirlos, el modesto folletin del ***Diario de Madrid***.

EL DIARIO DE MADRID.

I.

Por real privilegio firmado en el sitio del Buen Retiro por el rey don Fernando VI en 17 de enero de 1758, se concedió permiso á don Manuel Ruiz de Urive y Compañía para publicar en esta córte un *Diario curioso, erudito, comercial y económico*. Dicho Urive dió principio á su publicacion el 1.º de febrero del mismo año, dándole la forma de medio pliego español, y componiéndole de discursos eruditos, y una segunda parte dedicada á las noticias comerciales de ventas, alquileres, etc., y hé aquí el principio del *Diario de Madrid*, de cuyas primeras y mezquinas bases se ha ido apartando tan lentamente con el trascurso del tiempo y de los adelantos de la perfeccion social.

Desde luego llamó mucho la atencion del público por la importancia y utilidad de su objeto, y el gobierno por su parte no dejó de sacar partido de su publicacion, haciendo insertar en él aquellas noticias y advertencias que juzgaba oportunas. Entre otras, y como muestra de la

época, citaremos únicamente la disposicion del juez de imprentas, que al mes de la publicacion, y con fecha de 9 de marzo del mismo año de 1758, dispuso que la primera página del Diario la ocupase la vida del Santo del dia; y asi se empezó á verificar desde el siguiente 10 de marzo, con notable entretenimiento sin duda y edificacion de los lectores. Sin embargo, no debieron ser estos tan completos, cuando vemos que esta piadosa costumbre no se observó sino el resto de aquel ano, dejando de poner dicho capítulo en 1.º de enero del siguiente de 1759.

Desde entonces empezó á insertar en su primera parte discursos eruditos y científicos sobre historia, viages, geografía, astronomía y otras ciencias, que si bien no decian nada de nuevo ni eran otra cosa que copias miserables de obras conocidas, no dejaban de tener un objeto laudable. Por este tiempo fué cuando apoderándose el editor de la «Historia general de los viages,» tuvo la entretenida ocurrencia de ir copiando en un Diario de medio pliego algunos tomos de ella, lo cual no deja de ser una prueba mas de la candidez de aquella época bienaventurada. Sin embargo, sea que el público no correspondiese con su gratitud á aquel torrente de ilustracion, sea por cualquiera otra causa, es lo cierto que el Diario por entonces no llevó una marcha tan firme que no hubiera de sufrir sus intercadencias; y así le vemos eclipsarse de vez en cuando, y dejar de salir, por ejemplo, todo el año de 1775, volviendo á aparecer en 1.º de enero de 1776, tornando á suspenderse en 1.º de julio de dicho año, y durante todo el de 1777, y cesando, en fin, de todo punto en 31 de diciembre de 1781.

Apagóse, por fin, aquella luminosa antorcha matritense; y puesto que seamos historiadores de ella, no nos atreveremos á asegurar si el público de la capital la olvi-

dó pronto, ó si bien una vez conocida su utilidad, se condolió de su desaparicion; pero hablando con la buena fé que nos caracteriza, como que nos inclinamos á creer esto último, y sin duda hubo de pensar así el estrangero don Santiago Thewin, que considerando el partido que podia sacarse de esta publicacion, solicitó y obtuvo el permiso para continuarla, y en su consecuencia empezó á salir á luz el *Diario curioso, erudito y comercial*, en 1.º de julio de 1786. De esta época, pues, data la verdadera existencia del Diario de Madrid, y desde luego por su redaccion y por su forma empezó á tener mas analogía con el verdadero objeto de su publicacion.

Un observador que cotejase el primer Diario de Urive con el de Thewin por las materias contenidas en la primera parte, no dejaria de reconocer el progreso que los conocimientos y el gusto iban adquiriendo, así como tambien el mayor movimiento mercantil é industrial de la capital, por el número de anuncios que ya contenia. Bajo todos conceptos, pues, no se puede negar á don Santiago Thewin la gloria de verdadero fundador de esta empresa, y no queremos desaprovechar la ocasion de hacer observar al público una coincidencia singular que un poeta romántico no hubiera dudado atribuir á *la fuerza del sino.* Consiste, pues, en que habiéndose hecho la verdadera fundacion de este Diario por dicho Thewin, puso su imprenta y redaccion en 1786 en la Puerta del Sol, número 7, frente al Buen Suceso; y vemos que despues de medio siglo, por una combinacion casual de circunstancias ha vuelto á situarse en la misma *Puerta del Sol, número* 7, si bien no en la misma casa, y sí tres ó cuatro puertas mas arriba; pero la nueva numeracion de Madrid ha venido á suplir esta circunstancia, dando el número 7 al actual despacho de este periódico.

Desde dicha época siguió tranquilo el Diario de Madrid en la posesion de entretener al público con anécdotas mas ó menos curiosas, secretos raros de artes y oficios, documentos históricos, y observaciones sobre todas las cosas observables. El famoso *don Santiago Salanova,* que le dirigió por algun tiempo, amenizaba los mas de los números con acrósticos y ovillejos que debian ser un pasmo en aquella época: *Guerrero* y *Cacea,* dos famosos ingenios de entonces, cuyos nombres ha denunciado á la posteridad el gran Moratin (1), terciaban en tan agradable tarea, ya ofreciendo al público tiernas endechas y lastimeras elegías, «A la muerte del perro de Fílis,» ya retozando en burlescas letrillas de estrambote y pie quebrado, sobre las faltas de las mugeres ó las sobras de los maridos; y finalmente, el inagotable *don Lucas Aleman,* el Nestor de los poetas españoles, cerraba la funcion con sus relaciones y curiosos romances, que han sabido escitar la sonrisa de tres generaciones. ¡Felices tiempos en que tan fácil era entretener á un público tranquilo, y de cuyas mas fuertes sensaciones eran dueños Romero y Costillares, la Rita y García Parra! Entonces faltaban á los periodistas los asuntos en que ocuparse, y debia ser tal esta carencia, que vemos en un Diario de 1790 el ofrecimiento que hacia la redaccion de la cantidad de *diez reales* á todo el que le comunicase un artículo ó discurso sobre asuntos eruditos ó curiosos, lo cual no deja de deponer en favor de la fecundidad de los redactores ya citados.

Mas en fin, con un grado de interés mayor ó menor,

(1) El diablo dicta sus coplas,
Maldecidas de Minerva,
A don Alvaro Guerrero
Y don Antonio Cacea.

Moratin.—Romance.

arribó tranquilamente nuestro Diario al famoso siglo XIX, y aun consiguió alcanzar sin interrupcion hasta 10 de mayo de 1808; en que á consecuencia de los notorios sucesos del 2 del mismo mes, fué envuelto en el trastorno general y se empezó á publicar con carácter oficial por el gobierno francés, en un pliego comun, y conteniendo noticias políticas. En estos términos siguió hasta 17 de junio del mismo año, en que se suprimió por aquel gobierno, sustituyéndole por la Gaceta diaria: en 8 de agosto del mismo año, libre ya la capital de franceses, volvió á publicarse el Diario en la antigua forma de medio pliego, si bien conteniendo las noticias políticas que por entonces absorbian la atencion, y habiendo perdido su carácter primitivo; mas aunque despues volvieron los franceses á ocupar la capital, no recibió el Diario nueva alteracion, antes bien siguió tranquilamente durante la época de su dominacion, y pudo en 1814 recibir en sus páginas las apasionadas coplas del elegíaco *don Diego Rabadan*, las de la *musa sombrerera* de *Abrial* y otras de varios ingenios de esta córte, de cuyos nombres no queremos acordarnos. Pasó aquella época, vino la de la Constitucion, y nuestro Diario siguió tranquilo en medio de los vaivenes políticos, que le respetaron constantemente.

Sea por prudencia, sea por falta de direccion, fué escaseando los razonamientos y aun las coplas, y limitándose mas bien á la insercion de avisos oficiales y particulares, que daban ya suficiente alimento para llenar el medio pliego, hasta que en la Gaceta de 28 de marzo de 1829 apareció el prospecto del *Diario de Avisos de Madrid*, y se notició al público que S. M. habia concedido el privilegio de su publicacion por diez años á don Pedro Jimenez de Haro, mediante una retribucion anual para los establecimientos de beneficencia. En dicho prospecto se

anunciaba al público que el Diario en adelante no contendria ninguna especie de artículos razonados, sino simplemente los avisos del gobierno y los anuncios de los particulares: y ha sido tan fiel á este propósito, que desafiamos al mas lince á que en dicha série de los diez años nos encuentre, no digamos un solo artículo *razonado*, pero ni una línea, una palabra sola en razon, por el notorio abandono de los anuncios particulares.

De aquí nacian aquellos chistosos despropósitos que hacian reir diariamente al público maligno de esta capital; en unas ocasiones se vendian «*sombreros para niños de paja;*» en otras «*medias para clérigos de lana;*» «*hábitos y cajas para difuntos completos y de medio herraje;*» «*zapatos para hombres rusos hechos en Madrid;*» «*camas de matrimonio con su cópula correspondiente,*» y otras á este tenor, de que cada uno de los lectores tiene en su memoria suficiente acopio sin necesidad de mas citas de nuestra parte.

Cumplióse en fin aquella década, y en 1.º de abril del presente año de gracia de 1835, á virtud del nuevo permiso concedido á don Tomás Jordan, salió á relucir el *Diario*, doblando de un golpe sus dimensiones; y habrásenos de permitir el que despues de trazar la historia de esta publicacion, entretengamos otro dia la paciencia de nuestros lectores sobre el objeto y utilidad de ella, y las mejoras que á nuestro corto entender ha recibido.

II.

Hemos hecho en nuestro anterior artículo una historia del orígen y progresos de este periódico; réstanos, pues, en el presente discurrir sobre su estado actual, y las uti-

lidades que promete al vecindario de esta capital. Ellas son tales que le hacen indispensable á toda persona regular residente en Madrid; y si bien limitado al recinto de sus muros, viene á ser dentro de ellos la *órden del dia* para el movimiento económico de la poblacion.

¿Quién es, con efecto, el que no acude á este depósito central á adquirir las noticias respectivas que su curiosidad ó su interés le hacen desear?—La vieja devota, el hombre timorato buscan el santo del dia ó las funciones religiosas;—los que desean saber á punto fijo el grado de calor ó de frio que han sentido el dia anterior, no quedan persuadidos de ello hasta que lo ven confirmado en el Diario;—el militar busca la órden de la plaza, y el paisano las de las autoridades civiles;—el tendero ó la viuda rica examinan los anuncios de casas, ya *en pública subasta*, ya *á voluntad de sus dueños*; todo con el objeto de encontrar una en que poder colocar su arrinconado monetario, que el corto movimiento de nuestra industria les impide emplear mas útilmente;—los acreedores se consuelan con ver el señalamiento para las juntas de concurso en que tendrán la facultad de poder nombrar un síndico que parta con el escribano el resto del caudal del deudor;—los aficionados á la lotería tienen la satisfaccion de saber que tal ó cual premio ha caido en Madrid, y aun el nombre de una patriota conexionada con las víctimas del Dos de Mayo;—los que tuvieran alhajas que empeñar saben que hay Monte de Piedad;—el público todo conoce á como pagan el trigo los tahoneros,—y los que fiaron en el crédito del Estado para comprar una renta que los produjese un 5 por 100 al año, tienen la satisfaccion de saber que en el mismo espacio de tiempo han perdido un 15 en el capital.

Esto en cuanto á la primera parte de *anuncios oficiales*, que si de ahí nos deslizamos en la segunda que compren-

de los *particulares* de comercio é industria, ¿quién es el ser tan completamente independiente que no tenga que ver con algunas de estas líneas?

Si consideramos al hombre en general, debemos suponer que este hombre ha sido niño, y ha necesitado vacunacion, á menos que haya transigido con las viruelas;—ha necesitado nodriza (siempre que su madre no haya perteneciido á la plebe);—ha sido mancebo, y se ha visto obligado á tener bigotes ó patillas, ó bien le ha sido preciso quitarse uno y otro, segun la aplicacion que se haya dado al género romántico ó al clásico; y en cualquiera de los dos casos ha tenido que acudir á los *cosméticos* para hacerlas crecer, ó las navajas para rasurarlas;—ha sido dama, y ha necesitado ser hermosa, y si la naturaleza ingrata la ha negado una fina tez ó un agradable color, se ha visto obligada á adoptar *el agua de madama Ma*, ó *la balsámica de la Meca que usan las damas de Borneo*:—ha sido libertino, y siente los dolores osteocopos ó sifilíticos; en este caso nadie mejor que los empíricos pueden sacarle del apuro con bálsamos y redomitas;—ha sido gastrónomo, y es probable que le hayan gustado los jamones de Caldelas, ó las truchas del Barco de Avila;—ha sido viejo, y ha tenido pelo, ha tenido dientes, y ahora tiene callos, tiene gota, tiene... los ungüentos, los calefactores, los bragueros vienen á su socorro;—por último, se ha muerto; no tiene que pasar cuidado, que no ha de faltarle caja y mortaja á precios cómodos y á gusto del consumidor.

Todas estas y otras mas ventajas ofrece la lectura del Diario al hombre considerado en su estado natural; mas si le concretamos al social en que vivimos este hombre por fuerza se ha visto precisado á vestirse segun su clase, y ha debido acudir á los almacenes cuyos curiosos inventarios publica diariamente este periódico:—si ha obtenido

un empleo, puede encontrar á poca costa el uniforme, tal vez de su antecesor, y con él comprar la ciencia infusa que los bordados llevan consigo;—si ha de tomar casa ó poner tienda, se le presentan alquileres y traspasos de enseres y reputacion;—si es aficionado á la literatura, verá por los copiosos anuncios el estado floreciente de la nuestra;—si necesita criados que le sirvan, podrá escogerlos en la dilatada escala que media desde los sugetos decentes que se ofrecen á administrarle las fincas ó llevarle sus libros, hasta el mozo de mulas que se compromete á cuidárselas, si las tiene;—si necesita dinero, encontrará quien se lo preste, siempre que medie el correspondiente interés y una hipoteca bastante á juicio de usurero;—mas si por el contrario le sobrase y no supiera en qué emplearlo, podrá escoger cualquiera de las ocasiones que se presentan todos los dias de casas que se reedifican, hipotecándose el piso principal para la construccion del segundo.

Sobre la tercera parte del *Diario*, de cuya oportunidad le felicitamos, se ha hablado bastante, y hasta el nombre de *Agenda* que la designa dió lugar á los chistes de algun periódico. Unos se irritaron parque estaba en *latin*.—para otros estuvo en *griego*; y hubo quien sostenia que era una palabra demasiado *francesa*.—Nosotros confesamos nuestro pecado; pero tratándose de indicar movimiento ó *cosas que han de hacerse*, encontramos algo pobre en este punto nuestro Diccionario, (sin duda porque acaso sea la moda del pais el no hacer nada), y hé aquí la razon por que creimos prudente el haber acudido á nuestra madre la lengua de los romanos, entre quienes no debia ser esta palabra vacía de sentido. Esto en cuanto á la cuestion del nombre; por lo que hace á la esencia de aquel artículo diario, nos hace agradecerle el convencimiento de que en nuestra España todo el mundo es pretendiente ó litigante; pues el

que quiera moverse en cualquier sentido, ha de acudir á solicitar permiso para ello; el propietario que paga sus contribuciones constantemente, tiene que dar sendos pasos para obtener las cartas de pago; el que presta su dinero, ha de sostener un pleito para cobrarle; y el que adquiere cualquier derecho, le ha de costar *derechos* el conocerle.—Esto prescindiendo de las demás noticias curiosas que ofrece dicha *agenda* sobre correos y diligencias, museos y espectáculos. Este artículo faltaba sin duda á nuestro Diario para hacerle general á toda la poblacion, y puede asegurarse que en las primeras capitales de Europa no existe ni puede existir esta comodidad de un depósito central de noticias locales; lo cual es natural, atendida la inmensa poblacion de aquellas ciudades que da suficiente alimento de anuncios á considerable número de periódicos; pero esto, sin embargo, no es tan cómodo para el público como poder encontrarlos reunidos en uno solo.

Concluiremos, en fin, la reseña del actual Diario de Madrid, advertiendo que sobre todas sus ventajas ofrece la mayor en la baratura del precio. En efecto, todas aquellas se pueden obtener con poco mas de *dos cuartos diarios.* ¿Y quién es, repetimos, el que no saca de la lectura del Diario mayor utilidad? ¿Quién el que no pone á usura aquella módica suma? El conocimiento de un bando que liberta de una multa, el de un género mas barato, el ahorro de un paseo inútil para acudir á una audiencia, y demás circunstancias que dejamos enumeradas, ¿no valen dos cuartos al dia? Y si se calculan numéricamente todos estos conocimientos, ¿no habrá de tasarse mas que en ocho reales al mes?

Despues de todo lo dicho, solo nos permitiremos una observacion que prueba el adelanto de los tiempos, á saber, que este periódico, que tan limitado principio tuvo y

aun en sus mezquinas bases no podia sostenerse, no solo se basta en el dia á sí mismo, aun despues de sus notables mejoras, sino que puede rendir y rinde efectivamente al Estado y con aplicacion á los establecimientos de beneficencia, la crecida suma anual de *ciento veinte mil reales* (1).

(Mayo de 1835.)

(1) En la subasta posterior verificada en 1.° de octubre de 1842 á favor de don Ignacio Boix, quedó rematado el Diario en la cantidad de 21,600 rs. mensuales, ó sea 259,200 al año. Posteriormente ha ido subiendo hasta 30,000 rs. al mes, ó sean 360,000 al año.

Nota.

Don Lucas Aleman.—Don Diego Rabadan.—Trazando el autor en este artículo la historia del ***Diario de Madrid*** que en su humilde orígen, vicisitudes y progreso marcaba bastante á su entender la marcha económica y las necesidades crecientes de la poblacion, y hasta el gusto literario de las épocas anteriores, hubo de tropezar con estos dos célebres escritores á quienes sus numerosas composiciones métricas insertas en aquel periódico, dieron el carácter y popularidad propias de lo que por entonces se llamaba ***un poeta***; el primero en el período anterior á la guerra de la Independencia (que despues continuó con el carácter de política que daba á sus patrióticas composiciones) y el segundo en los años trascurridos desde que se concluyó aquella hasta 1820; y sin que sea visto ofender la memoria de aquellos dos honrados patriotas y laboriosos autores, preciso es convenir en que difícilmente se buscarian dos tipos mas característicos de la insustancialidad y del mal gusto del público de entonces.

El doctor en medicina ***don Manuel Casal***, que bajo el anagrama de ***don Lucas Aleman***, ha tenido la fortuna de vincular en él la sonrisa de tres generaciones, hasta su muerte ocurrida en abril de 1837, nació en Madrid en 20 de mayo de 1751 y ademas de algunas obras sérias sobre su profesion, empezó á darse á conocer bajo el seudónimo indicado en el ***Correo de los Ciegos*** y en el ***Correo de Madrid***, que se publicaba en 1786, y luego en el ***Diario de Madrid***, con multitud de composiciones festivas, de trivial

concepto, pero de espresion graciosa y popular. Y mas tarde, cuando despues de la guerra de la Independencia, pudo darlas el preciado matiz del patriotismo, se hizo dueño de las voluntades con la chistosa série de fabulillas, cuentos y folletos que publicó bajo los títulos de *La Pajarera*, *El mochuelo Literario*, y otros; en cuyas gratas tareas unidas á las no tan agradables de su profesion, y al estudio y lectura de su variada y copiosa biblioteca, prolongó su existencia y su amable popularidad hasta los 81 años de su edad, en los últimos de los cuales tuvimos aun el placer de tratarle.

Don Diego Rabadan, que *floreció* mas adelante y en la época que dejamos ya indicada de 1814 al 20, es otro tipo de índole diversa y representa admirablemente la otra série de seudo poetas en que se dividia antes su muchedumbre, ó sea la de los hombres de mucho y mal digerido estudio, ofuscada imaginacion y depravado gusto, que buscan en las hipérboles y conceptos mas oscuros é intrincados la sublimidad del estilo y la entonacion digna de las musas. Henchida su imaginacion de esta idea, amenguada su razon con el estudio y la meditacion de todas las monstruosas obras del ingenio Gongorino, era en fin, por las clases de sus estudios, por sus modales, y hasta por su figura escuálida y estravagante, el traslado material del ingenioso hidalgo-caballero, con aplicacion á la poesía, la encarnacion viva del vate tuerto que arenga á Apolo en la sátira de Moratin *La derrota de los pedantes*.

La época desdichada en que tocaba á Rabadan pulsar las cuerdas de su lira, ó mas bien desentonado rabel, era á decir verdad la mas propia para lucir sus primores, pues ahuyentados absolutamente de la escena literaria los buenos escritores, ausentes y perseguidos, limitado el campo literario á las mezquinas columnas del *Diario de Madrid*, y cuando mas, mas, y arrostrando los inconvenientes de una rigorosa censura, á las de la *Crónica Científica* (que leia escasamente una corta porcion de aficionados), aleccionado el pueblo con las coplas y retruécanos de don Domingo Abrial, don Francisco Garnier y don Isaac Diaz de Goveo, pudo creer que la poesía que faltaba á aquellos en sus triviales composiciones, se encerraba en los altisonantes conceptos en que para hablarles por ejemplo, de la muerte del infante don Antonio, prorumpia Rabadan en este estrambótico soneto:

« Ya vencidos de Acuario los rigores
que aprisionan alíquidos cristales,

y del Aries y Tauro criminales
resultas de los eólicos furores;
Cuando Febo aproxima sus ardores
desatando á Neptuno los raudales,
y Amalthea sus galas y caudales,
manifiesta con célicos primores;
Quiso el cierzo terrible y dominante
de su cruel aridez dar testimonio
arruinando á la España su almirante.
¡Neptuno, Tétis, Céfiro y Favónio
eterno mostrarán llanto abundante
pues falleció el infante don Antonio!!!»

Por este estilo y aun mucho mas estravagantes, fueron las infinitas composiciones de todos géneros y calibres del buen Rabadan en aquella época; innumerables y celebérrimas sus églogas, raptos, sueños, glosas, laberintos y acrósticos, en que no conseguia agotar su insensata fecundidad. Su prodigiosa memoria, su inmensa y estravagante lectura, y su carácter comunicable y decidor, le hacian ademas ser buscado y escuchado con bien distinta intencion, por los jóvenes aficionados, por los festivos críticos y de las gentes de buen humor.—Todavia recordamos haberle visto vendiendo libros en un puesto en la plazuela de las Descalzas, y siendo con su conversacion amable y su enrevesada doctrina poética el embeleso de los otros muchachos que con nosotros salian del aula; todavía conservamos graciosas sátiras, ingeniosos epigramas lanzados contra el pobre Rabadan por los festivos y discretos concurrentes á cierta librería de la calle de la Montera; y entre la exagerada admiracion de las turbas, y la no menos cáustica sátira de los zumbones, acabaron por rematar la razon de aquel buen hombre, en términos que llegó á imaginarse el primer ingenio de su siglo, á quien se disputaban los pueblos, á quien colmaban los monarcas de decoraciones, á quien los libreros reimprimian sus obras, á quien los follones y malandrines usurpaban otras, y á quien la posteridad preparaba un alto asiento en el templo de la fama. En estos términos de escitacion febril, y consumido por la lectura y la desdicha, falleció en 1819, llevándose consigo los últimos recuerdos del *don Hermógenes*, que pintó Moratin en la *Comedia nueva*; y el tipo mas fehaciente de la depravacion literaria de aquel miserable periodo.

LA PROCESION DEL CORPUS.

I.

1623.

Era el dia 15 de junio del año 1623, y celebraba en él la Iglesia Católica su fiesta principal al Santísimo Sacramento. Esta festividad habia sido instituida en la ciudad de Lieja, en Flandes, por los años de 1240, á consecuencia de la revelacion de unas virtuosas mugeres, que la confesaron á Roberto, su obispo, y siendo arcediano de aquella iglesia Jacobo Pantaleon, despues Urbano IV, que espidió bula en 1272 para su celebracion. Desde entonces se verificó esta solemnemente en toda la cristiandad, y en particular distinguíase siempre en ella por su ostentacion la córte de los reyes Católicos, que empleaban sus tesoros en tributar al Señor un culto magnífico, haciendo alarde de su religiosidad y su grandeza.

Quisiéramos presentar á nuestros lectores un ligero

diseño de cómo pasaban estas fiestas en lo antiguo; y puesto que nuestras fuerzas sean insuficientes para trasladarles en imaginacion á aquella época, no queremos renunciar al placer de colocar aquí algunas noticias que, revolviendo archivos, hojeando cronicones y apuntando especies sueltas, hemos podido reunir sobre este y otros usos de pasadas épocas.

Fijemos particularmente para ello nuestra atencion en el dicho dia 15 de junio de 1623, en que la córte de Felipe IV, ostentosa y poética, dispuso con mayor lujo que de ordinario la solemne funcion del Señor. Concurria para ello una circunstancia muy notable. Cárlos Stuart, príncipe de Gales, hijo primogénito y heredero de la Gran Bretaña (despues Cárlos I, que pereció desgraciadamente en un cadalso en 1649), habia llegado á Madrid el 7 de marzo de aquel año con el intento de entablar su casamiento, que al fin no llegó á tener efecto, con la infanta doña María de España. El rey, los príncipes, el poderoso valido conde-duque de Olivares, y toda la córte, en fin, se esmeraban á porfía en obsequiar y halagar á tan distinguido huésped, con ceremonias y festejos que le pudieran dar idea de la grandeza del católico monarca.

Hay un ceremonial antiguo y manuscrito en el archivo de esta heróica villa que dispone el modo y forma de arreglarse la procesion en la primitiva y parroquial iglesia de Santa María la Real de la Almudena. Dicho ceremonial previene que, señalada la hora por S. M., si asiste á la procesion, ó por el Presidente del Consejo en caso contrario, se reunan todos en dicha iglesia, y los Consejos, divididos cada uno en una capilla, y no habiendo, como no las hay, para todos, se forman con canceles. Así, hácia la pila del bautismo estaba el Consejo de Cruzada: á

los pies de la iglesia, Madrid: en la capilla de! Santo Cristo del Buen Camino, el de Indias: en la capilla antigua, frente á la puerta de las gradas, el Consejo Real de Castilla: en la del Santo Cristo de la Salud, el de la Inquisicion: en la de Santa Ana, el de Hacienda: en el cuerpo de la iglesia, á mano derecha, los capellanes de honor y predicadores de S. M., y á la izquierda los Grandes. El sitial del Rey y Príncipe, junto á la baranda del altar mayor, al lado del Evangelio. Al ofertorio de la misa (que se celebra siempre de pontifical) se le sirve al rey y al príncipe las velas por los caballeros regidores comisionados, en esta forma: llevan dos porteros de Madrid vestidos con ropa carmesí, en dos fuentes de plata grandes é iguales, una hacheta pintada y una vela en la misma forma, una blanca de á libra y otra de á media, y en llegando al medio de la iglesia toman las bandejas de manos de los porteros, y haciendo tres reverencias las entregan al capellan de honor que está de asistencia y éste al sumiller de cortina, primero para el Rey y despues al Príncipe. Despues que se empieza la misa se da principio á ordenar la procesion por el mayordomo de semana y el aparejador de las obras de palacio. Madrid lleva el palio, repartiéndose las cuatro varas y ocho bordones de él por antigüedad.

Aquel año se verificó así, y el príncipe de Gales desde uno de los balcones del cuarto en que se hospedó, (que fué en el entresuelo de la torre primera del Alcázar), la vió pasar, permaneciendo en pie durante toda ella, así como el marqués de Boukingham y demás caballeros de su córte que le acompañaban, y al llegar el Santísimo, se arrodillaron todos.

El órden que llevaba la procesion era el siguiente. Abrian la marcha los atabales y clarines—seguian los

niños Desamparados y los de la Doctrina—luego los pendones y las cruces de las parroquias—los Hermanos del Hospital General—los de Anton Martin; y las comunidades religiosas por este órden—Mercenarios descalzos—Capuchinos—Trinitarios descalzos—Agustinos descalzos—Carmelitas descalzos—Clérigos menores—padres de la Compañía de Jesús—Mínimos de la Victoria—Gerónimos—Mercenarios calzados—Trinitarios—Agustinos—Carmelitas—Franciscos—Dominicos—Basilios—Premostratenses—Bernardos y Benitos.—La cruz de Santa María de la Almudena—la del Hospital General de córte—la clerecía, en medio de las órdenes militares Alcántara—Calatrava y Santiago con mantos capitulares.—Al lado derecho el Consejo de Indias—el de Aragon—el de Portugal—el Supremo de Castilla.—A la izquierda el de Hacienda—el de Ordenes—el de la Inquisicion—el de Italia—el Cabildo de la clerecía—veinte y cuatro sacerdotes revestidos, con incensarios—la Capilla real con su guion—tres caperos, el de enmedio llevaba el báculo—el arzobispo de Santiago de pontifical—los pages del rey con hachas—las andas del Santísimo—la Villa con el palio—El Rey—el Príncipe al lado izquierdo—un poco detrás el cardenal Zapata al derecho—el cardenal Espínola al otro lado—el Nuncio enmedio de los dos—el obispo de Pamplona detrás.—El inquisidor general—el embajador de Polonia—el patriarca de las Indias—el embajador de Francia—el de Venecia—el de Inglaterra—el de Alemania—el Conde-duque de Olivares—los grandes cerca de la persona del rey—los títulos y señores á tropas enmedio de la procesion—las dos guardias españolas y tudesca á los lados de la procesion y detrás toda la de archeros.

Era costumbre en aquellos tiempos y se observó cons-

tantemente hasta 1705, que por la tarde de este dia empezase la representacion pública de los *autos sacramentales,* que seguia durante toda la octava del Corpus. Levantábanse para ello en las plazas de Palacio y de la Villa sendos tablados, adonde se encaminaban ocho carros triunfales, cuatro para cada una de las dos compañías de comediantes; principiaba con notable aparato el primer auto en la plaza de Palacio delante del rey, el mismo dia del Corpus á las cuatro de la tarde; y acabado aquel, empezaba el segundo, y pasaban los carros del primero á la plaza de la Villa á representarle al Consejo de Castilla, y despues la misma noche al de Aragon; seguia el segundo auto en la forma referida; y al viernes siguiente por la mañana se representaban los dos al Consejo de Inquisicion, y por la tarde á Madrid, desde donde, por el órden que queda espresado del dia antecedente, se seguian representando á los Consejos de Italia, Flandes, Ordenes; y el sábado á los de Cruzada, Indias y Hacienda; y acabadas las representaciones públicas por Consejos, continuaban en las casas de los señores presidentes, en que se gastaban todos los dias de la octava, dando principio luego en los Corrales el viernes siguiente á ella.

Así pasó hasta el año de 1676, en que por escusarse algunos Consejos de este gasto se hicieron variaciones de que resultaron algunas dudas é inconvenientes, y habiendo consultado á S. M. resolvió que no se hiciese novedad. Despues, por lo molesto que era para los reyes la representacion de los dos autos en una tarde, se resolvió el año 94 que se hiciesen uno el jueves y el otro el viernes, y este dia se hiciesen los dos al Consejo, dando principio la compañía que el dia antecedente representó en Palacio, y el mismo dia al Consejo de Aragon, y que si el Consejo de la Inquisicion quisiese autos se le representasen por la mañana, y

por la tarde á la Villa; lo que se ejecutó algunos años, hasta que por escusar gastos se hacian estos festejos á SS. MM., al Consejo y Madrid en los dias jueves, viernes y sábado. Por último en 1705 S. M. don Felipe V se sirvió aplicar á las urgencias de la guerra el gasto qne se causaba en estas representaciones, y desde entonces no volvieron á verificarse mas que en los Corrales.

Es bien sabido que en la composicion de estos autos se emplearon los primeros ingenios de esta córte, y que muchos de ellos tienen cualidades que los hacen interesantes. Don Pedro Calderon de la Barca solo, escribió setenta y dos, cuyos originales legó en su testamento á la villa de Madrid, que se los habia pagado, á fin de que se conservasen en su archivo; pero fueron estraidos y sustituidos por copias, y en 1716 se imprimieron por don Pedro Prado y Mier, pagando á la villa diez y seis mil quinientos reales por su propiedad.

II.

1835.

Despues del transcurso de los tiempos se conserva en el dia como la mas solemne entre nosotros la festividad del Corpus, y la procesion con que la villa de Madrid la celebra, sigue el mismo órden de magestad y decoro que en el siglo XVII la hemos descrito, si bien con menos acompañamiento de comunidades y personages, habiéndola purgado de los ridículos emblemas que bajo los nombres de *la tarasca, los gigantones* y otros se conservan aun en algunos

pueblos de España; y hasta antes de la guerra de los franceses se usaban tambien en Madrid (1).

Queda ya dicho que el órden de la procesion es en el el dia el mismo; y si bien puede haber perdido en cantidad de personages asistentes, no en la calidad de ellos, que es siempre la mas elevada, empezando por el mismo monarca cuando se halla en la córte, los grandes, los supremos consejos y tribunales, el clero secular y regular, el ayuntamiento, etc., que en todo forma un tan dilatado como vistoso y rico acompañamiento.

Pero en lo que sin duda alguna debe esceder el Madrid actual al antiguo, en semejante dia, es en el suntuoso y variado aspecto de sus calles, especialmente en las que constituyen la carrera de la procesion; el bullicio y animacion del numeroso pueblo; la elegancia de las vestimentas, y la agradable armonía, en fin, de un conjunto tan vario y caprichoso.

Difícilmente una persona que no haya estado en esta

(1) *La tarasca* era una figura de sierpe que iba delante de la procesion, y representando místicamente el vencimiento y glorioso triunfo de nuestro señor Jesucristo sobre el demonio. Es voz tomada del verbo griego *theracca*, que significa amedrentar, porque espantaba y amedrentaba á los muchachos. En *Tarascon*, villa de Francia, en la Provenza, sobre la orilla izquierda del Ródano, existe una tradicion que dice: que habiendo llegado Santa Marta á aquellas riberas, logró vencer y encadenar á un mónstruo carnívoro llamado *la tarasca*, que afligia y desconsolaba aquel pais. La villa agradecida eligió á la santa por su patrona y conservó la memoria de aquel beneficio en un cuadro que hemos tenido ocasion de ver en su iglesia. Además, en la procesíon que se hace anualmente con gran solemnidad, se pasea una imágen colosal del mónstruo vencido, y arrastrado por una muchacha. Finalmente, en el archivo de Madrid leemos en un antiguo libro de cuentas una partida que dice: «*Por gastos en la tarasca para la procesion del Corpus*, 1,400 *reales*.»

córte podrá formarse una idea ni aproximada de todo ello. Si es estrangero y no conoce la pureza de nuestro cielo, la viva lumbre del sol que nos ilumina, la diafanidad de nuestra atmósfera ¿cómo podrá imaginarse la alegría de aquel hermoso cuadro?

Una luz templada por los toldos azules y blancos que cubren toda la carrera; un piso blando de arena que hace desaparecer la desigualdad del empedrado; dobles filas de tropas vistosamente enjaezadas, é interrumpidas de trecho en trecho por armoniosas músicas: un pueblo inmenso, bullicioso, espresivo, cubriendo absolutamente el espacio que la tropa permite; calles anchas y tiradas á cordel, que dejan contemplar una larga série de casas, adornadas esquisita ó caprichosamente con vistosas colgaduras; y tan henchidos de gente los balcones, que parecen imprimir movimiento á los edificios; tal es el bellísimo conjunto que desde las primeras horas de la mañana presentan las hermosas calles Mayor, de Carretas y de Atocha, Plaza mayor y Puerta del Sol.

Los detalles son aun mas imteresantes. No bien apunta la aurora, que á la verdad es bien pronto, en un hermoso dia de junio, empiezan á circular las bombas que riegan la carrera; apodéranse en seguida de ella los vendedores de flores, que la llenan de un agradable perfume; los vecinos, madrugadores aquel dia, disponen y cuelgan las fachadas de sus casas, y desde aquel momento empieza la concurrencia, que como debe suponerse, se compone al principio de las sirvientas y mancebos, que si ceden á la posterior concurrencia en elegancia y aderezo, pueden disputarla en alegría y gracia natural.

Siguiendo por una progresion ascendente, y mientras la tropa va formándose, llegan ostentando sus respectivos atavíos y personas, la desenvuelta Manola del Bar-

quillo, con su peineta elevada, cesto de trenzas, mantilla sobre los hombros, recortado guardapies, guarnecido delantal, rica media calada y zapato de cinco puntos.—Síguela en pos el honrado artesano vestido de nuevo, reluciente sombrero de seda, frac improvisado en los portales de calle Mayor, y guantes amarillos.—El mancebo de comercio, con su corbata de á cuarta, sus cadenas de similor y su camisa plegada;—la alegre modista con una espresiva rosa en la cabeza, su zapatito primorosamente atacado, y sus mangas huecas de pergamino;—el mercader de la calle de Postas, envuelto en su casacon de Tarrasa, su corbata blanca, ancho sombrero y zapato de oreja;—el antiguo abogado, el veterano procurador, conduciendo del brazo á la respetable mitad, y llevando por delante tal cual pimpollo femenil de 15 á 16, (cosecha de 1835) que sale por primera vez al gran mundo, y se admira ella misma de la sorpresa y encanto que su ignorada belleza produce en los circunstantes.—Mas allá vienen los almibarados y flexibles mozalbetes con sus ajustadas levitas, sombrerito á los ojos, perilla romántica;—ni dejan de cruzarse con las pareadas filas de desdeñosas elegantes, que ostentan sus gracias entre las blondas y rasos prendidos y recortados por las mas hábiles manos de la calle de la Montera; ó muestran su mal disimulado enojo porque madama Tal dejó de llevarlas á tiempo el trage punzó ó el sombrerito Hortensia.

Guarda cuidadosamente aquel género volátil la formidable marquesa, que cree hacer olvidar su fé de bautismo entre el fino encage, las hiperbólicas guarniciones, los ingeniosos artificios de cintas y gasas; y alza la cabeza, habla con tono solemne y satisfecho, al verse servida por dos alumnos de Marte, cuyos hombros decoran por primera vez aquel dia relucientes charreteras; uno de

ellos se apresura á darla el brazo; otro á ponerla la sombrilla; cuál á hacerla observar lo mas notable de la carrera; cuál, en fin, á apartar la gente para dejarla paso: pero una dulce mirada de alguna de las niñas que va delante, recompensa de tanto afan á aquellos mártires, hasta que llegando al balcon deseado, pueden dejar descansar al siglo XVIII, y trasladar su atencion al de la juventud y la hermosura.

En este armonioso y confuso laberinto la concurrencia se agita, vuelve y revuelve una y mil veces, y ni la vista puede seguir tan variable escena, ni la pluma pintarla con fidelidad.—Suena, en fin, el redoble del tambor; óyense las voces de atencion y de mando; la procesion se acerca; es preciso acomodarse entre filas y dejar el centro despejado; ¡qué momento de confusion y de agradable desórden! ¡qué combinaciones tan inesperadas y estravagantes! La jóven inocente que gira asustada sobre su derecha, se encuentra sin saberlo colocada entre un grupo de oficiales que se apresuran á hacerla sitio, en tanto que los papás, torciendo aturdidamente sobre la izquierda, la echan de menos, la buscan, la ven enfrente, quieren reunirse á ella, pero en vano; los batidores de la procesion se interponen é impiden el paso, y el indignado padre tiene que contentarse con hacer á la niña gestos espresivos, y jurar no volver á sacarla al público hasta el Corpus del año siguiente.

Aquí es una muger que chilla porque la dejen colocar su chico delante de las filas; allá es un soldado que repugna y codea á una espantable vieja que se ha sabido colocar en correcta formacion; ¡qué movimiento en los balcones! ¡que estrechar las distancias! ¡qué hacerse lugar entre dos sillas! ¡qué abrir de quitasoles! ¡qué mover de abanicos! ¡qué enarbolar de anteojos!

La caballería llega, en fin, despejando la carrera, y entre el son de las campanillas y de los cánticos, empieza la larga fila de niños espósitos, ancianos mendigos, comunidades, pendones y cruces, consejos, alguaciles y personages de la córte, hasta que llega el Santísimo; las músicas militares y religiosas se mezclan á este punto en sonora armonía; la atmósfera aparece cubierta del humo del incienso que queman los sacerdotes; la tropa rinde las armas é hinca la rodilla en tierra á la presencia del Omnipotente; los espectadores todos siguen el ejemplo; y las campanas llenan los aires con sus redoblados sonidos. Este momento es verdaderamente sublime. El bullicio y la confusion han desaparecido, y un pueblo entero, silencioso y postrado, rinde á la divinidad el homenage de su adoracion.

No bien ha pasado la guardia de la procesion, los balcones quedan despoblados; la gente del pueblo abandona la fiesta para volver á sus casas; pero la concurreucia elegante prolonga aun el paseo durante una hora, en que con mas desahogo puede lucir las gracias de su persona ó la riqueza de su vestido. Los funcionarios que asistieron á la procesion en gran uniforme, recobran sus esposas y las pasean con cortés condescendencia; los jóvenes agrupados en la Puerta del Sol y calle de Carretas ven desfilar las bellezas y suelen ir desfilando en pos de ellas; y de este modo va disminuyendo la concurrencia hasta las tres de la tarde, en que cesa del todo. Una hora despues los toldos han venido al suelo, las colgaduras han desaparecido, y cuando mas tarde atraviesa la misma concurrencia aquellas calles para dirigirse al Prado, ya no encuentra en ellas la mas mínima señal de la festividad de la mañana.

(Junio de 1833.)

PASEO POR LAS CALLES.

I.

Nada hay mas natural en un forastero que la curiosidad de reconocer el aspecto general del pueblo que por primera vez visita, y nada tambien suele ser tan frecuente como el decidir por esta primera impresion de la belleza ó mezquindez del tal pueblo.

Aventurado por cierto seria aquel juicio, aplicable á nuestro Madrid, pues que variaria absolutamente segun el lado de donde viniese el forastero, por donde pudiera observar su primera vista. El gallego y castellano, por ejemplo, mirando la poblacion por su parte mas antigua y escarpada, atravesando su escaso rio sobre el magnífico puente á que Juan de Herrera imprimió la severidad de su escuela, y entrando por una mezquina puerta, solitaria y empinada calle, cuyos tejados forman una dilatada escalera, apenas encontraria diferencia notable con sus tétricas ciudades, si la presencia del Palacio real á su izquier-

da no le hubiera dado de antemano á conocer la capital del reino.

Muy diferente idea formará el andaluz que viene de la parte del Mediodía, abrazando con su vista toda la poblacion por su parte mas vital y variada. Los suntuosos edificios del Seminario, cuartel de Guardias y Palacio á la izquierda; la Fábrica de tabacos, el Hospital general y el Observatorio, á su derecha; el puente, paseo y nueva puerta de Toledo al frente; intermediado todo por variados edificios, numerosas torres, estensos grupos de casas de distintas formas, y revelando, por decirlo asi, la existencia de un pueblo grande y vivificado con la presencia del gobierno, presta por este lado á Madrid su vista mas completa é interesante.—Los catalanes, aragoneses y valencianos, arribando á la capital por la soberbia puerta de Alcalá ó la de Atocha, formarán una idea aun mas risueña y magnífica, por los elegantes paseos de las Delicias y el Prado, los pintorescos jardines del Retiro y Botánico, y las suntuosas calles de Atocha y Alcalá; y finalmente, los procedentes de las provincias del Norte juzgarán á nuestra villa árida y solitaria, al entrar por las puertas de San Fernando ó de Fuencarral.

Si deseando modificar estas primeras impresiones, y conocer á un golpe de vista el conjunto del pueblo que los recibe, solicitasen subir á una altura céntrica y de la elevacion correspondiente para medir y conocer á vista de pájaro todo el plano de la capital, seria aun mas difícil el indicársela, careciendo, como carecemos, de un gran templo central, que suele ser en otros pueblos el sitio adonde los forasteros acuden para satisfacer este deseo. La torre de la parroquia de Santa Cruz es la única que puede suplir en Madrid aquella falta, aunque ni su elevacion ni su situacion son suficientes para abrazar distintamente todo

el plano, y conocer á un golpe de vista las varias fisonomías de los cuarteles de esta villa. Sin embargo, colocados en aquella altura, puede observarse el corte de la poblacion, uno de los mas cómodos y ventajosos que conocemos, pues que partiendo sus calles principales del centro comun que es la Puerta del Sol, se prolongan en forma de estrella hasta los últimos confines de la villa. Así que, conocidas una vez la direccion al E. de las calles de Alcalá y San Gerónimo y Atocha; de la Montera, Hortaleza y Fuencarral al N.; de la Mayor al O.; y de las Carretas, Concepcion Gerónima y Toledo al S., llega á ser fácil evitar la confusion que un pueblo nuevo infunde.—La frecuentacion de sus calles hará conocer al forastero que todas ellas le llevan como por la mano á estos puntos capitales, que en la mayor estension del radio se modifican y cruzan por otros mas subalternos y parciales, como las calles Ancha de San Bernardo, Jacometrezo, Correderas y otras. Por lo demás, en cuanto á la belleza del aspecto general, menguada idea podrá formar desde aquel punto, no divisando desde él sino la desigualdad, tristeza y mezquina forma de los tejados de nuestras casas.

Esta desfavorable impresion será, sin embargo, modificada, cuando descendiendo á las calles, hiera la vista del observador la espaciosidad y desahogo de estas, la regularidad bastante general de su alineacion, la variada y caprichosa pintura de las fachadas de las casas, y sus distintas formas y dimensiones, que si bien puede condenarlas un ojo artístico por su falta de órden y simetría, llevan la ventaja de entretener agradablemente la vista, alterando á cada paso la insoportable monotonía de las ciudades edificadas bajo seguro plan y severas condiciones.

Las calles de Lóndres y de París, por lo general planas y sin notables desniveles, sujetas sus casas á una per-

fecta alineacion, y presentando en su forma esterior un aspecto casi uniforme, son aun mas fatigantes, mas tristes y enfadosas que las de Madrid con sus cuestas y la irregularidad de sus casas. Añádase á esto las inmensas ventajas que nuestro clima nos proporciona de la sequedad constante del piso, la perfecta conservacion de los colores en las fachadas, y la animacion que produce la costumbre de los balcones; compárese todo ello á la densidad de una atmósfera nebulosa, la casi perpétua humedad del piso, el ennegrecido moho de las fachadas, la severidad de aspecto de la línea de ventanas, y la metódica uniformidad, en fin, de los edificios en aquellas capitales, y habrá muy pocos que dejen de preferir un paseo por nuestra villa (haciendo para ello abstraccion del mayor movimiento y vida de aquellas poblaciones) al cansancio y fatiga del cuerpo y del espíritu que puedan proporcionarle otras ciudades mas importantes.

No es esto decir que nuestro Madrid actual no pueda y deba recibir graves modificaciones para imprimirle mayor regularidad y agrado; y las numerosas y contínuas que hace veinte años esperimenta, revelan, por decirlo así, el grado de belleza á que aun puede llegar. Cuando se haya reformado del todo el empedrado de las calles; cuando en la forma y revoque de las casas se haga general el gusto que se observa en las nuevamente edificadas, imitando á las de Cádiz; cuando se modifique la forma de los tejados y buhardillas, y desaparezcan del todo los canalones; cuando, en fin, se vean generalizadas aquellas variaciones que observamos ya parcialmente, entonces será cuando Madrid llegará al punto de belleza que su situacion local y el hermoso sol meridional le proporcionan, y merecerá con mas justicia los dictados que aun los mismos estrangeros la prodigan de la *villa blanca*, la *villa jóven del Mediodia*.

Mas si prescindiendo ya del aspecto material de sus calles y casas, intentáramos dibujar, aunque ligeramente, su vitalidad y movimiento; si dejáramos las piedras por los hombres; los órdenes arquitectónicos por el órden de la sociedad; el Madrid físico, en fin, por el Madrid moral; ¡qué escena tan vária! ¡qué espectáculo tan animado no podríamos presentar á nuestros lectores!

Tosco y desaliñado es nuestro pincel para tamaño intento; pero no podemos resistir á la tentacion de emprenderlo. No nos propondremos seguir metódicamente para ello las distintas fases de tan variado teatro segun las diversas horas del dia, las estaciones y demás circunstancias que alteran y modifican los usos populares. Escogeremos cualquier dia del año; por ejemplo, el dia en que nos hallamos: procederemos libremente y como al acaso, dejaremos vagar á nuestro discurso, y pues que el moderno romanticismo nos autoriza, renunciaremos á todas las unidades conocidas; y tanto mas románticos seremos, cuanto menos pensemos en lo que vamos á escribir.

II.

Ningun momento del dia nos parece mas oportuno para sorprender á los madrileñoa en el espectáculo de su vida esterior, que aquellas apacibles horas que aproximando el dia á la noche, libertan del trabajo para acercarnos al descanso y al placer; aquellas horas que en la estacion ardorosa en que nos hallamos, vienen á mitigar los rigores de nuestro sol meridional, y en que la poblacion, ansiosa de disfrutar las apetecidas brisas de la noche, abandona el

interior de las casas, y se muestra generalmente en las calles y plazas, en las puertas y balcones.—No haya miedo el cojuelo Asmodeo, ni su licenciado don Cleofas, que para tal momento solicitemos sus auxilios con el objeto de levantar los tejados de las casas, y reconocer lo que pasa en el interior: por la ocasion presente dejémosles á los ladrones y enamorados, (que tambien suelen aprovecharse á tales horas de aquel abandono), y pues que todo el pueblo se halla en la calle, bueno será mezclarnos y confundirnos con todo el pueblo.

El reloj de nuestra Señora del Buen Suceso ha dado las seis; la animacion y el movimiento, interrumpidos durante la siesta, han vuelto á renacer en las calles; los vecinos de las tiendas, descorriendo las cortinas que las cubren, hacen regar el frente de sus puertas, asoman al cancel de ellas, y llaman al ligero valenciano, que con sus enagüetas blancas, su pañuelo á la cabeza y su garrafa á la espalda, cruza pregonando «*Gúa é sebá fria...*» Otros escogen en el cesto de aquella desenfadada manola tres ó cuatro naranjas para remojar la palabra, dirigiéndola de paso algunas medianamente disparadas, si bien mejor recibidas; y otros, en fin, se contentan con un vaso de agua pura que les ofrece en eco lastimero el asturiano, por dos maravedís.—En tanto los muchachos, que á la primera campanada de las seis ha lanzado una escuela, improvisan en medio de la calle una corrida de toros, ó atan disimuladamente á la rueda de un calesin alguna canasta de fruta, que al echar á andar el carruage rueda por el suelo, con notable provecho de la alegre comparsa; ó bien tratan de engañar á un barquillero distrayéndole para que no mire al juego; ó ya disparan sendas carretillas de pólvora á los perros y á los que no lo son.

A semejantes horas todavía no se siente circular mas carruajes que los del riego ó los bombés *facultativos*, y sin embargo, en todas las cocheras se disponen y preparan ya los que de allí á un rato han de conducir al Prado á la flor y nata de la aristocracia. Los cafés, oscuros aun y abiertos de par en par, no reciben todavía mas que uno ú otro provinciano que saborea el primero un gran cuartillo de leche helada, algun militar que fuma un cigarro mientras ojea la Gaceta, ó un quidam que entra mirando al reloj, espera á un amigo que viene de allí á un rato, y juntos parten á paseo.

«De la lotería-aaaao-chavó-A-ochavito los fijos.—¿Una calesa, mi amo?—De la fuente la traigo, ¿quién la bebe?—Señores, á un lao, chas.—El papel que acaba de salir ahora nuevo.—Cartas de pega.—Orchateró.»

Crece la animacion por instantes: el rápido movimiento se comunica de calle en calle; las puertas vomitan gentes; los balcones se coronan de lindas muchachas; cruzan las elegantes carretelas, los ligeros tilburís, las damas y galanes á caballo; grupos interesantes, numerosos, variados, se dirigen á los paseos ostentando sus adornos y atractivos; otros *medio hombres* y *medio esquinas* ocupan las encrucijadas de las calles, y presencian á pie firme el paso de la concurrencia.

Punto central de esta agitacion es la Puerta del Sol y principales calles que la avecinan, observándose el reflujo de la poblacion en direccion al Prado. Las calles apartadas del centro no ofrecen tanto interés, si bien tienen el suficiente para ser consideradas. Cuando las de Alcalá, la Montera y Carretas ostentan rápidamente lo mas elegante y bullicioso de nuestra poblacion; cuando sus balcones, por lo regular abandonados, demuestran que sus vecinos

se hallan en paseo; cuando el ruido y el polvo de los carruages ofuscan los sentidos y tienden un denso velo que nos impide ver á cuatro pasos, salvémonos de este laberinto, y trasladémonos, por ejemplo, á la calle ancha de San Bernardo ó á la de Hortaleza, á la de San Mateo, ó á la de Leganitos.

Todo es tranquilidad en el dilatado recinto que media desde el monasterio de las Salesas hasta el seminario de Nobles. El silencio y soledad de las calles, apenas es interrumpido por el paso de los pocos transeuntes. Tal cual matrimonio del pasado siglo, precedido de algunos retoños, representantes de la futura España, y dirigiéndose pausadamente á las puertas de Santa Bárbara ó San Bernardino con el objeto de llegar al obelisco ó á la cuesta de Areneros; tal cual corro de dilettantis á la puerta de una taberna, saboreando el compás de la tirolesa de Guillelmo Tell, tocada por el organillo del ciego; tal cual grupo de mozos de esquina ensayando sus ociosas fuerzas colosales; tal cual cuerpo de guardia ó batallon pasando la lista al son de sinfonías y cabaletas: hé aquí los únicos episodios que alteran de vez en cuando la unidad de accion de aquel clásico espectáculo.

Los conocedores, sin embargo, encuentran en este cuadro multitud de bellezas, y el mas indiferente suele verse sorprendido al pasar por bajo de algun balcon, donde no sospechaba tales tesoros. Aquella cortinilla, que parece casualmente recogida en los hierros de aquel balcon, está mejor dirigida que lo que aparenta: jamás ningun marinero manejó con tal destreza la vela de su bajel, como la personita escondida bajo de ella hace servir á su gusto á la oficiosa cortina.

Pero vedla que la descorre de pronto, que deja el asiento, tira la labor y ostenta en pleno balcon toda la es-

beltez y primor de su figura. ¿Y habrá todavía quien hable contra nuestros balcones?...

Lindo pie encerrado sin violencia en un gracioso zapatito; limpio y elegante vestido de muselina primorosamente sencillo, que deja admirar una contorneada cintura por bajo la graciosa esclavina que cubre los hombros y el pecho; elegante nudo recogido á la garganta; gracioso rodete á la parte baja de la cabeza, á semejanza de la Venus de Médicis; dos primorosos bucles tras de la oreja, otro par de rizos pegados en la sonrosada megilla, y diestramente combinados con unos lazos azules que hubieran puesto envidia al mismo sol; tal es el espectáculo delicioso que ha asomado en aquel balcon.—¿Mas por qué no lo hizo antes? ¿por qué tan precipitadamente ahora?—El por qué, señores mios, yo me lo sé, pero no sé como contárselo á vds.

—«Mariquita.

—Matilde.

—¿Has visto?

—¡Qué quieres; paciencia!

—Yo no sé que tendrán.

—Lo que es N.....estaba de guardia cerca de aquí pero el otro...

—El otro... apostaré que está en el Prado haciendo el galan con la de...

—No lo creas..... puede que haya pasado.... pero mira, ¿no reparas aquellos dos que han vuelto la esquina?

—¡Qué! pero sí... no, no son... ¿á ver? saca el pañuelo.

—Sí, mira, mira como han sacado el suyo, mira como se rien.

—Sí, ellos son... ¡Ay qué vergüenza, Matilde! Cerremos los balcones.

—¿Pues qué?...

—¡Que no son ellos!...

—«Bravo, señoritas, lindamente,» gritaban en esto dos caballeros de gentil aspecto que llegaban precisamente en aquel momento por la parte opuesta de ambos balcones

—¿Qué te parece, Cárlos? ¡hemos quedado lucidos!

—¿Qué haremos?

—Yo seria de opinion de desafiar á aquellos dos.

—Yo de matarlas á ellas.

—Hombre, no; en tal caso matarnos nosotros es mas noble.

—Mira, lo mejor será que todos vivamos y nos venguemos marchándonos al Prado.

—No dices mal.»

Bien diferente colorido presenta por cierto á los ojos del observador el otro trozo de pueblo comprendido desde el Palacio á la puerta de Atocha; las calles de Toledo y Embajadores, del Meson de Paredes y Lavapies no ceden á tales horas en movimiento á las mas animadas de Lóndres. Las enormes galeras de los ordinarios valencianos y andaluces que salen para hacer noche en la venta de Villaverde; los calesines que esperan flete para los Carabancheles; el barbero que rasguea su vihuela á la puerta de su tienda; el corro de andaluces que sentados en el banco de aquel herrador entonan la caña; los alegres muchachos que subidos en los mostradores y sobre las sillas de las tiendas, rien de las habilidades de Juan de las Viñas ó del perro que salta al monótono son de la dulzaina de aquel ciego; la terrible cohorte de cigarreras de la Fábrica que al anochecer dejan el trabajo y se mezclan y confunden con los no pequeños grupos de mozallones que esperan su

salida.... ¡Qué confusion, qué bullicio por todas partes!

Tambien el amor embellece este animado cuadro.

Sigamos, por ejemplo, á algunas de esas parejas, verémosla dar fondo en cualquiera de las innumerables tabernas que ostentan al paso sus variadas provisiones de bacalao y sardinas, ensaladas y huevos duros. Mirad á aquel galan que dejó su tienda armado de punta en blanco, y demostrando que va de servicio de teatro ó de patrulla. ¿Mas por qué no siguió la calle de Embajadores á la de Toledo, y ha dado esa vuelta para venir á la Plaza? ¡Cosa clara! ¿No habeis reparado en aquella tienda de cordonero de la calle de las Maldonadas? ¿No le habeis visto pararse delante de ella, dudar un rato mirando por las vidrieras, dejar el fusil apoyado en ellas mientras encendia un cigarro en la tienda de enfrente? ¿No habeis reparado una blanca mano que disimuladamente ha echado algo por el cañon del arma?—¿Qué fué ello?—Nada; reparad al mancebo que la vuelve á echar al hombro con ligereza; apostaría á que la niña ha burlado las precauciones de un padre tirano; el fusil encierra el misterio del amor. Jamás parte de una victoria fué conducido con mas alegría.

Pero ya la campana de San Millan ó San Cayetano llama á los fieles al rosario; la trompeta y el tambor desde el vecino cuartel dan el toque de oracion; las tiendas y cajones de comestibles van encendiendo sus farolillos; los profundos coches del siglo XVII, y los desvencijados calesines abandonan el puesto; y las tinieblas de la noche van, en fin, oscureciendo aquel animado teatro. Este espectáculo nocturno merece otro cuadro aparte, y tal vez algun dia le emprenderé; el que intentaba dibujar por hoy concluye aquí.

(Julio de 1835.)

EL PATIO DE CORREOS.

Madrid es la patria comun, el lugar de cita para todos los españoles; las varias necesidades de la vida, el comercio, la industria, el lujo, la miseria, el afan de figurar, el deseo de descanso; tantos motivos, en fin, diversificados segun las circunstancias de cada individuo, le conducen tarde ó temprano á la capital del reino, y se tendria por muy infeliz el que una vez por lo menos en su vida no llegase á visitar este emporio de la hispana monarquía. Los habitantes de él pueden, pues, vivir seguros de ver pasar ante su vista como en una linterna mágica todas las notabilidades provinciales.

Si Madrid es el centro de España y la Puerta del Sol lo es de Madrid, un escolástico sacará la consecuencia de que la Puerta del Sol es el punto central del reino. Eslo indudablemente, no tanto por su situacion topográfica, como por su animacion y movimiento. La memoria de este sitio es el primer pensamiento del forastero al dirigirse á Madrid; y no seria ridículo el que dos españoles que se encontrasen en las elevadas cordilleras de los Andes, ó en las heladas márgenes del Newa, se despidiesen citán-

dose «para la Puerta del Sol.»—Pero aun hay dentro de ella misma otro punto central, que por esta razon y siguiendo el argumento que arriba dejamos sentado, puede tomarse por el foco de sus rayos. Tal es el *patio de Correos,* y para hablar de él tomamos por hoy la venia de nuestros lectores.

Todas las cosas de este mundo son grandes ó pequeñas, sublimes ó ridículas, segun el punto de vista de donde se las mire: y tal espectáculo habrá que parezca mezquino á los ojos de un ser indiferente ó desdeñoso, al paso que logre escitar la meditacion del curioso y del observador.

Cierto que el que lea el epígrafe de este capítulo no encontrará el asunto sobradamente interesante.—¡El patio de Correos!.... ¿y qué hay en el patio de Correos?.... Un cuerpo de guardia, una prision nocturna, que mas bien puede llamarse albergue de borrachos y descarriados; una escalera póstuma; tres ó cuatro ventanillos cerrados; y esparcidos por los postes que circundan el recinto, sendos cartelones y cartelitos desde las colosales y laboreadas letras de Sancha ó Jordan, hasta los mas imperfectos garrapatos de los escribientes memorialistas.. De todo esto poco ó nada se puede decir, y por muy *Parlante* que sea el senor *Curioso* que hoy nos muestra su linterna, harto será que no consiga escitar los bostezos del auditorio.—

—Poco á poco, señor indiferente; poco á poco; y antes de juzgar de las cosas por su superficie, procure vd. enterarse un tantico de su fondo. No, si no dé cuatro paseos y aguarde un rato en esta galería, y si luego de bien enterado de su contenido pretendiese dejarla bruscamente, para mi santiguada que es un necio ó yo soy un bolo.

Aguarde, repito, media hora; y pues que el reloj patronal de este recinto acaba de dar las doce y media, entreténgase un rato mirando esas columnas de piedra que ostentan una variedad literaria, por lo menos tan interesante como la de nuestros periódicos matritenses.

No se tome por chanza; Victor Hugo es quien lo dice que «los pueblos escriben en piedra sus invenciones y sus progresos.» Vea vd., si no, los nuestros en literatura.—«*Direccion de cartas:*» no haga vd. caso; por ahora no rige, pues por muy bien que vd. las dirija, es lo regular que no logre darlas direccion segura; deje vd. que en acabando la guerra civil, y luego que tengamos buenos caminos y mejores postas y empleados celosos, y... otra cosa será. —No se acerque vd. á leer ese cartelito «*Curacion de la vista,*» no sea pierda la suya con la letrilla menuda y temblejona en que está impreso;—deje á un lado el «*Manual de Madrid,*» que es el libro caro y puede pedirlo prestado al autor.—No haga caso del *Segur*, porque segun va menudeando tomos á 24 reales, es de temer que empleando uno para cada año de los que comprende su Historia Universal, venga á ser una verdadera *segur* para nuestros bolsillos;—y en cuanto á aquella otra publicacion «*Mariana y Sabau,*» por Dios no vaya á tomarla por una novela ó drama romántico, ó bien por el nombre de una tierna pareja conyugal; no repita el caso de aquella dama que leia el poema de Florian, y preguntándola cómo concluia, respondió sinceramente: «¿En qué habia de concluir? en que *Numa* se casó con *Pompilio* y todo quedó arreglado.»

Pero veamos los anuncios manuscritos, no menos preciosos que los impresos.

—«*El. sugueto. gue. forma. la pressente. tiene. buena. conduta. y horto grafia. Tiene. ademas. buena. letra. castellana. dela lengua. Suplica. no le rasquen. ni le boren.*

—«*Un sugeto de buena forma, de letra solicita entrar en casa de un Senor comerciante, ó Abogado ó Qurial; para tenedor de libros ó administrador. Sabe todo lo necesario como afeitar y cortar el pelo, cuidar los caballos y demas menesteres Suplica no le engañen.*»

—«*Un jóven decente natural de Segovia desea encontrar una Señora para arreglarla sus asuntos. Pide lo de costumbre y la manutencion.*»

—«*Con permiso del casero se le traspasa á quien le convenga: una tienda sita en las cuatro calles esquina á una de ellas que puede servir de aceite jabon velas de sebo y demas comestibles y géneros ultramarinos.*»

¡Que da la una! ¡Las listas! ¡Que ponen las listas!—La concurrencia ha ido creciendo asombrosamente. Mezcla confusa de hombres y mugeres, ciudadanos y lugareños, paisanos y militares; trages y modales, acentos y aun idiomas tan variados como nuestras variadas provincias; vascuence y catalan, andaluz y valenciano, mezclan con sus paisanos los saludos provinciales, y por un momento el patio del Correo se ha convertido en una verdadera torre de Babel. Todos se agrupan, se acosan en torno de las listas, y buscan con ánsia la inicial de su nombre, y algunos (los mas) no encontrándole en ella, le buscan por todas las letras del alfabeto.

¡Qué variedad de escenas para un pintor de caprichos! ¡qué ir y venir de la lista á la ventana y de la ventana á la lista! Qnién toma rápidamente el número de su carta en la memoria, la pide en el despacho, pero encuentra que se ha equivocado en una centena; otro ha pedido ligeramente una al sobre «N. Marqués,» sin reparar que él no es Marqués sino Marquez; cuál no lleva bastantes cuartos para pagar su abultado paquete y tiene que dejarlo no sin

gran remordimiento; cuál faltándole el tiempo para saber el contenido, abre la carta á la misma reja y ocupa indebidamente un sitio que tantos desean.

Pero sigamos nuestro paseo por la galería: no hagamos caso de aquel grupo de militares en trage de paisanos, y de paisanos con bigotes, que se estrechan en torno de aquel altiseco que recostado en una columna lee en alta voz una carta. Son noticieros, y si nos entretenemos con ellos no nos dejarán tiempo para observar los demás; dejémosles, pues, estereotipar en sus cabezas la tal carta para irla á recitar como propia en la calle de la Montera y en el Prado, en el café Nuevo y en el del Príncipe.

—Dígole á vd. que yo no he sido.

—Yo sostengo que ha sido vd..... ¡Infamia!.... ¡sacarle á uno las cartas del correo!

—Vd. es capaz de ello, y por eso lo piensa.

—Si, que yo no sé de lo que es capaz un escribano; ¿no hizo vd lo mismo con los folios 86 al 97 inclusive de los autos?

—Vd. me insulta.

—Yo no digo mas que la verdad.

—Si no mirara...

—¿Qué?...

(Aquí todos los concurrentes terciamos como pudimos para impedir una intentona.)

El caso era muy sencillo: dos litigantes de un mismo pueblo esperaban de sus respectivos corresponsales la noticia de cierta sentencia. Llegó el primero, sacó su carta, y sin duda vió el nombre de su contrario en la lista: antojósele saber lo que le decian, y la sacó tambien (¡malicia humana!); llegó el segundo, y le contestaron que ya su carta estaba fuera (¡cosa clara!); empieza á maliciar, duda, recela, cuando mira al salir del patio á su antago-

nista, y ¡aquí fué Troya! empezó el diálogo arriba dicho que tuvimos dificultad en interrumpir. La cara del escribano daba en efecto señales nada equívocas de la verdad del hecho.

No de carácter tan serio, aunque del mismo género, era otro incidente que pasaba en el estremo opuesto. Un marido habia visto en las listas de militares el nombre de su muger. ¡Una carta del ejército á mi muger! ¡Si será este el conducto por donde se envian los partes! La curiosidad no es vicio peculiar solamente de las mugeres; los hombres no les vamos en zaga; acércase al ventanillo, pide la carta; pero se le responde que un chicuelo acaba de sacarla. ¡Oh ligereza femenil!... Lo demás de la escena pasaría en *familia*; no lo sabemos; solo sí que aquella misma tarde vimos al esposo en la calle de la Montera leyendo una carta de las provincias con graves noticias: mas los circunstantes (¡narices políticas, qué no oleis!) repararon que el sobre no tenia sello, y que por consecuencia la carta estaba escrita en Madrid. En vano el hombre se esforzaba en asegurar que era de un amigo íntimo que habia puesto el sobre á su muger por precaucion, etc. Nadie le creyó, y le tomaron por un escritor apócrifo; yo solamente que estaba en autos conocí su inocencia y la destreza de su Penélope para zurzir este enredo.

¡Cuántas y cuántas escenas semejantes! ¡qué espresiones tan raras y variadas en la fisonomía! ¡cómo descubren el secreto del alma!—Aquel aguador que sentado en su cuba deletrea los torcidos renglones de su correspondencia ¿por qué va compunjiendo su semblante y asoman á sus ojos gruesos lagrimones? ¡Desdichado! su familia le comunica que ha caido quinto, y que tiene que trocar la cuba por la mochila, la montera por el schakó.

—¿Qué busca aquel pisaverde con su eterno lente en to-

das las listas atrasadas? ¿Si no tiene carta para qué cansarse?—¿Qué busca? Busca los ojos de aquella linda paisanilla, que para hallar su nombre tiene que leer toda la lista hasta que ya se cansa; mira alrededor como demandando auxilio; ve al del lente; este se adelanta á ofrecer sus servicios; no hallan la carta; pero ya ellos han entablado otra correspondencia que lleva tanta ventaja á la del ausente, cuanto va de la palabra á la escritura, de la falta de memoria á la sobra de voluntad. ¡Es tan natural á una forastera buscar un conductor para no perderse en las calles de Madrid!

Seria nunca acabar el intentar describir uno por uno tan variados episodios. El que busca en el interior de una carta una letra de cambio, y halla en cambio muchas letras y palabras; el que se pára sorprendido al ver la suya cerrada con negra oblea; el que sabe la noticia de un empleo, de una herencia, de un premio á la lotería; el que en finísimo oficio con sendo membrete grabado recibe la delicada nueva de su cesantía; el que en materia de pleitos encuentra la cuenta de su procurador, y en la de mugeres un cartel de desafío; el que...

¿Pero adónde vamos á parar con estas observaciones? Sin embargo todas pueden hacerse en este sitio... ¿Con que no es tan indiferente? ¿con que merece alguna atencion?... Mas... las dos han dado, y empieza á quedar desierto y sin movimiento. Pasó el instante de su apogeo; la ventanilla de las esperanzas se ha cerrado; los consultores de aquel oráculo abandonaron ya el templo.

(Julio de 1835).

LAS CASAS DE BAÑOS.

I.

La costumbre del baño es tan natural, como que debe suponerse que nació con el hombre. La limpieza que Aristóteles no duda en calificar casi de virtud, el placer y el deseo de buscar alivio en las dolencias, debieron indicarle aquel grato recurso como el único reparador de sus fuerzas fatigadas, ya por el rigor de la estacion, ya por la irritacion de las enfermedades. Mas tarde, el lujo, convirtiendo en objeto de moda lo que pudo tener en su principio el carácter medicinal, propagó insensiblemente esta costumbre; y los pueblos antiguos nos han dejado testimonios de la ostentacion y grandeza con que en ellos se sostenia.

Los orientales fueron los primeros que construyeron edificios para servir de baños públicos, y los griegos no tardaron en imitarlos. Homero, en su divina Ulissea, nos habla ya de estos baños, dando á entender que se hallaban cerca de los gimnasios ó palestras, para entrar en ellos al salir de los ejercicios. Tambien Vitrubio nos ha dejado una descripcion circunstanciada de ellos, diciendo que se

componian de siete piezas diferentes, intermediadas de otras varias destinadas á los ejercicios.

Los romanos, habitadores de un clima meridional y grandes en todas sus cosas, adoptaron con magnificencia las costumbres de los griegos; y desde tiempo de Pompeyo, segun Plinio, empezaron á construirse baños públicos por toda la ciudad, siguiendo este movimiento en una progresion asombrosa. Agripa solo, en el año de su edilidad, hizo construir ciento sesenta. A su ejemplo Neron, Vespasiano, Tito, Domiciano, y casi todos los emperadores, mandaron edificar baños magníficos de preciosos mármomoles y elegante arquitectura, complaciéndose en concurrir á ellos con el pueblo, viniendo á tal estremo su profusion, que se asegura haber llegado á existir ochocientas de estas casas repartidas por toda la ciudad.

Las dilatadas conquistas de aquel pueblo magnífico y guerrero, introdujeron, como era natural, sus costumbres en todos los paises que dominaron, y en particular la del baño fué tan estendida por ellos, que se ha dicho que luego que conquistaban un pais, lo primero que hacian era edificar *thermas*, así como mas tarde los españoles construian una iglesia, los ingleses y holandeses una factoría, y los franceses un teatro. Los restos de nuestras ciudades antiguas prueban evidentemente que no fué España la menos favorecida en aquel punto.

Desalojados de nuestra Península por los godos, y estos por los árabes, debió crecer naturalmente aquella costumbre bajo la dominacion de los últimos, por la influencia que además del clima la daba su religion. En efecto, así sucedió, y aun pueden reconocerse pruebas positivas de ello en las ciudades del mediodía, Granada, Córdoba y otras tantas. En *Magerit* mismo (Madrid) habia baños públicos en la calle de Segovia por bajo de la parroquia de

San Pedro, y hay tambien quien los supone en la plazuela de los Caños del Peral, fundándose en el nombre de la puerta de *Balnadú* que estaba allí cerca, y que se hace derivar de las dos palabras latinas *Balnea duo*, si bien otros con mayor fundamento suponen á dicha palabra contraccion de las árabes *Bal-al-nadur*, que significa *Puerta de las Atalayas.*

Pero los árabes y los turcos, que son entre los pueblos modernos los que han conservado un uso mas habitual del baño, le verifican de un modo diferente que nosotros. Al salir de él, entran por lo regular en un *sudatorium* ó estufa caliente, por medio de conductos abiertos en el suelo, y desde allí vuelven á trasladarse al baño caliente, haciéndose antes frotar violentamente las articulaciones y todo el cuerpo con cepillos suaves y guantes de franela, y perfumarse con aceites y esencias esquisitas.

Parécenos que en la moderna Europa no fué tan general la costumbre del baño, y desde luego puede asegurarse que perdió el carácter de magnificencia que tuvo en lo antiguo. Sin embargo, á mediados del siglo pasado, un Mr. Alvert restableció en París cerca del muelle de Orsay una casa de baños. que aunque no mas que mediana, obtuvo por la novedad una boga singular, y fué considerada como un fenómeno de la industria. Su ejemplo no tardó en tener otros imitadores; multitud de establecimientos en que el lujo y el buen gusto compiten á porfía, poblaron el rio, las calles y plazas de aquella capital, de tal manera que no sin razon se ha dicho que en París hay en el dia tantos medios de lavarse como de volverse á ensuciar.—Hoy se cuentan en aquella capital ochenta casas de baños con dos mil doscientas setenta y cuatro pilas fijas, y mil cincuenta y nueve baños portátiles. Hay además cinco edificios vistosísimos en forma de barcos sobre el rio, que tie-

nen trescientos treinta y cinco baños fijos, y otros setenta y dos en el hospital de San Luis. Se calculan en cinco mil personas, tres mil hombres y dos mil mugeres, las que se emplean en el servicio de estos baños, y su producto al año en diez y seis millones de francos (cerca de sesenta y tres millones de reales).

La costumbre del baño, generalizada de nuevo en toda Europa, ha tomado en aquella ciudad por las combinaciones de la ciencia y del buen gusto un carácter tal de voluptuosidad y de encanto que constituye un placer verdadero, no limitado como entre nosotros, á la estacion de verano, y á una corta temporada, sino frecuentado durante todo el año, con lo cual pueden sostenerse y perfeccionarse cada dia mas tan numerosos é importantes establecimientos. En todo sucede lo mismo; la civilizacion y la cultura hacen nacer necesidades nuevas, que poniendo en circulacion los capitales alimentan la industria, dan aplicacion á las ciencias y á las artes, y modifican y embellecen las costumbres públicas.

Deliciosa es sobremanera una visita á los baños de aquella encantadora capital. Los llamados *turcos* en forma de *kioskos* cerrados con vidrios de colores y coronados de medias lunas; los *griegos* al rededor de un gran circo oblongo iluminando por lo alto; los *chinos* con sus torrecillas armónicas; los numerosos establecimientos de *Vigier* y las escuelas de natacion sobre el rio Sena; los de *Tivoli*, elegantes y variados; las *Neothermas*, complemento de toda magnificencia en este género, dan una alta idea de la civilizacion de un pueblo que disfruta tan agradables recreaciones. Ni es solo bajo este aspecto con el que deben considerarse; las ciencias físicas y químicas, haciendo aplicacion de sus admirables investigaciones, han logrado reunir en ellos las diferentes aguas minerales, sulfurosas,

aromáticas, ardientes, heladas, de todos los países y de todas las especies. Bareges, Baigneres, Plombieres, Aix, Spa, Bath, Neris, Saint-Amand, Baden, todos los manantiales, en fin, mas famosos de Europa, han sido copiados por los mágicos procedimientos analíticos y sintéticos de la química en los estanques del Tívoli frances. En las Neothermas se hallan tambien los baños *egipcios*, en donde los bañadores, perfumados y frotados de pies á cabeza por manos ágiles, como en el gran Cairo, adquieren una gran esbeltez y soltura en sus movimientos. «*Las venerables dueñas* (dice una descripcion un poco alegre de este establecimiento) *salen de él con el rosado de la aurora, los especuladores y usureros mas comprimidos, vuelven con una facilidad en sus movimientos, una movilidad en la espina dorsal capaz de dar envidia á los* Hércules *de teatro, y aun á los pretendientes del dia.*»

Añádase á todas estas circunstancias, elegantes cafés y fondas donde se sirven variados y esquisitos manjares y bebidas; jardines pintorescos, gabinetes de lectura, y una sociedad numerosa y amable; todos los agrados, en fin, que puede desear el ánimo mas exigente, y se formará una idea aproximada del encanto de estos establecimientos en la capital del vecino reino. La costumbre de ella, difundida generalmente por la moda en todas las provincias, ha dado lugar á la creacion de baños igualmente magníficos, y entre muchos que pudieran citarse, baste decir que los construidos últimamente en Burdeos han tenido de coste mas de cinco millones de reales.

A este punto llegaba yo de mi discurso, cuando harto ya de revolver mamotretos, tomar apuntes, refrescar memorias y asentar especies sueltas, tiré la pluma, tomé el sombrero y me planté en la calle, deseoso de vivificar con

el frescor de la mañana mi acalorada imaginacion. Pero como ella sea tal, que una vez ocupada de un objeto, tarde ó nunca llega á desasirse de él, enderezóme la voluntad al mismo punto y caso en que de antemano se revolvia, y me hizo sospechar que si de pensar en los baños nacia mi agitacion, nada como ellos podria conseguir calmarla. Y no hubo mas, sino que el alma así predispuesta, y el cuerpo en ayunas, una vez resuelto á buscar en el agua el perfecto equilibrio de mis humores, me dirigí á la primer casa de baños que á la mano tenia.

II.

La calle de los Jardines estaba allí cerca, con que á la calle de los Jardines fué mi direccion. No era sola, á decir verdad, aquella razon de proximidad la que me inclinó á darla la preferencia; otro motivo aun mas poderoso tuvo no poca parte en mi determinacion.

Recordando con cierto placer el establecimiento de baños, acaso primitivo de Madrid, que hace algunos años frecuentaba yo en semejante temporada, deseaba saber si aun conservaba aquella disposicion sencilla y *sin disfraz* que tanto satisfacia á nuestros padres; pensaba con interés (¿se creerá?) en los estrechos y sucios aposentos, las mezquinas pilas hundidas en el suelo; la desnudez absoluta de adornos y atavíos; y procurando desechar de mi imaginacion el recuerdo de los magníficos baños estrangeros, como que intentaba rejuvenecerme en aquellas aguas, esperando hallar en ellas.... ¡qué delirio!.... el placer y la alegría de mi niñez.—Mas ¡oh instabilidad de las cosas huma-

nas!... Aquella casa matriz, aquel establecimiento inmemorial y primitivo que un dia hubo de bastar á las necesidades de la córte de dos mundos, ya no existe, y de toda su forma material, solo me pudo ofrecer sobre la puerta de entrada el nombre que en lo antiguo le distinguia: «Casa de baños del Cura.» *Hic Troja fuit.*

Por fortuna hallábame en calle donde me era fácil aun escoger entre dos establecimientos semejantes, el de la *Cruz* y el de *Mena,* que podrian muy bien suplir al que buscaba. Dirigíme al primero, que me pareció semejarse mas á la sencillez *patriarcal* que la estravagancia de mi imaginacion me hacia desear en aquel momento; y con efecto, no quedó engañada mi espectativa, pues en toda su disposicion, órden y mecanismo, me pareció tan idéntice al anterior que no fuí dueño á contener la persuacion de que el alma del cura, fundador de aquel, podria muy bien haber trasmigrado á la acera de enfrente.

Sin embargo, la influencia del sétimo mes del año, haciendo frisar el Reaumur en los treinta grados, la hora cómoda de la mañana, y la centralidad de la calle, habian llamado tanta concurrencia, que no cabíamos en los varios callejones de que consta aquel edificio, ni en el estrecho y menguado patinillo, de suerte que siendo insoportable el esperar un largo rato en aquel *sudatorium*, renuncié generosamente á bañarme en esta casa, y verifiqué mi traslacion corporal á la inmediata del rincon, que me pareció algun tanto mas en el progreso del siglo; pero muy luego hube de reconocer los mismos inconvenientes que en la anterior.

Sencillez y naturalidad en el aparato, eso sí; como podrian ser los baños en tiempo de Adan: media docena de sillas y un arcon supletorio para sentarse; una tinaja de agua, emblema del edificio; una sala interior bien caldea-

dita, por supuesto, con los efluvios de los baños que la rodean; y hasta una docena de aposentos estrechos, conteniendo cada uno la menguada pila en que con dificultad una anguila podría revolverse.

Pero tambien, grande concurrencia, mucha boga, mucho favor del público. Todo estaba lleno; con que habia que tomar billete y esperar turno, y contar dos horas, sin otra distraccion que el Diario, ó el espectáculo del interior del edificio, como si dijéramos el esqueleto de aquella máquina; reducido á la maniobra de dos hombres sacando agua cubo á cubo de un pozo de noventa pies de hondo para bañar el numeroso público espectador y espectante...

Yo no pude resignarme á aguardar en esta monotonía, y por otro lado, como ya habia pasado mi hora, y estaba en ayunas, y *sine Cerere et Baco friget Venus*, y en aquel sitio no se sirve mas que el agua *en seco*, recordé que no lejos de allí estaba la calle del Caballero de Gracia, en donde tiene su establecimiento el famoso *Monier*, el *Vigier* de Madrid, á quien debe este pueblo los utilísimos baños portátiles, la fonda y gabinete de lectura á la parisien; y que, últimamente, en el presente año acaba de establecer en el Manzanares una escuela de natacion y sitio de recreo bajo el nombre de *Pórtici*.

Dirigíme, pues, á los baños del Caballero de Gracia, que ya conocia; entré en el patio: la concurrencia era numerosa y elegante; pero resuelto á no salir de allí sin satisfacer mi deseo, tomé mi número 72 y me dispuse á aguardar el turno desde el 49, que era el último sumergido. Y considerando por una regla proporcional que esto no podia menos de dilatarse un par de horas, traté de invertir este tiempo lo mas útilmente posible. El estómago obtuvo por entonces la preferencia sobre la cabeza; mas

por fortuna pude complacerle con una taza de caldo y una copa de Jerez (circunstancia, entre paréntesis, que en vano hubiera deseado en otro de los establecimientos de esta clase en nuestra capital), con lo cual restablecidas las fuerzas físicas, pudieron las mentales recobrar su equilibrio y ocuparme en hojear algunos periódicos nacionales y estrangeros. Pero era tan vario y animado el espectáculo que el patio me presentaba, que renuncié á la política (en lo cual no tengo que hacerme gran violencia) para entregarme al *impolítico* papel de observador.

Yo no sé si será ó no fundado mi capricho; pero nunca me parece mas interesante una muger hermosa que al salir del baño. Aquel sonrosado de las megillas; aquel aspecto de pudor, de pulcritud y de molicie; aquel andar voluptuoso y descansado; aquella satisfaccion del semblante que parece gloriarse en sus perfecciones; aquella ligereza y descuido del vestido; aquella sencillez del peinado; y sobre todo, si un largo velo encubre á medias tantas gracias, y si brillan por entre los dibujos de su bordado dos hermosos ojos españoles, ¿quién no convendrá conmigo en la exactitud de la observacion? Muchos, los mas de los concurrentes, debian ser de este modo de pensar, pues no bien sentian ruido en cualquiera de los picaportes de los baños, se agrupaban en medio, y si veian aparecer una de aquellas deidades, dejábanla paso con una mezcla de admiracion, de respeto y de amor; es verdad que por desgracia no siempre sucedia aquello, y tal solia ser la aparicion, que por miedo de verla otra vez cerraban los ojos y tornaban la espalda con mas rapidez que si fuesen deslumbrados por improviso relámpago.

Como en semejantes sitios se hallan conservadas las tres unidades dramáticas de accion, tiempo y lugar, los circunstantes, indentificados por la simpatía de situacion, se

agrupan naturalmente, forman diálogos interesantes, y concurren á la accion principal sin perjudicarla por los numerosos episodios que de vez en cuando saltan á embellecerla. Esta escena, repetida todos los dias, hace nacer una intimidad, una franqueza, en que solo le aventaja un viage en diligencia; y personas que segun el curso natural de los sucesos tardarian en la sociedad algunos años para hablarse con satisfaccion, suelen contraerla en cuatro dias frecuentando unos mismos baños. Ya se vé. ¡Son en ellos tantas las ocasiones para entablar correspondencia!

La cesion de una silla, el caer de un abanico, el reir de una figura estraña, los diálogos de los mozos, el ruido del agua, el calor, el toldo, el... hasta el folletin del Diario, cualquiera de estos asuntos sirven de *pie* para entrar en relaciones con una linda mano; además, entre el círculo de concurrentes en Madrid á todas partes, es tan regular conocerse todos, ó de vista, ó de oido, ó de... de cualquier modo, que las mas de las veces una simple ojeada de inteligencia dice discursos enteros; luego se recuerda una *galop* bailada juntos en Santa Catalina ó en Abrantes; se habla de la ópera y del tenor nuevo; se rie del *Maniqui* (1); se cuenta con la correspondiente guarnicion alguna anecdotilla del dia; se pone en berlina á la persona que acaba de salir; ó se dicen dos palabras al oido acerca de la que acaba de entrar; todos estos *nadas* oportunamente colocados, sirven de liga á voluntades inflamables, de iman á corazones sensibles, y luego al salir, una mano ofrecida para subir al coche, una sombrilla abierta, una cortesía hecha con gracia... ¿Qué mas para acabarse de abrasar?

(1) Famoso drama silbado recientemente.

Muy ocupado estaba yo en estas consideraciones mientras me figuraba leer la Gaceta como si fuese cosa de interés, cuando un fuerte bastonazo sobre el papel vino á llamarme la atencion. Siguiendo rápidamente con la vista la direccion del baston, encontré que pendia de una mano pegada á un brazo de cierto amigo mio, de estos amigotes que uno tiene, que no sabe cómo se llaman, pero que acostumbra á pasear y reunirse con ellos en fondas, cafés, teatros, funciones públicas, toros y casas de baños; marqués sin título, militar de paisano, elegante talla, figura espresiva, trage noble, maneras distinguidas.

Este tal me saludó con la dicha franqueza, y sin hablarme mas palabra fué á conferenciar con el mozo; es cierto que no pude entender lo que decian; pero sí reparé en el recien llegado un aire de distraccion é impaciencia, intermediados por algunas miradas dirigidas á cierto baño cerrado que tenia yo á mi izquierda. Revolvíame en conjeturas para adivinar la causa de aquella distincion, cuando abriéndose de repente el baño acertó á salir de él una elegante figura de dama semejante al bosquejo que arriba queda trazado; hízonos una profunda inclinacion, y aun estaba yo correspondiendo á ella, cuando el mozo llamó en alta voz al número 72.—«Aquí está,»—contesté precipitado echando mano al bolsillo; pero aun no habia acabado de articularlo, y ya el amigo del bigote me tenia agarradas entrambas manos y me conjuraba *por nuestra amistad* que le cediese el número, pues que le iba la *existencia* en entrar en aquel baño. Yo no dejo de ser complaciente; pero esto de irme sin bañar despues de dos horas de espera, era algo fuerte; sin embargo, tales fueron las instancias, tales las protestas del camarada, que me ví obligado á hacer con él un convenio, cual fué el dejarle el billete, cediéndome él su coche para trasla-

darme á otros baños; y sin volver atrás la cabeza, salí renegando de la casa y de la fatalidad de ser amigo de todo el mundo.

¡Qué necedad! (iba diciendo entre mí) ¡estraño modo de alimentar una pasion! ¡bañarse en el mismo baño que la persona amada! ¡este es el *non plus ultra*, el necio ideal del amor!... Pero entretanto ¿será posible que esté yo condenado por todo el dia al suplicio de Tántalo, viendo el agua sin poder disfrutarla? ¿será posible?...

—¿Adónde, señor?

—A la mejor casa de baños de Madrid;—y cerró la ventanilla y me dejó en paz.

Estaba yo ya cansado de establecimientos mezquinos y de baños de sol, de sudor y de vapores, y necesitaba respirar libremente y predisponer mi piel á la impresion del agua; ignoraba adónde el cochero me llevaría; pero siéndome conocida la elegancia de su amo, supuse que estaría versado en este como en otros puntos; y con efecto no me engañé viéndole dar cabo á nuestro viage delante de una casa de moderno y elegante aspecto por detrás de la parroquia de Santiago.—Estos (me dijo al apearme) son los baños de *la Estrella*.

Un poco tarde, es verdad, amanecía para mí; pero me dí por satisfecho de los pasados disgustos, cuando abriendo la persiana descendí por uno de los ramales de la doble escalera al salon de descanso. Al observar la bella disposicion del edificio, su bien entendido compartimiento, el sencillo y elegante adorno del salon, la frescura del patio, los modales de los encargados del servicio, me felicité de encontrar este progreso en nuestra capital; y deseoso de comunicar con alguien mis sensaciones, me dirigí á un sugeto muy formal que acababa de dejar un periódico; entablamos, pues, un diálogo apologético de la

casa, del cual vino á subseguirse el contarle yo mis cuitas de aquella mañana.

«No lo estraño, (me decia el descansado caballero); yo soy un bañador veterano que heredé esta costumbre de mi padre, que era de Valencia, y así que conozco por menor todos los establecimientos de Madrid, y podria escribir la historia de su fundacion. Figurarian en ella en primera línea los que vd. visitó esta mañana, que se abrieron durante mi juventud con gran asombro de nuestra poblacion, acostumbrada hasta allí á bajar por sendos nueve dias á sumergirse en el frio y seco Manzanares, bajo las casillas de estera que hoy han quedado únicamente como patrimonio de las modistas y artesanos; diríale tambien algo del famoso *Berete*, y de su célebre casa en la plazuela de Lavapies, y de la concurrencia qne supo atraer á su puerta, nunca desocupada en aquel tiempo de calesines y simones peseteros, y hoy reducida al privilegio de refrescar por la módica suma de cinco reales las esterioridades de las abonadas de la calle de la Comadre ó del rollizo tabernero del contorno. Todos los baños públicos de Madrid pasarian mi *revista de inspeccion*; los de la calle de la Flora, limpios, aunque mezquinos; los cesantes de la Victoria en la Puerta del Sol; los antiguos de Santa Bárbara, que pretenden curar todas las enfermedades y otras muchas mas; los vecinos de Oriente, mas abajo de estos, que fueron los primeros que dieron á conocer en Madrid el verdadero gusto y comodidad de estas casas; las suntuosas pilas romanas de la puerta del Conde-duque, para el servicio sin duda de los vecinos de Hortaleza ó Fuencarral; estos, en fin, en que estamos, que segun mi corto saber y entender son los mejores, y que han tenido la prerogativa de fijar mi *thermophila* persona.»

—Todo está muy bien, replicaba yo, y sin duda que revela un adelanto en la civilizacion de nuestro pueblo; pero ¿qué es ello todavía? Una docena de establecimientos entre buenos y malos, y en todos ellos unas ciento cincuenta pilas para servicio de un pueblo de doscientas mil almas. ¿Qué comparacion tiene con lo que se ve en otros paises? Y sin hablar mas, le dí á leer la parte primera de este artículo.

A este tiempo llaman á mi número y al entregar mi billete, ábrese la persiana y baja precipitado la escalera mi amigo, el marqués, el de los baños de allá abajo, el del trueque, el...

—¿Cómo, qué es esto, viene vd. á disputarme la vez aquí tambien?

—No, amigo mio, vengo á abrazar á vd., vengo á darle las gracias, porque me ha proporcionado la mayor felicidad... lea vd.... lea vd.... y me dió á leer un pedacito de papel, en que habia mal escritas con lápiz estas palabras misteriosas:

—«*Esta noche..... á las nueve..... dos golpecitos á la puerta... fidelidad, amor y secreto.*»

—¿Y qué tiene que ver con?...

—Detrás del espejo del baño.. ¿qué quiere vd.? ¡el amor!... este es un medio como otro cualquiera.

—Ya no me estraño de que vd. tuviera tal interés.

—Sí, amigo mio, todo lo debo á su bondad. Pero vaya vd., vaya vd. al baño; yo le aguardaré para conducirle en mi coche, y de paso podré contar á vd. toda la historia. Advierta vd. que se le recomienda el *secreto*.

—¡Ah! pero entre amigos íntimos...

—Tiene vd. razon, señor de... ¿Cómo es su gracia de usted?

Entré en la pieza del baño, encontré en ella sillas pa-

ra sentarme y colocar mi ropa, una mesa para poner el dinero y el reloj, espejo, cepillos, peines, sacabotas, una pila hermosa de alabastro: ¡yo estaba absorto!... creia no encontrarme en Madrid... por fin me metí en el agua y... callé.

(Agosto de 1835.)

EL SOMBRERITO Y LA MANTILLA.

Los autores estrangeros que han hablado tanto y tan desatinadamente acerca de nuestras costumbres, al describir el aspecto de nuestros paseos y concurrencias, han repetido que la capa oscura en los hombres y el vestido negro y la mantilla en las mugeres, presta en España á las reuniones públicas un aspecto sombrío y monótono insoportable á su vista, acostumbrada á mayor variedad y colorido.

Hasta cierto punto preciso será darles la razon, y acaso esta es una de las pocas observaciones exactas que acerca de nosotros han hecho. Y decimos hasta cierto punto, porque el mas preocupado con esta idea no dejaria de sorprenderse al ver la notable revolucion que de pocos años á esta parte ha verificado la moda en el atavío de damas y galanes españoles. El Prado de hoy no es ya ni por asomo el Prado de 1808, ni aun el de 1832; ¡tales y tan variados son los matices que han venido á modificar su fisonomía! Con efecto, no es ya la uniformidad el carácter distintivo de aquel paseo; las leyes de la moda encerradas antiguamente en ciertos límites, dejan

hoy mas vuelo, mas movimiento á la fantasía; en esto como en otras cosas se observa el espíritu innovador del siglo; y ante su influencia terrible qne hace ceder las leyes y los usos mas graves, apoyados en una respetable antigüedad ¿cómo podria oponer resistencia la débil moda, variable de suyo y resbaladiza? Es sin duda por esta razon por la que convencida de su impotencia, ha abdicado su imperio, resignándolo en otra deidad menos rígida: es á saber, *el capricho.*

Desde que este último ensanchó los límites del imperio de la moda, nada hay estable, nada positivo en ella; huyeron los preceptos dictados á la fantasía; cada cual pudo crearlos á su antojo, y el buen gusto y la economía ganaron notablemente en ello. De aquí nace esa variedad verdaderamente halagüeña en trages y adornos; el vestido dejó de ser ya un hábito de ordenanza, una obligacion social; en el dia es mas bien una idea animada, una espresion del buen gusto y hasta del carácter de la persona que le lleva. No es esto pretender erigir en principio la sabida aplicacion de los colores á las pasiones; hartos estamos ya de celos azulados y de verdes esperanzas; pero en la combinacion de todos ellos, en el dibujo, en el córte del vestido ¿quién no reconoce aquella espresion del alma, aquella parte animada que podremos llamar la *poesía del trage?* Y siendo este libre, como lo es en el dia ¿por qué hemos de dudar que tenga cierta analogía con las inclinaciones de la persona? Asi los anchos pliegues, las mangas perdidas, los ajustados ceñidores, serán adoptados con preferencia por las damas altisonantes y heróicas; la sencillez de la inocencia escogerá el color blanco, las gasas y las flores; la coquetería, las plumas; el orgullo, los diamantes; y la frivolidad y tontería... ¿pero qué escogerá la tontería que luego no se dé á conocer?

Semejante observacion no podia tener en lo antiguo exactitud, pues, como queda dicho, la voz de la moda avasallaba todas las inclinaciones, hacia callar todas las voluntades. Arrastrados á su terrible carro, veíanse correr hombres y mugeres, jóvenes y viejos, grandes y pequeños; la figura raquítica y colosal se doblegaban bajo las mismas formas; la morena tez se ataviaba con los mismos colores que la blanca; la esbeltez del cuerpo sufria los pliegues que plugo darle á la obesidad; el hermoso cuello gemia bajo el yugo que disimulaba el feo: y la rubia cabellera usaba los mismos lazos que tan bien decian á la del color de ébano.

¿Qué significaba entonces el vestido relativamente á la persona que le llevaba? ¿Qué queria decir una jóven fria y sin gracia vestida de andaluza? ¿qué una desenfadada malagueña cubriendo los zapatos con la guarnicion de su vestido? Nada, absolutamente nada, solo que era moda: que la modista ó el sastre lo querian; el trage no era mas que la espresion: el sastre la idea.

¡Qué diferencia ahora! El albedrío es libre en la eleccion; el refinamiento de la industria ofrece tan portentosa variedad en las telas y en las formas, que seria ridículo hasta pretender reducirlas á precepto. Sin negar las debidas aplicaciones, el color negro no tiene ya respecto al gusto preferencia alguna sobre los demás: la seda sobre el hilo; el bordado sobre el dibujo. Recórranse, si no, esos surtidos almacenes, obsérvese ese Prado, y díctense despues reglas fijas é invariables: telas de todos los colores y dibujos, trages de todos los tiempos y naciones; han sustituido á la inveterada capa masculina, á la antigua basquiña femenil; y en variedad hemos ganado, cuanto perdido en nacionalidad y españolismo.

Una de las innovaciones mas graves de estos últimos

tiempos es sin duda la sustitucion del *sombrerillo* estrangero en vez de la *mantilla,* que en todos tiempos ha dado celebridad á nuestras damas. En varias ocasiones se ha procurado introducir esta costumbre: pero el crédito de nuestras mantillas ha ofrecido siempre una insuperable barrera.—El sombrero era un adorno puramente de córte: como los uniformes y las grandes cruces *imprimia carácter*: no hace muchos meses que una señora *de gorro* era equivalente á una señora *de coche*; y si tal vez se atrevía á pasear indiscretamente el uno sin el otro por las calles de Madrid, corria peligro de verse acompañada por la turba muchachil y chilladora. Unicamente saliendo al campo por temporada, la esposa del rico comerciante ó la hija del propietario osaban aspirar al adorno de la aristocracia, al sombrero: y eso para lucirlo en las eras de Carabanchel ó en los baños de Sacedon.—Hoy es otra cosa; la mantilla ha cedido el terreno, y el sombrerillo progresando de dia en dia, ha llevado las cosas al estremo que es ya miserable la modista que no logra envanecerse con él.

¿Hemos ganado ó hemos perdido en el cambio? Hay quien dice que presta gracia al semblante, y quien supone que oculta lo mejor de él; quien sostiene que las bonitas están mas bonitas, y quien asegura que las feas están mas feas; quien cree que es moda de niñas y otros que la acomodan á las viejas; los maridos la encuentran cara; las mugeres sostienen que es económica; unos piensan que es moda de invierno; las madrileñas la han adoptado en verano: cuáles están por las flores; cuales por la paja; estas por el terciopelo; aquellas por el raso. ¡Terrible alternativa! ¡Profunda y dificilísima cuestion!

Todas estas reflexiones y otras muchas mas se habian

agolpado á mi imaginacion á consecuencia de un suceso que acababa de presenciar; y como el corto espacio no me permite esplayarme, limitaréme á indicar lo mas sustancial de él.

Dias pasados tuve que ir á visitar la familia de mi amigo D... (pero el nomdre no es del caso, pues que por ahora no ha de salir á la escena). La antigüedad de mis relaciones de amistad con aquella familia, y la franqueza de mi carácter, me hacen ser un consultor nato de la casa, reducida al matrimonio respetable, y á una hija única que frisa en los diez y nueve abriles, y á quien por legítimo derecho vienen á parar los 4,000 pesos de renta que posee el papá, lo cual presta á sus lindas facciones nueva perfeccion y rosicler.

La ocasion era solemne, y como consejero áulico fuí llamado para conferenciar *en familia*. Un cierto jóven caballero, primo de la niña, y por consiguiente sobrino de su tio, acababa de llegar aquella mañana de vuelta de sus largos viages, emprendidos despues que dejó el colegio de *Blois* y la *Escuela politécnica* de París. Este primo, pues, regresaba á su patria á los veinte y seis años, habiendo pasado fuera de ella los quince últimos: era elegante é instruido, bella figura, considerable caudal; con que no hay que decir si el partido era ventajoso para una prima que podia ofrecerle cuando menos iguales cualidades. Así lo debió sin duda pensar el papá, y al efecto nada perdonó hasta conseguir traerle á Madrid y á su misma casa. ¡Amor de padre!

Pocas horas hacia que el estrangerísimo viagero habia llegado, cuando yo entré en la casa; aquel se habia retirado á descansar, y las damas, madre é hija, se hallaban regañando á la sazon con una modista sobre el corte de ciertos vestidos y sombreros que traia á prueba: apenas hicieron

alto en mí, de manera que mientras duraba aquella *polémica* tuve tiempo de ponerme al corriente de la sostenida por nuestros periódicos; por ahí puede calcularse lo que duraria la tal sesion; pero de toda ella solo pude venir en conocimiento de la importancia que daban al atavío con que pretendian deslumbrar al elegante viagero.

No entraré en detalles sobre los demás diálogos y escenas que mediaron con éste, luego que nos sentamos á la mesa, ni sobre su cortesía y atencion con las damas, atencion que respecto á *Serafina* (que asi se llama la criatura) tenia todo el carácter de la mas fina galantería.

—¡Es encantadora! me decia por lo bajo; pero lo que mas me sorprende es que me parece una de nuestras bellezas parisienses; la misma espresion, los mismos modales, el mismo metal de voz... ¡Y temia yo tanto no encontrar una española que me gustase!

—Sin embargo, le contestaba yo, no hay que desanimarse, amiguito; acaso no será la última.—

Era ya la hora del paseo, y nuestras damas nos hicieron avisar de que estaban dispuestas á salir. Dejáronse, pues, ver en todo el lleno de su atavío; y es preciso confesar que no habian tenido razon para reñir á la modista: el mayor gusto y elegancia habian dirigido su hábil tijera: rasos, lisos y floreados; blondas esquisitas, bordados y pedrerías, nada se habia economizado en aquel momento; pero sobre todo, me llamó la atencion el gracioso sombrerillo de la niña, que oponia la elegante sencillez de sus flores y espiguillas al complicado laberinto de plumas y cintas del de la mamá.

El amigo estaba satisfecho; las señoras tambien; yo igualmente: con que todos lo estábamos. En esta conformidad nos íbamos á dirigir al Prado, cuando acertaron á lamar á la puerta. Abrese esta, y aparece *Paquita*, la

prima de Serafina, que con su papá y hermanos venia á saludar al recien venido (tambien su pariente), y á convidarle á la funcion de toros de aquella tarde.... ¡Ah!.... se me habia olvidado que era lunes y que habia funcion de toros.

Rico y elegante zapatito de raso, encerrando sin dificultad el breve pie; delgadísima media delicadamente calada; redondo y bien cortado vestido, guarnecido por todo su vuelo de brillante y móvil fleco y cordonadura; un ajustado corpiñito abrazando una cintura esbelta y delicada, y adornado de la misma guarnicion en los hombros y bocamangas; un pañolito al cuello recogido con sendas sortijas sobre cada hombrillo; y correspondiendo por su color con la rosa de la cabeza; y una mantilla, en fin, de blonda blanca, cruzada con garboso brio sobre el pecho, dejaban contemplar desembarazadamente un cuerpo digno de las orillas del Bétis, un semblante de diez y siete á diez y ocho, unas facciones picantemente combinadas, una tez de un moreno suave, y un par de ojos árabes, en fin, que no hubieran figurado mal en el paraiso de Mahoma.

Tal era la nueva interlocutora que se presentaba en aquel momento en nuestro cuadro; y si era temible y digna de figurar en primer término, dígalo el enmudecimiento general que ocasionó, y mas que todo, el asombro y distraccion que se leian en el semblante del recien venido.

Cambió la escena: la cortés galantería de aquel, se trocó en indecision y aturdimiento: la satisfaccion de Serafina y su madre, en temor y aire receloso; y solamente yo ganaba en el cambio, porque amagado, como lo estaba, de haber de dar conversacion toda la tarde á la mamá, sospeché desde luego que tendria que hacer los mismos oficios con la hija.—Y por cierto no me equivoqué;

ni durante el camino, ni mientras la funcion, ni al tiempo del regreso, fué posible tornar en sí al preocupado caballero; ni hacerle recuperar, respecto de las damas de casa, el lugar que ocupaba por la mañana; de suerte que era preciso ser muy poco conocedor para no anticipar el resultado de aquel negocio.

Mi curiosidad natural me llevó á la mañanita siguiente á esplorar la disposicion de los ánimos; y aunque no dejé de observar alguna nubecilla, resto de la pasada escena, encontré algun tanto restablecida la armonía, y al caballero en disposicion de acompañar á las damas á su paseo matutino por las calles de la capital. No lo estrañé á la verdad; porque el aspecto de Serafina en tal momento, era capaz de fijar á mas de un inconstante. Su ligero y blanquísimo vestido de muselina, sin mas adorno que la sencilla esclavinita sobre los hombros, un gracioso nudo á la garganta y un sombrerillo de paja de Italia en la cabeza, la hacian parecer tal á mi vista, que si fuera Chateaubriand no dudaria en compararla *á la vírgen de los primeros amores.*

Mas... ¡oh *fuerza del sino,* ó mas bien sea dicho de las femeniles combinaciones! La segunda prima, que sin duda se creia mas adecuada para el carácter de prima que para el de segunda, vuelve á aparecer de repente.

Su trage era un sencillo hábito negro, mas fino por cierto que el que podrian usar las vírgenes del Carmelo, pero con el escudo distintivo en una de las mangas: un ajustado ceñidor de charol desprendiéndose hasta el pie; una mantilla de rico tafetan, cuya elegante guarnicion servia de dosel á la cintura; el pelo recogido tras de la oreja; y una cara... la propia cara, en fin, espresiva y revolucionaria de la tarde anterior.

Queda dicho: las mismas cansas producen siempre los

mismos efectos: el caballero volvió á aturdirse; las damas á anublarse; yo á cuidar de la amable Serafina; y cuando á la vuelta del paseo pude tener mi esplicacion con el galan, llegué á conocer que el mal no tenia remedio; que la mas profunda é irresistible impresion era á favor de Paquita: y argumentándole, como buen amigo, en favor de las gracias de su prima, concluyó con decirme que las reconocia; que hubiera podido resistir á los encantos naturales de su rival; pero que le era imposible, absolutamente imposible, triunfar *de su mantilla.*

(Setiembre de 1835.)

A PRIMA NOCHE.

Fama es general, y aun pudiera decirse fundada, la que atribuye á los españoles la generosidad como una de las bases distintivas de su carácter. Generosos somos en efecto, en el sentido mas lato de esta palabra; generosos y aun pródigos en los gastos necesarios y supérfluos: dígalo nuestra deuda nacional, nuestras oficinas, nuestros palacios, iglesias y monumentos. Pródigos tambien somos en las hipérboles y demás figuras retóricas, y de ello podrian dar testimonio los entusiastas historiadores, los encomiásticos poetas, y tantas alocuciones, esposiciones y manifestaciones como vemos diariamente, y que pudieran, recogidas con cuidado, servir de formulario general y completo de proclamas para todos los paises del globo.

Pero en medio de nuestra prodigalidad, de nada somos tan pródigos como del tiempo, y nada en efecto sabemos desperdiciar con mas garbo y bizarría.

Las naciones industriosas han considerado el tiempo como el mas precioso de los capitales. Nosotros, generalmente hablando, le consumimos como réditos de nuestra existencia. La frase española de *hacer tiempo*, equiva-

le á perderle en cualquiera lengua: y un ligero paseo por nuestra capital (adonde la cortedad de nuestra vista nos limita) probaría mucho mas que todos los discursos aquí estampados.

¿Qué hace, vr. gr., esa turba parásita de plantones fijos en la Puerta del Sol, interrumpiendo el paso de los transeuntes, aprendiendo de memoria los carteles, mirando al reloj ú oyendo cantar á un ciego?—Está *haciendo tiempo* para pasar á otro lado á ocuparse en trabajos semejantes.

¿Qué espera aquel almibarado petimetre, dige habitual de una elegante tienda de la calle de la Montera; parte integrante de su aparador; emblema de su muestra, y fiel contralor de sus operaciones mercantiles? ¿Muévele algun interés en estas, ó el deseo de hacer observaciones económicas ó morales? Nada menos que eso: está *haciendo tiempo* para que un marido vaya á la oficina, y correr á consolar á la esposa, que le espera *haciendo tiempo* al balcon ó ensayando al espejo la nueva combinacion del prendido.

El esposo entretanto, sentado en su silla burocrática, ejercitando su pulso en bravos rasgos y geroglíficos, recortando en picos el pelo de las plumas, paseando la badila alrededor del brasero para darle la forma piramidal, formando cigarrillos que ofrece á sus compañeros, y disertando á la ventana mientras los fuma, sobre la órden de la plaza ó sobre la corrida de toros, *hace tiempo* de que venga el gefe á echar reprimendas al portero, atar y desatar legajos, tirar de la campanilla, y *hacer tiempo* de que den las dos para tomar el sombrero.

¿Qué espera aquel magistrado hundido en su sillon carmesí, la cabeza sobre el respaldo y los ojos elevados al cielo? ¿Medita sobre la defensa en que el abogado con fases amfibológicas ha hecho una hora de tiempo para

martirizar un pensamiento?—Pues no señor; *está haciendo tiempo* de que el portero, que jugaba á los naipes con los lacayos de S. S., abra con estrépito la mampara, diciendo: «*señor, la hora.*»

¿Qué busca el obrero paseando sus miradas desde el caballete de un tejado, con la piqueta alzada y la otra mano estendida en ademan de comunicar sus órdenes á la cuadrilla? ¿Inventa acaso un córte mas ventajoso, una operacion mas fácil que le economice tiempo y trabajo?—Nada menos que eso: su vista penetrante, salvando tejados y chimeneas, se fija en la torre de la Trinidad, tarareando alegremente el antiguo romance:

«Medio dia era por filo,
Las doce daba el reloj,
Comiendo está con sus grandes
El rey Alfonso en Leon.»

Siente la primera campanada, arroja simultáneamente la piqueta, y desciende por el andamio como aliviado del peso del trabajo, corriendo á reunirse con su cara consorte, que sentada al sol á la puerta de su casa, calle de la Paloma, *hace tiempo* de que se salga el puchero, ó que caiga en la lumbre el chicuelo revoltoso ó el gato dormilon.

En ningunos momentos es mas perceptible este vacío universal, este *dolce far niente* (que dijo el Toscano) como en los que constituyen las primeras horas de la noche: no basta á nuestra apática indiferencia el interrumpir indiscretamente el trabajo del dia con la solemne operacion de la comida á las tres; no es suficiente á nuestro reposo la segunda noche, improvisada en la siesta; ni el paseo

de ordenanza hasta que la luz del dia llega á estinguirse: es preciso perder aun otro par de horas en un café, ó sentados en derredor de una mesa de billar, ó corriendo las calles sin direccion, ó á la puerta de una tienda de confianza.

Si al cabo estas horas importantísimas, ya que no las ocupáramos en asistir á las academias y liceos, ya que prescindiéramos de todo trabajo mercantil ó artístico, fueran empleadas en intimar nuestra sociedad, no aquella sociedad pública y ficticia, disputadora y pedantesca que se encuentra alrededor de un bol de ponche ó con el taco en la mano; sino aquella grata franqueza que solo se halla en el interior de las familias que nos son conocidas; aquella sociedad en que podemos aparecer tal cual somos sin riesgo de comprometernos ni de ofender á los demás; aquella compañía, en fin, amable y sin pretensiones que forma la verdadera amistad, el amor, y los lazos mas dulces y duraderos, aun pudiera darse por bien empleado tal solaz.

Burlámonos de nuestros antepasados, porque tocando ligeramente en las botillerías y cafés para solo el acto de refrescar, se retiraban á sus casas despues de anocheeer para recibir en ellas á sus amigos verdaderos y pasar algunas horas en sabrosas pláticas ó en juegos permitidos. —Es la verdad que en la antigua botillería de *Canosa* ó en la de San Antonio de los Portugueses, no encontraban mesas de marmol, ni columnas, ni relieves, ni arañas de cristal, ni espejos, ni aparadores como en nuestros cafés del dia; es la verdad que una estrecha mesa y un banco mas estrecho aun, un candilon de cuatro pábilos, un vaso de campana y un cestillo de bizcochos, eran todo el aliciente que ofrecian aquellas lóbregas salas; pero á la vuelta de esto, las bebidas eran escelentes, la concurrencia era general, y los escasos momentos de permanencia en ellas

hacian llevaderas aquellas faltas. No hallaban allí, es cierto, periódicos que leer, políticos con quien disputar, literatos á quien engreir, militares que temer, ni crónica escandalosa que comentar; pero en cambio no ensordecian con el ruido infernal de las disputas; no adquirian los modales de mal tono; no se acostumbraban á repetir frases indecorosas; no se impregnaban en el pestífero olor del tabaco, y sobre todo no perdian lastimosamente el tiempo.....

—Buenas noches, señor *Curioso Parlante.*

—Buenas noches, don Pascual.

—¿Qué hace vd.?

—Escribir.

—¿A quién?

—Al público.

—Escelente corresponsal, aunque algo sordo; ¿y se puede saber sobre qué?

—Véalo vd.

Y le alargué el papel mientras *hacia tiempo* de que le leyese saboreando un purísimo habano. ¡Ah!.... tambien me sirvió este tiempo para informar á mis lectores de que este interlocutor es aquel mismísimo don *Pascual Bailon Corredera*, de que ya tienen conocimiento, si han leido mis anteriores artículos de los *Cómicos en Cuaresma* y la *Capa vieja.*

—Todo esto está muy bueno, me replicó don Pascual alargándome el papel despues de haberlo leido: pero ¿quién le mete á vd. á censor moralista? ¿pues hay cosa mejor que estas costumbres de *prima noche*? Míreme vd. aqui: son las nueve ¿no es verdad? pues si yo le contara á usted lo que me ha pasado mientras estaba *haciendo tiempo* para venir á quitarle á vd. el suyo, habia de reformar su opinion.

Por de pronto luego que empezó á anochecer y que los árboles del Prado atraian á su atmósfera una humedad perniciosa, reflexioné que en ninguna cosa podria emplear los momentos como en refrescar mis fauces, resecadas con el polvo y la agitacion del paseo. El inmediato salon de *Solis* me ofrecia su socorro; pero era tal la concurrencia de los que calcularon como yo, que no me fue posible proporcionar una silla, y á la verdad no lo sentí, pues esto me ofreció la ocasion de ir á saborear cerca del famoso repostero *Amato* un esquisito *sentillé* á la rosa. ¡Figúrese vd. lo dulce que es un *sentillé* á la rosa, tomado en una linda sala, viendo sucederse alternativamente la elegante concurrencia de damas y caballeros, que descendiendo de brillantes carretelas, llegan á rendir el tributo de su admiracion á aquel amable Anfitrion! Por desgracia esta operacion no puede prolongarse mas que un cuarto de hora. *¡Sic transit gloria mundi!* y al cabo de él ¿qué remedio? abandonar aquel elegante recinto y buscar en otro sitio nuevas sensaciones.

¡La política! ¡qué campo tan inmenso para el observador! por fortuna el café *Nuevo* sale al paso. ¡Estrépito! ¡confusion!... ¡qué noticias supe allí!... ¡qué discursotes escuché! ¡qué planes para concluir la guerra! ¡cómo diserté y argüí, y... parecia un Bernadotte!; pero me dolia la cabeza, y no tuve otro remedio que ganar las escalas de Levante; quiero decir! que subí la escalera del café de aquel nombre.—Transicion, contraste romántico:—1835 y 1805.

Para descargar la cabeza no hay como sentarse á jugar una partida de ajedrez con un escribano; pero la bóveda de mirones que se formaba sobre nuestras figuras, encerrándonos herméticamente, no nos dejaba respirar. El humo del cigarro, el del café (que por cierto es esce-

lente), el monótono ruido de los peones y damas, de las bolas y tacos, de los dados y fichas.... quédese para otro dia la partida. Pasemos á la sala del billar: ¡aquella si que es tranquilidad! Círculo inamovible alrededor de la mesa; senado mudo, espresivas fisonomías, escena original iluminada por lo alto, digna del pincel de Teniers. ¿Y todo, para qué? para observar los movimientos de dos bolas redondas, impelidas por discursos mas redondos aun. *¡Oh raras hominum mentes!*

Los próximos salones de Lorencini y la Fontana me ofrecian un espectáculo demasiado *clásico,* compuesto de antiguos abonados que disertaban sobre el cólera del año pasado ó la contribucion de paja y utensilios del actual; pero ¡una formalidad!... Dénme la broma y el ruido y... vamos, no hay otro café del *Principe* en el mundo; allí si que hay que ver, que escuchar... ¿Quiere vd. política? todos los correos se apean en este *Lloyd* madrileño. ¿Estima vd. el derecho público? escuche vd. á un centenar de abogados. ¿Diplomacia? antigua y moderna, á escoger. ¿Moral? ¡allí si que se saben aventuras! ¿Poesía? el *Parnasillo* moderno está allí. ¿Periodistas? las Gradas de San Felipe hablando. ¿Romanticismo? ¡Es una Venecia! ¿Goces materiales, bebidas? Medio sorbete, sorbete poético por dos reales. ¿Tono rigorista? Al café de enfrente ó al billar del Morenillo.

Todo cansa, sin embargo, y yo lo estaba á mas no poder de aquella batahola; pero el reloj *no marchaba,* y todavía no eran mas que las ocho, segun me anunciaba estrepitosamente el ruido de la retreta partida en distintas direcciones de la Puerta del Sol, con gran séquito de desgreñadas Andrómacas que marchaban al compás de las cajas de guerra.

Huyendo, como es natural, de toda aquella bulla que

por la calle de Alcalá se dirigia al cuartel, me detuve involuntariamente en la calle de Peligros; y allí donde en historiado retablo se ostenta á la pública veneracion el abogado de las cosas perdidas, hice alto un momento para reflexionar sobre mi direccion.—¡Ay, señor Curioso, y como quisiera yo tener aquí su pincel para bosquejarle las sombrías escenas que presencié! Créame vd.; pocas figuras de contradanza ó de mazourka salen tan bien ensayadas como las que formaban á mi vista las compaseadas manolas con su figura ondulante y campanil, y los listos aficionados al ojeo, apareciendo y desapareciendo alternativamente por las boca-calles de Hita y de Gitanos, de Peligros y San Gerónimo, del Príncipe y de la Cruz; mas como «la oscuridad de la noche y la escabrosidad del terreno permitian ocultarme sus movimientos,» y como por otro lado, recuerdo que ya vd. nos ha descrito estas evoluciones en su romance *El Paseo de Juana*, nada mas añadiré, ni me empeñaré en seguir paso á paso las sensibles parejas que tomaban puerto franco en una tienda de vinos, harto escasa en verdad de picaportes y cerrojos, gracias á la previsora susceptibilidad del dueño; ni tampoco á las filarmónicas ambulantes, que paradas delante de un ciego cantante, tendian su tela como las arañas en una esquina, no sin gran concurso de moscones embozados; ni en fin, á las que al entrar con la terciada mantilla en la bulliciosa tertulia tabernaria, reanimaban aquella báquica reunion. Esta escena por sí sola, que contemplé parado delante de una de la calle de Toledo, merece un artículo aparte y prometo contárselo á vd.

—Recojo la palabra.

—¿Y despues de lo dicho llamará vd. perderle esta manera de *hacer tiempo*? No; si no vénganos ahora á encarecer los círculos y sociedades, las academias y liceos

estrangeros. ¿Queria vd., por ejemplo, que los literatos y aficionados tuviesen aquí tertulias privadas donde reunirse á tales horas para charlar sobre sus obras? ¿Propondria que el pueblo encontrase espectáculos baratos á que acudir para ver las habilidades de un físico ó las patochadas de un arlequin? ¿Desearia que las bibliotecas estuviesen abiertas á semejante hora y que fuera lícito á entrambos sexos el concurrir á ellas? ¿Encomiaria, en fin, las tertulias de confianza con sus juegos de prendas y sus amores platónicos? ¡Fuego en las tales! ¿Mas dónde existen ya?

Acérquese vd., si no, á casa de su amigo *don Melquiades Revesino*.—La puerta cerrada... si serán dos golpes... si serán tres... vayan dos.—¿Quién es? (pregunta una destemplada vieja desde el piso tercero.)—Un hombre.—¿A qué cuarto va vd?—Al segundo.—Y cierra el balcon y se queda vd. en la calle.

—Demos que le abre de caridad; demos que luego se sube á su cuarto; demos que tira vd. la campanilla del segundo; y que no están las señoras, y que solo le responde el falderillo que ladra, y que en fin, no hay nadie en casa.... ¡Por cierto que es rato divertido el encontrarse en una escalera á oscuras y con el portal cerrado!

Pero anímese vd. á descolgarse *por via de recurso de apelacion ó como mas haya lugar* á casa del abogado don Pánfilo. Mire vd. á toda la familia asustada con su visita estemporánea, y preguntarle:—«¿Qué es esto, don Fulano; ¿vd. por aquí? ¿qué novedad es esta? ¿hay algo de nuevo? ¿ha sucedido alguna cosa?—Nada, señores, el deseo de ver á vds....—Vaya, no es posible; muchacha, Margarita, tira esa labor, acércate: y tú, Toribio, avisa al amo, que está en el despacho.—No le incomode vd.—Quita tú ese velon y trae unas velas.—Señores, de cualquier mo-

do.»—En fin, que observa vd. (y es fácil de conocerlo) que ha venido á incomodar, y por cubrir el espediente, como si dijéramos, por *hacer tiempo*, tiene que improvisar una semi-declaracion á la niña.

—Pero qué ¿está vd. ahí escribiendo geroglíficos mientras yo hablo? ¿Está vd. *haciendo tiempo* tambien?

—Nada de eso; estoy haciendo mi artículo, ó por mejor decir, vd. le está haciendo por mí, pues que solo escribo en taquigrafía lo que vd. va hablando.

—¿De veras? ¿Y qué ha salido de ello?

—Ha salido lo que yo deseaba; un rasguño de Madrid *á prima noche*, que habrá de suplir por otro mejor.

—¿Cómo?

—Sí, amigo, yo habia bosquejado el paisaje, vd. le ha dado la animacion.

(Octubre de 1835.)

INDICE

DE LOS ARTICULOS CONTENIDOS EN ESTA PRIMERA PARTE.

Páginas.

Prólogo, por Figaro. VII
Advertencia preliminar. XV
El Retrato. 1
La calle de Toledo. 9
La comedia casera. 17
Las visitas de dias.. 26
Las costumbres de Madrid.. 33
Los cómicos en cuaresma. 39
La romería de San Isidro. 49
La empleomanía. 57
Un viage al sitio.. 65
El Prado. 77
Las casas por dentro. 88
1802 y 1832. 98
Los aires del lugar. 107
El paseo de Juana. 117
El dia 30 del mes. 126

Cop
3

Páginas.

El amante corto de vista. 132
Las tiendas. 142
El barbero de Madrid. 150
Las ferias. 158
Grandeza y miseria. 166
El campo Santo. 176
Pretender por alto. 186
La político-manía. 196
El aguinaldo. 205
Las tres tertulias.. 213
El estrangero en su patria. 223
La capa vieja y el baile de candil. 232
Las niñas del dia.. 240
El dominó. 250
La compra de la casa. 262
Los paletos en Madrid.. 270
La filarmonía.. 279
Policía urbana. 286
El dia de fiesta. 296
La casa á la antigua. 307
La casa de Cervantes. 316
Advertencia. 329
El Diario de Madrid. 331
La procesion del Corpus. 344
Paseo por las calles. 355
El patio de correos.. 366
Las casas de baños.. 373
El sombrerito y la mantilla. 388
A prima noche.. 397